MONA KASTEN



EL REINO MALDITO

Serie Everfall 2

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Créditos

El reino maldito

Serie Everfall 2

Mona Kasten

Traducción de María José Díez Pérez




Planeta

Para todos aquellos que tienen el valor
de crear algo nuevo a partir de fragmentos

1

Estaba a la orilla del lago con los brazos extendidos mientras el viento me azotaba la cara y disfrutaba del gélido frío. Las estrellas nos iluminaban. Miré hacia arriba y contemplé las luces resplandecientes, que, al cabo de unos segundos, empezaron a girar.

—¿Un poco más? —inquirió una voz a mi lado, y me volví hacia la chica.

Me sonaba. Probablemente fuera a alguna de mis clases de antes. ¿O a una de las de ahora? No estaba segura. A lo largo de las últimas semanas, en cierto modo, la vida me había pasado por delante a toda pastilla. Clases particulares por la mañana, además del resto de las asignaturas en general, y después las noches. Los numerosos instantes en los que no aguantaba, me quedaba mirando el techo tanto tiempo y me asaltaban recuerdos tan oscuros que lo único que se me ocurría era distraerme. Como había sucedido esta noche.

Sonreí a la chica, cuyo nombre había olvidado, y le tendí el vaso que acababa de vaciar.

—Gracias —repuse, y me complació en el acto sirviéndome más espumoso.

Brindé con ella, después con otras dos compañeras y bebimos todas juntas. Era posible que al día siguiente no me hicieran ni puñetero caso y yo no las reconociera, pero así eran las cosas en el Colegio Everfall. Uno se divertía con personas a las que, después,

fingía no haber visto en su vida. Antes quizá me hubiese molestado, pero, por extraño que suene, ya me daba lo mismo.

Fui apurando el vaso poco a poco y eché la cabeza hacia atrás cuando, de pronto, me asaltaron imágenes.

Una chica de pelo negro que me ofrecía galletas y brindaba conmigo con zumo de naranja, que me abrazaba y me apoyaba, cuyo rostro se desfiguraba en mi cabeza hasta que rompía a reír y decía, con un tono peligrosamente triunfal: «Madre mía, tendrías que verte la cara. Me encanta».

El vaso estaba vacío y lo fulminé con la mirada, como si tuviese la culpa de que me asaltaran los recuerdos. No sabía cuánto espumoso había bebido ya, pero si los recuerdos seguían siendo tan nítidos es que no era suficiente. O que debía recurrir a métodos más drásticos para poner freno a mi cerebro.

Me dirigí a algunos de los otros alumnos y, a la luz del pequeño fuego de campamento, distinguí algún que otro rostro conocido. Vi a Beau, mi ex; a su mejor amigo, Ronan; y a Orla, a la que antes consideraba mi amiga. Al menos hasta que me enteré de que pretendía ligar con Beau mientras aún estábamos juntos. Sí, la relación con mi novio se había roto tiempo atrás, pero, de todos modos, ello no la convertía en una de mis personas favoritas. Igual que ya no tenía en la misma estima a Beau desde que me había dirigido aquellas duras palabras hacía escasas semanas, cuando había dicho que mi magia y yo éramos lo peor que le había sucedido. Todavía me resultaba extraño pasar de alguien con el que había compartido una gran parte de mi vida, pero, para entonces, ya era algo que se me daba muy bien. Solo en momentos de debilidad —casi siempre por la noche— el dolor me recorría el cuerpo y buscaba con desesperación algo que me distrajese.

Miré hacia otro lado deprisa y me uní a los que bailaban. Escuché la música, me mezclé entre la gente y me abandoné a los sonidos de las guitarras y los tambores. Aunque sonaba más bajo de lo que me habría gustado, seguía el ritmo. Empecé a moverme con el pelo de un lado a otro hasta que me mareé. Dejé que alguien me agarrase por las caderas, pero cuando puse mis manos en las suyas y unos brazos me rodearon la cintura, no sentí gran cosa. No había mariposas en el estómago. No había nada.

Fruncí el ceño y seguí bailando. Mi cabeza continuaba sin callarse. Los recuerdos no paraban de llegar. Los de la vida que llevaba antes. Los de la persona que era antes de que viese morir a un chico. Recuerdos de mi fracasada relación, de las burlas que me habían dedicado mis compañeros, de la peligrosa magia oscura que ya formaba parte de mí y me había ayudado a esclarecer un asesinato.

Si aún podía pensar tanto, la cosa no iba bien, nada bien.

—¿Te apetece darte un baño? —propuso alguien, y volví la cabeza.

Era Rafael García, un herrero en ciernes de la Casa de las Artes y los Oficios, la de los Lobos de Bronce. Se quitó con soltura el jersey, que acto seguido acabó en el helado suelo. Otros asistentes a la fiesta se sumaron a él y comenzaron a desvestirse.

—¿Os habéis vuelto locos? —preguntó Orla, mirándolos fijamente.

Sí, era probable.

Y, por suerte, yo también.

Me deshice del jersey y de la camiseta térmica que llevaba debajo, a los que siguieron los pantalones y las botas.

—¡Estáis como una puñetera cabra! —exclamó Hannah—. Estamos a finales de noviembre. Como os metáis en el agua, os sacarán congelados más tarde.

—Eso si los Merrows no os arrastran hasta el fondo. O lo que sea que ronda este lago —apuntó otra chica.

Yo no prestaba mucha atención, ya había echado a andar hacia la orilla. En efecto, la superficie estaba escarchada, una fina capa de hielo brillaba a la luz de la luna. Rafael echó la cabeza atrás mientras pegaba gritos, ya que había sido el primero en llegar a la gélida agua; otros ya estaban entrando en el frío lago, y cuando mis pies tocaron el agua... fue el primer momento en esa noche en el que algo atravesó el estado de entumecimiento en el que me encontraba desde hacía semanas. Algo que no tenía que ver con recuerdos oscuros. Algo que hizo que mi pulso se acelerara, por lo menos hasta que una mano me agarró de la muñeca y me retuvo con fuerza.

Me volví en redondo. Demasiado deprisa, ya que perdí el equilibrio y di un traspié. Otra mano me cogió por la parte superior del brazo para que no me cayese. Esta vez sentí un cosquilleo en la piel. Al parecer, mi cuerpo ya sabía quién me estaba tocando antes de que yo levantara los ojos y le viese la cara.

—¿Quieres decirme qué demonios estás haciendo? —Su voz grave me arrolló.

Dylan estaba allí. Y, muy a mi pesar, mi estúpido corazón reaccionó inmediatamente a su presencia. Me vibraba el pecho, algo que sin lugar a dudas no debía ocurrir cuando veía al único Reaper del colegio.

El pelo negro le caía por la frente y su expresión era sombría, como si no le apeteciera lo más mínimo estar allí. Mis ojos se detuvieron un segundo más de lo necesario en sus anchos hombros antes de volver a su rostro. Me di cuenta de que la gente daba un gran rodeo al pasar cerca de nosotros, y lo cierto es que no se lo podía reprochar. Dylan tenía fama de ser peligroso. Su poder

consistía en atravesar el velo con el alma de los difuntos para acompañarlas al más allá y asegurarse de que lo cruzaban y no se veían obligados a llevar una desoladora existencia como espíritus durante toda la eternidad. Hacía cientos de años, no obstante, nuestros antepasados, los Tuatha dé Danann, a los que debíamos nuestra magia, habían tomado una decisión especial según la cual, en caso de guerra, los Reapers podían utilizar su mortífero don para arrebatarles el alma a pueblos enemigos, como los Fomorianos. En la actualidad esto era ilegal: nadie podía utilizar la magia que nos regalaban nuestros antepasados contra otros descendientes ni contra ningún mortal. Sin embargo, no afectaba en modo alguno al respeto que todo el mundo le tenía a Dylan. Y era comprensible, puesto que todo el que había visto con sus propios ojos su magia sabía de lo que era capaz. Que además trapichease con drogas y alcohol, y que estuviera dispuesto a hacer casi cualquier cosa por dinero, con independencia de cuántas normas de Everfall contraviniese, reforzaba esta impresión.

—Celebrar la vida —respondí tarde. Arrastraba las palabras, yo misma oí lo mucho que el alcohol frenaba mi lengua.

Dylan frunció el ceño.

—Pues a mí más bien me parece que te estás poniendo en peligro a propósito.

Me zafé de sus brazos.

—No soy la única que se está bañando —apunté, y señalé al resto.

Él miró a los demás antes de centrarse de nuevo en mí.

—El resto me importa bastante menos. He venido por ti.

—Ya, pues yo no te lo he pedido. —Me encogí de hombros.

La arruga de su entrecejo se volvió más profunda.

—Vamos.

—¿Adónde? —Una sonrisa lenta, agridulce, se extendió en mis labios. Di un paso hacia él, el agua le salpicó las botas cuando le puse una mano en el pecho—. ¿A tu habitación?

Me estudió el rostro con la mirada y después siguió bajando hasta mi sujetador de encaje. Solo un instante, pero lo vi, y experimenté una sensación de triunfo. Los músculos de la mandíbula se le marcaron.

—Déjate de jueguecitos, Miss Everfall.

Dylan sabía de sobra que me sacaba de quicio que me llamara así. Por una parte, por el tono burlón de su voz; por otra, porque hacía tiempo que yo ya no formaba parte del comité del certamen de belleza del colegio y el recuerdo todavía me asestaba una pequeña punzada de dolor. Además, me trataba como si estuviese dándome una clase particular. Provocarme era una de las especialidades de Dylan, y parecía saber exactamente qué botones debía pulsar para lograrlo. Me pregunté sin querer si lo haría a propósito, si de ese modo pretendía que yo sintiese algo que no fuese entumecimiento. Pero deseché la idea en el acto.

Interpretar en exceso su comportamiento no era lo que más me convenía. Había habido momentos en los que lo había hecho. Uno de ellos había sido casi dos meses atrás, la noche que lo hirieron durante un combate y le curé las heridas. Durante un instante, cruzamos la frontera que nos separaba: lo besé y, por primera vez, cogí algo que quería sin pensar, sin tener en cuenta las consecuencias. Pero de eso hacía ya muchas semanas, y no se había repetido desde entonces, lo cual no se debía a una falta de interés por mi parte. Sin embargo, había chocado contra el muro de acero que Dylan había vuelto a levantar. Daba la impresión de que solo se concentraba en ser mi mentor, el cometido que le habían asignado en Everfall y que incluía clases particulares por la mañana y mucho

entrenamiento. Y, cómo no, también ocuparse de que yo no hiciera ninguna tontería. Como si su tía, la profesora Chen, lo hubiese elegido no solo como mi mentor, sino también como mi guardaespaldas personal. Como si para él yo no fuese más que un puñetero trabajo.

Esa idea también me hacía daño, y tenía que conseguir que desapareciese.

—Puedes contárselo a tu tía, si quieres —dije, y odié lo rasposa que sonó mi voz—. ¿O informas directamente a la directora Baskerville? Ve a hablar con ella, anda.

Con estas palabras di media vuelta y fui a unirme a las siete personas que, a esas alturas, ya se estaban bañando en el lago y que, debido al frío, lanzaban ruidosos gritos de alegría y chillaban.

—Más te vale que mañana por la mañana estés despejada —me advirtió Dylan, que estaba detrás de mí.

—O si no, ¿qué? —intenté picarlo—. ¿Me harás sudar más durante el entrenamiento?

Cuando volví la cabeza, solo vi su cara de pocos amigos. Me dejé caer de espaldas en el agua y jadeé cuando el frío glacial me golpeó, me sumergí en la oscuridad y un sinfín de alfilerazos fríos y al mismo tiempo calientes me acribilló las extremidades. Aguanté bajo la superficie hasta que la presión en mi pecho alcanzó su punto máximo. De pronto, dos fuertes brazos me agarraron y me obligaron a subir. Cogí aire, jadeando, y vi delante a Dylan, que me fulminaba con sus ojos oscuros.

—Maldita sea, Zoey —gruñó.

Su tono duro atravesó mi embotamiento por lo menos tanto como el agua helada. Me puse rígida cuando en mi escudo protector aparecieron grietas y el dolor se coló dentro de mí. Un dolor que

mantenía bajo llave con mucho cuidado, porque era importante que no escapase. Las consecuencias serían fatales.

Sin decir más, Dylan me cogió y se me echó al hombro.

—¡¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?!

—Llevarte a casa.

—¡Bájame ahora mismo!

Ignorándome por completo, salió del agua. Cuando llegamos a la orilla, vi con el rabillo del ojo que la gente que estaba allí se quitaba de en medio sin perder ni un instante. Probablemente, Dylan había puesto su cara de Reaper más sombría, la que siempre aterrorizaba a la gente del campus, cosa comprensible. Podía ser espeluznante cuando quería.

Al pasar, cogió su abrigo de una rama baja antes de seguir avanzando entre los árboles del bosque limítrofe.

—Mis cosas están junto al lago —protesté. Con cada paso que daba, su hombro se me clavaba en el estómago y me entraron ganas de vomitar.

Cuando nos distanciamos unos metros de la fiesta, me bajó. Mi cuerpo resbaló pegado al suyo, centímetro a centímetro, y contuve la respiración cuando volví a sentir el suelo bajo mis pies. En los ojos marrones de Dylan seguía causando estragos una tormenta, lúgubre e imparable; su semblante estaba envuelto en ira y en algo más que no supe determinar con precisión.

Levantó las manos y me echó el abrigo por los hombros. Solo entonces fui consciente de que me tiritaba todo el cuerpo. Tanto, que los dientes me castañeteaban. Él, por lo visto, se controlaba mejor. Sus dedos se movieron con destreza, me fue abrochando un botón tras otro hasta cerrar el abrigo de arriba abajo. Después dio media vuelta y fue a por mis cosas, me ayudó a ponerme las botas y

permaneció en silencio tanto tiempo que creí empezar a sentir las oleadas de ira que emanaba.

Cuando se irguió, noté que me miraba, pero lo rehuí. Pasaron unos segundos tras los que me puso los fríos dedos bajo la barbilla y me la levantó para que lo mirase a la cara. La garganta se me secó cuando vi el sinfín de emociones en su semblante, normalmente tan inexpresivo.

—Basta ya —dijo.

—¿De qué? —Mi voz apenas se oía en el bosque.

—De excluirme. De ponerte en peligro adrede. —Me soltó la barbilla. Solo entonces me di cuenta de que la había descansado en su mano.

Me puse a buscar las palabras adecuadas, pero todas las que me vinieron a la cabeza abrirían de nuevo la herida que tenía dentro, y no quería ni imaginarme lo que pasaría si llegaba a suceder eso. En ese momento, el mero hecho de respirar me resultaba doloroso.

—¿A ti qué te importa? —gruñí.

—Me niego a contestar una pregunta tan estúpida. Y ahora vamos. Me estoy pelando de frío.

Dicho eso, echó a andar hacia el camino secreto que subía hasta la residencia de los Cuervos de Plata bordeando el campus. No me quedó más remedio que seguirlo. Me arrebujé más en el abrigo y metí las manos en los bolsillos, envuelta en su agradable olor y el calor que conservaba.

2

Durante el día me sentía mejor, porque había cosas en las que podía concentrarme. En no quedarme atrás en mi nuevo plan de estudios, en tomarme en serio el entrenamiento para que nadie pudiera volver a atacarme con tanta facilidad como había sucedido hacía dos meses escasos y también en cosas sencillas como, por ejemplo, decorar la habitación que compartíamos Kenna y yo.

Mi amiga y yo íbamos de camino al comedor del edificio principal de Everfall para almorzar juntas. Se me había cogido del brazo y daba saltitos de lo contenta que estaba.

—Tu madre es tan guay... —comentaba—. No me puedo creer que también haya encargado un cobertor para mí.

Por la mañana había llegado un paquete a nuestra habitación en el que había dos enormes y preciosas colchas de la mejor calidad, una para la cama de Kenna y la otra para la mía. La habitación, que unos meses antes era tan aburrida y sobria, con el tiempo —y con la ayuda de mi madre— había ganado un poco en color. Aunque la relación entre mi madre y yo era complicada, cuando se trataba de cosas como ropa o mobiliario no lo parecía en absoluto.

Sonreí para mis adentros.

—Te gusta de verdad, ¿no?

Kenna asintió con tal vehemencia que sus rizos se movieron con la misma energía que ella.

—Ya lo creo. Nunca había tenido algo tan suave, tan mullido y tan bonito. ¡Incluso sabía que el coral es mi color favorito!

—Mi madre tiene olfato para esas cosas.

Ella me miró con cara de sorpresa.

—¿Lo dices en serio? ¿No se lo has chivado tú?

—No, la verdad es que no. Puede que tenga algún tipo de magia adicional...

Kenna soltó una risita mientras nos poníamos a la cola de la comida.

—Le escribiré una tarjeta. O le mandaré flores. O las dos cosas.

Su entusiasmo me hizo sonreír, aunque fuese con reticencia. Después de que mi madre sanara a Kenna la noche en la que Cree y Violet nos atacaron, mi amiga empezó a sentir una suerte de admiración por ella. Era muy bonito ver cómo Kenna se iba soltando poco a poco; ya no era la chica cerrada que yo había conocido en su día, sino una amiga fuerte y leal. Le había cogido tanto cariño que, cuando entrenaba, a veces solo tenía que pensar en que no volvería a permitir que alguien la atacara para esforzarme más.

—Lasaña, por favor —dijo ella. Yo pedí lo mismo y continuamos con nuestras bandejas hasta la zona del postre.

Ella cogió la penúltima mousse de chocolate y siguió hacia la caja. Justo cuando yo iba a coger la última, alguien me empujó, se coló y me la quitó delante de las narices.

Era una chica de pelo castaño y corte *pixie*, espalda ancha pero estatura baja. Supe de quién se trataba antes de que volviese la cabeza y me lanzara una sonrisa antipática.

Georgina Donovan, que ahora estaba oficialmente condenada a muerte.

Lo sabía, por una parte, porque yo era una Banshee y podía prever la muerte de personas de mi entorno, pero sobre todo porque mataría a esa idiota con mis propias manos. Si Georgina y su sonrisa de suficiencia terminaban muertas, yo sería la responsable. Lo había

decidido hacía apenas dos meses, cuando me rompió la nariz para demostrar lo mal que se me daba la lucha cuerpo a cuerpo. Aunque seguía sin ser buena, a lo largo de las siete últimas semanas me había vuelto más rápida y más hábil. Además, contaba con una gran ventaja: debido a mi magia, casi todos en Everfall me temían, algo que podía utilizar en mi propio beneficio.

En ese momento Georgina estaba junto a la caja del comedor con el postre robado en su bandeja, una señal del rencor que me guardaba, que al parecer no había ido a menos. Pues bien, el sentimiento era mutuo.

Deposité mi bandeja con estrépito en el espacio que había junto a la caja. Georgina se volvió hacia mí y me miró. Me esforcé por parecer lo más ausente posible y mantuve esa expresión unos segundos antes de volver a clavar la vista en ella y abrir mucho los ojos, fingiendo cara de susto. Cogí aire y Georgina se puso pálida. Dio un paso hacia atrás, luego otro, hasta que chocó con un compañero. Mientras tanto, yo abrí la boca e hice como si fuese a ponerme a chillar de un momento a otro. Antes de que me diera cuenta, ya se había ido. Dejó la bandeja junto a la caja.

Esperé hasta que se hubo esfumado, esbocé una sonrisa falsa, cogí el postre de la bandeja de Georgina y lo puse en la mía, junto a mi comida. Después me dirigí a la cajera.

—Esto, por favor —dije, y saqué la tarjeta de crédito.

La mujer, que al parecer no se había enterado de lo que había sucedido, me cobró con indiferencia. Noté que se me ponía alguien detrás. Sentí un cosquilleo en la nuca cuando se inclinó hacia mí. Supe quién era antes de oír su voz. Igual que la noche anterior.

—He visto perfectamente lo que acabas de hacer —me susurró al oído.

La cajera me devolvió la tarjeta, me la guardé en la cartera e intenté sosegar mi acelerado corazón.

—Bien —repuse en un murmullo. Cogí mi bandeja y me di la vuelta con la barbilla alta.

Dylan me dirigió una mirada sombría.

—No está bien hacer creer a la gente que va a morir pronto.

Era como si fuese la voz de mi conciencia, ya que la mía, hasta el momento, no había dado señales de vida. Pero si pensaba que le estaba funcionando, se equivocaba de medio a medio. Me encogí de hombros con indiferencia.

—Tampoco está bien partirle la nariz a la gente.

Dylan ladeó la cabeza.

—Si mal no recuerdo, tú a mí también me rompiste algunos huesos y te he perdonado. Así que ¿por qué no empiezas a ser un poco más indulgente?

Enarqué una ceja.

—En primer lugar, no te los rompí a propósito, y lo sabes. Y en segundo lugar... —No había terminado la frase cuando me percaté de lo cerca que estaba de mí y lo bien que olía. A café y al cuero de su cazadora, y sencillamente a él. Entonces me acordé de que su abrigo todavía estaba en mi habitación. Por la mañana me había despertado resacosa y tapada con él, pero eso era un secreto que me llevaría a la tumba. Y confiaba en que Kenna también, que se había partido de risa al verme.

Me quedé mirándolo un segundo más de lo que hubiese querido, sobre todo cuando de la media trenza en la que se había recogido el pelo, cada vez más largo, se le soltó un mechón. Su roce me hizo cosquillas en los dedos y agarré con más fuerza la bandeja. Tanto que los nudillos se me pusieron blancos.

—¿En segundo lugar? —insistió, y le entregó su tarjeta a la cajera sin dejar de mirarme.

Me concentré como pude.

—En segundo lugar, soy rencorosa. No olvido nada. Nunca. Cuando alguien me trata mal, lo pongo en una lista imaginaria y ahí se queda durante toda mi vida.

Las comisuras de la boca de Dylan se elevaron. Vi que le divertía, pero rara vez se permitía reír de verdad. Muy rara vez, para mi gusto, aunque eso era algo que jamás dejaría que supiese.

—Perdonar es una virtud, Miss Everfall.

—Es hora de comer, las clases particulares han terminado por hoy. —Lo admitía, no era la mejor réplica, pero no se me ocurrió otra cosa.

Me miró tranquilamente, el amago de sonrisa se esfumó.

—No te compliques la vida más de lo necesario.

Ahí estaba otra vez. El protector. El que me señalaba mis errores y me obligaba a enfrentarme a ellos. Sentí una opresión en el pecho.

—Gracias por la valiosa lección, profesor Park —dije entre dientes.

Busqué a Kenna y la descubrí poco después sentada a una mesa junto a un pelo rojo que me resultaba familiar. Era la mesa a la que solíamos sentarnos los tres a comer. Dos meses antes solía pedirle a Dylan que se nos uniese, pero nunca lo había hecho. Y ahora..., ahora había tanta tensión entre nosotros que ya no me atrevía.

—Tengo que irme —añadí, y me aparté de él.

Noté su mirada durante todo el camino hasta nuestra mesa, donde dejé la bandeja metiendo ruido. Con el rabillo del ojo vi que la espigada figura de Dylan salía del comedor; solo llevaba un vaso en la mano. Reprimí las preguntas que me asaltaron. Por ejemplo, adónde iría, qué haría y con quién. Pero no era de mi incumbencia.

Me había dejado claro en más de una ocasión que, para él, yo no era más que un puñetero trabajo.

—Por un momento pensé que ibas a pelearte otra vez con Georgina —comentó Murphy, que se balanceaba sobre las patas traseras de su silla y justo entonces se echó hacia delante.

Me limité a fruncir el ceño.

—No a todo el mundo le gusta la lucha tanto como a ti, señor Explorador —apuntó Kenna.

Murphy sonrió y se metió en la boca un entrante cuyo olor a ajo llegó hasta mí.

—Si de verdad quiero ser Explorador, tiene que gustarme la lucha. Con los Caballeros apenas se hace otra cosa.

Los Exploradores eran una suerte de unidad especial dentro de los Caballeros de Danu. Si hacía siglos que los Caballeros iban a la guerra por los descendientes de los Tuatha dé Danann y en la actualidad protegían a las familias del Consejo, los Exploradores eran una pequeña subunidad de espías que vigilaban al enemigo. Muchos Cambiaformas, como Murphy, aspiraban a ocupar ese cargo en nuestro mundo, pero solo unos pocos conseguían entrar, ya que los exámenes de ingreso eran sumamente duros. Y aunque este pelirrojo pecoso y divertido con su desenfado parecía no pegar en semejante ocupación, yo deseaba que antes o después cumpliera su sueño. Se esforzaba mucho por conseguirlo, y eso a pesar de que solo estábamos en tercer año y no en el quinto y último de Everfall.

—Como sigas haciendo tanto entrenamiento extra, dentro de poco los brazos harán que te estalle la camisa —señalé mientras apuntaba con el tenedor al torso de Murphy, que a lo largo de los últimos meses se había ensanchado. Cuando lo conocí, era más esmirriado; ahora la camisa térmica gris oscura se le tensaba en los brazos.

—No sabía que te preocupan mis músculos, Zoey. Si quieres, te dejo que me los toques. —Sacó bola y se inclinó hacia mí, pero rehusé el ofrecimiento.

—No, gracias. Mi necesidad de músculos de acero está más que cubierta con los entrenamientos —repuse, pero me percaté de que Kenna le miraba los bíceps a Murphy... unos segundos de más. Murphy se volvió y también se los enseñó a ella.

—No te cortes, Sully. Sé que quieres hacerlo. —Movió las cejas.

Kenna arrugó la nariz y devolvió su atención a la lasaña que había en el plato.

—Yo tampoco tengo ninguna necesidad, lo siento, Murphy.

Él se limitó a encogerse de hombros y a continuación miró mi postre con gran interés.

—¿Te lo vas a comer?

—Claro —respondí.

Puso una cara de pena tan exagerada que le cedí el vasito de mousse que acababa de disputarme con Georgina. Murphy sonrió de oreja a oreja y comenzó a comérselo al instante.

—¿Creéis que eso es para el torneo? —inquirió Kenna, con la vista clavada en alguien que estaba detrás de mí.

Volví la cabeza y observé a los alumnos que estaban entrando. Parecían algo mayores que nosotros, quizá fueran de quinto año, y atravesaron el comedor cargando de dos en dos unos cajones de madera que tenían pinta de ser muy pesados.

—No lo creo —opinó Murphy con la boca llena—. Las pruebas se mantienen bajo llave hasta que se anuncian. No tendría mucho sentido que los alumnos se pasearan con el material de un modo tan evidente.

En Everfall había varios torneos al año, principalmente para los alumnos que tenían un don para la lucha, como por ejemplo los

descendientes de Lugh, Dagda, Morrigan o Nuada. El torneo de fin de año, sin embargo, era el más importante y el que tenía las pruebas más peligrosas..., además del que más puntos sumaba a las notas. Si algunos torneos se celebraban en el gimnasio a lo largo del curso, para el torneo de fin de año se utilizaba todo el campus. Había que superar distintos cometidos que estaban consagrados a las divinidades. Aunque giraba en torno al arte de la lucha, también se concedía importancia a quién actuaba con más inteligencia y tenía mejores ideas. Todo ello, claro, se hallaba sometido a las estrictas normas de Everfall, si bien los alumnos resolvían la mayoría de las cosas entre sí y los profesores solo intervenían en caso de que existiera verdadero peligro.

—¿Quieres participar en el torneo? —pregunté, y bebí un sorbo de la botella.

—Claro. Me apunté en cuanto salieron las listas —repuso Murphy —. ¿Y vosotras?

Kenna y yo nos miramos. Mi amiga levantó el tenedor.

—Prefiero clavarme este tenedor en un ojo a hacerme eso.

—Macabro, pero vale. ¿Y tú? —me preguntó a mí.

Lo miré a sus ojos azules frunciendo la frente.

—No, gracias. Ya tengo bastantes moratones de entrenar.

—Vaya dos aguafiestas. ¿Dónde está vuestra ambición? —inquirió Murphy, y dejó la cucharilla en el vaso.

—No necesito puntos extras en las notas, voy muy bien —aseguró Kenna con una sonrisa agridulce, aunque a mí sus palabras me provocaron una mueca. Debido a que había cambiado de especialidad hacía unos meses, todavía iba retrasada, aunque me tomaba en serio la ayuda que me prestaba Dylan y estudiaba como una loca. Mis notas en algunas de las nuevas asignaturas podrían haber sido mejores. Con todo, no quería participar en un torneo que

no consistía más que en superar a mis compañeros con todos los medios posibles durante varias semanas. Conocía esa competencia por Beau, mi exnovio, y por mi antigua pandilla. Beau, Ronan, Darragh y Orla siempre habían participado en los torneos mientras la que había sido mi mejor amiga, Violet, y yo permanecíamos al margen y los animábamos, sobre todo a Beau.

Sentí una punzada en el pecho, tan fuerte que durante un momento me costó respirar.

El rostro de Violet apareció en mi cabeza y fue como si me rodearan el tórax unas pesadas cadenas de hierro que cada vez me comprimían más.

Perderme por las noches en el entumecimiento era una cosa, pero ahora... Ahora no me lo podía permitir. No cuando todavía tenía clases y mis amigos estaban ahí. Con ellos me sentía tan capaz de fingir que todo era normal que a veces casi me lo creía incluso yo misma. Aunque sabían que asistía a muchas fiestas, desconocían el motivo. Y era mejor que siguiera siendo así. No podía permitirme perder la compostura, así que respiré hondo una vez y me esforcé por adoptar una expresión neutra.

—Vamos, Zoey, no me dejes colgado —me instó Murphy.

—Lo siento, pero sabes que me caería con todo el equipo en la primera prueba.

Me miró con escepticismo y después observó de nuevo a Kenna.

—Os subestimáis, las dos. Aunque no llegaseis a la última prueba, ya solo con salir airoso en una de ellas recibes puntos extras. Aunque no son tantos como los que dan a los que llegan al final, algo es algo.

—No me apetece ponerme a entrenar cada minuto libre que tenga de cara a unas pruebas de las que no sabré nada hasta poco antes de que den comienzo para, después, pelearme por unos puntos más

en las notas con los alumnos de Everfall que están más pirados. Además, la mayoría se lo harán en los pantalones en cuanto estén conmigo en un espacio estrecho —aseguró Kenna.

Desde que compartíamos habitación, había aprendido algunas cosas sobre mi amiga. Era una Dearg Due. A la mayoría de ellas les habían quitado la vida con brutalidad y habían salido de su tumba resucitadas por una magia oscura y un desmesurado deseo de venganza. Decían que perseguían a sus asesinos hasta que daban con ellos y les chupaban la sangre, y que una vez que lo conseguían, para ellas ya no había vuelta atrás y pasaban su existencia como muertas vivientes, se veían obligadas a beber sangre y tenían una fuerza física sobrehumana. Por ese motivo las Dearg Due —como también me sucedía a mí— eran unas apestadas, lo cual no se debía más que a prejuicios absurdos, porque Kenna era cualquier cosa menos peligrosa.

Sí, bebía cada pocas semanas una gran bolsa de sangre, que solía verter en una taza opaca, pero con sus bonitos pasadores con florecitas en los pequeños rizos oscuros, las blusas con volantes, los petos y su debilidad por las novelas románticas históricas, mi compañera de habitación me parecía cualquier cosa menos terrorífica. Se había convertido en mi amiga, y por mis amigos yo haría cualquier cosa, igual que ella. Tenía buen corazón, y si uno se encontraba en peligro, sus colmillos podían ser de lo más práctico, como nos lo había demostrado aquella noche fatídica en la que nos apresaron y conseguimos escapar uniendo nuestras fuerzas.

—Quizá debiera buscarme otros amigos —farfulló Murphy, y nosotras nos miramos.

—Prueba a ver —dije, y Kenna esbozó una sonrisilla.

—Y yo que creía que éramos insustituibles —añadió ella.

Murphy suspiró, resignado.

—Por desgracia, es verdad. Debería habérmelo pensado mejor antes de haceros perder la cabeza con mi gran carisma.

Kenna soltó una carcajada y a mis labios también asomó una sonrisa. Y sentí que las cadenas que me oprimían el pecho empezaban a aflojarse. Noté que me costaba menos respirar y que las espantosas imágenes que poblaban mi cabeza se desvanecían mientras Murphy empezaba a enumerarnos sus virtudes como amigo y yo me concentraba exclusivamente en eso y en la risa argentina de Kenna.

3

Desde que había cambiado de especialidad en Everfall, había aprendido algunas cosas. Por ejemplo, que en mí había una fuente de magia que podía controlar. Había aprendido que era capaz de reconocer peligros inminentes para evitar una desgracia peor y proteger a las personas de mi entorno. Había aprendido, además, lo importante que era respetar el orden natural de las cosas y que mi cometido consistía en mantener el equilibrio que existía entre la vida y la muerte.

También había cosas que habría tachado encantada del plan de estudios. Jamás lo habría pensado, pero para entonces incluso había llegado a echar de menos las clases de Botánica del sanador Sheehan, aunque en su día me peleaba constantemente con él. Sin embargo, al fin y al cabo nunca había sido malicioso, a diferencia del profesor Cusack.

El profesor de Guía de Almas me tenía fichada desde la primera clase. No mostraba piedad ni consideración alguna con las personas que se quedaban rezagadas en la materia, y no se cansaba de repetir que todos los que habíamos sido bendecidos con la magia de la muerte llevábamos en la sangre la guía de almas. Es posible que fuera así en el caso de algunos alumnos, pero no en el mío. Para mí esa asignatura —al igual que muchas de las cosas que concernían a la magia de la muerte— era como una ecuación que me sentía incapaz de resolver; sobre todo, porque gran parte era teoría más bien vaga. En mi antigua especialidad me preparaba, en especial,

para sanar y, además de distintos hechizos, la asignatura de Botánica también constaba de ejercicios prácticos que me ayudaban a diferenciar plantas venenosas de medicinales. Podía asir cosas y yo estaba en mi elemento. Ahí no sucedía eso.

El aula del profesor Cusack se encontraba en la última planta del edificio principal del centro. Altas ventanas con forma de arco dejaban pasar la luz matutina, tanto que a algunos nos cegaba. En las paredes había complicadas representaciones de distintas runas y fórmulas, cuya importancia debía de tener que ver con rituales para el paso al más allá. Si las miraba con atención, sin embargo, los detallados símbolos parecían bailar ante mis ojos, así que no me entretuve demasiado con ello y me concentré en el hombre mayor que se hallaba delante. El profesor Cusack lucía un pelo entrecano que en algunas partes todavía era rubio oscuro y unos ojos azules fríos que se ocultaban tras unas gafas con una fina montura metálica. Ahora esos fríos ojos azules estaban fijos en alguien de la última fila, y exhalé un suspiro apenas perceptible, ya que me había librado del siguiente ataque. Preguntaba por los detalles de los distintos reinos del más allá, y yo siempre los confundía.

—Sí, señorita Higgins —dijo el profesor.

—El espacio de transición se denomina reino astral —respondió mi compañera—. Allí llegan todas las almas tras la muerte y allí es donde se decide adónde irán a continuación.

—¿Qué otros reinos hay? —quiso saber Cusack, y miró entre las filas. Yo conocía esa mirada escrutadora. Buscaba a alguien que no levantase la mano. Alguien que estuviese distraído.

—Señorita O'Sullivan —llamó su voz cortante. Miré a Kenna, junto a la que no me había podido sentar porque, después de mi cambio de especialidad, el sitio ya estaba ocupado.

—Pues también está... —empezó, y se rascó la mandíbula—. El..., esto. El reino de las sombras.

—Correcto. —A decir verdad era asombrosa la decepción que podía transmitir ese hombre con una sola palabra.

A continuación se dirigió al siguiente alumno y lo instó con un gesto a continuar donde lo había dejado Kenna. Mi amiga me miró un instante y yo hice un amago de mueca, que provocó que las comisuras de su boca se elevaran. Después me centré deprisa en mis apuntes, que aunque eran muy pulcros no servían de gran cosa si uno solo retenía la mitad de la información que había en ellos.

—El reino de las sombras es un lugar de oscuridad, en el que solo imperan el miedo y la perdición. Según las leyendas, en él moran las infelices almas de todos los que perdieron en batallas contra los Tuatha dé Danann —prosiguió Robert.

—Muy bien, señor Kennedy. —El profesor Cusack empezó a caminar a un lado y a otro—. Es imprescindible que se conduzca al lugar adecuado a las almas que llegan al reino astral. Algunas veces esto sucede por cuenta propia, pero no siempre es así. En tal caso, personas como ustedes tendrán que guiarlas para que las almas que no deben no entren en Tír na nÓg. —Retrocedió—. ¿Qué importancia reviste Tír na nÓg para ustedes, descendientes de los Tuatha dé Danann?

Para variar, esa era una pregunta cuya respuesta conocía, así que levanté la mano. El profesor Cusack, cómo no, pasó de largo y eligió a alguien que estaba detrás de mí.

—Tír na nÓg también se conoce como «la sagrada tierra de la eterna juventud». Allí es donde al parecer se retiraron los Tuatha dé Danann después de librar la última batalla. Tír na nÓg es una parte importante de nuestra historia, ya que de ese reino proviene la magia con la que se nos ha bendecido a todos. Y, tras nuestra

muerte, se supone que nuestra alma regresará allí, donde se reunirá con las divinidades durante toda la eternidad.

Cusack, al parecer satisfecho, continuó. El resto de la hora siguió preguntando a quienes levantaban la mano y después a alguien que a todas luces tenía la cabeza en otra parte, y, unos minutos antes de terminar, sacó los exámenes que habíamos hecho la semana anterior. Los fue repartiendo poco a poco. A veces decía unas palabras de elogio, luego nada, otras veces lanzaba miradas severas, y cuando llegó a mí, profirió un suspiro.

—Veo que sigue usted igual. Tendré que hablar al respecto con la directora Baskerville —dijo en voz alta, para que todo el mundo lo oyera. Sentí una opresión en el pecho cuando me puso delante el examen.

«Suspenso», ponía en grandes letras rojas. Contuve la respiración. Aunque no creía haberlo hecho especialmente bien, no me esperaba un resultado tan malo.

—Guía de Almas requiere una entrega que sigo buscando en usted y no encuentro, señorita King. Como continúe así, no aprobará esta asignatura —afirmó, esta vez con un tono de voz bastante más bajo, pero el silencio que se había hecho en el aula garantizó que, pese a ello, todos lo oyeran.

Con estas palabras, el profesor se dirigió al siguiente alumno mientras yo me ponía roja como un tomate de la vergüenza. Ladeé la cabeza y miré a Dylan, que estaba en el extremo de la fila y sin duda se había enterado de lo que acababa de suceder. Pero él me evitó, metió sus cosas en su mochila deprisa y corriendo, y se levantó en cuanto sonó el timbre, sin tan siquiera mirarme una vez.

La opresión que sentía en el pecho aumentó, pero mantuve la cabeza alta, aunque se me antojase casi imposible.

La fiesta de esa noche se celebraba en la nueva herrería. Resultaba extraño estar otra vez en ese sitio, pero ya había bebido algo y poco a poco la música fue permitiendo que los recuerdos se desdibujaran.

La nueva herrería parecía una copia de la otra: había varias aulas, un estudio y la herrería en sí, con pequeños espacios delante en los que se celebraba la fiesta. Casi seguía sin poder creerme lo deprisa que habían vuelto a levantarla después de que fuera destruida. Los Lobos de Bronce por fin podían recibir las clases de nuevo en su propio edificio. Dejé vagar la mirada por la fragua, por el yunque y por los numerosos bloques de metal que los alumnos trabajarían hasta convertirlos en armas reforzadas con magia.

—Extraño, ¿no? —preguntó alguien a mi lado, y me volví. Era Rafael, que sostenía en la mano dos vasos. Me miraba con complicidad, como si adivinase cuáles eran mis pensamientos. Y eso que no había estado presente la noche en la que Cree y Violet se quitaron la careta.

—Sí —afirmé de todas formas, y acepté agradecida el vaso que me ofreció. Bebí un sorbo y un sabor dulce y afrutado, como a cereza, se extendió por mi boca.

—No sé qué pasó exactamente, pero... me lo imagino —aseguró.

—¿Tú sabes qué fue lo que Finn forjó para Cree en su día? —Ya llevaba algún tiempo preguntándome quién lo sabía, pero nadie hablaba del tema.

—No al principio, pero después me puse a indagar, y supongo que es algo que tiene que ver con los tesoros de Danu...

El Consejo, del que también formaba parte mi madre, guardaba en absoluto secreto los cuatro tesoros de Danu, ya que eran poderosas armas. Hacía dos meses escasos, Cree Whelan, compinchado con su hermana y antigua mejor amiga mía, Violet,

había encargado una copia de uno de esos tesoros, la Espada de Nuada. Finn Thompson había sido el que había forjado la espada; también había forjado en secreto junto con Rafael armas reforzadas con magia para otros alumnos a cambio de mucho dinero.

—Me figuro que no me vas a contar de qué va todo esto, ¿no? —inquirió Rafael mientras yo bebía un poco más.

Después de que Violet redujese a cenizas la herrería y Cree consiguiera escapar, el Consejo y los Guardianes intervinieron. La directora Baskerville nos pidió a Dylan, Kenna, Murphy y a mí que fuésemos discretos con lo que había sucedido, para que no cundiese el pánico en el campus. Aunque en Everfall se había corrido la voz de que Cree y Violet habían sido los culpables de la muerte de Finn Thompson, nadie sabía cuál era el verdadero motivo: que querían hacerlo callar porque había forjado una copia de la Espada de Nuada. Cree pretendía cambiarla por la original y robar esta reliquia a la familia del Consejo que la protegía.

Yo estaba segura de que estaban pasando muchas más cosas entre bastidores, ya que mi madre siempre parecía muy seca cuando hablábamos por teléfono, pero no me dejaba tomar parte en ellas. La directora Baskerville tampoco volvió a mencionar el asunto conmigo o con mis amigos. Y eso a pesar de que Cree había huido con la copia de la espada y los Guardianes solo habían conseguido apresar a Violet. La única medida visible era que varias unidades de Caballeros patrullaban por el campus en cuanto oscurecía y nuestras fiestas tenían que ser más tranquilas para que no nos pillaran.

—Yo solo quiero olvidar todo este asunto —respondí, con cierto retraso, y cuando miré a Rafael, vi que sus labios dibujaban una media sonrisa.

—Pues hacer olvidar se me da especialmente bien —afirmó, y me rodeó la cintura con un brazo.

Me quedé sin aliento cuando me atrajo hacia él y empezó a moverse despacio al ritmo de la música. Me adapté a sus movimientos con naturalidad. Me mecí pegada a él y constaté, sorprendida, lo bien que bailaba. Además, Rafael era fornido, como muchos herreros ejercitaba los brazos. También era atractivo, con rasgos marcados, la piel morena, y estaba seguro de sí mismo en su justa medida. Me caía bien. Casi deseé que me cayese más que bien para poder perderme en algo.

Cerré los ojos y me abandoné al baile. Mientras lo hacía, aparté los retazos de conversaciones del resto, al igual que los recuerdos de lo que había ocurrido en aquel sitio tan solo unos meses antes.

Cerrar los ojos fue un error.

En el acto aparecieron imágenes de Cree y Violet. Me vi luchando contra ellos, vi a Cree viniendo hacia mí de manera inexorable hasta que lo empujé contra el fuego incandescente de la fragua y el olor a carne quemada se extendió en la herrería.

Abrí los ojos y... casi doy un traspié cuando descubrí a Dylan.

Estaba apoyado en la pared de enfrente con los brazos cruzados, tan sumido en las sombras que muchos de los presentes probablemente no lo vieran. Pero yo sí. Hubiera podido reconocerlo en cualquier parte, hasta con los ojos vendados.

Las manos de Rafael seguían en mi cuerpo. Nos movíamos al ritmo de la música, me apretaba contra él mientras esbozaba una sonrisa encantadora. De repente me dio una vuelta con brío, de forma que quedé con la espalda contra su pecho y él se acurrucó contra mí. Continuamos bailando mientras Dylan nos miraba. Yo quería que me viera. Sentí el deseo irracional de que volviera a cogerme y a echárseme al hombro. De que estuviera celoso. De que me deseara tanto como yo a él.

Sin embargo, mi deseo no se cumplió. Dylan mantuvo el control, como casi siempre. Vio que Rafael se pegaba a mí, que yo le ponía una mano en la nuca y su boca se acercaba a mi cuello. Yo no sentía nada. Nada en absoluto. Por más que quisiera que no fuese así.

Me pregunté si algo en mí se habría roto.

Cuando la canción terminó, me separé de Rafael. Alguien se aproximó a decirle algo y yo fui hacia Dylan. Me paré delante de él, que me miró, la expresión de sus oscuros ojos era insondable.

—¿Te lo estás pasando bien? —Sus palabras me rozaron casi con suavidad. Tras ellas acechaba algo, pero no supe identificar qué era.

—Me lo pasaría mejor si fueras tú quien bailara conmigo —le contesté. Sin duda el alcohol me había soltado la lengua.

—Yo no bailo.

—Te puedo enseñar.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba, solo durante una décima de segundo.

—He dicho que no bailo, no que no sepa bailar.

—Conque sabes bailar, pero no quieres bailar conmigo.

Como no dijo nada, resoplé, e iba a dar media vuelta cuando me cogió la mano y tiró de mí. Fue como si me recorriese una descarga eléctrica, así de intenso percibí el contacto. Unos segundos antes Rafael estaba arrimado a mí y bailábamos pegados, y yo no había sentido ni una mínima parte de lo que sentía en esos momentos. Era injusto. Primero miré la mano de Dylan en la mía, después lo miré a la cara. Me escudriñaba con una expresión indescifrable.

—¿Cuánto tiempo pretendes seguir haciendo esto? —me preguntó.

Lo miré a mi vez, ceñuda.

—¿El qué exactamente?

—Esto de aquí. —Movió la mano que tenía libre en un gesto que abarcaba la fiesta—. Divertirte, olvidar, esconderte de lo que sientes.

De pronto me quedé fría. Retiré la mano, incapaz de responder algo sensato.

—No sé de qué me hablas.

—Sabes bien de lo que hablo.

Resoplé y crucé los brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y precisamente tú pretendes darme la charla y decirme que, en tu opinión, me escondo de lo que siento mientras te portas conmigo como si ni sintieras ni padecieras?

A su rostro afloró una expresión tan fugaz que apenas pude captarla. Creo que era dolor. Como si mis palabras le hubieran afectado. Y lo peor fue que me gustó. Me gustó acabar con su control y sacarle lo que bullía bajo la superficie.

—A veces me pregunto si sientes algo, lo que sea, a juzgar por cómo te comportas —continué.

Su semblante se volvió impenetrable de nuevo. Una vez más se puso la coraza que en realidad ya se había quitado en mi presencia, y lo odié.

—Sé perfectamente lo que estás haciendo, pero no funcionará. No cuando tú intentas reprimir de esta manera lo que te está pasando.

Exhalé con fuerza.

—Deja la clase para mañana por la mañana.

Dicho esto, me volví e hice ademán de unirme al resto cuando me agarraron y me dieron la vuelta con fuerza. De pronto tenía la espalda contra la pared, y el impacto fue tal que me quedé sin respiración. Lo miré abriendo mucho los ojos. Dylan apoyó una mano en la pared junto a mi cara y se inclinó sobre mí.

—Basta —gruñó. Tragué saliva con dificultad. La boca se me quedó seca—. No sabes lo que siento, así que no des por

descontado que solo estoy aquí por el puñetero castigo.

La sangre se me agolpó en los oídos. Lo miré en silencio y me arrimé aún más a la pared. La cabeza me daba vueltas, e intenté entender lo que querían decir esas palabras.

—¿Qué quieres que piense, si solo estás cuando me paso de la raya? —conseguí decir con voz rasposa.

Transcurrieron unos segundos durante los cuales su mirada recorrió mi rostro. Después Dylan tragó saliva con dificultad.

—Tengo la sensación de que esto precisamente es lo que necesitas. Pero empieza a costarme ver cómo te sigues embotando. Echo de menos el fuego que ardía en tus ojos. Quiero que vuelva mi chica valiente.

El corazón me retumbaba. Ya me había dicho una vez que era valiente. La vez que lo besé.

«Eres valiente y excepcional, y tu don es un regalo».

Sentí presión tras los ojos y los cerré. No lloraría. Como empezase, no podría parar.

Dylan se inclinó más. Su aliento me acarició la oreja cuando susurró:

—Estaré esperando cuando decidas volver.

Fue lo último que dijo. Yo permanecí un rato apoyada en la pared. Cuando los ojos dejaron de escocerme, los abrí. La fiesta seguía en pleno apogeo, pero Dylan había desaparecido.

4

—¿Está recto? —pregunté, y Kenna ladeó la cabeza.

—Más a la izquierda.

Seguí su indicación y desplacé a la izquierda el emblema de cristal de los Cuervos de Plata en el marco de la ventana. El sol derramó los colores del arcoíris en los cantos tallados del cuervo que volaba en picado en nuestra habitación. Debido a mi inquieta mano, los coloridos puntos bailoteaban como locos a nuestro alrededor.

—Un poco más arriba, si se puede —pidió Kenna.

Sostuve el colgante más alto y ella asintió entusiasmada.

Me alegré, ya que mis brazos estaban a punto de claudicar, y me apresuré a pegar la cinta adhesiva más arriba. Después di un paso atrás y observé mi obra con satisfacción.

—¿Es que ahora tu madre te envía cosas todas las semanas? —me preguntó Kenna, y acto seguido se comió uno de los bombones que también venían en el paquete. Eran de una confitería en la que mi madre siempre compraba regalos para otras familias del Consejo, y probablemente fuesen lo más rico que había comido en mi vida—. Porque no tengo nada en contra.

—Creo que es su manera de compensar su ausencia estas últimas semanas.

Kenna dejó de masticar.

—¿Tú crees que están buscando a Cree?

Afirmé con la cabeza.

—Sí. Cada vez que hablo con mi madre la noto tensa. Solo que, naturalmente, no me cuenta nada. Ya la conoces. En lo que respecta a los asuntos del Consejo, es una tumba.

Kenna gruñó.

—Pero es bonito que a pesar de todo piense en ti.

Hice un gesto afirmativo y miré de nuevo la tarjeta que había enviado mi madre. Incluso la había escrito a mano, aunque no se hubiese explayado mucho.

Para vuestra habitación. La última vez que la vi era muy triste. Con cariño,

Calliope King

Solo mi madre era capaz de terminar una tarjeta poniendo «con cariño» y a continuación firmar con su nombre completo. Pero así era ella. Lo que contaba era que pensaba en nosotras. Sobre todo, que no se olvidaba de Kenna, cuyos padres ya no vivían. Cada regalo que llegaba incluía a mi amiga, algo que mi madre nunca había hecho con Violet o con otras amigas mías. Era como si Kenna hubiese pasado a ser parte de la familia de manera tácita, lo cual me alegraba un corazón que sentía frío y a veces entumecido. Además, me demostraba que mi madre por fin se hacía a la idea de que su hija era de verdad una Banshee. Aunque de vez en cuando me gustaría que hablara más conmigo, con su trabajo de emisaria en el Consejo y mis dos hermanos pequeños no daba abasto. Esto era un gran avance que yo recibía con los brazos abiertos.

En ese momento el móvil me vibró, y cuando vi quién era, sonreí y se lo enseñé a Kenna.

—¿También tiene poderes telepáticos? —musitó mi amiga, como si mi madre pudiera oírla, aunque yo todavía no lo había cogido.

Descolgué, y el respeto que inspiraba mi madre a Kenna hizo que esta negase con la cabeza.

—Hola, mamá. Precisamente estábamos hablando de ti.

—¿Cómo es que he tenido que enterarme por Lorna de que es de temer que suspendas una asignatura? —fue su saludo.

Me puse rígida. La mala nota que había sacado en clase de Cusack no se me había olvidado, pero desde luego no contaba con que la directora Baskerville le fuera tan deprisa con la noticia a mi madre.

—Todavía estoy a tiempo de recuperar —aseguré.

—Zoey, es importante que te tomes en serio el plan de estudios —repuso con frialdad—. No nos podemos permitir que tu media se vea perjudicada por una asignatura como Guía de Almas. Con independencia de lo que quieras hacer cuando te gradúes.

Reprimí un suspiro. Había cosas que nunca iban a cambiar. Me aparté de Kenna y miré hacia la ventana y el colgante que había enviado mi madre. Los colores del arcoíris danzaban en la repisa de la ventana y el suelo.

—Lo sé. Me esforzaré y recuperaré los puntos, ¿de acuerdo?

—Eso espero. —De fondo alguien le preguntó algo a mi madre, y su voz sonó amortiguada, como si tapase con la mano el auricular. Pese a ello creí entender las palabras «prisionera» e «inaceptable». Después volvió conmigo—. Esmérate para que sea así.

—Me esmeraré. —Puesto que quería desviar la atención deprisa hacia otra cosa, le pregunté—: ¿Tienes mucho que hacer?

—Como siempre. —Volvió a oírse una voz de fondo.

—¿De qué prisionera habláis? —probé, aunque sabía cuál sería su respuesta.

—No puedo hablar contigo de los asuntos del Consejo antes de que...

—Antes de que haya prestado juramento, lo sé —terminé la frase por ella. Durante un momento reinó el silencio. Busqué algo que

destensase el ambiente—. Gracias por el paquete, mamá. A Kenna y a mí nos ha hecho mucha ilusión.

—Disfrutad de los bombones. Ahora tengo que irme, tesoro. —Por primera vez desde que había empezado la conversación, su voz pareció afectuosa.

—Hasta pronto. Te quiero. —Yo no lo decía a menudo, pero desde aquella noche me salía con más frecuencia. En mí acechaba desde entonces el miedo de que no pudiera decirlo las veces suficientes antes de que sucediese algo funesto.

—Y yo a ti. Y procura recuperar esos puntos. —Dicho eso, colgó.

Cerré los ojos y respiré hondo. Sí, estábamos haciendo progresos, pero probablemente algunas cosas siempre siguieran tensas. Al igual que las expectativas que mi madre tenía con respecto a mí, su heredera. En ese sentido, no cambiaba nada que no hubiese recibido de ella sus poderes sanadores.

—¿Va todo bien? —me preguntó Kenna.

Asentí con la cabeza, aunque necesité un instante para recomponerme.

—Baskerville le ha contado lo de Guía de Almas. Por eso ha llamado.

Kenna hizo una mueca.

—¿Y ahora?

Indecisa, encogí un hombro.

—Tengo que recuperar como sea esos puntos. Puede que me toque volver a repasar la materia con Dylan.

—Eso también podemos hacerlo tú y yo. —Le dediqué una sonrisa de agradecimiento—. Ya puestos, ¿qué pasa con esto? —inquirió, y señaló el abrigo de Dylan, que yo había colgado en mi armario y aún no le había devuelto.

Solo de pensar en cómo me había puesto contra la pared el día anterior, las mejillas se me acaloraron. No lo entendía. Ni que durante el día siempre estuviese tan ausente ni que cada vez que yo tendía a reprimir mis sentimientos él apareciese de improviso y me provocara como lo hacía.

Esa mañana yo había acudido para que me diera clase, pero, una vez más, Dylan se había limitado a endosarme un montón de libros, había desaparecido y había tardado media hora en volver. Entonces, se había sentado frente a mí y se había puesto a trabajar en sus cosas para que no tuviéramos que hablar.

—¿Menciono abiertamente que te has puesto roja como un tomate o prefieres que lo deje estar? —inquirió Kenna.

La miré fingiendo desdén.

—Cuánto tacto, muchas gracias.

—¿Sigue estando igual de raro?

Kenna sabía más o menos todo lo que había pasado entre Dylan y yo. No se podía compartir habitación y ocultar esa clase de cosas. Encogí los hombros con perplejidad.

—Ayer se presentó en la fiesta.

Mi amiga me miró expectante. Kenna aceptaba que yo saliera a divertirme. No me insistía en que dejase de hacerlo ni me imponía ninguna de sus expectativas, lo que hacía que la quisiera todavía más.

—Le solté que solo está ahí cuando quiere impedir que yo cometa alguna estupidez —continué.

Kenna puso los ojos en blanco.

—Tienes dieciocho años, es la edad en la que uno comete estupideces. Si no es ahora, ¿cuándo?

Recordé un instante mi cumpleaños, que pasé en nuestra habitación con Kenna y el día de *wellness* que me preparó. Fue poco

después de que sufriéramos el ataque de Violet y Cree, y yo todavía no estaba lista para celebrarlo como es debido.

—Sí, lo sé —repuse, titubeando—. Pero... después siempre dice cosas. Que tengo que hacer frente a mis sentimientos y demás.

Me miró con expresión compasiva.

—Yo también creo que debemos hacer frente a nuestros sentimientos, pero añadiría que Dylan debe dejar de dar sermones. Cuando las cosas se ponen feas, podemos contar la una con la otra. Sabes que puedes hablar conmigo de todo, ¿no?

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta y miré al suelo. No quería hablar. Solo quería seguir como hasta entonces. Poco después de aquella noche, Kenna y yo hablamos sin parar de Cree y Violet, y de las consecuencias de lo que había sucedido. Hablamos de la tristeza que me producía haber perdido a mi mejor amiga y del dolor que sentía Kenna, ya que Finn Thompson era un buen amigo suyo y perderlo le había afectado. En un primer momento, hablar fue de ayuda, pero ahora... ahora todo el mundo parecía seguir igual que antes. Daba la impresión de que solo en mí se había formado esa bola de desesperación oscura y pertinaz que se negaba a desaparecer. Y yo no quería seguir cargando a Kenna con nada de esto. Ni con mis sombríos pensamientos ni con unos recuerdos que por lo visto ella había superado hacía tiempo.

Así que me obligué a sonreír y asentí.

—Lo sé. Gracias. Y lo mismo te digo.

Se acercó y me abrazó. La abracé con la misma fuerza y durante un rato permanecimos así sin más.

Esa tarde Kenna, Murphy y yo atravesamos el campus y cruzamos el patio. El edificio principal, donde se impartía la mayor parte de las

clases, era una construcción majestuosa de piedra gris con numerosas torres pequeñas y grandes, cuya artística labor de cantería descollaba sobre nosotros. A lo largo de los últimos siglos, los elementos habían deslucido los muros en algunos puntos, lo cual, sin embargo, no había menoscabado en modo alguno el aura venerable que tenía el edificio principal, sino más bien al contrario. Aunque yo había crecido en el mundo de los descendientes de los Tuatha dé Danann, sabía apreciar debidamente una estampa mágica cuando la veía. Y me pasaba siempre que recorría el campus.

Solía pasear por allí, dejando atrás las tres residencias, el gimnasio, el invernadero y el jardín victoriano hasta llegar al edificio principal y al amplio lago que se extendía detrás. En especial cuando intentaba despejar mi abarrotada cabeza, cosa que durante los meses que hacía desde que había cambiado de especialidad en Everfall sucedía casi a diario.

—Mi madre tenía un buen cabreo. Lo que me pregunto es cómo voy a solucionar lo de Cusack. Me odia. Y me ha puesto en evidencia delante de todos —conté, y metí las manos en los bolsillos de mi abrigo azul marino mientras, a mi lado, Murphy se soplaba las suyas, que con el frío que hacía ya se le habían puesto rojas.

Él le había ofrecido amablemente sus guantes a Kenna y no había admitido réplica hasta que ella se los había puesto mientras nos dirigíamos a la residencia de los Cuervos de Plata. El invierno había llegado y los tres nos habíamos abrigado bien, porque de las tres casas éramos los que teníamos el camino más largo: debíamos cruzar el campus hasta atrás de todo, donde arrancaba la pendiente que estaba coronada por nuestra residencia.

—Me lo imagino a la perfección —aseguró Murphy—. Con las cosas que he oído de Cusack, me alegro de que hasta ahora no me haya dado clase.

—A mí también me hizo quedar por tonta —rezongó Kenna.

—Se lo haré pagar —espetó Murphy.

Kenna y yo nos miramos risueñas.

—¿Por qué no te vienes con nosotras la próxima vez? Así podrás vivir en directo la tremenda alegría que se respira en su clase.

Esbozó una sonrisa pícara.

—No tengo nada que objetar a pasar aún más tiempo con mis dos chicas preferidas —afirmó, y nos rodeó el hombro a ambas.

Estaba como una cabra, pero era encantador.

—Yo al menos he sacado un notable —terció Kenna cuando casi habíamos llegado al jardín victoriano y cada vez venían más alumnos hacia nosotros.

Lancé un suspiro.

—Qué suertuda.

—¿No te han servido las clases particulares de Dylan? —inquirió Murphy metiendo el dedo en la llaga. Kenna le dio un codazo apenas perceptible en las costillas.

—Estudiamos todas y cada una de las asignaturas. Hasta ahora la directora Baskerville estaba muy satisfecha con mis progresos, pero, a pesar de todo, le ha chivado a mi madre lo de Guía de Almas. No puedo permitirme suspender.

—¿Han dicho qué pasará si suspendes? —quiso saber Murphy.

Me encogí de hombros.

—Una asignatura y tendría que repetir curso. Dos, y la cosa se pondrá fea. Y en Defensa sigo bastante retrasada. Aunque la profesora Chen es mejor que Cusack, también es muy exigente. Si repito, a mi madre le dará algo, y ya tiene bastante con lo suyo.

—Si quieres, yo también puedo entrenar de vez en cuando contigo en Defensa —se ofreció Murphy. Era una máquina, probablemente pudiera aprender alguna que otra cosa de él. Le sonreí agradecida.

—Es un detalle por tu parte. Gracias, Murphy.

Pasamos por delante de mi antigua residencia —la de los Hojas de Oro—, ante la cual se habían reunido un montón de alumnos. Estuve a punto de detenerme cuando vi a Beau. Aunque nos habíamos distanciado mucho, nuestras miradas se cruzaron un instante. En mis oídos resonó el eco de su voz:

«Ese don es más una maldición que una bendición. No se lo desearía ni a mi peor enemigo».

Me había dicho eso y cosas aún peores, aquella noche onerosa en la que puso fin a nuestra relación, en la que yo curé y besé a Dylan, y en la que después nos apresaron a Kenna y a mí.

Ya no me dolía tanto tropezarme con mi exnovio como las semanas que siguieron a nuestra ruptura, pero verlo tampoco me hacía sentir bien. Una parte de mi corazón aún sentía algo, la herida era reciente y dolía en cuanto uno le daba sin querer. Como con aquel momento. Miré deprisa hacia otro lado. La bola oscura que tenía en el estómago se contrajo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Kenna.

Carraspeé.

—Cada vez que se celebra un torneo, le dan mucho bombo a quien se apunta por voluntad propia.

—Casi parece una ceremonia, menuda solemnidad.

—Siempre que se celebra el sorteo del torneo dan una gran fiesta.

—¿Vas a ir? —quiso saber Kenna.

Arrugué la nariz y negué con la cabeza. No pasaba nada si coincidíamos por casualidad en una fiesta, pero ni de coña iría a la habitación de Beau para pasar una noche junto a él y los que antes eran mis amigos. Para el caso, bien podía darme de cabezazos contra la pared.

—Pero si el sorteo no se ha realizado aún. ¿Por qué lo celebran? —se interesó Kenna, perpleja.

—Eso es lo de menos. Casi todos los mejores luchadores son de los Hojas de Oro, prácticamente tienen el sitio asegurado. Sobre todo cuando de las otras casas se apuntan tan pocos alumnos —aclaró Murphy.

Clavé la vista en la vociferante multitud. En Beau, al que en ese momento Ronan daba unas palmaditas en la espalda.

Recordé los numerosos torneos en los que yo había permanecido al margen y lo había animado. En la cara de asco que me puso cuando me dijo lo que creía de verdad de mi don. Y después... un sinfín de pensamientos desfiló de pronto por mi cabeza.

La voz de mi madre, que me decía que no me podía permitir suspender.

El profesor Cusack, que me fastidiaba delante de los demás.

Mi destreza en el arte de la lucha, que sin duda podía mejorar.

Y, por último..., la voz de Dylan, que resonaba en mi cabeza, suave pero tenaz.

«Quiero que vuelva mi chica valiente».

A lo largo de las últimas semanas me había replegado mucho en mí, por la noche huía de mis propios pensamientos y me preguntaba sin cesar cómo habría podido impedir lo sucedido con Violet y Cree. Estaba en vela hasta la madrugada, intentando desesperadamente no darle más vueltas al pasado. Pero ahora vislumbraba, por primera vez desde hacía mucho tiempo, una pequeña luz.

En mi cabeza tomó forma una idea que al parecer podía resolver todos mis problemas: recuperar los puntos que había perdido, hacer que mi madre se sintiera orgullosa, mejorar en lucha, demostrarle a Dylan que seguía siendo valiente, por mucho que continuara huyendo de los recuerdos.

—Murphy —dije, y me volví hacia mi amigo, que me miró a su vez con expresión inquisitiva—. Has dicho que las pruebas del torneo cuentan para las notas, ¿no?

Primero arrugó la frente y después sus ojos azules se iluminaron.

—¿Estás sugiriendo lo que yo creo?

Miré de nuevo a los Hojas de Oro, que se abrazaban y festejaban como si ya se hubiesen asegurado las plazas en el torneo.

—Dime dónde está la lista en la que hay que apuntarse.

5

A la mañana siguiente fui al gimnasio, que se hallaba entre las tres residencias, con el abrigo de Dylan debajo del brazo. Era tal el frío que me arrebujé aún más en mi propio abrigo. Cuando llegué al edificio, me dirigí hacia el vestuario, dejé mis cosas donde solía y enfilé a buen paso el estrecho pasillo para ir al pabellón. Me detuve a la entrada.

Dylan ya estaba allí. Con una espada de madera, a la derecha, donde siempre realizábamos nuestros ejercicios, calentando. Vi que levantaba los brazos, hacía girar la espada sobre la cabeza y asestaba unos cuantos golpes certeros. El sudor le brillaba en los bíceps, que la camiseta negra sin mangas dejaba a la vista, y me quedé mirando unos segundos más de lo conveniente cómo se tensaban y se relajaban sus músculos. Se tensaban y se relajaban. Observé su rostro siempre controlado. Tenía el ceño ligeramente fruncido en señal de concentración cuando lanzó la siguiente tanda de espadazos. Y después sucedió lo peor que podía suceder: me pilló mirando.

—Si te acercas, verás mejor —dijo desde el otro lado del gimnasio.

Las mejillas se me acaloraron y fui a buen paso hacia la estera donde solíamos entrenar.

—Pensé que quizá lo necesitaras —me excusé al tiempo que le ofrecía el abrigo que él me había puesto tras mi escapada al lago.

Lo miró un instante, como absorto en sus pensamientos. Después lo cogió y lo dejó en el suelo, a cierta distancia de la estera. Mientras

tanto yo empecé con mis ejercicios de calentamiento, me estiré y me desentumecí y me puse a saltar sin moverme del sitio para subir pulsaciones, y eso que ya las tenía aceleradas. Me pasaba siempre en presencia de Dylan, y la cosa no mejoraba. Menos aún cuando lo recordé de nuevo pegándome contra la pared y susurrándome al oído esas palabras cargadas de significado. Primero decía cosas así y luego se mostraba reservado y contenido otra vez, como en aquel momento.

Con semblante serio, se colocó en la estera frente a mí y me pasó la espada. La cogí, para entonces su peso me resultaba familiar, la fría madera se adaptó a mi temperatura.

—¿Preparada? —me preguntó.

A lo largo de los últimos meses Dylan me había dejado claro repetidas veces que durante el entrenamiento no tenía sentido actuar con timidez. Quería que yo lo diera todo en todo momento. Así que hice un gesto afirmativo y, acto seguido, ataqué.

Paró el primer golpe con facilidad y lo desvió hacia abajo con tanta fuerza que casi hizo que se me resbalara la espada de las manos, pero no había tiempo para enfadarse por ello o pensar a fondo el siguiente movimiento, así que continué. Y es que había aprendido que, en ocasiones, había que reaccionar de inmediato, porque no había más remedio. Así que describí medio giro, le enganché la pierna por detrás del tobillo, levanté la espada y le propiné un fuerte empujón en el pecho. Aunque no se cayó, Dylan perdió el equilibrio un breve instante. Esbocé una sonrisa triunfal... hasta que utilizó contra mí la trampa que yo le había tendido, ya que cambió la posición de la pierna y me dio en el pecho con la punta de la espada tan violentamente que me caí hacia atrás. El dolor me dejó sin respiración un segundo.

—Haz eso solo cuando estés segura de que tu contrincante es inferior a ti —aconsejó, e hizo rotar los hombros.

Le dirigí una mirada asesina desde el suelo y me froté el esternón al levantarme. Sin decir palabra, lo ataqué de nuevo. Recibí otro espadazo, esta vez en las costillas.

—Demasiado lento —señaló.

A continuación esperé a que me atacara él y lo esquivé. A esas alturas conocía los movimientos de su cuerpo. Me había familiarizado con ellos en el curso de esos meses, de manera que observé sus acometidas, que parecían los pasos de un baile. Uno de sus puntos débiles era su altura, a veces necesitaba más tiempo para realizar movimientos que yo ejecutaba con mayor rapidez. Presté atención a sus piernas y esta vez, cuando dio un paso hacia un lado, yo fui más ágil y dejé caer mi espada con vehemencia en un hombro, apliqué todo mi peso en la embestida, describí medio giro y, mientras Dylan se recuperaba del impacto, le golpeé la muñeca. La mano se le abrió, la espada se le soltó. Proferí un grito de triunfo, pero, de repente, me agarró por la garganta y apretó. No mucho, pero sí para privarme de aire un instante. Al levantar la vista, vi bailar sombras en sus ojos y el corazón me dio un vuelco.

—Que hayas desarmado a tu rival no significa que hayas ganado, Zoey.

Su voz era áspera y oscura, estaba entretejida con la magia de la muerte. La magia con la que podía arrebatar el alma a alguien con tan solo tocarlo. Me recorrió un escalofrío. En su día le tenía miedo; ahora, sin embargo, habría puesto mi vida en manos de Dylan, a pesar de lo fría y definitiva que era esa magia. A pesar de la cantidad de cosas que se interponían entre nosotros.

Mi respiración se volvió entrecortada cuando su pulgar bajó por mi garganta y la mirada le cambió. De repente, además de la oscuridad

se distinguía otra cosa. Algo que hizo que la sangre me bullese. El corazón se me aceleró, y sentía cómo me palpitaba hasta en el cuello. Justo allí donde se había detenido el dedo de Dylan. Tragué saliva con dificultad y el hechizo se rompió. Dylan me soltó y se separó de mí. Después fue hasta el otro extremo de la estera y adoptó la posición de combate. Había llegado el momento de luchar cuerpo a cuerpo.

Yo también dejé mi espada y lo miré a unos ojos de los que poco a poco iba desapareciendo la oscuridad, hasta que solo quedó el cálido marrón. No parecía descolocado en modo alguno, mientras que yo tenía el pulso disparado, como si ya llevara entrenando unas cuantas horas.

—Por cierto, ayer tomé una decisión —comenté cuando ambos ya estábamos situados.

Dylan empezó a dar vueltas a mi alrededor y yo observaba sus pasos con atención. Sabía cuáles eran las señales que indicaban que estaba a punto de atacar, reconocía la leve contracción de sus dedos antes de cerrarse en un puño para golpear.

Se abalanzó sobre mí a la velocidad del rayo y di un salto hacia un lado para esquivar el puñetazo. Con un movimiento ágil, me volví y ataqué, apuntando a su tórax. Dylan me agarró el brazo y tiró de él con tanta fuerza que me tambaleé. Afiancé la postura, quería demostrarle que había aprendido a zafarme de esa llave, pero no tuvo piedad conmigo. En lugar de soltarme nada más realizar el movimiento, como solía hacer, de pronto se situó detrás de mí, me retorció el brazo hacia atrás y tiró de él hacia arriba. Sentí un dolor punzante que me llegó hasta el hombro, y me agaché con la esperanza de poder librarme de Dylan, pero fue en vano.

—¿Me vas a decir cuál es?

Me daba rabia que él no respirase ni la mitad de pesadamente que yo.

Cuando me soltó, me dominé, me volví en redondo y traté de propinarle un fuerte gancho de derecha en la cara. Lo esquivó por poco, mis dedos le rozaron la mandíbula. Algo era algo.

—Ayer por la tarde me inscribí en el torneo de fin de año —repuse.

Cuando asesté el siguiente golpe, me cogió el puño. Como no me soltaba, lo miré de nuevo a la cara. Tenía la frente fruncida.

—¿Por qué has hecho tal cosa? —me preguntó, desconcertado.

—Voy a intentar no tomarme a mal que te sorprendas así.

Giré y liberé mi puño. Fui a darle de nuevo, lo esquivó. Seguimos así hasta que Dylan casi llegó al extremo de la estera.

—Lo que no entiendo es por qué quieres hacerlo, con la cantidad de trabajo que tienes ya —contestó.

—Ya viste lo que pasó ayer en Guía de Almas —aduje. De nuevo, Dylan me cogió la mano, pero al parecer no contó hasta que fue demasiado tarde con el *uppercut* que le solté con la otra. El puño le acertó en la mandíbula, esta vez con fuerza, y lancé un grito de júbilo, a pesar del tremendo dolor que me causó—. Cusack me va a suspender. Murphy dice que con que consiga pasar una prueba se tendrá en cuenta en mis notas. Me vendrían bien los puntos extras.

Dylan se detuvo, lo cual me escamó. Cuando entrenábamos, siempre ponía el alma en ello y no se detenía nunca, jamás.

—No me parece buena idea.

Lo miré ceñuda.

—¿Por qué no?

Me miró atentamente, como si quisiera averiguar cuáles eran mis verdaderas intenciones.

—Sabes cómo pueden ser las pruebas —dijo.

Las pruebas eran duras, sí, pero, a fin de cuentas, no todas iban destinadas a los alumnos que tenían un don para la lucha. Podía participar cualquiera que se atreviese y obtuviera una plaza. Sin embargo, al ver la duda en sus ojos, de pronto fue como si me hubiese asestado un golpe, aunque nos habíamos detenido. No lo entendía. Primero me pedía que fuese valiente, y en cuanto daba un paso en esa dirección, Dylan dudaba de mí.

—¿Es que no me crees capaz de participar en el torneo? —pregunté despacio.

—Te creo capaz de todo —afirmó de inmediato.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—Es peligroso tomar parte en ese torneo. Solo me preguntaba si lo haces porque otra vez... —Dejó la frase en puntos suspensivos, pero no hacía falta que la terminara. La entendí igual.

Dylan pensaba que era otra cosa con la que yo quería correr peligro. Y eso que pretendía justo lo contrario.

Me aparté de él y volví a ponerme en guardia. Sentía una ira sorda, y en lugar de reprimirla, le di la bienvenida. Lo ataqué de nuevo, al fin y al cabo para eso habíamos venido. Sin embargo, daba la impresión de que él también estaba enfadado. Paró implacablemente cada uno de mis golpes, cada vez con más fuerza, hasta que acabó persiguiéndome por la estera. Ya no podía seguirle el ritmo, estuve a punto de perder el equilibrio y me sacudió con la mano.

Intenté recordar qué podía hacer, qué debía hacer en una situación así, en la que me llovían los golpes..., pero nada. Mi cuerpo solo era capaz de reaccionar por instinto, rechazaba los golpes que veía venir y encajaba aquellos que eran demasiado rápidos para que me diese tiempo a reaccionar. Cuando Dylan se volvió en redondo y además me lanzó una patada frontal, yo, respirando con dificultad,

levanté el antebrazo y la bloqueé, pero me tambaleé hacia atrás y me di con la espalda contra la pared. Jadeé y me quedé sin aire. Volví a defenderme, levanté un puño, pero fue en vano. Dylan lo agarró y lo sostuvo de tal modo que yo ya no me podía mover. Con el otro intenté golpearle en el bajo vientre con la esperanza de que, al menos, pudiera apartarlo de mí lo suficiente para poder salir de la trampa, pero el destino no estaba de mi parte. Dylan me rodeó la muñeca con aparente facilidad. Después me pegó ambas manos, y también el resto de mi cuerpo, contra la pared que yo tenía detrás.

Lo miré, respirando pesadamente. Su respiración no era tan entrecortada como la mía, pero resultaba evidente que le había costado más reducirme esta vez.

—La gente me está comprando un montón de mierda. Sustancias con las que quieren eliminar a sus adversarios en el torneo —contó con voz rasposa.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Pero es ilegal.

—Eso no le importa a nadie. Es preciso que sepas dónde te metes si piensas participar. —Sus ojos serios recorrieron despacio mi rostro —. Algunos no se detendrían ante nada.

—Vaya, casi parece que te preocupas por mí. —Esto era algo que nos habíamos dicho a menudo, y al menos por mi parte, ya no lo decía en broma. Por lo visto Dylan lo sentía igual, porque me dirigió una mirada sombría mientras las arrugas de su frente se volvían más profundas.

Yo quería derribar sus muros. Quería su ira, su preocupación, todos sus sentimientos solo para mí. Quería sentirlos como aquella vez, en el cuarto de baño de su habitación, cuando me demostró que había mucho más en él que lo que le enseñaba al mundo. Me

permitió vislumbrar el hambre que trataba de ocultar, un hambre que también me reconcomía a mí.

Le acaricié como un autómata la mano que seguía presionando mi muñeca contra la pared. Quería que Dylan se acercase más. Quería sentir que notaba un cosquilleo en su interior tan fuerte como el que notaba yo. No quería decirlo, no después de que entre nosotros siempre hubiese habido tanta tensión. Pero quizá no fuera necesario que hablásemos de ello. A veces no hacían falta palabras para entenderse.

El pecho de Dylan se apoyó en el mío mientras respiraba entrecortadamente. Sus ojos se oscurecieron. Todo en mí llameó cuando su mirada bajó hasta mi boca.

—Sigues con tus jueguecitos. —Sus roncas palabras me pasaron rozando y me despertaron un calor abrasador en la boca del estómago.

Ya no era capaz de pensar con claridad. El momento seguía alargándose. Dylan no me soltaba, pero tampoco retrocedía. En sus ojos bramaba una tormenta. Un sinfín de emociones que me demostraban que yo tenía razón, que lo que sucedía entre nosotros no lo dejaba tan frío como pretendía hacerme creer. Que estaba harto de los jueguecitos y sentía la misma hambre que aquella vez. Deseé que se abandonara a ella, porque a mí empezaba a costarme aguantar.

De pronto una puerta crujió. El semblante de Dylan se oscureció como si de repente unos nubarrones hubiesen tapado el sol. Me soltó y me quedé rígida cuando se separó de mí dando grandes pasos. Volví la cabeza y a unos metros vi a dos alumnos a los que solo conocía de vista.

—¿Ya habéis terminado? Hemos reservado el gimnasio ahora para entrenar —dijo el de la izquierda.

Yo iba a contestar que nos faltaban unos minutos, pero Dylan se me adelantó.

—Ya hemos acabado.

La frialdad de su tono me hizo estremecer. Mientras que a mí seguía costándome respirar, Dylan ya había llegado hasta las espadas que habíamos dejado a un lado. Las cogió junto con su abrigo y se dirigió hacia el pasillo. Desapareció sin despedirse.

6

Mi aliento formaba nubecillas en el aire mientras íbamos por el pasadizo que discurría por debajo del edificio principal hacia el lago, donde se celebraría la reunión. El campus estaba rodeado por un paisaje virgen repleto de suaves colinas y árboles que, a finales de noviembre, ya estaban medio cubiertos de nieve. No estaba segura de si ello se debía al tiempo o si había ayudado algún descendiente de Aengus. Este era el dios capaz de manipular los elementos, y en ocasiones especiales, como por ejemplo para el torneo de fin de año, echaba encantado una mano mágica al colegio. Sobre todo si las pruebas debían celebrarse con unas condiciones meteorológicas concretas.

Continuamos avanzando por el adoquinado y clavé la vista en el reluciente lago, que se extendía helado ante nosotros. Me quedé perpleja cuando, a cierta distancia, vi que habían erigido una tribuna de madera.

—Eso es nuevo —comentó, a mi lado, Murphy, y coincidí con él.

Escasas horas antes, cuando estábamos en clase y miré por la ventana del aula, allí no había nada. En esos momentos, en cambio, habían levantado una alta tribuna de madera a la misma orilla del lago, a un lado de la cual se hallaba un escenario con varios soportes para los micrófonos. Algunas personas con bandejas afianzadas al cuerpo mediante correas en las que se veían vasos humeantes deambulaban entre la multitud, y me llegó un delicioso aroma frutal con una nota de canela. La gente que aguardaba de pie

compraba un vaso para calentarse las manos con él. Otros, por el contrario, iban directos a la tribuna y se sentaban en las filas.

—¿Han venido todos por el sorteo? —quise saber. Cada vez había más personas.

—No me gustan las multitudes —farfulló a mi lado Kenna, y la cogí del brazo para no perderla.

—No pasa nada. Vamos, quiero estar en un buen sitio cuando salgamos elegidos —afirmó Murphy, y pareció unas diez veces más entusiasmado que Kenna y yo.

Cuando llegamos a la tribuna, subimos en fila unos peldaños y nos sentamos en un extremo de una hilera que ya estaba casi llena. A lo largo de los minutos que siguieron los sitios vacíos se fueron ocupando con cada vez más alumnos. Una chica quería acomodarse a nuestro lado, y Murphy se levantó literalmente de un salto y extendió el brazo para indicar que pasara.

—Ahí hay un sitio libre —informó risueño, y ella lo miró y se puso roja cuando pasó casi pegada a él.

Cuando nos sentamos de nuevo y la fila estuvo llena, volví a mirar al frente. Contuve la respiración al descubrir a Dylan, que se sentó en la fila de delante. Se había subido el cuello del abrigo y no paraba de ojear el móvil. Recordé nuestros últimos encuentros y, a pesar del frío que hacía, las mejillas se me acaloraron. Algo en mí me empujaba hacia él. Por muchos secretos que tuviese, por muy tensa que pudiera ser la situación entre nosotros. Desvié la vista deprisa.

Unos sitios más adelante, en primera fila, se sentaron Beau, Darragh, Orla y Ronan. No miré mucho, pero me di cuenta de que todos ellos —a diferencia de Kenna y de mí— estaban de muy buen humor. Me asaltaron recuerdos del mismo torneo del año anterior. De Beau, que volvió a la residencia radiante de alegría porque había salido elegido en el sorteo. De cómo superó una prueba tras otra:

empezando por un enfrentamiento contra ilusiones mágicas y acabando por una carrera contrarreloj contra un Cambiaformas, lo ganó todo. Yo lo seguía de cerca, rebosante de entusiasmo. Violet y yo estábamos cogidas de la mano, teníamos que agarrarnos con fuerza para resistir de alguna manera el nerviosismo.

El aluvión oscuro que me arrollaba por dentro crecía con cada segundo que pensaba en Beau y Violet, lo cual despertó en mí una desesperación aplastante. Apreté tanto los dientes que me rechinaron.

Tendría que haberlo visto venir.

Violet y yo estábamos muy unidas. Yo creía que lo sabíamos todo la una de la otra. Como también lo pensaba de Beau. Hasta que tuve claro que los dos me habían engañado. Naturalmente, el modo en que Beau me había herido no se podía comparar con lo que había hecho Violet, pero ambas cosas me habían dolido. Y me seguían doliendo, y me lo reprochaba a mí misma.

Debería haberlo visto venir. Habría podido impedir tantas desgracias...

La oscuridad se extendió dentro de mí, fue subiendo desde el estómago hasta que apenas pude respirar.

El murmullo del gentío cesó de sopetón cuando los profesores llegaron al escenario, y todas las personas que estaban sentadas en la tribuna se irguieron sin querer. Recuperé la respiración y conseguí reprimir el dolor para concentrarme en lo que se avecinaba.

En el centro se hallaba la directora Baskerville, que sonreía a los presentes. Se había peinado hacia atrás el cabello castaño y se había puesto una ancha diadema dorada, de modo que sus rizos, cerrados y definidos, le rodeaban la cabeza como si fuese una corona. Con su piel marrón oscura, los delicados rasgos de su rostro y la cálida sonrisa irradiaban una suerte de belleza natural que

admiraban no pocos alumnos de Everfall. La directora Baskerville, además, era una de las descendientes con mayor talento de los Tuatha dé Danann, puesto que no solo dominaba la magia del agua, sino que además poseía el don de la inspiración. Poseer varios dones no era algo que sucediese a menudo, y ello hacía que la directora disfrutara de un gran prestigio en Everfall y en el Consejo de Danu, del que mi madre también era miembro.

La directora Baskerville y mi madre eran amigas, lo que no quería decir, sin embargo, que me concediese un trato de favor. Unos meses atrás, cuando mi madre le había pedido que me permitiese volver a mi antigua residencia, la de los Hojas de Oro, la directora Baskerville había trazado un claro límite, pese a la amistad que las unía, con lo cual mi respeto por ella había aumentado (aun cuando le reprochase que le hubiera contado sin pérdida de tiempo a mi madre lo del examen en el que la había pifiado antes de que tuviera ocasión de hacerlo yo misma).

—¡Bienvenidos! —se oyó su voz por los altavoces que había junto al escenario. La directora abrió los brazos—. Creo que nunca había asistido tanta gente al sorteo, lo cual es un gran comienzo para el torneo de fin de año.

Se tributó un aplauso y Murphy, Kenna y yo nos sumamos a él. Sin embargo, no duró mucho. La directora continuó.

—Hoy están aquí reunidos porque a todos ustedes les gustaría participar en el torneo. Para ello hay distintos motivos. Algunos desean seguir ejercitando su magia y ponerla a prueba en la lucha. Otros, por el contrario, quieren mejorar sus calificaciones. Pero también hay otras razones —afirmó, y miró las filas—. En el torneo lo importante no es solo su instinto para la magia o su destreza en el combate. Se trata de un torneo que pone a prueba la unión entre todos los descendientes de Danu y los prepara para el futuro. Estas

pruebas estimularán su intelecto, su entrega y su compañerismo, y también requerirán valor. Así que no piensen solo en mejorar sus notas.

Su mirada recorrió la multitud como si quisiera averiguar cuál era la motivación de cada uno de los alumnos. Me puse roja, ya que de pronto tuve la sensación de que este no era mi sitio.

—En lugar de eso, piensen que este es un camino que van a seguir y que el destino a veces es el viaje en sí. Este torneo es un símbolo de la bendición que les han dado los dioses. Cuídense, apóyense, incluso entre distintas casas. Y piensen que, además de los objetivos académicos, debería primar, sobre todo, el respeto mutuo.

Algunos alumnos resoplaron, tapándose la boca con la mano, y Murphy también negó con la cabeza, despacio. Me incliné hacia él.

—¿Qué pasa?

—Que todo esto es palabrería. En cuanto dé comienzo el torneo, la gente empezará a saltar a la yugular del otro a espaldas del profesorado para descalificarse mutuamente.

—Yo nunca vi eso en los torneos en los que participó Beau —musité.

Murphy se encogió de hombros.

—Tal vez porque no quería que lo vieras. Maguire es uno de los primeros que recurre a esos métodos, créeme.

Miré a mi exnovio, delante de todo. Tenía el pelo rubio despeinado, pues soplaba un fuerte viento. Ya unos meses atrás, cuando averigüé que participaba en combates secretos en los que se enfrentaban alumnos entre sí y donde se hacían apuestas, fui consciente de que tenía secretos que no me había contado. Al parecer había más cosas que me había ocultado.

—El año pasado tú no participaste, ¿no?

Murphy negó con la cabeza.

—No salí elegido en el sorteo.

Al mirarlo con más detenimiento, me di cuenta de lo nervioso que estaba. No paraba de mover la pierna arriba y abajo, y tenía las mejillas teñidas de rosa. Quería participar a toda costa en el torneo, estaba claro. Le sonreí para infundirle ánimo.

—Todo saldrá bien, Murphy. Ya lo verás.

Esbozó una sonrisa que no tenía la luz de siempre, y volví a mirar al frente, donde la directora Baskerville seguía con su discurso.

—Que la bendición de Danu esté con todos ustedes y los acompañe en cada paso del camino. —Sonrió de nuevo a los presentes y dio unas palmadas—. Y ahora hemos llegado a la parte que todos están esperando: el sorteo.

Con estas palabras, retrocedió unos pasos. El volumen de las conversaciones aumentó, las profesoras Chen y Mulligan y el sanador Sheehan se acercaron a los micrófonos. La profesora Chen, cuyo cabello oscuro le llegaba por el mentón y que —al igual que Murphy— era una Cambiaformas; la profesora Mulligan, que con su elevada estatura y los marcados músculos en los brazos y los hombros siempre impresionaba; y, por último, el sanador Sheehan, cuyos rebeldes rizos castaños asomaban bajo un gorro de lana que parecía haber tejido él mismo. El sanador se colocó el micrófono ante el que unos segundos antes estaba la directora Baskerville. Era mucho más alto que ella y tardó un momento en poner el soporte debidamente.

Cuando los tres se hallaban en posición, no perdieron el tiempo dando más discursos, sino que sostuvieron en alto la hoja del sorteo y comenzaron a leer el nombre y la correspondiente casa de los alumnos. A algunos no los conocía; otros, en cambio, me resultaban más que familiares.

—Beau Maguire, Hojas de Oro —exclamó la profesora Mulligan, y Beau se puso de pie mientras Ronan y el resto aplaudían, y se dirigió al escenario.

La profesora, que le daba clase de Lucha, le entregó algo, y yo estiré el cuello para poder ver mejor. Seguro que era el broche que nos distinguía como participantes en el torneo. Según el reglamento que se adjuntaba a la solicitud que había que presentar para participar, había que llevar el broche en todo momento, y si alguien lo perdía quedaba descalificado. En el reglamento había otras cosas relativas al comportamiento que había que observar durante el torneo, que no estaba permitido herir de muerte con la propia magia a otros alumnos y demás..., pero me acabé desconcentrando y el resto lo había leído solo por encima.

El sanador Sheehan carraspeó y un pitido estridente sonó por los altavoces.

—Amara Chandran, Lobos de Bronce.

Una chica con la tez marrón a la que yo solo conocía de vista se levantó, se echó hacia atrás el cabello negro y bajó para ir al escenario.

—Lorcan Haren, Hojas de Oro —dijo por los altavoces la voz grave del sanador Sheehan.

Observé la cabellera castaña de Lorcan cuando bajaba por delante de nosotros y reprimí una mueca al ver que guiñaba el ojo con superioridad a algunas personas al pasar. Menudo presuntuoso.

—Orla Baker, Hojas de Oro. —Se oyó el siguiente nombre por los altavoces. No se me escapó que Orla le echaba los brazos al cuello a Beau cuando se unió a él en el escenario.

A mi lado, Murphy estaba cada vez más nervioso a medida que iba oyendo más nombres que no eran el suyo.

—Murphy —musitó de pronto Kenna.

—¿Sí?

—¿Y tu nombre? —inquirió.

Él seguía con la vista al frente y aire distraído, estirando el cuello.

—¿Qué pasa con él?

Kenna titubeó. Me miró a mí y luego a Murphy. Intuí adónde quería llegar.

—Que nunca nos lo has dicho. ¿Nos lo vas a decir antes de que te llamen o...? —No terminó la pregunta.

Murphy dejó de moverse. De pronto estaba petrificado.

—Ronan Hall, Lobos de Bronce —fue el siguiente nombre que dejaron oír los altavoces. Ronan avanzó hacia el escenario con pasos largos y elegantes y, cuando llegó, le pasó un brazo por los hombros a Orla.

—Solo utilizo el apellido. Eso y nada más —contestó. De su voz había desaparecido la guasa. Lancé una mirada de advertencia a Kenna: a Murphy no le gustaba hablar de cosas que no tenían que ver con sus estudios. El pasado era tabú; su familia, más de lo mismo. En cambio, en el resto de las cosas era como un libro abierto, y con él se podía hablar de todo. Sin embargo, no podía reprocharle a Kenna que hubiese vuelto a intentarlo.

—Vale —cedió al cabo, en voz baja.

—Georgina Donovan, Cuervos de Plata —anunció mientras tanto la profesora Chen.

Me estiré para ver dónde estaba Georgina. Chocó los cinco con una amiga antes de bajar corriendo. Ya había visto luchar a Georgina. Era fuerte y ágil, y se comportaba como un puñetero pitbull. Cuando agarraba a alguien, no lo soltaba así como así, y seguro que también haría eso en el torneo. Al pasar me miró, y la frialdad que vi en sus ojos hizo que me recorriese un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura que hacía allí fuera. Fue

peor aún cuando, de repente, sonrió. A sus ojos asomó un brillo que no me supe explicar. El momento no duró, pero la piel de gallina se me erizó todavía más en los brazos.

—Dylan Dae Park, Cuervos de Plata —anunció la profesora Mulligan.

Confusa, vi que Dylan se levantaba e iba hacia delante. ¿Cuándo se habría inscrito en el torneo? Cuando hablamos del tema, no me dijo que él también fuese a participar.

—No me lo puedo creer —farfulló Murphy.

Le apreté el brazo para animarlo.

—Todavía no han terminado, espera y verás —musité mientras la profesora Chen se aclaraba sonoramente la garganta. Todos contuvimos la respiración cuando se inclinó hacia delante.

—Murphy, Cuervos de Plata.

Mi amigo aplaudió con tanta vehemencia que pegué un respingo.

—Ya era hora.

Kenna le sonrió.

—¡Enhorabuena! ¡Qué guay!

Él sonrió a su vez, pero la sonrisa pareció un tanto forzada. Se volvió un instante hacia mí y me ofreció el puño.

—Nos vemos ahí delante.

—Claro. —Choqué mi puño con el suyo.

A continuación salió trotando, y nosotras lo seguimos con la mirada y aplaudimos con más fuerza. Más y más alumnos iban hacia el escenario. Sabía que la mayoría eran máquinas en la lucha. Personas que entrenaban a todas horas, que habían participado a menudo en competiciones de este tipo y cuya magia había despertado temprano. Probablemente no pasara nada si no salía elegida. Quizá pudiera...

—Zoey King, Cuervos de Plata —anunció la cristalina voz de la profesora Chen.

Contuve la respiración. Kenna se volvió hacia mí, pero durante un instante no pude moverme del sitio. Hasta que me dio con el codo en el costado. Me levanté con las piernas temblorosas. Kenna me cogió la mano y le dediqué una sonrisa trémula. Después puse la espalda recta y me concentré en bajar con la cabeza bien alta.

Cuando llegué, me sumé a la fila de los demás elegidos. Desde ahí el escenario parecía más grande, el asunto más serio aún. La profesora Chen se inclinó hacia mí y me tendió lo que ya les habían dado a los demás alumnos: un broche, como suponía, en mi caso con el emblema de los Cuervos de Plata. Miré a mi alrededor, vi que el resto ya se lo había prendido e hice lo propio.

La directora Baskerville volvió a situarse tras el micrófono y, una vez más, su sonrisa pareció calmar los ánimos de los presentes.

—Ustedes serán los participantes del torneo de fin de año.

Tras nosotros, en la tribuna, volvieron a oírse aplausos. Fueron breves, pero vehementes.

—Han rellenado la solicitud para participar, de modo que saben que, aunque las pruebas serán peligrosas, si fuese necesario siempre habrá alguien para impedir que mueran —prosiguió. Un murmullo se extendió entre la multitud, pero la directora continuó hablando sin inmutarse—. A lo largo de las tres próximas semanas se someterán a una prueba semanal, siempre que pasen la primera. Para ello harán falta una inteligencia despierta, una rápida capacidad de adaptación y el valor de enfrentarse a desafíos desconocidos. Este año les tenemos reservado algo muy especial.

Cuando los profesores empezaron a sonreír en el escenario, no me olí nada bueno. La directora Baskerville extendió los brazos a ambos lados.

—La primera prueba del torneo de fin de año se celebrará ahora mismo.

7

En un primer momento todo el mundo permaneció callado. Acto seguido estalló el griterío, todos se pusieron a hablar a voces a la vez mientras a mí se me revolvía el estómago y era consciente de que la situación de pronto había adquirido una amarga gravedad.

—¡No estamos preparados!

—No pueden hacernos esto —se quejó otro.

—¿Es que se han vuelto locos? —silbó alguien detrás de mí.

Sin embargo, en muchos otros la reacción era completamente distinta. Algunos alumnos cruzaron los brazos, como si dieran la bienvenida al desafío. Otros, por el contrario, sonreían para sus adentros, por ejemplo Georgina, cuyos rasgos de elfo parecían serenos, casi alegres. La miré con el ceño fruncido. Se inclinó hacia Amara Chandran, que se encontraba a su lado, y le dijo algo al oído. Amara alisó la arrugada frente y enarcó las cejas con cara de sorpresa. Me volví hacia Murphy, que estaba detrás de mí, en diagonal.

—Mira a Georgina y Amara —le susurré.

Murphy hizo lo que le pedía, y también yo volví a observar a Georgina. Al fijarme bien, me llamaron la atención otras cosas; por ejemplo, llevaba la ropa de deporte que se ponía siempre en Defensa. Y también unos zapatos que parecían especialmente robustos. Seguro que con ellos se podía andar mejor por la nieve que con las botas con un poco de tacón que había elegido yo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —inquirió Murphy.

—Georgina sabía que la primera prueba se celebraría hoy.

Murphy fue a decir algo, pero la directora se le adelantó. Volvió a batir palmas y con ello se hizo de nuevo el silencio entre los elegidos y el público de la tribuna.

—Es posible que en un primer momento esto suponga una gran sorpresa para todos ustedes, pero se nos ha ocurrido algo. El cuerpo docente confía en que este sea un obstáculo que consigan superar. Un cometido que formará parte de la primera prueba.

Si poco antes pensaba en lo cautivadora que era la sonrisa de la directora Baskerville, en esos momentos casi me parecía una mueca. No es que fuese distinta, sino tan solo que el comienzo del torneo me parecía bastante malintencionado. Hacía apenas dos días que me había decidido a participar, ¿y debía someterme sin estar preparada a una prueba que no tenía ni la menor idea de en qué consistiría? En Guía de Almas al menos me había preparado para el examen, que pese a ello había acabado en fiasco. ¿Cómo iba a salir airosa de esto?

Me reprendí a mí misma en el acto.

Debía reducir la presión. Había decidido inscribirme porque quería recuperar puntos, hacer que mi madre se sintiera orgullosa y demostrarle a Dylan que seguía siendo valiente, que aquella noche con Violet y Cree no había acabado completamente conmigo. Estaba haciendo esto por mí. Y no me echaría atrás antes incluso de que hubiese empezado la prueba.

—Este año el torneo comenzará en el lago, que como saben está helado. —El silencio que se había hecho me resultaba casi siniestro —. Ahora deberán acudir con los profesores al otro lado del lago. Su cometido consistirá en cruzarlo para, después, volver a esta orilla en menos de treinta minutos.

El murmullo aumentó de nuevo. Vi que algunos alumnos se sonreían, seguros de su victoria. Murphy y yo, en cambio, nos miramos con escepticismo. Algo que parecía tan fácil seguro que distaba mucho de serlo.

—Cuidado con el peligro que entrañan las profundidades. Que Manannán mac Lir tienda su mano protectora sobre todos ustedes.

Fue lo último que dijo la directora. Mientras yo seguía dándoles vueltas a sus palabras, el sanador Sheehan y las profesoras Chen y Mulligan se ocuparon de que todos los alumnos se pusieran en fila y empezaran a moverse hacia la otra orilla del lago. Murphy y yo, el uno al lado del otro, comenzamos a susurrar de nuevo.

—No me puedo creer que hagan esto. Llevo una puñetera falda —solté irritada.

—A mí me lo vas a decir —contestó, y se señaló las Vans, que habían visto días mejores, parte de la suela ya se estaba despegando.

—Siento tener que decírtelo, pero para ti es fácil hablar.

Me miró con expresión de incredulidad.

—Por si lo has olvidado: eres un Cambiaformas. Te puedes transformar en cuanto empiece la prueba.

—Pero eso sería hacer trampas —dijo Murphy con cara de sorpresa.

Puse los ojos en blanco.

—Para eso está este torneo. Cada participante tiene ventaja o desventaja en una prueba u otra. Este es un gran comienzo para ti. Aprovéchalo.

No parecía muy convencido.

—Por lo menos primero quiero ver qué relación tiene la prueba con Manannán mac Lir. ¿Qué crees que quería decir con eso la directora?

Me puse a pensar en lo que sabía de Manannán mac Lir mientras avanzábamos por la nieve junto a la orilla. El lago se extendía intacto ante nosotros, en la superficie helada, lisa como un espejo, no se distinguía ni una sola huella. La estampa incluso parecía demasiado apacible.

—Era el dios del mar, el guardián del lago. Dicen que podía deambular entre los mundos. Además, había una serie de objetos mágicos que se hallaban en su posesión, pero del examen que hice de Folclore hace ya bastante. Creo que tenía... un barco con el que podía desplazarse por el agua, pero también servía para volar por el aire, o algo por el estilo.

En vista de la poca seguridad que destilaba mi voz, Murphy torció el gesto con amargura.

—Es de gran ayuda, sí.

—Puede que a ti también se te ocurra alguna cosa si paras de quejarte de lo que digo yo —espeté, algo mosqueada.

Murphy no dijo más. Después de unos minutos llegamos al otro extremo del lago. En la orilla se distinguía una densa niebla, en el aire flotaban velos, y el frío se me metía en los huesos. Tuve que ponerme de puntillas para ver más allá de la gente de la fila de delante.

La capa de hielo, a diferencia de pocos días antes, era opaca y tan gruesa que desde luego resistiría el peso de todos los participantes. Costaba creer que me había bañado ahí hacía nada.

—Jamás pensé que te vería en un torneo... —observó una voz a mi lado. Me volví y descubrí a Lorcan Haren, que tenía en la boca la sonrisa de suficiencia típica de él—. Y yo que pensaba que se te caían los anillos por ensuciarte las manos.

Lo miré con frialdad.

—Déjame en paz, Haren.

Él me miró ladeando la cabeza.

—Esas no son formas, Zoey. A un viejo amigo habría que saludarlo con más cariño, ¿no crees?

Resoplé.

Lorcan Haren no era un viejo amigo. De hecho, era justo lo contrario. Siempre que lo veía, me entraban ganas de vomitar. O de estrangularlo.

Pelo castaño, ondulado en la frente, pómulos y mandíbula marcados, labios carnosos con una suave curvatura y ojos de un azul oscuro profundo y resplandeciente. Desde un punto de vista superficial, Lorcan era la perfección absoluta, envuelto en un cuerpo atlético, de un metro ochenta de estatura. En cuanto entraba en una habitación, todos volvían la cabeza y se quedaban mirándolo hasta que tenían que estirar literalmente el cuello. Cuando hablaba, conseguía tenernos a todos pendientes de cada una de sus palabras, escuchándolo como embobados, porque todo lo que decía parecía fascinante.

Era —al igual que yo— descendiente de Clíodhna, razón por la cual durante los dos primeros años en Everfall nuestro plan de estudios había sido parecido. Por eso sabía que Haren podía ser bastante insoportable, se tenía muy creído su estatus y a menudo se consideraba mejor de lo que en realidad era. A lo largo de las semanas anteriores lo había visto en alguna que otra fiesta, pero habíamos conseguido evitarnos, pues la antipatía era mutua. Que ahora me abordase debía de responder a algún motivo.

—¿Qué quieres? —le pregunté cuando se acercó más. A mi lado, Murphy se tensó.

La sonrisa de Lorcan se volvió más pequeña, pero no perdió atractivo, sino que pareció más calculadora.

—¿No crees que sería más inteligente que fueses maja conmigo cuando estamos a punto de empezar una prueba? A fin de cuentas, nunca se sabe qué alianzas podrían permitir que uno siguiera adelante en el torneo.

Contuve un bufido.

—A mí más bien me da la impresión de que estás desesperado, Lorcan.

—Vamos, Zoey. Con las ganas que tenías antes de ser amiga mía. ¿Qué mejor momento que este?

Los ojos de Lorcan se iluminaron, y me pregunté si estaría intentando utilizar sus poderes contra mí. A diferencia de mi magia, que era la de las Banshees, la de Lorcan era la de los hechizos. Clíodhna era la diosa de la belleza, el amor y la sanación, y en sus descendientes se manifestaban distintas capacidades. Entre otras cosas, Clíodhna también era la reina de las Banshees, y esa era la magia que me había sido concedida a mí. Lorcan, en cambio, había heredado el don de la belleza carismática, de la que se servía para hechizar a las personas de su entorno. Esta capacidad lo ayudaba a ganarse el favor de quienes estaban a su alrededor y a ejercer influencia en ellos. Puesto que Lorcan, sin embargo, se sentía tan orgulloso de este don y siempre estaba dando puyazos porque sus padres y él estaban amargados, dado que era mi familia y no la suya la que representaba en el Consejo a los descendientes de Clíodhna, no nos podíamos ni ver. Y si eso no era así desde siempre, sin duda lo sería a partir de aquel momento, después de que hubiese intentado manipularme justo cuando la prueba iba a empezar.

—Déjala en paz —terció Murphy, que se había acercado más a mí sin que yo apenas me diese cuenta.

—Tú a mí no me hables. Sé cosas de tu familia y de ti que será mejor que críen polvo en los expedientes —espetó Lorcan.

Murphy se puso rígido. Yo los observé a uno y a otro con expresión inquisitiva, pero se limitaron a lanzarse miradas asesinas. Era evidente lo mucho que desagradaba a Murphy esa insinuación.

—Lárgate, Lorcan. Búscate otra alianza —afirmé, y dejé de mirarlo para clavar la vista al frente con obstinación. Pasaron unos segundos y, al final, se fue. Poco después oí su voz algo más allá, pero la obvié —. ¿Estás bien? —le pregunté a Murphy.

Si es que tal cosa era posible, estaba más pálido que de costumbre. Un escueto gesto de asentimiento fue todo cuanto recibí, Murphy continuó mirando hacia delante. Seguí sus ojos y vi a las profesoras y al sanador Sheehan, que se hallaban allí con los brazos cruzados.

—Su cometido consistirá en llegar a la otra orilla del lago en menos de treinta minutos —recordó la profesora Mulligan—. No olviden respetar el reglamento del torneo. Nadie eliminará a un rival de forma deshonesta. Si llegaran a utilizar sus poderes contra sus adversarios, quedarán descalificados automáticamente.

La profesora Chen señaló dos palos clavados en el suelo que simbolizaban una suerte de línea de salida.

—Tomen sus posiciones.

La multitud se puso en movimiento y yo eché un vistazo a los alumnos. Eran entre treinta y cuarenta, de distintos años. A cerca de la mitad los conocía o me sonaban, y todos ellos se situaron en la salida marcada. Con las apreturas, me separé un poco de Murphy, pero cuando lo miré, me dirigió una pequeña sonrisa.

—Lo conseguiremos —formó con los labios.

Me aferré a su seguridad y asentí. Sí, lo conseguiríamos. Fuera lo que fuese lo que nos esperaba ahí fuera, seríamos capaces de superarlo.

Miré otra vez a mi alrededor y descubrí a Dylan un poco más allá de mí, los hermosos rasgos de su rostro serios y concentrados. Pero antes de que pudiera seguir mirando, la voz del sanador Sheehan se oyó en la orilla.

—Preparaos. Y que los Tuatha dé Danann os guíen —exclamó.

Se oyó un sonoro toque de clarín y con ello se dio por iniciada la prueba.

Los primeros alumnos empezaron a caminar por el hielo, de manera lenta e insegura al principio. Otros mudaron de forma, un Cambiaformas echó a correr por el lago convertido en lobo. Mis compañeros emplearon toda clase de tácticas. Unos iban cogidos de la mano; otros, por el contrario, salieron disparados hacia el centro del lago; alguno que otro avanzó muy cerca de la orilla, como si temiese que el hielo fuera a ceder bajo sus pies de un momento a otro si se atrevía a acercarse demasiado al centro.

Treinta minutos era muy poco. Si uno se mantenía pegado a la orilla, tendría que ir prácticamente corriendo para poder llegar a tiempo al otro extremo.

Sobre el helado lago se cernía un silencio espectral. La niebla que nos envolvía se tornó más densa, el cielo estaba cubierto de nubarrones. Mi aliento formaba nubecillas ante mi cara cuando expulsaba el aire, y por fin entré en el lago, una de las últimas personas en hacerlo. Lo único que se oía era el deslizar de zapatos sobre el hielo, el crujir de la nieve cuando cada vez eran más los alumnos que se atrevían a avanzar.

Ese silencio hizo que me asaltara un mal presentimiento. Era como si todo fuese una ilusión. Algo que tenía por objeto que bajáramos la guardia. Al parecer a otros les pasaba lo mismo. Unos metros por delante de mí iba un alumno de segundo que negaba con la cabeza

y levantaba las manos, frustrado. «¿Qué significa esta mierda? Esto no es ningún desafío».

Acto seguido, dio unos saltos en el sitio y después salió corriendo. Cruzó el hielo más deprisa de lo que yo habría creído posible. Resbaló unas cuantas veces, pero recuperó el equilibrio rápido y continuó a mayor velocidad aún. Estaba tan concentrada en él que en un primer momento no percibí el crujido que se produjo unos metros por delante de mí. Siguió un retumbar ensordecedor y frené en seco. El hielo temblaba bajo mis pies y mis ojos se abrieron como platos. Miré a mi alrededor en busca de Murphy, pero para entonces otros alumnos se habían interpuesto entre nosotros, y solo logré distinguir su cabellera pelirroja a cierta distancia. Miré de nuevo al frente, al alumno que no había dejado de correr. Entonces fue como si el tiempo se detuviera un instante cuando el hielo crujió y se abrió.

A mis oídos llegaron gritos, y no supe si yo misma era una de los que chillaban, presa del pánico. Bien podía ser, porque lo que vi provocó que la sangre se me helara en las venas.

Una criatura enorme salió del lago. Era de color negro azulado y tenía el descomunal, sinuoso cuerpo recubierto de brillantes escamas. Cristales de hielo volaron por el aire y, debido a la fuerza del impacto, el alumno salió despedido unos metros. Quedó tendido en el suelo, inmóvil. La criatura profirió un grito estridente y, al hacerlo, dejó a la vista varias filas de dientes afilados, puntiagudos. Despavoridos, algunos de mis compañeros echaron a correr para alejarse todo lo posible del monstruo.

Acto seguido, el ingente cuerpo desapareció bajo el hielo. Todo el mundo corría hacia todas partes por la espejada superficie, abandonando cualquier táctica que estuviese siguiendo antes debido al horror que se había apoderado de todos nosotros. Unos

tropezaron, otros cayeron al suelo, numerosos Cambiaformas se transformaron y algunos alzaron el vuelo en forma de cuervo. Cuando el hielo volvió a temblar esperé de todo corazón que Murphy fuese uno de ellos.

Miré al suelo y vi la silueta desdibujada del monstruo, que se movía muy cerca de la superficie. En ese momento, fui yo quien echó a correr, pero antes de que pudiera dar tres pasos alguien me cogió por el brazo. Me volví y, justo cuando iba a pegar un grito, vi a quién tenía enfrente.

Dylan me soltó y se llevó un dedo a los labios. Cuando comprendió que yo no tenía intención alguna de ponerme a gritar, musitó:

—Reacciona a los sonidos.

La criatura apareció de nuevo, esta vez a nuestra izquierda. Nuevamente el aire se llenó de astillas de hielo, una de las cuales me dio en la mejilla y me hizo un corte en la piel. Algo tibio me corrió por la cara. Miré con ojos despavoridos al monstruo... y solo entonces comprendí cuál era la prueba. Dylan y yo nos dirigimos despacio hacia un lado, sin perder de vista a la criatura. Los dientes de esas fauces abiertas eran más o menos del tamaño de mi antebrazo, y tan puntiagudos como el extremo de una espada.

—Una puñetera serpiente marina —farfullé.

Según algunas leyendas, el guardián del lago tenía bajo su dominio a todas las criaturas acuáticas, entre las que se hallaba una serpiente marina, pero yo imaginaba que sería una especie de mascota mona y no un monstruo peligroso de varios metros de longitud que intentaba atrapar a alumnos con una boca llena de dientes afilados. Me enfadó que no me hubiera acordado de inmediato.

Observé a la criatura, que volvió a desaparecer bajo la superficie, y clavé la vista en los alumnos que corrían. Justo allí donde algunos se desplazaban por el hielo a gran velocidad asomó otra vez la serpiente. Más al fondo distinguí a los primeros alumnos que habían logrado llegar al otro lado. El cerebro me iba a toda velocidad.

—Si reacciona a los sonidos, ¿cómo demonios vamos a poder pasar? —susurré, y confié en que, con todo, Dylan me entendiera.

—Lo haremos igual que cuando entrenamos: paso a paso. —Su voz destilaba una calma extraordinaria, Dylan era una roca.

Sus ojos castaños coincidieron con los míos, e hice un gesto afirmativo. Acto seguido, empezamos a avanzar muy despacio. Me estremecí cuando el hielo se agrietó de nuevo y dos alumnos que iban delante y se encontraban justo en ese punto se hundieron. Apreté los dientes para no proferir ningún sonido. Aunque la directora Baskerville había dicho que el desenlace de las pruebas nunca era mortal, en ese segundo me costó bastante confiar ciegamente en ello, sobre todo cuando todos estábamos expuestos a ese monstruo. Pero ya no tenía tiempo para preocuparme por los demás. Habían transcurrido muchos minutos. Debía darme prisa si quería obtener los puntos de la prueba. Y, sobre todo, debía concentrarme en mí, no en los gritos de los demás.

Seguí moviéndome. Despacio, con sumo cuidado, mi cuerpo en tensión como la cuerda de un arco. Pero cuanto más avanzábamos, tanto más a menudo salía disparada del hielo la serpiente. Cada vez eran más los participantes que quedaban eliminados y cada vez menos la superficie que teníamos disponible para llegar a nuestra meta.

Cuando el hielo crujió otra vez bajo mis pies, hice equilibrios en el sitio para quitarme las botas; por desgracia, con las prisas también se me salieron los calcetines. Cuando mis pies desnudos entraron en

contacto con la superficie, cogí aire enfadada. Aún era soportable, pero al cabo de poco empezaría a dolerme. El frío se me metió en los huesos. Mis movimientos se tornaron más lentos, el viento era más cortante, tanto que tenía que levantar la mano para protegerme los ojos. Mi respiración se me antojaba ensordecedora, mi pulso tamborileaba frenético. La niebla cada vez era más espesa, los velos eran impenetrables, de modo que uno solo veía los agujeros en el hielo cuando prácticamente estaba encima de ellos. Me costaba distinguir hacia dónde tenía que ir. De pronto vi una luz roja en medio de los jirones de niebla.

Me quedé de piedra. Se oyó un arañar funesto.

El pulso se me aceleró. Justo cuando iba a retroceder, la luz perdió fuerza y después se apagó. Parpadeé. Ya no se veía ni se oía nada. Ningún fulgor inquietante, ningún arañar terrorífico.

El hielo tembló y se agrietó a nuestra derecha. Proferí un grito ahogado y me tapé la boca con la mano.

—Sigue, Zoey —me instó Dylan, que estaba junto a mí.

Se había acercado más, tanto que su brazo rozaba el mío. Hizo que mi miedo se desvaneciera, aunque solo fuese porque se deslizaba a mi lado lento y ágil como una sombra. Rodeamos el siguiente agujero en el hielo. Y oí algo.

Alguien gritó de júbilo.

Cada vez estábamos más cerca de la meta.

El corazón me dio un vuelco. Animada por esta certeza, me entraron ganas de salir corriendo, pero me contuve a tiempo. Continué lentamente y sin hacer ningún ruido. Era como si pisara agujas y el dolor comenzó a subirme por los tobillos. Pero entonces la niebla se fue levantando poco a poco. Distinguí a los primeros alumnos y exhalé un suspiro de alivio. Solo faltaban diez metros. Cinco. Vi a Murphy en la otra orilla, a Kenna a su lado, los dos con

una sonrisa radiante. Me hicieron señales con la mano. Solo unos pasos más...

Algo frío me bajó por la nuca.

Me detuve.

Por lo visto, Dylan no notó nada y continuó. Poco después llegó a la meta y lo recibió una multitud que lanzaba gritos de alegría. Los ruidos solo me llegaban amortiguados. Entonces Dylan se volvió hacia mí y me miró con cara de no comprender qué sucedía. Dibujó unas palabras con los labios, pero no las entendí. Me llamó, luego quiso venir conmigo, pero alguien tiró de él y le dijo algo con insistencia, gesticulando mucho. Un susurro impenetrable resonó en mis oídos.

Sentí frío. Más aún del que ya tenía. Me dio la sensación de que el corazón se me helaba en el pecho, y el frío me dejó sin aire en los pulmones. Ya ni siquiera notaba el dolor en la planta de los pies.

Cuando me volví y los vi, fue como si el tiempo se ralentizara.

Entonces distinguí los rostros. Los rasgos de elfo de Georgina Donovan. La cara perfecta de Lorcan Haren. El brillante pelo negro de Amara Chandran.

Eran lo único que aún podía ver con claridad. Fue como si a mi alrededor el mundo dejara de existir. Solo había esos tres alumnos. Toda mi atención estaba centrada en ellos, que iban rodeando uno de los agujeros que se habían abierto en el hielo.

Hacía escasos meses quizá me hubiese sentido desconcertada, pero para entonces yo ya sabía lo que significaba ese profundo horror que me invadía.

Mi magia había despertado.

Y debía hacer algo cuanto antes, ya que de lo contrario esos tres alumnos pronto morirían.

8

Un sudor frío se me formó en la nuca mientras en mi cabeza aparecían imágenes; imágenes terribles, de muerte. El rostro de Lorcan, de un blanco fantasmagórico, atrapado bajo el agua. El cuello de Georgina, retorcido en un ángulo antinatural. La sangre que le corría por la frente a Amara mientras sus ojos sin vida miraban al cielo sin ver nada.

Las manos me temblaban, pero reprimí el miedo. No tenía nada que temer de esto. Mi magia ayudaba a impedir catástrofes inminentes. De manera que actué y salí corriendo.

Me llegaron gritos, alguien me llamó, pero el eco se perdió en la niebla, que me engulló de nuevo. Lo único que contaba en esos momentos era ayudar a Lorcan, Georgina y Amara antes de que mi visión se hiciera realidad.

Cuando murió Finn Thompson no pude hacer nada, y eso era algo que me seguía atormentando. Me había jurado que no volvería a suceder algo así. De manera que continué en dirección contraria a la meta. Aunque no sabía dónde estaban los tres, me dejé llevar por mi instinto. El hielo tembló bajo mis pies, y apenas podía sentir las piernas por la vibración cuando el monstruo salió de nuevo de las oscuras profundidades. ¡Allí!

Por fin vi a los tres condenados a muerte. Georgina iba armada y se había puesto delante de Amara, mientras que Lorcan mantenía los ojos cerrados y musitaba algo, con toda probabilidad un hechizo. La criatura descollaba sobre ellos con los negros ojos vigilantes, las

fauces abiertas, y lanzó un bufido amenazador al mismo tiempo que su cresta se desplegó mortalmente por toda su cabeza.

De súbito la serpiente atacó. Georgina salió disparada hacia delante con la espada en ristre. Su estocada rebotó en las escamas del animal, pero la alumna no se dio por vencida tan pronto. A diferencia del resto, los pies no le patinaban en el hielo, las botas la ayudaron a pisar con firmeza cuando se apartó durante la siguiente embestida de la serpiente y probó de nuevo a clavarle la hoja. Saltaron chispas cuando el metal entró en contacto con la escamada piel. Sin embargo, no logró atravesarla, solo consiguió parar el siguiente mordisco de la criatura. A continuación dio un salto hacia el frente y apuntó al cuello de la serpiente, pero esta retrocedió y acto seguido desapareció bajo el hielo.

—¡Alejaos de ahí! —grité, y corrí todo lo que pude, además de levantar las manos y hacerles señales para que se dieran cuenta de una vez del grave peligro que corrían.

La serpiente irrumpió de nuevo, justo delante de mí. Lancé un chillido cuando el hielo cedió bajo mis pies y me tambaleé hacia atrás. Me di un duro golpe en el coxis y reculé arrastrándome por el hielo. Me asaltaron imágenes de hacía dos meses escasos: huía de esa misma manera de Cree, que estaba delante de mí con la espada en alto. Durante un instante no me pude mover, atrapada en el recuerdo. Conseguí a duras penas apartar las imágenes.

La criatura se hallaba ante mí, con la boca abierta, mientras yo me alejaba despacio del hielo y me levantaba sin quitarle los ojos de encima. Antes de que me diera cuenta, atacó. Salté hacia un lado, con más agilidad que en los entrenamientos. La sangre me bullía, la piel me hormigueaba.

Aunque distaba mucho de ser la mejor luchadora de Everfall, ya no me sentía desvalida. Y no permitiría que alguien muriese en esta

prueba.

Lorcan, Georgina y Amara salieron corriendo, y la serpiente movió la cabeza. Yo levanté otra vez los brazos y los sacudí en el aire.

—¡Eh! ¡Mírame a mí, no a ellos!

La cabeza se volvía a un lado y a otro, con expresión amenazadora, la criatura no era capaz de decidirse. A todas luces, parecía gustarle más la perspectiva de atrapar varios tentempiés en lugar de tener que conformarse solo conmigo. Se sumergió de nuevo y yo solté un sonoro taco. Después salí corriendo, pisé lacerantes fragmentos de hielo, dejé atrás los agujeros abiertos por la serpiente, seguí adelante, impelida por la magia que pulsaba en mí. Los otros tres fueron hacia la izquierda, donde la niebla volvía a ser más densa, yo les pisaba los talones.

Amara gritó cuando el hielo se abrió debajo de ella. Lorcan logró agarrarla por el brazo y sujetarla antes de que cayese. El tirón hizo que ambos se tambalearan donde estaban, y Georgina se puso delante y levantó la espada, lista para luchar. Yo me uní a ellos y estuve a punto de chocar contra Georgina.

—Tenéis que salir de aquí. Cuanto antes —dije, sin aliento.

—Largo, Banshee. Casi hemos llegado a la meta —espetó Georgina entre dientes.

La serpiente emergió de nuevo, adelantó la cabeza a la velocidad del rayo. Georgina y yo fuimos a izquierda y derecha respectivamente. Ella inició otro ataque, esquivó a la enorme bestia y le asestó un golpe en el cuello. Un chillido ensordecedor resonó en el lago, y fue como si el hielo devolviese el sonido, con lo cual era más estridente aún. La serpiente pareció desconcertada y no dejaba de moverse de un lado a otro. Lorcan se situó junto a mí. Lo miré y vi que tenía los ojos iluminados. Pronunciaba un susurro sonoro, y comprendí que era su magia la que estaba hechizando a la

serpiente. Tenía el ceño fruncido, su cara de concentración parecía más tensa aún, y el sudor le perlaba la frente. Cada vez estaba más pálido.

Algo no iba bien.

Sabía cómo era Lorcan cuando utilizaba su magia. Su rostro perfecto parecía más bello aún, irradiaba luz y rebosaba seguridad. Ahora era justo lo contrario. Daba la impresión de que Lorcan tenía que hacer un esfuerzo para no caerse. No estaba segura de por qué lo sabía, pero si continuaba así, mi visión se haría realidad.

Me situé frente a él y lo cogí por los brazos. Sus luminosos ojos me miraron.

—¿Qué haces? —espetó enfadado.

—Deja de hacer lo que sea que estás haciendo. Si sigues así, te consumirás.

Me miró con escepticismo.

—Primero rechazas mi alianza y ahora haces como si te preocuparas por mí. ¿A qué juegas, King?

El silbido de la serpiente me impidió contestar. Me volví en redondo una vez más, justo a tiempo de ver que la criatura giraba en el aire. Salpicó agua, volaron más esquirlas de hielo, y, de repente, la cola del monstruo asomó... y nos azotó con toda su furia a Lorcan y a mí. Salimos despedidos varios metros y el golpe me dejó sin aire en los pulmones.

Presa del pánico, miré hacia atrás y vi que Lorcan se hallaba tendido en el hielo. No se movía. Arrastrando las rodillas, fui hasta donde estaba y me incliné sobre él. Su aliento me hizo cosquillas en la oreja, y estuve a punto de derrumbarme del alivio. Seguía vivo.

Me levanté y me situé frente al monstruo.

La serpiente se irguió de nuevo, mirando con sus ojos negros a Georgina y a Amara. Nosotras tres éramos las últimas personas que

no habían perdido el conocimiento en el lago, y perderlo te descalificaba. La serpiente lanzó un bufido espantoso y se dispuso a atacar de nuevo. Georgina seguía luchando encarnizadamente. Golpeaba una y otra vez las escamas del animal, pero ninguno de sus ataques surtía efecto. La criatura seguía siendo igual de peligrosa que al principio. Nada parecía poder desviarla de su obcecación, y yo no le veía ningún punto débil. De pronto la cabeza salió disparada hacia Amara. Georgina se plantó delante justo cuando el monstruo la fue a morder.

Amara y yo pegamos un grito al unísono. Georgina dejó caer la espada y la emprendió a puñetazos contra la cabeza. No dejó de asestarlos hasta que la bestia acabó dándose por vencida. Georgina cayó al suelo, la mirada clavada en el líquido oscuro que rezumaba por el plumífero.

El corazón me latía en los oídos.

No.

No podía ser. No era posible que mi visión se convirtiera en realidad. Otra vez no.

Salí corriendo, olvidándome del dolor. Solo pensaba en salvarlas a las dos. Cegada por este propósito, cogí la espada que Georgina había dejado caer. La empuñadura aún conservaba su calor, y la así con las dos manos. A continuación fui directa hacia la serpiente.

Después no estuve segura de qué fue lo que se me pasó por la cabeza. Me alentaba única y exclusivamente la inquebrantable necesidad de impedir que mi visión se convirtiese en realidad. Cogí impulso y me encaramé de un salto a la serpiente. Aterricé en la parte inferior, levanté las dos manos y le clavé la espada en el cuerpo, pero esta rebotó con tanto ímpetu que estuvo a punto de tirarme al suelo. Sin embargo, no cejé en mi empeño. Me agarré bien cuando se volvió con movimientos sinuosos. Busqué un punto

débil, algo que pudiera utilizar en mi favor, como había aprendido con Dylan cuando entrenábamos. Las escamas eran resistentes, la cabeza se movía demasiado deprisa, pero de pronto vi brillar algo dorado. Entonces recordé que Georgina apuntaba a la parte inferior del abdomen y al cuello. Y supe por qué.

Las branquias de la serpiente eran lo único que no estaba recubierto de escamas. Intenté recuperar el equilibrio y me agarré con fuerza. La espada me resultaba pesada en la mano y no fue fácil, pero por fin me equilibré. Fui subiendo poco a poco. La cabeza del monstruo ya solo estaba a un brazo de distancia. Cogí impulso... y le clavé la espada.

Acto seguido la bestia se sacudió, se elevó en el aire y me arrastró consigo. Acabé estrellándome con fuerza contra el hielo otra vez, esta más dolorosa que la anterior. Durante unos segundos, los ojos me hicieron chiribitas y tuve que parpadear para no perder el conocimiento. Había recibido un buen golpe en la columna, y respirar me dolía. Me levanté a duras penas, despacio, y contemplé la imagen que tenía delante.

Amara estaba inclinada sobre Georgina, que yacía completamente pálida en el hielo. Al caer, yo había perdido la espada, que al parecer había ido a parar al lago, puesto que no la veía a mi alrededor.

El monstruo seguía ahí. Daba vueltas sin parar, con la vista clavada en Georgina y Amara, y trató de morderlas de nuevo. Amara susurraba algo, una suave melodía, y supuse que así la mantenía a raya. Pero eso tampoco serviría de mucho, como ya había demostrado el fracasado intento de hechizarla de Lorcan.

Aunque no tenía claro lo que estaba pasando, parecía evidente que algo no cuadraba. Era imposible que esto formase parte de la prueba, pero todos los que miraban lo suponían. Y los profesores no harían nada hasta que hubiesen transcurrido los treinta minutos.

El cerebro me iba a mil. Y entonces comprendí algo.

Había dos posibilidades para terminar la prueba: o llegábamos a la otra orilla, algo que en ese preciso momento no era factible, o quedaríamos todos eliminados. Lorcan ya lo estaba. Pero Amara y Georgina...

Reuní la poca fuerza que me restaba y conseguí ponerme de pie, sin perderlas de vista a ambas. La serpiente había vuelto a desaparecer en el fondo del lago, pero no tardaría mucho en emerger otra vez. Me arrastré por el hielo, cada paso que daba iba acompañado de un dolor espantoso.

Seguí caminando hasta que me uní a ellas. Se encontraban junto al último lugar por el que había emergido la serpiente. Amara levantó la vista y a sus ojos asomó un brillo que me dio mala espina. Tiritaba y pugnaba por respirar.

—Necesitamos ayuda.

—Lo sé. —La bestia surgió de nuevo, esta vez unos pasos detrás de mí, pero no me volví. Mi objetivo se hallaba justo delante—. Ahora tenéis que confiar en mí —dije.

Amara iba a abrir la boca para replicar, pero no llegó a hacerlo. Me eché hacia delante... y las tiré a las dos al agua.

Detrás de mí oí una vez más el serpenteo del monstruo, pero entonces...

Los clarines resonaron en el lago. La niebla se levantó hasta que poco a poco se vio la otra orilla. Por los altavoces se oyó la voz de la directora Baskerville.

—¡La primera prueba del torneo de fin de año ha terminado!

La serpiente lanzó un último bufido detrás de mí, después se elevó y desapareció en las profundidades del lago entre más fragmentos de hielo que salieron despedidos al aire.

9

—Si su madre supiera cómo está usted, me cortaría la cabeza —afirmó el sanador Sheehan mientras me examinaba los pies y las piernas y chasqueaba la lengua.

—Usted no tiene la culpa de que yo haya participado en la prueba —repuse, y me estremecí cuando empezó a reconocerme el pie.

—En eso se equivoca, Zoey. Para Calliope tengo la culpa de todo en general. Sobre todo en lo que respecta al bienestar de usted. —Aunque lo dijo farfullando, lo entendí a la perfección.

Entre el sanador Sheehan y mi madre había una hostilidad que yo no acababa de comprender, así que dejé estar sin más el intento de averiguar el motivo.

En esos instantes me presionaba distintos puntos de la columna, y lancé un aullido cuando dio en el que había recibido el impacto. Una vez más soltó una imprecación. Acto seguido vociferó varias órdenes a un joven ayudante que aguardaba a una distancia prudente de nosotros y se puso en el acto a preparar una pomada.

—Pasará aquí la noche para que podamos vigilar de cerca su columna y esas quemaduras producidas por el frío —decidió, y abrí la boca para protestar, pero él no me dejó hablar—. Esto no admite réplica, Zoey. Y ahora descanse, debo ir a ver cómo se encuentra el resto.

Lo miré con enfado cuando desapareció por la cortina que había ante mi cama y poco después dio más órdenes a voz en cuello. El sanador al que había dado instrucciones me envolvió poco después

los pies y las pantorrillas con vendas embebidas en una tintura, y cogí aire entre dientes. Un gran escozor me atravesó la piel y me llegó hasta el músculo; era tan desagradable que apenas podía estarme quieta. Después me dio a beber algo que sabía mucho peor aún de lo que olía. Me había tragado a duras penas la última gota cuando alguien abrió la cortina. Exhalé un suspiro de alivio al ver que era Kenna. Me echó los brazos al cuello y casi me aplastó. La abracé a mi vez y me alegré de ver un rostro conocido.

—No sé en qué estabas pensando, menudo susto me has dado —me espetó de golpe, y me dio en el hombro cuando me separé de ella.

—¡Ay! —Le dirigí una mirada asesina mientras me frotaba el hombro.

—¿Por qué demonios te diste la vuelta? ¡Si casi habías llegado a la meta!

—Tengo una buena explicación para todo.

—Más te vale. La directora Baskerville está hecha una furia. Nunca la había visto así —musitó Kenna, y miró en el cubículo contiguo de la enfermería, tras la cortina, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando. Después se inclinó hacia delante y bajó aún más la voz—. Murphy también quería venir, pero Baskerville ha prohibido el acceso a los participantes en el torneo. A todos ellos.

Abrí mucho los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Primero quieren indagar a fondo lo que sucedió en el lago.

—¿Qué significa eso?

Kenna titubeó y se apartó el pelo de la frente.

—Desde la orilla dio la impresión de que volviste para eliminar a los otros participantes. De ser así, te descalificarían.

Me incorporé en la cama y la miré sin dar crédito.

—Tuve una visión, por eso volví. ¿Por qué, si no, iba a arriesgar mi plaza en el torneo cuando necesito los puntos para mis notas?

—A mí no hace falta que me lo digas, siempre te creo, Zoey. ¿Qué viste exactamente? —preguntó.

—Los vi a los tres muertos. Y no... no lo podía permitir.

Kenna negó con la cabeza.

—Qué extraño. ¿Por qué iban a poner los profesores una prueba que terminara con la muerte de alguien?

—Antes incluso dijeron que había medidas destinadas a garantizar la seguridad de los alumnos. En los torneos nunca hay víctimas mortales. Algo en esa criatura no cuadraba.

Kenna se paró a pensar en lo que yo había dicho.

—Sabía que aquí hay gato encerrado. Y Dylan también, habría salido corriendo detrás de ti si Mulligan y Chen no se lo hubiesen impedido.

Oír eso hizo que el corazón me diera un vuelco, pese a lo dolorida que estaba.

—Tengo que hablar con la directora Baskerville —dije, y bajé las piernas, que me habían vendado por completo. Kenna me paró en el acto.

—Los profesores están investigando el incidente. Ahora no podrás hacer nada. Además, te tienes que curar del todo, te has llevado una buena.

—¡Ese mal bicho! —dijo una voz maliciosa—. ¿Dónde está?

—Georgina, por favor, cálmese.

—Usted que es sanador debería saber que eso no hay que decírselo nunca a alguien que está alterado, porque esas palabras solo suelen conseguir lo contrario —respondió, y descorrió mi cortina de un tirón. Apareció Georgina. Tenía gruesas vendas en el brazo,

que llevaba en cabestrillo—. Te morías de ganas de devolvérmela, ¿no? —silbó.

El joven sanador que poco antes me había tratado se colocó delante de mí con ademán protector cuando ella se acercó.

—Tuve una visión, Georgina. Te vi morir —aduje lo más tranquila que pude.

Ella resopló con desdén.

—Sí, claro. Como la visión que tuviste en el comedor, ¿no? —Sonrió, pero era una sonrisa carente de humor—. Se lo he contado a la directora Baskerville. No solo que querías eliminarnos del torneo a Amara, a Lorcan y a mí, sino también que finges prever muertes que no se producen. ¿Sabes cómo se castiga el presunto empleo de magia? Podrás darte con un canto en los dientes si después de la comparecencia no te expulsan del colegio.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? —inquirió Kenna.

Georgina arqueó ambas cejas sin inmutarse.

—Estoy hablando de que Zoey va a tener que presentarse ante un tribunal. Por eso se está llevando a cabo una investigación en el lago. Buscan pruebas de que los hechizos de protección quedaron anulados. Y como no encontrarán nada, porque no eres más que una puñetera mentirosa, se celebrará una comparecencia en la que tendrás que rendir cuentas.

Me desperté en mitad de la noche. En un primer momento no estaba segura de dónde me encontraba y pegué un buen salto al ver una silueta a oscuras junto a mi cama.

—No te asustes —susurró una voz áspera—. Soy yo.

Exhalé un suspiro de alivio al darme cuenta de que se trataba de Dylan, y volví a apoyar la cabeza en la almohada.

—El aviso llega algo tarde, ¿no crees? —repuse, también en voz baja. Como no contestaba, continué—: No deberías estar aquí.

—Y yo que creí que te alegrarías de tener compañía.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y lo vi sentado en la silla que había junto a mi cama, vestido con ropa oscura y con las comisuras de la boca ligeramente levantadas.

—Y me alegro, pero procura que no te pillen —musité—. A no ser que tengas ganas de que el sanador Sheehan te sermonee.

—Si no quiero que nadie me vea, nadie me verá.

Enderecé la almohada y torcí el gesto cuando el dolor me recorrió la espalda. Dylan se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos.

—La caída pareció dolorosa.

—Lo fue. Pero seguro que el brebaje de Sheehan no tardará en surtir efecto.

Dylan no parecía muy convencido. Se hizo un silencio breve durante el cual escudriñó mi rostro. Después carraspeó.

—¿Me quieres contar qué pasó?

—Mi magia despertó y vi morir a Georgina, Amara y Lorcan. Así que actué.

Dylan negó con la cabeza.

—No me puedo creer que pasara lo que pasó a pesar de los hechizos de protección. Los profesores tendrían que haberse asegurado de que estabais a salvo.

—Eso es lo que decís todos, pero yo sé lo que vi y lo que sentí. No son imaginaciones mías. —Subí el volumen y me reprendí. No podía permitirme perder la compostura, aunque estuviese a punto de

hacerlo. Era preciso que nadie supiese que Dylan estaba ahí, o nos meteríamos los dos en un lío.

—Cuando te diste la vuelta... —Tardó un momento en seguir hablando—. Pensé que esta vez habías ido demasiado lejos. Pensé que tu alma sería la siguiente a la que tendría que acompañar al más allá.

El corazón me martilleaba en el pecho. Quería incorporarme, pero la espalda me dolía demasiado, así que busqué su mano en la oscuridad. Entrelazó mis dedos con los suyos y durante unos segundos permanecimos así, sin más.

—No quería meterte miedo —musité—. Y menos aún que pienses que me expondría deliberadamente a un peligro mortal. Pero, por otro lado, fuiste tú el que dijo que echaba de menos a determinada chica valiente...

Resopló con suavidad.

—Cuando lo dije, no contaba con que a las primeras de cambio te fueras a lanzar contra un monstruo marino para intentar matarlo.

—Por desgracia, no tuve mucho éxito.

—Pero, a cambio, fuiste muy valiente.

Sonreí y creí ver un instante sus dientes en la oscuridad. Dylan me acarició el dorso de la mano con el pulgar, y la caricia hizo que un escalofrío me recorriera el brazo.

—¿Te llamó algo la atención cuando luchabas contra la serpiente? —me preguntó.

Me paré a pensar, repasé las imágenes otra vez, que se mezclaban con las de mi visión, y las sienes me empezaron a palpitar.

—Los tres utilizaron su magia contra el monstruo, pero este parecía casi inmune a ella. Ni siquiera funcionó el hechizo de Lorcan.

Dylan sopesó mis palabras.

—Le preguntaré a mi tía qué más sabe, pero no estoy seguro de que me vaya a decir algo. La comparecencia se celebrará igualmente.

Sentí una opresión en el pecho.

—¿Cuál crees que será el resultado?

Durante un momento Dylan no dijo nada.

—Responde con sinceridad a lo que te pregunten, como has hecho ahora. De ese modo, saldrás bien librada. —Se levantó de la silla. Yo no quería que se fuera aún. Seguí agarrada a su mano con fuerza, con más fuerza que antes. Él me acarició de nuevo el dorso—. Ahora descansa, Miss Everfall.

Asentí, incapaz de decir nada, y lo solté.

Dylan vaciló. Y entonces...

—Y no me vuelvas a dar un susto así.

El corazón parecía que se me iba a salir del pecho. Solo podía mirar a Dylan, y en ese momento deseé que no fuera plena noche para verle mejor la cara. Pero antes de que pudiera decirle algo, Dylan atravesó la cortina y desapareció. Me quedé observando el movimiento de la tela blanca hasta que cesó. Después cerré los ojos y traté de conciliar el sueño de nuevo mientras seguía sintiendo las suaves caricias de Dylan en el dorso de mi mano y recordaba sus palabras.

Al cabo de un rato oí susurros en la enfermería. Volví a abrir los ojos y levanté la cabeza. Unas camas más allá, alguien intercambiaba palabras airadas con otra persona. Fruncí el entrecejo al percibir otra vez la familiar voz de Dylan. Por desgracia, no entendí lo que decía, pero sí oí que hablaba con una chica. Y esa chica se parecía sospechosamente a Amara Chandran.

10

El sábado por la tarde, cuando me dieron el alta, sentí con claridad al volver a la residencia lo que opinaba todo el mundo sobre lo que había hecho. Mientras Kenna y yo cruzábamos el campus, la gente no paraba de pegar la cabeza para cuchichear. Kenna y yo pillamos retazos de conversaciones, y todos apuntaban a que se había extendido el rumor de que durante la prueba yo había recurrido a medidas ilícitas para eliminar maliciosamente a otros participantes del torneo. Kenna se cogió de mi brazo, como si intuyese el efecto que tenían en mí esas habladurías, y, agradeciendo su presencia, le apreté el brazo. Cuando llegamos a nuestra residencia, el breve momento de alivio duró poco, ya que alguien había pintado algo en nuestra puerta.

«Tramposa», ponía en letras blancas, que destacaban sobre la puerta negra. Se me formó un nudo en la garganta. A mi lado, Kenna dejó escapar un sonido quedo de frustración.

—Se les ha ido a todos la olla —afirmó, y pasó la mano por la pintura, que se emborronó; el artista debía de haber estado ahí poco antes—. Todos vieron lo que pasó cuando despertó tu magia, ¿por qué no se la toman en serio?

—Porque en el comedor hice como si tuviese una visión con Georgina —respondí mientras entrábamos.

Aunque el brebaje de Sheehan había surtido efecto, seguía sintiendo flojera en las piernas. El camino había sido más agotador que el día anterior, y tuve que respirar hondo un momento.

—¿Cómo? —inquirió Kenna. Cuando la miré, vi la incredulidad reflejada en su cara.

—Me empujó y me quitó el postre. —Ahora que lo decía en voz alta, hasta a mí me pareció ridículo.

Kenna torció el gesto con amargura.

—Mierda. No tendrías que haber hecho eso. En la comparecencia no te hará quedar bien.

Frustrada, me tapé los ojos con las manos.

—A estas alturas eso también lo sé yo. Sencillamente no pensé.

Durante un momento ninguna de las dos dijo nada. Después Kenna dio unas palmadas. Alcé la vista de nuevo y vi que su mirada de pronto rebosaba dinamismo.

—Todos declararemos en tu favor si nos lo permiten. Y seguro que la directora Baskerville también tendrá en cuenta lo que sucedió en su día entre Georgina y tú. Todo irá bien, fíate de mí.

Le dediqué una sonrisa cansada.

—Gracias por la confianza.

—Tengo de sobra para las dos. Además, estoy muy orgullosa de ti. Hiciste lo correcto, me da lo mismo lo que digan los idiotas del campus. Y ahora, vamos. —Abrió la puerta de nuestro pequeño armario empotrado, sacó bayetas y toallas, y me lanzó la mitad. Me dieron en toda la cara—. Vamos a limpiar esa cerdada.

Asentí y saqué fuerzas de flaqueza. Kenna tenía razón. No podía permitir que esta mierda me doblegase. No más de lo que ya lo estaba. Así que me acerqué a mi amiga, me agaché y saqué el cubo, que a continuación llené de agua caliente con jabón. Además, añadí una generosa cantidad de desmaquillante, con la esperanza de que ayudara a quitar la pintura. Luego salimos fuera y nos pusimos a limpiar la pintada. Resultó ser más duro de lo que pensábamos, puesto que una parte de la pintura ya se había secado y, si

raspábamos demasiado, por desgracia también se desprendía la pintura de la puerta. Sin embargo, una cosa buena había.

—Por lo menos esta vez no es sangre de rata —musité.

—Así me gusta, Zoey. Siempre hay que centrarse en lo positivo —repuso a mi lado Kenna.

Nos miramos y nos echamos a reír a la vez.

Lamentablemente, el buen humor no duró mucho. Kenna y yo pasamos el resto de la tarde juntas, comimos algo y hablamos un poco más hasta que me vibró el móvil. Durante un breve instante concebí la esperanza de que fuese Dylan, pero al ver la pantalla me quedé de piedra. Lo cogí con el corazón en la garganta.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Zoey —me saludó mi madre desde el otro extremo. Estaba tranquila, casi demasiado contenida. No me olía nada bueno.

—Hola, mamá. ¿Qué tal estás? —pregunté de todos modos.

—Pues muy bien. Salvo por el pequeño detalle de que me han vuelto a llamar. Esta vez ha sido Alexander. ¿Y sabes lo que me ha dicho?

Apreté los ojos. El sanador Sheehan, el muy chivato.

—Te lo puedo explicar —empecé, pero el leve resoplar de mi madre me descolocó.

—Pues, mira por dónde, ardo en deseos de que me expliques por qué participas en un torneo de lucha y te expones a más peligros intencionadamente.

Casi parecía Dylan.

—Para empezar, se trata del torneo de fin de año, en el que lo importante no es solo la lucha. También lo es tener una inteligencia despierta, fortalecer la convivencia entre los estudiantes de Everfall y, además, recuperar los puntos que he perdido.

—¿Y haces eso eliminando a propósito del torneo a otros alumnos y ganándote con ello una comparecencia? —inquirió con mordacidad.

Estrangularía al sanador Sheehan con mis propias manos. A ser posible con ese ridículo gorro de lana que le quedaba grande.

—Tuve una visión, mamá. No lo hice con maldad.

—Me han contado que una de las afectadas fue la alumna que te atacó en su día.

—Eso no tiene nada que ver. A esa serpiente marina le pasaba algo raro. Se ensañó con los alumnos. Me vi obligada a actuar.

—No puede ser. Está adiestrada para... —Dejó la frase a medias. Yo iba a insistir, a preguntarle qué quería decir con eso, cuando siguió hablando—. En cualquier caso, agradecería que tus profesores no se pusieran en contacto conmigo todas las semanas para hablarme de tu comportamiento. Estoy muy ocupada y confío en que actúes como lo harían tus antepasados. No nos podemos permitir que desacredites a nuestra familia. Sabes cuáles serían las consecuencias para el Consejo.

Lo sabía, sí. A fin de cuentas, me habían inculcado durante toda mi vida lo importante que era mi comportamiento para ella y para su cargo. En cuanto sucediese algo que no se ajustase a las estrictas normas del Consejo —por ejemplo, mi recién adquirida magia—, la autoridad que ostentaba mi madre en el Consejo sufriría las consecuencias. Y era importante que nada la quebrantase. Mucho menos después de lo que había sucedido con Cree, quien había huido y seguía en libertad.

—Lo sé, mamá. Por favor, créeme cuando te digo que mis intenciones eran buenas. —«Y quería no solo sentirme orgullosa de mí misma, sino que también tú lo estuvieras», pensé.

—Confío en ti, tesoro.

—No te decepcionaré.

Respiró hondo, y tuve la sensación de que la había tranquilizado un poco.

—¿Cómo te encuentras? Alexander dijo que te caíste.

—Su brebaje cumplió su cometido. Aunque supiera a rayos —contesté, y a continuación oí algo que casi parecía una risa.

—Hay cosas que no cambiarán nunca. Ya sabían fatal cuando yo estudiaba.

Agucé el oído.

—¿Dejabas que te tratase?

—Competíamos para ver quién tenía mejores poderes sanadores.

—¿Y quién ganaba?

—Creo que esa pregunta sobra —contestó, picada. Sonreí.

A menudo había estado a punto de preguntarle a mi madre por qué el sanador Sheehan y ella no se soportaban. Supuestamente tenía algo que ver con el hecho de que él no prestó el juramento del Consejo en su día, lo cual a mi madre le pareció una especie de traición. Cuando eran jóvenes habían tenido mucha relación, antes de que mi madre conociese a mi padre, que era un mortal. Y ahora, siempre que hablaba de Sheehan, yo notaba que debía de haber algo más tras esa historia. Pero, en cuanto le insistía en exceso, mi madre se cerraba en banda, razón por la cual podía agradecer las migajas de información que a veces me daba.

—Bueno, me tengo que ir. Piensa en lo que te he dicho —me recordó, y su tono volvió a ser el de siempre.

—Lo haré.

—Mantenme al tanto de la comparecencia —me pidió—. Ya le he dicho a Lorna lo innecesario que me parece todo esto, pero si decide seguir importunándote, recurriré a otros medios.

Sus palabras parecieron tan intimidatorias que preferí dejarlo estar.

—Gracias, mamá.

—Hasta pronto, tesoro.

Colgó antes de que pudiera añadir algo. Cogí aire con fuerza. Kenna me miró con cara de interrogación, pero me limité a mascullar algo ininteligible y después me metí en la ducha.

Tras pasarme siglos bajo el agua, cuando volví a la habitación Kenna ya estaba durmiendo de cara a la pared. Me vestí procurando no hacer ruido. Recogí mis cosas, eché mano del abrigo y, cuando lo fui a colgar en el pequeño armario del estrecho pasillo, algo cayó al suelo. Me quedé perpleja. Acto seguido me agaché y cogí el papelito. Lo desdoblé y leí lo que ponía.

¿Ya me has olvidado?
Me duele saberlo. Más de lo que te imaginas. Así que ven a verme, por favor.

V.

La mano me temblaba tanto que el papel casi se me cayó al suelo. De pronto el corazón me latía demasiado deprisa. No podía ser. Esta carta... Era imposible que fuese de Violet. Estaba en la prisión de los Guardianes, y le habían prohibido comunicarse con el exterior. Alguien tenía que estar gastándome una broma de mal gusto. Como la espantosa pintada en la puerta de nuestra habitación. En Everfall se sabía que Violet y Cree estaban detrás del asesinato de Finn... y todo el mundo sabía también que Violet antes era mi mejor amiga. No era difícil que a alguien se le ocurriese mandarme una carta así. ¿O a eso se refería Dylan cuando me dijo que los participantes en el torneo estarían dispuestos a hacer cualquier cosa?

Rompí el papel en pedazos minúsculos y los tiré a la papelera que había debajo de mi mesa. Después me metí en la cama. Me quedé

mirando el techo, con la cabeza dándome vueltas. Acabé cerrando los ojos, pero cuando lo hice, las letras volvieron a asaltarme y poco después se les unió el rostro de Violet.

Abrí los ojos e intenté concentrarme en respirar despacio y a un ritmo normal, pero me costaba. Volví a ver a Violet, creí sentir sus zarcillos espinosos en la carne, haciéndome cortes cada vez más profundos en la piel, y al cabo, respirando pesadamente, me incorporé. Kenna empezó a dar vueltas en la cama y me conminé a estar más quieta aún.

Sin embargo, no era capaz de tranquilizarme. Era igual que en las últimas semanas, a un pensamiento lo seguía otro, como bolas de nieve que poco a poco se convertían en una avalancha que bajaba a toda velocidad por una montaña y cada vez era mayor. Cuando cerraba los ojos, en mi cabeza aparecían otras imágenes. Unas veces era el rostro de Finn, que moría delante de mí; después veía a Cree y Violet; oía los gritos rebosantes de dolor de Kenna; veía la sonrisa de Violet, que se me antojaba tan ajena; y sentía el dolor fantasma de los zarcillos espinosos...

Me volví a incorporar. Así no llegaría a ningún sitio. Lo sabía. Desde aquella noche de hacía dos meses escasos me costaba conciliar el sueño. No tenía sentido pasarme horas dando vueltas en la cama. La mayoría de las veces eso no hacía sino empeorar la situación, porque acababa creyendo ver de nuevo la rata muerta sobre mi cabeza, un eco de las letras escritas con sangre oculto en las sombras. Y para colmo esta carta... No podía. No podía seguir en la cama y dejar que me atormentasen los demonios del pasado.

Tenía que salir de ahí.

Eché mano sin vacilar del móvil y fui al chat del grupo del que formaba parte desde algunas semanas atrás. Si alguien daba una fiesta, lo anunciaba allí cada tarde, y me sentí aliviada al ver que

tenía una invitación. En el bosque, detrás de la residencia de los Cuervos de Plata, donde en su día se habían celebrado los combates secretos, probablemente hubiese otro encuentro alrededor de un fuego.

Salí de la cama sin hacer ruido y me puse lo primero que pillé. Miré a Kenna, que volvía a dormir tan tranquila. Después me escabullí de nuestra habitación, alejándome de los peligrosos recuerdos y sombras.

Cuando llegué al bosque, no tuve que buscar mucho: oí la música cuando llevaba pocos minutos caminando. Vi un grupo de alumnos, como en muchas otras fiestas de este tipo. Estaban en una superficie que habían preparado para la ocasión, con una hoguera en el centro, el tronco de un árbol caído hacía las veces de banco. Unos estaban en pequeños grupos, otros bailaban al ritmo de la música, que resonaba en el bosque. Descubrí algunas caras conocidas, entre otras las de Rafael y Beau y sus amigos, pero, para mi pesar, también estaba Georgina, que me lanzó una mirada asesina cuando reparó en mi presencia y empezó a cuchichear con sus amigas en el acto. Unos cuantos más se unieron a ella, me miraron con la frente fruncida y los ojos entornados mientras otros se limitaron a clavar la vista en mí. Cuando pasé por delante de un grupo, alguien soltó una tosecilla y un insulto no muy agradable. Sentí una opresión en el pecho, pero adelanté la barbilla y fui sin inmutarme hasta las cajas con bebidas, que estaban en el suelo. De pronto alguien se plantó delante de mí. Ronan, según vi después. El mejor amigo de mi ex y parte del que había sido mi círculo de amigos. Me puse rígida, ya que desde que lo había dejado con Beau

la situación entre nosotros seguía siendo extraña, como con todas las personas de la Casa de los Hojas de Oro.

—Hola, genio del delito —dijo, y señaló las cajas—. ¿Qué te pongo?

El saludo me hizo poner los ojos en blanco, pero al mismo tiempo me alegré de que, a diferencia del resto, no me insultara. Señalé una botella de espumoso y él me sirvió con resolución un vaso en el que acto seguido empezó a subir espuma.

—Bebe, deprisa.

Di un sorbo antes de que el líquido rebosara.

—Gracias —musité.

—De nada. Al fin y al cabo, has eliminado a un par de participantes del torneo, así que más bien debería ser yo quien te dé las gracias.

Antes de que pudiera decir nada, brindó conmigo. Sus movimientos eran lentos, parecía haber bebido ya más de la cuenta.

—No lo hice a propósito.

—Claro. Y yo no me alegro nada —repuso, y me guiñó un ojo de un modo tan evidente que resultó ridículo.

—Lo digo en serio.

Otro guiño exagerado.

—Yo también.

Iba a decir algo más cuando alguien se me acercó. Percibí un olor a madera de cedro con una nota floral que me resultaba familiar, y cuando levanté la cabeza, me tensé.

Era Beau. Tenía las mejillas rojas, el pelo alborotado y los puñeteros ojos tan azules que durante un instante casi me sorprendió. En mi pecho se despertó una extraña sensación. ¿Cómo era posible que hubiese pasado prácticamente todos los días de los últimos años con él y ahora que no habíamos intercambiado ni una

palabra durante unos meses se me olvidara cuál era el tono exacto de azul de sus ojos? No es que lo echara de menos, ni que aún hubiese una chispa del amor que había sentido por él, pero a pesar de todo noté un extraño dolor sordo.

—Hola —me saludó, y carraspeó—. ¿Tienes un momento?

Abrí los ojos como platos, pero me recuperé deprisa. No quería que viese lo mucho que me sorprendía. En realidad, lo último que no quería a estas alturas era que supiera cuáles eran mis sentimientos. Asentí con escepticismo. Beau apuntó con el mentón el tronco que había junto al fuego. Lo seguí y me senté a su lado, a cierta distancia. Estábamos tan cerca de las llamas que me calentaban el rostro y su titilar danzaba en el de Beau. La garganta se me secó y bebí deprisa un sorbo de espumoso. Había venido huyendo de los recuerdos, no para sumergirme en más dolor. Pese a ello, necesitaba oír lo que tenía que decirme.

—Quería pedirte perdón.

No pude mantener la fachada de indiferencia. Lo único que conseguí fue mirarlo con cara de incredulidad, porque durante un instante pensé que había oído mal. Pero él no había terminado.

—Me porté como un capullo, y no hay un solo día que no piense en las cosas que te solté. —Carraspeó de nuevo y miró al suelo—. Y... y aunque dije eso, no lo pensaba.

Seguía sin poder hacer otra cosa que mirarlo con perplejidad. Jamás conté con oír esas palabras de su boca. En un primer momento ni siquiera supe qué contestar. A menudo les daba vueltas a esas últimas palabras. Había insultado mi don, había dicho que era una maldición. Que ni siquiera se lo desearía a su peor enemigo.

—Entonces, ¿por qué me lo dijiste? —pregunté al cabo.

Volvió la cabeza y me miró. Vi en sus ojos que el arrepentimiento era genuino.

—Quería hacerte daño. Quería que romper contigo fuese más fácil. Fue una estupidez. Y...

Permanecí a la espera mientras él buscaba las palabras adecuadas.

—No quiero que malinterpretes esto, pero creo que también tuvo algo que ver con la espada —afirmó.

Era toda oídos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No supe hasta más adelante que Cree estaba detrás de todo. Me cambió la espada por otra que había encargado él. Y la magia que tenía... —Lo recorrió un escalofrío—. Fue como si en mi cabeza solo hubiese oscuridad. Todos los sentimientos negativos que había en mí se descontrolaron. Hasta tal punto que casi mato a Park.

Recordaba perfectamente a Dylan inconsciente en el suelo, delante de él, y la visión en la que Beau lo mataba. Yo ya ni reconocía a mi ex.

—No creas que es una excusa. No necesito la ayuda de la magia para querer hacerle daño a Park, desde luego, pero algo en esa espada sumió todas mis emociones en un abismo de un negro insondable. Apenas tenía control sobre los pensamientos que se me pasaban por la cabeza.

Finn, que era descendiente de Credne, uno de los dioses de los oficios, había forjado esa espada con la intención de que fuese una copia de la Espada de Nuada, uno de los cuatro tesoros de Danu. Debía de haberle insuflado algún tipo de magia que hacía que la copia de la espada fuese, al menos en apariencia, tan poderosa como la espada auténtica, la de Nuada. Con esa magia no se jugaba. Y, por lo visto, despertaba oscuros deseos en la persona que la empuñaba. Aunque nuestra ruptura no había sido amistosa y Beau me había ocultado muchos secretos, lo creí.

—Gracias por contármelo —conseguí contestar tras cavilar unos segundos—. Me estuve comiendo mucho tiempo la cabeza con lo que me dijiste entonces. Todavía lo hago.

Beau hizo una mueca de dolor.

—Lo siento mucho, de verdad. Creo... creo que quería hacerte el mayor daño posible, y hacérmelo a mí, para que fuese más fácil marcharme.

—¿Y? ¿Funcionó? —le pregunté.

Torció el gesto.

—Fue una estupidez. Fui estúpido. Y tendría que haber sido sincero contigo antes. A toro pasado, haría las cosas de otra manera.

Le di unas cuantas vueltas a lo que acababa de decir.

—Yo también —admití en voz queda.

—¿Sí?

Asentí.

—Los dos notamos que algo se había interpuesto entre nosotros. Y... no era solo mi magia.

Beau esbozó una sonrisa triste. Su mirada se fijó en algo que estaba detrás de mí, hacia un lado.

—No solo, ¿mmm?

Seguí su mirada y contuve la respiración. A unos metros descubrí a Dylan. Y al verlo, sentí lo mismo que cuando me daba en el pecho con la espada de madera durante nuestras sesiones de entrenamiento. Durante un instante me quedé sin aliento.

Dylan estaba en la pista de baile.

E iba acompañado.

Delante se encontraba Amara Chandran, y ambos se movían al ritmo de la música. Amara se puso de puntillas y le dijo algo al oído. Las comisuras de la boca de Dylan se elevaron en esa media sonrisa

tan peligrosamente bonita que siempre hacía que el corazón me diera un vuelco. En esos momentos, sin embargo, ese vuelco se debía a algo distinto.

Miré hacia otro lado mientras se me pasaban por la cabeza las palabras de Dylan cuando había rechazado bailar conmigo. Cuando me había dejado claro una y otra vez que no tenía ganas de jueguecitos. Cuando me había dicho que echaba de menos una parte de mí. Recordé que en la enfermería me había confesado que había tenido miedo por mí. Que había temido que mi alma fuera la siguiente a la que tuviese que acompañar a través del velo.

Notaba el sordo palpitar del corazón en mis oídos. Quizá lo que yo había hecho en el lago fuera demasiado. Quizá hubiese tensado la cuerda excesivamente y él se hubiera dado cuenta de una vez por todas de que yo no servía para nada. Lo miré otra vez. Seguía en la pista, seguía moviéndose con Amara, era como si su rostro tuviese luz. No quería que ver eso me causara tanto dolor, pero no lo pude evitar. Y eso que no tenía por qué sentirme así. Solo estaban bailando. A lo largo de esos últimos meses yo había bailado así más veces de las que podía contar con los dedos de las dos manos. No pasaba nada.

—Creo que no tiene sentido que sigamos dándole vueltas al pasado, Beau —afirmé al cabo, con voz ronca.

—Esperaba que dijeras eso —repuso él. Y exhaló un suspiro de alivio—. ¿Significa esto que hacemos las paces?

Esta era una de las cosas que no me tenía que pensar mucho.

—Me encantaría.

A sus labios afloró una sonrisa sincera, y yo sonreí a mi vez, aunque en ese momento en realidad tenía ganas de llorar. Sin embargo, una pregunta pertinaz, cuya respuesta temía oír de algún tiempo a esta parte, asomó a la superficie de mi conciencia.

—Beau... —musité, y bajo la ropa de abrigo que llevaba se me puso la piel de gallina en los brazos.

—¿Sí?

Empecé a tirarme de las mangas del abrigo.

—¿Tú y Orla estabais juntos cuando nosotros aún salíamos?

En ese momento fueron sus ojos los que se abrieron como platos.

—¿Qué? Por favor, Zoey, no. Estaba locamente enamorado de ti. Jamás te habría hecho eso.

Sentí un profundo alivio. Bebí un poco más, aunque en cierto modo ya no tenía ganas de hacerlo.

—Pero... Orla y yo..., pues... —No terminó la frase y carraspeó. Lo miré con expresión expectante. Él alzó la vista al cielo, como si fuese incapaz de mirarme a mí mientras hablaba—. Nos estamos conociendo. —Al cabo terminó la frase—. Y es estupenda, la verdad.

Sus mejillas se tiñeron de rojo, su mirada se volvió cálida. En ella había el mismo afecto que en su día me había dedicado a mí. Algo se contrajo dolorosamente en mi pecho, pero solo por el recuerdo, no porque estuviese celosa.

—Me alegro por ti —afirmé, y lo decía de corazón—. Os deseo todo lo mejor, Beau.

Respiraba deprisa, y después se rio.

—Uf, cuánto me alegro de que por fin hayamos hablado. Ojalá lo hubiésemos hecho antes. Ahora me siento mucho mejor.

Volví a mirar a Dylan, que seguía bailando con Amara la siguiente canción.

—Yo también —mentí.

11

La comparecencia se celebró en el Refugio, en el edificio principal de Everfall. Mis pasos resonaban en el pasillo que antecedía a la sala. Caminaba arriba y abajo mientras esperaba a que me llamaran de una vez. Los demás habían ido entrando uno tras otro para prestar declaración. Desde fuera no se oía nada, y no podía evitar el nervioso aleteo que sentía en el pecho. Tenía presente lo que me había dicho mi madre por teléfono. Haría todo lo posible para convencer al cuerpo docente de que las razones por las que había actuado habían sido legítimas. Y me encargaría de que mi madre no tuviese ningún problema con el Consejo.

Fuera daba la impresión de que el tiempo pasaba más despacio y fue como si la puerta tardase una eternidad en abrirse chirriando hasta que por fin apareció la profesora Chen. Tenía el cabello castaño recogido en una trenza corta de lo más austera y, para variar, no llevaba ropa de deporte, sino un pantalón ancho y un exquisito jersey de punto.

—Pase, Zoey —dijo, y me saludó con la cabeza.

Yo repetí el gesto y la seguí. A ambos lados de la puerta había Caballeros con un uniforme de un color burdeos tan oscuro que casi parecía negro.

El Refugio era una amplia sala situada en la planta baja del edificio principal que contaba con artísticos murales en los que se narraban las historias de nuestros antepasados, altas columnas en los dos lados y ornamentos dorados en el techo. Al fondo de la sala se

distinguía una mesa ancha con filigrana, a la que estaban sentados el sanador Sheehan, la profesora Mulligan y la directora Baskerville. La silla de la directora se hallaba ligeramente más elevada que el resto. Delante, a cierta distancia, había una única mesa con otra silla de madera de respaldo alto en cuya parte posterior se reconocían delicadas tallas de la diosa madre Danu. Su cabello ondeaba hacia todas partes, tenía la palma de las manos vuelta hacia arriba y parecía en sintonía con la naturaleza que la rodeaba.

Delante de la mesa de los profesores, a izquierda y derecha, había sendos bancos de madera alargados que ya estaban ocupados por algunas personas, entre otras Kenna y Murphy, y en el lado contrario Amara, Lorcan y Georgina. En la segunda fila se sentaban otros participantes en el torneo, todos ellos con el broche prendido en la ropa, bien visible. Yo también seguía luciendo el mío en el esternón. La única cuestión era durante cuánto tiempo.

La profesora Chen me condujo hasta el asiento aislado de delante. La silla todavía estaba caliente, como si alguien la hubiese ocupado hasta justo antes de que entrase yo. La mesa exhibía refinadas tallas, cada una de las cuales simbolizaba otras clases de magia. La profesora Chen continuó y se acomodó junto a la profesora Mulligan. Miré al frente con actitud expectante, echando atrás los hombros, e intenté que no se me notase lo nerviosa que me sentía. Y eso que no paraba de decirme a mí misma que todo iría bien, aunque no estaba segura de que sirviera de algo.

—Hoy estamos aquí reunidos porque en el curso de la primera prueba del torneo de fin de año se ha dado una situación excepcional que hemos de investigar a fondo. Debido a estas circunstancias, todos ustedes han sido convocados para arrojar luz sobre la oscuridad —empezó la directora Baskerville. Me señaló con su siempre cálida sonrisa, pero, pese a ello, mi pulso no se calmó—.

Ya hemos interrogado a algunos de sus compañeros, Zoey, pero ahora nos gustaría que nos refiriese usted lo que pasó exactamente durante la primera prueba.

Resistí el impulso de revolverme en la silla y, en lugar de ello, adelanté el mentón.

—Cuando estaba a punto de terminar la prueba, poco antes de llegar a la meta, tuve una visión. Vi que los tres alumnos que aún quedaban en el hielo morían.

—¿Puede describirnos cómo fue esa visión? —inquirió el sanador Sheehan, sin mover un músculo del rostro. Me habría gustado lanzarle una mirada furiosa por haber llamado a mi madre, pero mi ira tendría que esperar. Lo principal era salir airosa de la comparecencia, y, a ser posible, sin que me eliminaran del torneo.

Recordé de nuevo lo que había sucedido. Cerré un instante los ojos y dejé que aparecieran las imágenes: el rostro de Lorcan, de un blanco fantasmagórico, atrapado bajo el agua. El cuello de Georgina retorcido en un ángulo antinatural. La sangre que le corría por la frente a Amara mientras sus ojos sin vida miraban al cielo sin ver nada.

Conté mi visión, con voz clara y disimulando el temblor que me recorría por dentro. Los profesores escucharon mi relato y no pararon de tomar notas en el bloc que tenían frente a ellos. Se hizo una breve pausa cuando la profesora Mulligan se inclinó hacia delante y le susurró algo a la directora Baskerville. Esta asintió y me dirigió una mirada seria, con las manos apoyadas en la mesa, entrelazadas.

—Zoey, ¿es cierto que hace poco fingió tener una visión?

El corazón me tamborileaba, tenía las manos frías. Miré hacia la izquierda, donde Georgina estaba sentada junto a Amara y Lorcan. Todavía llevaba el brazo en cabestrillo, pero ya no tenía la palidez de

la enfermería. Me lanzó una mirada casi desafiante, cosa con la que yo ya contaba.

Me volví hacia delante de nuevo y miré a la directora Baskerville con toda la sinceridad de que fui capaz.

—Sí, es cierto.

Entonces asomó algo distinto al rostro de la directora. Como si estuviese decepcionada.

—Pero tenía un buen motivo para hacerlo —añadí, lo cual, por lo visto, no hizo sino empeorar la situación.

La profesora Chen frunció la frente, el sanador Sheehan se apretó la boca con una mano, la profesora Mulligan, en cambio, me miró con los ojos entornados.

—Por favor, acláreme qué quiere decir exactamente con eso —pidió la directora Baskerville sin alterarse.

Abrí la boca y la volví a cerrar, ya que no podía decirle cuál había sido el verdadero motivo. Cuando se lo conté a Kenna fui consciente de lo estúpido que parecía.

—Desde lo que pasó en el entrenamiento, cuando Georgina me atacó, la situación entre nosotras es tensa —expliqué—. Sé que tendría que haberlo olvidado hace tiempo, pero... a veces todavía me cuesta. —Era la verdad, y confiaba en que con ello demostrase que la situación me resultaba igual de desagradable que a todos los presentes.

—La creo cuando dice que es difícil sobrellevar una situación así. —La directora me miró con expresión expectante y yo asentí despacio.

—Así lo siento yo, sí. Pero...

—Así que se apuntó al torneo de fin de año y decidió vengarse de Georgina —me interrumpió.

Parpadeé sorprendida. Tardé un momento en entender bien el significado de sus palabras. Aunque Georgina ya había afirmado eso mismo, oírlo de boca de la directora me dejó desconcertada, sin respiración.

—¿Qué? ¡No!

—Entonces no entiendo por qué contravino las claras normas que tenía que cumplir en la prueba —prosiguió sin inmutarse la directora.

Hice un esfuerzo para no perder la compostura y me planteé qué haría mi madre en mi situación. «Nada de balbucear —dijo su voz en mi cabeza—. No demuestres hasta qué punto te afecta».

—Contravine las normas porque en la prueba había algo extraño. Tuve una visión en la que Georgina, Lorcan y Amara morían, así que me encargué de que la prueba terminara... Fue la única solución que encontré —aduje, obligándome a no perder el control.

La directora Baskerville se inclinó sobre su mesa y me miró.

—Por el incidente que protagonizó en su día, Georgina recibió un castigo. A decir verdad, esta situación hace tiempo que debería ser cosa del pasado. Soy consciente de que a lo largo de los últimos meses le han ocurrido a usted muchas cosas, pero este comportamiento es inaceptable. La máxima del Colegio Everfall es que aceptamos y honramos nuestros dones. Y ello incluye no hacer daño a nadie conscientemente. Usted ha infringido esta máxima en dos ocasiones.

Negué con la cabeza en el acto.

—Admito que lo que sucedió en el comedor fue una estupidez. Una broma absurda motivada por una pelea que tendría que haber superado ya. Y solo puedo disculparme por lo ocurrido. —Las últimas palabras las pronuncié mirando a Georgina, que me dirigió una mirada inexpresiva. Después volví la vista al frente—. En una

situación de vida o muerte, jamás recurriría a una mentira. Tuve una visión. En la prueba se descontroló algo. Deben creerme.

La directora exhaló de manera audible.

—Precisamente por eso es importante que no vuelva a hacer algo así, Zoey. Su don es un bien valioso. De lo contrario, ¿cómo quiere que la creamos en caso de duda?

La sangre empezó a hervirme, pero una vez más me conminé a pensar como lo haría mi madre.

—¿Por qué iba a arriesgar los puntos de la prueba cuando estaba tan cerca de la meta? ¿Por qué iba a darme la vuelta con mala intención? Si lo piensan con lógica, se darán cuenta de lo absurda que es esta acusación.

Algunos de los presentes profirieron un grito ahogado al oír mis duras palabras. En el Refugio se hizo el silencio. No supe muy bien cuánto duró, pero oía zumbar en mis oídos los latidos de mi corazón.

—Gracias por su declaración, Zoey. Ya se puede sentar —repuso la directora al cabo de un rato, y señaló el banco de mi derecha.

—A continuación comparecerá Dylan Dae Park —anunció la directora Baskerville, y poco después los Caballeros responsables abrieron otra vez la puerta del Refugio. Me giré y vi que Dylan enfilaba el pasillo con pasos grandes, iba hacia delante y se sentaba. Clavé la vista en sus anchos hombros, en cómo se le ajustaba el jersey de punto negro. Por mi cabeza desfilaron imágenes. Imágenes de Dylan bailando con Amara. Sonriendo con algo que ella decía. Las aparté deprisa—. Dylan, desde hace unos meses es usted el mentor de Zoey, a la que presta ayuda en todo lo relativo a su magia —empezó la directora Baskerville—. ¿Hay algo que nos pueda contar sobre el comportamiento de Zoey con respecto a su don?

Dylan se paró a pensar en la pregunta unos segundos.

—Al principio le costó hacerse a la idea de que esa era su magia, pero poco después Zoey comenzó a tomarse en serio su nueva formación y trabaja con ahínco para familiarizarse con su nuevo entorno. No conozco a nadie que se esfuerce tanto como ella.

Si antes tenía la sensación de que me iba a asaltar la ira, sus palabras hicieron que esta diera paso a algo transigente, indulgente.

—Durante el tiempo que han pasado juntos, ¿ha habido algún momento en el que cuestionara usted el modo de actuar de Zoey? —continuó preguntando la directora Baskerville.

Dylan carraspeó.

—Hubo momentos en los que Zoey levantó por instinto un muro que su magia se vio obligada a atravesar de otra forma. Todavía está aprendiendo a encontrar el equilibrio entre las reacciones impulsivas y lo que lleva haciendo durante toda su vida.

—¿Que es...?

—Ocultar sus sentimientos, porque los considera una especie de debilidad. Ha tenido que bregar con ello a menudo, sobre todo los últimos meses.

El calor desapareció de mi pecho. Kenna me agarró del brazo, pero yo estaba como embotada. No me podía creer que Dylan acabara de decir eso. Fue como si me clavaran un cuchillo en el corazón.

¿Cómo podía decir algo así?

¿Cómo podía contar delante de toda esta gente las cosas con las que yo tenía que bregar?

—¿Qué sabe usted del conflicto entre Georgina Donovan y Zoey King? —fue la siguiente pregunta de la directora Baskerville.

—No mucho —respondió Dylan, y la directora Baskerville entrelazó las manos en la mesa y lo miró con detenimiento.

—Según Georgina, usted fue testigo de que Zoey fingió tener una visión.

Pasaron unos segundos.

—Así es.

—Denos más detalles, por favor, Dylan.

La profesora Chen se movió de manera apenas perceptible en su silla.

—Vi lo que sucedió entre ellas. Después hablé al respecto con Zoey. Se mostró razonable —contó, pero apenas oí sus palabras. Seguía conmocionada con sus últimas frases.

—También estuvo presente durante la primera prueba del torneo. ¿Ve alguna relación entre lo sucedido en el comedor y lo que ocurrió en el lago? —quiso saber la directora.

—En el comedor lo que pasó fue evidente. En la prueba... —Dylan hizo una breve pausa—. Ya he presenciado la magia de Zoey. Tuvo una visión, de eso no me cabe la menor duda.

La directora Baskerville tomó una última nota y sonrió a Dylan.

—Gracias por su colaboración, Dylan. Se puede sentar con sus compañeros.

Dylan se levantó de la silla. Yo me moví automáticamente hacia Kenna para hacerle sitio..., pero él fue hacia la izquierda, hacia el banco que ocupaban Lorcan, Georgina y Amara.

Sin tan siquiera mirarnos, se sentó junto a Amara, que le sonrió. Después él ladeó la cabeza cuando ella le dijo algo al oído y le puso la mano en el muslo.

El cuchillo que tenía en el pecho dio un giro y durante un momento no pude respirar. Me obligué a desviar la mirada, pero mi corazón, que latía con furia, era consciente de que él seguía sentado allí, cuchicheando con Amara, cuya mano aún descansaba en su pierna. Mi corazón se ensanchó para acto seguido desinflarse

dolorosamente. Casi no me enteré de que los profesores hablaban entre sí, el tiempo pasó como en trance. Solo salí de mis pensamientos cuando volví a oír la voz de la directora Baskerville.

—En el curso de la investigación que se ha llevado a cabo en el lago no se ha encontrado ningún indicio de que alguno de los hechizos de protección quedara anulado —empezó, y yo levanté la mirada—. Sin embargo, somos conscientes de las excepcionales circunstancias y confiamos en que utilizase su magia para hacer el bien y actuase de conformidad con el Consejo, Zoey. No obstante, nos vemos obligados a amonestarla. Por el presunto empleo de su magia y por haber atacado a otros participantes del torneo, no obtendrá ningún punto en la primera prueba.

Pugnaba por respirar mientras me esforzaba por mantener la calma, aunque me habría gustado gritar. Por el Refugio se extendió un murmullo, pero la directora Baskerville levantó la mano para que los presentes guardaran silencio.

—Debido a las especiales circunstancias del caso, los cuatro podrán seguir participando en el torneo de fin de año siempre que respeten las normas y no las vuelvan a infringir.

Del banco de la izquierda me llegaron gritos de júbilo, pero no fui capaz de mirar, puesto que todavía intentaba no perder la compostura.

Casi no podía creer que todo aquello estuviera sucediendo de verdad. Que me hubiese enfrentado temerariamente a un monstruo para proteger a los demás y me castigasen por ello. Que Dylan me hubiese apuñalado por la espalda y ahora siempre estuviese con Amara. Sentía la furia de mis sentimientos, pero traté de no mostrar emoción alguna. La bola oscura que notaba en el vientre continuó aumentando de tamaño, hasta que lo acaparó todo e hizo que respirar me doliese.

La directora Baskerville había emitido su veredicto. Todos los presentes dudaban de mis palabras, a nadie parecía preocuparle lo que había sucedido con el monstruo. Pero yo confiaba en mi magia. Y sabía bien lo que habría pasado si no hubiese intervenido. Sabía cómo había sido mi visión. Y no estaba dispuesta a permitir que en adelante me tacharan de mentirosa. A pesar del dolor y de sentirme traicionada, tomé una decisión: averiguaría lo que había ocurrido en realidad durante la prueba. Y pediría cuentas a los responsables.

12

Por lo que me parecía la centésima vez crucé la habitación que compartía con Kenna. Para ir arriba y abajo, estresada, en realidad era demasiado pequeña, pero no quería arriesgarme a salir fuera y toparme con gente a la que no me apetecía ver. En aquel momento no aguantaría que nadie me mirase mal o me hiciera más reproches.

La comparecencia había tenido lugar algunas horas antes, pero las manos todavía me temblaban y de alguna manera tenía que liberar el exceso de energía. Las palabras de la directora me habían llegado al alma, y aún me dolía más lo que había dicho Dylan. Seguía sin entender que hubiese soltado delante de toda esa gente lo que tanto me había agobiado durante esos últimos meses. Aunque al final había confirmado que creía lo de mi visión, después había ido a sentarse con Amara, Georgina y Lorcan, lanzando con ello una señal clara.

No entendía a Dylan, y eso me estaba volviendo loca.

—¿Cómo es posible que la situación se haya salido tanto de madre? —conseguí decir, con voz ronca—. ¿Y que todos crean que miento?

—Bueno, yo no lo creo, por si sirve de algo —aseguró Murphy desde la silla de mi mesa. Se había transformado en cuervo y había venido volando después del cierre de puertas. Estuvo llamando con el pico al cristal hasta que lo dejamos entrar. Ahora había cruzado las patas y se había retrepado mientras cogía con la boca los cacahuetes recubiertos de chocolate que lanzaba. Otro salió

despedido al aire y él logró atraparlo antes de seguir hablando con la boca llena—. Cómo se pusieron todos cuando dijiste que su acusación no tenía ningún sentido. Me encantó.

Kenna, que estaba sentada enfrente, en su cama, con las piernas cruzadas, farfulló algo en señal de aquiescencia, pero su mirada parecía ausente, como si estuviera con la cabeza en otra parte. Parpadeó y volvió al presente.

—Todo el que se encontraba allí vio que tu mirada y todos tus gestos cambiaban de repente. No fingiste nada. Y ¿hola? Arriesgaste tu vida para salvar a esos tres. Nada de esto tiene ningún sentido.

—Eso díselo a la directora Baskerville —mascullé.

—Y encima ahora a Georgina, Amara y Lorcan les regalan los puntos de la prueba, aunque ni siquiera llegaron a la otra orilla —terció Murphy.

—Eso no es de mucha ayuda, Murphy —repuso Kenna.

—Y por si eso no fuera poco, ¡Park! —continuó él sin inmutarse, y resopló—. ¿Se puede saber a qué vino lo que hizo? ¿Por qué se sentó de pronto con esos tres, como si fueran sus mejores amigos? Como si no nos hubiésemos librado de morir por los pelos juntos. Y yo que pensaba que algo así unía a la gente. Pero, por lo visto, me engañaba.

Yo opinaba lo mismo, pero no lo dije en voz alta, ya que si lo hubiese hecho probablemente me hubiera dolido más aún.

—Puede que creyese que no parecería imparcial si se sentaba con nosotros después del interrogatorio —planteó Kenna, pero su voz destilaba inseguridad, como si ni siquiera ella misma se creyera esas palabras—. Al fin y al cabo, todos sabemos lo mucho que le importas, Zoey.

—¿Ah, sí? —objetó Murphy—. Porque, fuera cual fuese la situación, yo nunca habría dicho esas cosas de ninguna de vosotras

dos.

Kenna refunfuñó:

—Tienes razón. No estuvo bien, pero... Dylan es listo. Seguro que tenía un buen motivo. De lo contrario, sería algo muy poco propio de él.

—Me dan lo mismo los motivos que pueda tener —espeté con furia.

Cuando me puse a dar vueltas de nuevo, Kenna me agarró del brazo y tiró de mí hacia la cama. Respiré hondo y me dejé hacer. Acto seguido me apoyé en ella. Me pasó un brazo por los hombros y me acarició.

Aunque en el curso de esos últimos meses había aprendido a ser más fiel a mis sentimientos y no emular demasiado a mi madre, siempre tan perfecta de cara a la galería, algunos comportamientos estaban tan arraigados en mi personalidad que no creía que pudiese librarme de ellos. Y los meses pasados habían hecho mella en mí. Nadie lo sabía tan bien como Dylan, pues al fin y al cabo siempre era él quien me impedía cometer más estupideces. Pero ¿cómo podía decir algo así? ¿Delante de toda esa gente?

—Pero volvamos al tema que nos ocupa —insistió Murphy, y lanzó otro cacahuete al aire, que esta vez no consiguió coger. Mientras lo buscaba en el suelo continuó—. Dijiste que había algo raro en esa serpiente marina.

Hice un gesto afirmativo.

—Todos utilizamos nuestros poderes, pero esa bestia no dejaba de atacarnos. Sobre todo a Amara, Georgina y Lorcan.

Murphy se paró a pensar y una arruga se dibujó en su entrecejo.

—¿Te pareció en tu visión que alguien la tenía tomada con alguno de los tres?

Cabeceé despacio.

—Mis visiones no funcionan así. Solo los vi muertos. Como si ya hubiese sucedido y cualquier ayuda llegara demasiado tarde. —Un escalofrío me recorrió los brazos.

—Así que no tenemos ningún punto de apoyo. A excepción del hecho de que los tres se enfrentaron a la serpiente en lugar de hacer como todos los demás: evitarla —reflexionó en voz alta Kenna.

Llevé mi mente a la prueba e intenté recordar más detalles.

—Hubo una cosa extraña. Lorcan se esforzó por lanzar un hechizo contra el monstruo, pero...

—Pero ¿qué? —insistió Kenna.

Negué con la cabeza con aire pensativo.

—Era como si no se encontrase bien. Como si utilizar su magia lo consumiera. Lo he visto lanzar hechizos antes, y es uno de los mejores. Normalmente la cara más bien se le ilumina. Le proporciona energía emplear su magia, no lo priva de ella.

—Puede que se deba a que la serpiente marina es una criatura mitológica de tiempos inmemoriales. Es posible que en ese caso los hechizos no funcionen, ¿no? —aventuró Kenna.

Encogí un hombro, no lo sabía.

—Tal vez. Podemos ir mañana a documentarnos un poco.

—Me parece una muy buena idea —aplaudió Kenna—. Si te apetece, podemos incluso buscar títulos relevantes en la red del colegio.

—Creo que no deberíamos desoír el instinto de Zoey —añadió Murphy—. Si el comportamiento de Lorcan le pareció raro, también deberíamos investigarlo con más atención.

—¿Y cómo crees que vamos a hacer tal cosa? No puedo ir a verlo y preguntarle. Has visto cómo me desprecian los tres por lo que pasó en el lago —le recordé.

—Pues a mí me parece lo más fácil del mundo.

Kenna y yo lo miramos con cara de interrogación y él a nosotras como si fuésemos lerdas, con lo que me entraron ganas de tirarle algo. O de quitarle los puñeteros cacahuetes.

—Chicas, en serio. Vuestra forma de pensar es demasiado complicada —afirmó.

—¿Te importaría compartir con nosotras tu idea? —preguntó Kenna con mordacidad.

Murphy se inclinó hacia delante y me señaló con otro cacahuete bañado en chocolate.

—Vas a ir a ver a Lorcan para disculparte.

Oí sus palabras y, cuando entendí lo que había dicho, solté una risotada que más bien pareció un resoplido.

—Ni de coña.

—Vamos, Zoey. Lorcan te quiere de su lado, como creo que demuestra la conversación que mantuvo contigo antes de que empezara la prueba.

—Puedes estar seguro de que no caeré tan bajo como para pedir perdón por algo que le salvó la puñetera vida.

—Sé lo encantadora que puedes ser cuando quieres. Si lo haces bien, lo tendrás comiendo de tu mano en un pispás. —Murphy movió arriba y abajo las cejas.

—Kenna, dile que lo deje estar —rezongué.

No dijo nada. Cuando la miré, su expresión casi era de disculpa. Abrí mucho los ojos.

—¿Tú también?

—La verdad es que no me parece mala idea. Sabes lo frágil que puede ser el ego de un hombre. Si te das maña y le alimentas y mimas un poco el suyo, me da que hablará contigo y será razonable. Dejando de lado que es uno de los pocos hilos de los que tirar que tenemos por ahora.

Apreté tanto los dientes que me rechinaron. Mi orgullo me prohibía rebajarme así.

—¿No podemos empezar mirando lo de la serpiente marina? Después del día que he tenido, no estoy segura de que pueda ser muy encantadora cuando vea a Lorcan.

—También es verdad. Ahora mismo desde luego no lo eres. Tienes el cuello enrojecido —apuntó Murphy mientras se señalaba el suyo.

Me levanté de un salto y me abalancé sobre él para quitarle los cacahuetes. Murphy, que no se lo esperaba, se cayó de la silla y me arrastró consigo. Durante un momento nos peleamos por los cacahuetes, hasta que él acabó capitulando mientras se reía a carcajadas. Me quedé a su lado en el suelo, mirando el techo. Después él me quitó un cacahuete y se lo comió con parsimonia.

—Sabes que a pesar de eso tendrás que hablar con Lorcan, ¿no? —inquirió Kenna.

La miré. Se había plantado delante de nosotros con los brazos cruzados.

Proferí un suspiro. Tenía razón. Al fin y al cabo, me iba a resultar más fácil hablar con Lorcan que con Georgina. Sabía cuándo estaba perdida una batalla, y este era uno de esos momentos. Así que enterré la cara en las manos y lancé un «ay», pero finalmente asentí.

Al día siguiente no acudí a clases particulares e hice como si Dylan no existiera en todas las asignaturas que teníamos en común, lo cual no me resultó muy difícil, ya que de todas formas él faltó a la mitad de las clases. Reprimí la ira que sentía contra él, así como el descontento que se apoderaba de mí cada vez que iba por los pasillos de Everfall y la gente cuchicheaba sobre lo que había hecho

en la prueba. Me recordé que había pasado por cosas peores y que podría enfrentarme a eso sin tomármelo tan a pecho. Confiaba en que yo misma me lo creyera pronto.

Por la tarde me reuní con Kenna y Murphy en la biblioteca del edificio principal, en nuestro rincón de la planta de arriba. Cada uno de nosotros había buscado lecturas sobre las serpientes marinas, y pusimos en común nuestras listas y tachamos los títulos que se repetían. Después nos dedicamos a buscar los libros en las estanterías, algunos de los cuales, por desgracia, no estaban disponibles. Acudí en el acto a la señorita Wolf, la bibliotecaria, para que los añadiera enseguida a mi lista de peticiones y después subí la estrecha escalera de caracol de hierro forjado para volver con Kenna y Murphy. Mientras me dirigía hacia nuestra mesa, vi que Murphy estaba inclinado sobre Kenna y le decía algo al oído, tras lo cual una sonrisa tímida se extendía en los labios de mi amiga. Sin embargo, en cuanto Murphy me vio se separó deprisa de ella. Los miré con una ceja enarcada, pero los dos hicieron como si ya estuviesen enfrascados en la lectura. Me senté con ellos y leímos en silencio juntos. Al cabo de un rato, me recosté en la silla y me metí el pelo detrás de las orejas.

—¿Habéis encontrado algo útil? —pregunté.

—He leído un poco sobre Manannán mac Lir, pero no dice gran cosa de una serpiente marina, más bien habla de su manto mágico, con el que podía ocultar su reino y a sí mismo de los demás. O de su barco mágico, con el que podía desplazarse tanto por tierra como por mar. Pero no he visto ninguna relación con lo sucedido —contestó Murphy.

—Lugh era su hijo adoptivo —añadió Kenna, que puso su libro en el centro y señaló un párrafo. Me eché hacia delante mientras ella leía en voz alta—: «En la guerra contra los Fomorianos, Manannán

hizo a su hijo adoptivo, el dios del sol, formidables préstamos que contribuyeron a que se alzara con la victoria. Principalmente por esto lograron ganar la batalla los Tuatha dé Danann».

Miré con cara de interrogación a Kenna, puesto que no veía ningún nexo.

—Puede que tenga algo que ver con los tesoros —opinó al cabo.

Murphy se mostró indeciso.

—La verdad es que no lo sé. Yo no veo la relación.

—Quizá siga teniendo demasiado presente lo que pasó con Cree y Violet. Todavía me pregunto qué pretendían hacer con los tesoros. Y qué ha sido de la copia de la Espada de Nuada.

De pronto recordé algo. Le agarré el brazo a Kenna y la miré abriendo mucho los ojos.

—¡La serpiente tenía algo!

Los dos me dirigieron una mirada inquisitiva.

—Cuando me subí encima de ella... vi brillar algo en su cuello. Han pasado tantas cosas que ni siquiera me he parado a pensar en ese detalle. Pero... —Negué con la cabeza e hice memoria para intentar evocar la imagen—. No sé, puede que no fuera nada.

—¡Seguro que sí! —exclamó Kenna con nerviosismo—. ¿Cómo era?

—En realidad no pude ver mucho. Creo que había algo dorado. No me acuerdo de más, solo vi un destello de algo dorado.

—¿Podría ser... una especie de collar? —probó Murphy.

—Si hubiese sido un collar lo habría reconocido. Debía de ser algo más pequeño.

—En cualquier caso, lo que dices no parece que tuviera que formar parte de una criatura mitológica primigenia, ¿no? A fin de cuentas, sus escamas más bien son oscuras —reflexionó en voz alta Kenna.

Durante un momento guardamos silencio.

—Aquí he leído una cosa que quizá encaje con esto —dijo al cabo Murphy, y se aclaró la garganta—. Se refiere a criaturas mitológicas en general, pero así y todo me ha parecido interesante. Por lo visto es posible hechizarlas, pero las criaturas mitológicas poseen una magia similar a la nuestra: cuantos más años tienen, tanto más fuertes se vuelven sus poderes. Por eso, para lanzar un hechizo se necesita o un gran talento para la magia, o rituales especiales, u otros recursos. —Dio unos golpecitos con el dedo en un dibujo en el que se veía un cáliz y, junto a él, una daga ritual con unos sinuosos símbolos en la hoja—. Aquí, por ejemplo, se habla de un ritual de sangre. Antaño eran una señal de respeto mutuo y antes de los combates servían para realizar una especie de intercambio de poderes. Pero también hay textos en los que se dice que se utilizaban para imponer su voluntad a otros. Puede que algo así también funcione con las criaturas mitológicas.

—No está mal pensado. ¿Y qué se supone que hace falta para conseguir algo así? —inquirí.

Murphy se encogió de hombros.

—Aquí no pone nada, pero puede que encontremos otros libros que hablen de ello con más detalle.

Era otro planteamiento; aunque en nuestra desesperación nos estuviésemos agarrando a un clavo ardiendo, era mejor que no hacer nada. Y ayudaba. Me servía de distracción y me hacía sentir que no me dejaba zarandear por el destino sin que pudiera defenderme. Aparte de que, si realmente íbamos tras algo más importante, alguien había intentado matar a Georgina, Amara y Lorcan. Y mi decisión de esclarecer ese hecho era mayor aún que el deseo de demostrar mi inocencia.

Mientras Kenna seguía echando un vistazo a los textos y Murphy trataba de encontrar alguna pista en la red del colegio, yo seleccioné más libros que contuvieran información sobre rituales sagrados y los fui buscando por la biblioteca. Uno de ellos parecía esconderse de mí, y revisé cada sección pertinente para dar con él. Estaba escudriñando el anaquel que tenía delante, que se encontraba en el rincón más alejado de la planta de arriba, cuando, de golpe, oí un leve clic detrás de mí. Me volví en redondo y levanté las manos en actitud defensiva. Durante un instante no pasó nada. Después, una de las estanterías se desplazó sin que lo viese venir. Reculé y me di con la espalda contra la estantería que tenía detrás cuando la de enfrente se movió hacia fuera y dejó un pequeño resquicio. Poco después, un bulto espigado salió por él. Estaba a punto de pegar un grito cuando lo reconocí.

Dylan.

Cerró la estantería igual que la había abierto, sin hacer ruido, mientras el corazón se me subía a la garganta al verlo. Cuando se dio la vuelta y me descubrió, se puso rígido.

Lo miré con atención. Los mechones negros del revuelto pelo que le caían por la frente; el abrigo negro, cuyo cuello una vez más llevaba subido; las mejillas rojas, como si hubiese venido corriendo de donde fuera.

—Siempre pensé que lo de los pasadizos secretos era una vieja leyenda. —Mi boca decidió ir por libre. En realidad, yo no tenía ninguna necesidad de hablar con él. La sensación de traición que tenía desde que le había oído declarar en la comparecencia era demasiado grande, y a ella había que sumar cómo se había comportado después.

—Algunas de las cosas que se cuentan son exageradas —contestó, y se pasó las manos por el abrigo.

Durante un instante nos quedamos mirándonos. No era capaz de interpretar bien su expresión, cosa que, por otra parte, era directamente imposible cuando hacía todo lo que estaba en su poder para ocultarles a los demás lo que sentía. Algo que me había echado a mí en cara cuando había declarado y durante algunas de nuestras conversaciones. De nuevo me sobrevinieron la ira y la decepción, y a duras penas logré contener un resoplido. Después, me di la vuelta y seguí mirando los lomos en los anaqueles que tenía delante, y eso que de pronto me costaba un tanto ver bien los títulos.

«*Rituales místicos y sus efectos* —repetí para mí—. *Rituales místicos y sus efectos. Rit...*».

De repente noté el calor de su cuerpo justo detrás de mí. Contuve la respiración cuando se acercó más.

—Esta mañana no te has presentado a nuestra clase. —Aunque lo dijo susurrando, percibí el tono de reproche.

Mantuve la vista fija en los voluminosos tomos que había delante de mí.

—Tenía que recuperarme de las heridas.

—Pues en la fiesta del bosque me dio la impresión de que estabas en forma.

Me puse rígida al recordar la fiesta. A Amara poniéndole la mano en el hombro. Me pregunté sin querer si Dylan sintió lo mismo cuando me puse a bailar con Rafael delante de sus narices. Si sintió el mismo dolor punzante, si le costó respirar tanto como a mí.

—Tú también parecías en forma. Y muy ágil —comenté con mordacidad.

Dylan se acercó más todavía. Tanto que su pecho me rozó la espalda cuando se rio con suavidad.

—Me estabas observando.

Las letras del lomo de los libros empezaron a desdibujarse y se convirtieron en un remolino de colores.

—De eso nada. Es solo que estabas en mi campo visual.

—Minucias, Miss Everfall. —Su aliento me hizo cosquillas en la oreja cuando se inclinó hacia delante. Mi corazón perdió el compás —. No pasa nada por admitirlo. Yo también te estaba observando. Y tengo el valor de decirte que no me hizo ninguna gracia verte hablando con Maguire.

La respiración se me cortó. Busqué algo que decir, pero, al igual que los títulos de los libros, las palabras no parecían formar frases coherentes. Si acabé por conseguirlo fue porque la ira y la decepción que seguía sintiendo lograron abrirse paso.

—Bueno, es como tú dijiste. Que levanto compulsivamente un muro y me cuesta mucho aceptar mis sentimientos y hablar de ellos, ¿sabes? —Mi voz rezumaba sorna.

Él exhaló un suspiro. Fue como si ese sonido recorriera mi cuerpo, sobre todo cuando sus labios me rozaron la oreja.

—Te afectó, ¿eh?

En realidad no quería contestar, pero lo hice.

—¿Tú qué crees?

Pasaron unos segundos durante los cuales no dijo nada. Como si tuviese que ordenar bien sus ideas antes de hablar.

—Mi tía Grace me aconsejó que dijera algo que convenciese a la directora Baskerville de que mi declaración era imparcial.

Eso incluso tenía sentido para mí, pero no hizo que me sintiera mejor.

—Podrías habérmelo dicho antes.

—Tenía que dar la impresión de que no lo sabías.

Me paré a pensar en su comportamiento.

—¿Por eso después de declarar te sentaste con los otros?

Otra pausa.

—Entre otras cosas.

Me concentré más en los títulos.

—Quieres que te cuente siempre con todo lujo de detalles lo que siento, pero cuando se trata de ti y de tus muchos secretos no pasa nada. Lo que yo hago es malsano, pero para ti las normas son otras. ¿Te das cuenta de lo hipócrita que es eso?

Con cada palabra mi voz subía de volumen. Finalmente encontré el puñetero libro, se hallaba en uno de los estantes que había encima de mi cabeza, hacia la derecha. Lo fui a coger y, cuando lo había sacado a medias, Dylan me agarró la mano. Sus dedos, calientes y fuertes, cubrieron los míos, y la sangre se me agolpó en los oídos, en parte de rabia y en parte por el repentino contacto físico.

—Mis secretos no me conciernen solo a mí. No soy libre de compartirlos contigo, por más que me gustaría hacerlo —repuso poco después.

Exhalé con fuerza. Que mencionara eso era un avance. Sin embargo, no pudo aliviar la punzada de decepción que sentí en el estómago. Dylan sabía que yo quería conocer esas cosas de él, que quería conocerlo todo, pero yo también lo entendía, por mucho que me picara la curiosidad. Deseé que me dijera más, pero desde luego no tenía la menor intención de obligarlo a hacerlo, igual que él tampoco me obligaba a mí. Esta situación era una auténtica mierda, y no sabía cómo abordarla.

—No quería hacerte daño. Y siento haberlo hecho. —Sus labios volvieron a rozarme la oreja. Uno de sus mechones cayó hacia delante y me hizo cosquillas.

—Pese a ello, estoy enfadada contigo —musité.

Sus dedos acariciaron los míos y mi piel se incendió.

—Lo sé.

Permanecimos así unos segundos. Aunque estaba enfadada, no podía negar lo bien que me hacía sentir el calor de su cuerpo. Estuve a punto de apoyarme en él. A punto.

—¿Me puedes decir por qué buscas información sobre rituales ancestrales? —preguntó al cabo—. Si tienes intención de sacrificarme a Clíodhna, me gustaría saberlo antes.

Aunque no quería, mis labios dibujaron una sonrisa.

—La verdad es que no es mala idea.

Su mano rodeó la mía con más fuerza y juntos sacamos el libro. Su boca seguía pegada a mi oreja y su proximidad seguía haciendo que me recorrieran unos escalofríos abrasadores.

—Perdóname —musitó—. Por favor.

Su mano no se había separado de la mía aún. No conseguí contestar, eran demasiadas las cosas que se me estaban pasando por la cabeza. Al final, asentí despacio.

Dylan se separó de mí. Eché de menos en el acto su calor, y lo seguí con la mirada cuando echó a andar hacia el otro extremo de la estantería.

—Ah, y Zoey...

—¿Sí?

Volvió la cabeza.

—Ven mañana a las clases particulares.

Fue lo último que dijo antes de dejarme con las mejillas acaloradas y el corazón desbocado, en mi piel un eco de su roce.

13

El resto de la semana pasó más deprisa de lo que pensaba. Murphy, Kenna y yo leíamos libros sobre criaturas mitológicas en cada minuto libre que teníamos con la esperanza de encontrar alguna pista. Además, mientras tanto yo intentaba pillar a Lorcan Haren, pero rara vez lo veía, y cuando lo lograba, solía evitarme y me daba la sensación de que me rehuía. Y lo mismo pasaba con otros alumnos. El rumor de que había herido a propósito a Georgina, Lorcan y Amara seguía arraigado, pero ello no hacía sino reforzar mi motivación de averiguar cuál era la verdadera razón del comportamiento de la serpiente marina y me incitó a que, en lugar de asistir a fiestas, por la tarde me sentara a mi mesa y siguiera debatiendo otras posibilidades con Kenna y Murphy. Así y todo, los tres teníamos claro que debía hablar urgentemente con Lorcan. O incluso con Georgina y Amara, aunque estas opciones me pareciesen mucho más desacertadas. Al fin y al cabo, Georgina me odiaba, y con Amara me sentía apocada, ya que a lo largo de los días que siguieron la vi más a menudo aún con Dylan.

La verdad es que a él no le entendía. A veces se me acercaba y su proximidad provocaba que en mí saltasen encendidas chispas..., solo para después, en las clases particulares, sentarse frente a mí de nuevo con semblante pétreo, sin mostrar ninguna señal de lo que me demostraba en esos momentos puntuales. Lo cual, por otra parte, me hacía pensar otra vez que para Dylan yo no era más que un trabajo. Todo ello no solo me creaba inseguridad, sino que

además me cabreaba. ¿Cómo podía susurrarme cosas al oído y convencerme de que lo perdonase y acto seguido volver a dejarse ver con otra chica? Tenía a Dylan por muchas cosas, pero jamás pensé que fuese tan insensible. Yo era incapaz de entender qué significaba para él, y me frustraba de mala manera.

Esa mañana iba por el pasillo hacia el aula de Folclore cuando me detuve en un pequeño hueco desde el que se veía el lago, que volvía a estar helado. Los agujeros que había abierto la serpiente en el hielo ya se habían cerrado, como si nada de aquello hubiese ocurrido. Me llevé sin querer la mano al broche, en el jersey. Noté que el cuervo estaba frío bajo mis dedos mientras me sumía en mis pensamientos. ¿Qué sería ese brillo metálico en el cuerpo de la serpiente? ¿Y tenía razón al pensar que detrás de todo ese asunto había algo más?

Puesto que no habíamos llegado muy lejos, para entonces me preguntaba si mi deseo de hallar algo no sería demasiado desesperado. Si no habría visto más de lo que había en realidad y sería mejor que me concentrara en otra cosa. Pero nada más pensar esto fue como si mi estómago se rebelara.

«No —me dije—. Lo que haces está bien».

Con esto en mente, dejé el hueco y entré en el aula, que estaba enfrente. El lugar donde daba clase el profesor Boyle no tenía vistas al agua, sino a la parte de atrás del campus, de manera que desde los asientos se veían el jardín victoriano, la recién erigida herrería y, a cierta distancia, las residencias de los Hojas de Oro y los Lobos de Bronce. Me senté junto a la ventana y me dispuse a sacar el bloc y el cuaderno de Folclore. Poco a poco el aula se fue llenando, y los cuchicheos llegaron hasta donde yo estaba.

—La verdad es que es un milagro que el resultado de la comparecencia haya sido el que ha sido —susurró Ronan, en la fila

de delante, a un volumen tal que lo entendí perfectamente—. Ahora siguen todos en el torneo. No sé, todo esto es un fastidio.

Que Ronan se alegraba de que eliminasen a los otros era algo que había dejado muy claro en la fiesta del bosque. Pero que cambiase de opinión así, pese a todo, me sorprendió. En especial, porque a todas luces lo había dicho para que yo lo oyera.

—Puede que los profesores debieran pensarlo. A saber qué hará esa en la siguiente prueba —repuso Thomas, también en un susurro que no era tal—. Sería mejor que le quitaran el broche.

Me toqué de nuevo el cuervo. Justo cuando iba a abrir la boca para defenderme, alguien se me adelantó.

—Más te valdría preocuparte por tu propio broche, tío. Vi como casi te cagaste encima cuando apareció la serpiente —afirmó Beau.

Contuve la respiración. Cuando Thomas empezó a balbucear, enfadado, Beau volvió la cabeza hacia mí. Nos miramos y esbozamos una sonrisilla a la vez. Fue un momento familiar y al mismo tiempo extraño, pero experimenté una sensación parecida al alivio, que hizo que acto seguido pudiera sentarme más recta, porque alguien estaba de mi parte.

—Gracias —dibujaron mis labios.

Beau hizo un escueto gesto afirmativo antes de volver la vista al frente, ya que el profesor Boyle acababa de entrar en el aula. Saqué el bloc, cogí mis rotuladores e intenté prepararme mentalmente para la clase. Me concentré en el profesor. Tendría algo menos de cuarenta y cinco años y era uno de los pocos docentes de Everfall que siempre vestía de traje. Su porte parecía irradiar seguridad, solía ir por los pasillos muy erguido y las arruguitas que tenía en las comisuras de los ojos revelaban ya a primera vista que no era una persona severa. Descendía del gran Dagda, como Dylan. Dagda era uno de los dioses más importantes de los Tuatha dé Danann y regía

sobre casi todas las cosas esenciales. Por ejemplo, la vida y la muerte, los elementos y las estaciones del año. También se lo relacionaba con la sabiduría y el liderazgo, y mientras que Dylan era un Reaper, que acompañaba a las almas de los difuntos al más allá, el profesor Boyle tenía el don de la sabiduría y podía descifrar escritos antiguos, identificar magia oculta y averiguar el desenlace en situaciones complejas antes de que este se diera. Además, sus conocimientos eran inmensos y dominaba prácticamente todos los aspectos históricos de los Tuatha dé Danann, como si lo llevara en la sangre.

Boyle era el único profesor al que conservaba tras cambiar de especialidad. En Folclore aprendíamos cómo estaban estructurados el Consejo y los Caballeros, y a situar en el contexto adecuado acontecimientos históricos de nuestros antepasados. Mi madre opinaba que el profesor Boyle debería ser más prolijo y también más estricto con nosotros; en cambio, a mí me parecía que lo hacía todo genial. Sus clases casi siempre eran interesantes, y era una de las asignaturas en las que no iba rezagada, algo que yo agradecía mucho.

El profesor Boyle dio unas palmadas, miró las filas de asientos y sonrió, debido a lo cual las arruguitas de los ojos se le marcaron más.

—Buenos días. Hoy dedicaremos la clase a los Fomorianos. Sé que algunos de ustedes ya poseen conocimientos de este tema, pero confío en poder enseñarles algo nuevo.

Se oyó un suave murmullo, y yo también me revolví en mi sitio. Por suerte, el de al lado estaba vacío (hasta hacía escasos meses lo ocupaba Violet), de modo que no molestaba a nadie. Los Fomorianos eran un tema que mi madre siempre evitaba. Naturalmente, yo tenía algunas nociones básicas, y también sabía

que, puesto que era emisaria en el Consejo, mi madre a menudo se las tenía que ver con la aparición de amenazas como los Fomorianos. Sin embargo, jamás me contaba nada, ya que sus misiones siempre eran supersecretas, y solo se informaba de ellas a miembros oficiales del Consejo después de que prestaran juramento.

Mi familia —y también otras familias del Consejo— con frecuencia había sido el objetivo de ataques perpetrados, entre otros, por nuestros ancestrales enemigos, aunque mi madre intentaba ahorrarme los horripilantes detalles. Cuando mi padre murió, yo tenía cinco años recién cumplidos, pero pillé algún que otro retazo de conversaciones durante las frecuentes visitas que nos hizo mi abuelo después de aquello. Y estaba segura de que entonces insinuó que mi padre había sido víctima de los Fomorianos.

—¿Quién de ustedes me puede hacer un resumen de lo que sabe del pueblo de los Fomorianos?

Se levantaron algunas manos, entre ellas la mía. El profesor Boyle le preguntó a Beau, en la fila de delante.

—Adelante, señor Maguire.

Beau se retrepó en su asiento y dio la impresión de estar de lo más relajado. Sus padres también formaban parte del Consejo, por lo cual sus conocimientos probablemente fueran parecidos a los míos.

—Los Fomorianos son un pueblo primitivo que surgió de las profundidades del mar. Encarnan el mal y a veces tienen rasgos animales o reptilianos. Nuestros pueblos están enfrentados desde hace siglos.

El profesor Boyle asintió.

—Es un buen resumen de lo más importante. Sin embargo, es esencial para nosotros que también ahondemos en los pueblos enemigos para que podamos entender mejor otros conflictos

existentes. De hecho, a usted, que con toda probabilidad acabará formando parte del Consejo o de los Caballeros, le será muy útil. —Se apartó de su mesa y fue hasta la pizarra que tenía detrás. Cogió una tiza y escribió algo. Solo cuando se apartó y lo señaló vi lo que ponía.

«Balor».

—¿Quién de ustedes me puede decir algo de Balor? —preguntó el profesor Boyle. Esta vez fueron bastantes menos las manos que se alzaron. Cuando la levanté yo, el profesor Boyle reparó en mí—. ¿Sí, señorita King?

—Balor era uno de los reyes de los Fomorianos. A menudo se lo representa como un gigante con un solo ojo. Ese ojo le proporcionaba un poder letal: una mirada suya bastaba para desencadenar una oleada de destrucción y aniquilar a sus enemigos. Además, era el abuelo de Lugh, uno de los dioses más importantes de los Tuatha dé Danann —resumí.

El profesor hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien, Zoey. En efecto, Balor tenía el poder de ese ojo malvado desde que, cuando era pequeño, observó a los druidas de su padre mientras preparaban una poción venenosa. Además, Balor tenía fama de ser tan gigantesco que ese ojo solo podía mantenerse abierto con ayuda de varios ganchos.

Algunos de mis compañeros manifestaron su asco tapándose la boca con la mano. Lo entendía perfectamente, ya que lo del ojo parecía de lo más repugnante.

—En la mitología los Fomorianos se enfrentaron no solo a los Firbolg, sino también a nosotros. En la última batalla importante, la de Mag Tuired, Lugh, el nieto de Balor, se opuso a su abuelo. Si logró vencer a Balor fue solo gracias al don que tenía para la lucha y a su sobrenatural destreza. En el último momento, le atravesó el

mortífero ojo a Balor con su Lanza, uno de los cuatro tesoros de Danu, y así los Tuatha dé Danann se alzaron con la victoria y se impusieron a los Fomorianos.

Agucé los oídos. A comienzos de esa semana, Murphy, Kenna y yo habíamos leído algo sobre Lugh, aunque en otro contexto, pero pese a ello no había sido menos interesante. Sobre todo cuando se trataba de los tesoros, los profesores no se mostraban muy generosos a la hora de compartir sus conocimientos con nosotros. Cualquier dato, por pequeño que fuese, me parecía importante. Principalmente en lo que respectaba a Cree y a la copia de la Espada de Nuada, con la que había huido. Las familias del Consejo protegían los tesoros y sus secretos, y a todas luces Cree y Violet iban a por ellos. Se me presentaba una oportunidad que no podía dejar escapar. Lo mejor sería fingir un genuino interés por la clase. Levanté la mano, pero el profesor Boyle primero se fijó en alguien que estaba sentado detrás de mí.

—¿Sí, Tara?

—¿Significa eso que entre los descendientes de Lugh también puede despertar la magia fomoriana?

El profesor Boyle negó con la cabeza antes incluso de que Tara hubiese terminado de formular la pregunta.

—Aunque hay cosas de ambos pueblos que se solapan, la magia de los Tuatha dé Danann se impuso en el linaje de los descendientes. Y ese también es el caso de Lugh, cuyos padres eran Cian, un Tuatha dé Danann, y Ethniu, una fomoriana. —Volvió a recorrer las filas con la vista—. ¿Alguna pregunta más?

Yo seguía con la mano levantada, y el profesor Boyle me hizo una señal con la cabeza.

—¿Sí, Zoey?

—Durante la batalla seguro que también se emplearon otras armas reforzadas con magia. Balor era un adversario poderoso. ¿De verdad logró herirlo solo la Lanza? —quise saber.

—Una pregunta interesante. —El profesor Boyle se paró a pensar un momento—. No cabe duda de que fue una combinación de distintos aspectos lo que contribuyó a la victoria. Por una parte, Lugh era uno de los dioses más fuertes; por otra, la Lanza era una de las armas más poderosas que han existido nunca. Forjada para el dios que no solo dominaba la lucha, sino que además, gracias a su viva inteligencia, ideó las estrategias adecuadas. Aunque en modo alguno pretendo que la Lanza pase a un segundo plano. A fin de cuentas, servía precisamente para eliminar a adversarios como Balor. Un arma capaz de causar la muerte de un dios. Por eso el Consejo protege los tesoros incluso hoy en día.

Rumié sus palabras, todavía intentando encajar las distintas piezas del puzle.

—A veces me pregunto si el Consejo no se anda con demasiado secretismo con estas cosas —objetó Ronan, sin levantar la mano. Aunque lo dijo en voz baja, el profesor Boyle le dirigió una mirada severa.

—¿Quiere compartir con nosotros lo que opina, Ronan? —preguntó con tono amable.

Ronan carraspeó y se irguió en la fila de delante mientras cruzaba los brazos.

—El Consejo nos protege de influencias y ataques malignos, pero se anda con demasiado secretismo. Me gustaría saber más cosas. Y seguro que no soy el único al que le gustaría saber para qué hacemos todo esto.

La mirada risueña del profesor Boyle desapareció. Las palabras de Ronan destilaban un reproche velado contra el Consejo que, sin

duda, no resultaba grato oír. Sin embargo, el momento de tensión no duró mucho, después el profesor volvió a esbozar la sonrisa de siempre. Abrió los brazos.

—Bien, precisamente por eso están ustedes aquí. Todos han sido bendecidos por los dioses para evitar que se libren más guerras entre los pueblos. Y todos ayudarán a que nuestro mundo siga estando en equilibrio. Les enseñaré más cosas en cada clase. Y en caso de que su sed de conocimientos no se haya saciado, Ronan, le daré un consejo secreto. —El profesor se inclinó hacia delante con una expresión cómplice y bajó la voz—. En la planta baja hay una biblioteca que cuenta con una gran selección de títulos. No se prive de continuar formándose en su tiempo libre si no tiene suficiente con su plan de estudios.

La clase entera se rio tapándose la boca con la mano. Desde detrás, vi que a Ronan se le ponían rojas las orejas.

Después de clase se celebró una reunión en el Auditorio. Se encontraba en el corazón del edificio principal y era una sala revestida de caoba con exquisitos toques dorados y pesadas cortinas de terciopelo recogidas a ambos lados de las ventanas de suelo a techo. Bancos de madera oscura con los distintos escudos de armas de las Casas de Everfall grabados se extendían a un lado y a otro del estrecho pasillo, que conducía hasta un escenario con un podio.

Había llegado el momento de anunciar cuál sería la segunda prueba.

Murphy y yo nos sentamos en una de las filas de delante, que estaban reservadas a los participantes en el torneo. Llegamos tarde y acabábamos de ocupar nuestro sitio cuando la directora se acercó al podio y miró a la multitud.

—Sed todos bienvenidos y preparaos para saber en qué consistirá la segunda prueba —empezó, y su voz rebotó en las paredes.

Un murmullo se extendió entre los participantes, algunos de los cuales se pusieron rectos, visiblemente tensos. Entre ellos yo. Además de las indagaciones que estábamos llevando a cabo, me seguía resultando difícil de digerir que me hubiesen quitado los puntos de la primera prueba. Quería recuperarlos a toda costa.

—En ella podrán demostrar su astucia y su destreza —continuó la directora.

—¿Tú crees que esta vez la prueba va a empezar ahora mismo? —musitó Murphy.

—No lo sé, pero al menos estamos preparados —contesté. Ese día me había vestido mejor por si teníamos que pasar frío de nuevo. Botas recias, un jersey de punto grueso y pantalón de chándal; y Murphy lo mismo.

—Todos ustedes recibieron un broche con el emblema de su Casa al comenzar el torneo, un broche que los distingue como participantes. Este será el objetivo de la segunda prueba.

Hizo una pausa significativa, y de repente en el Auditorio reinaba un silencio tan absoluto que era como si la sala entera contuviese la respiración. La directora se apartó del micrófono y la profesora Chen ocupó su lugar. Como de costumbre, llevaba el cabello castaño en un sobrio recogido y vestía ropa de deporte. Me preparé para lo que pudiera llegar. Para pelear. Para que cayeran monstruos del techo. Para algo espantoso de lo que Murphy y yo tuviéramos que escapar lo más deprisa posible.

—A partir de ahora y hasta el lunes, su objetivo consistirá en arrebatarles el broche a otros participantes y al mismo tiempo conservar el suyo propio —comenzó la profesora—. Si el lunes por la mañana su broche aún se encuentra en su poder, podrán pasar a la

siguiente prueba, pero no obtendrán ningún punto. Solo recibirán puntos si logran robar otro broche. Cuantos más broches, más puntos. Si pierden su broche antes de que acabe la prueba, quedarán eliminados.

Oí sus palabras y contuve el aliento. Después Murphy y yo nos miramos. Al igual que en la primera prueba, parecía casi demasiado fácil. Esperé a oír las pegas y miré de nuevo hacia delante, donde el sanador Sheehan se acercó al podio.

—Serán ustedes mismos quienes decidan si desean forjar alianzas o prefieren ir por libre. Podrán defender su broche con ayuda de su magia, pero también utilizar esa magia para engañar a sus rivales. Aunque está permitido causar daños, ojo: se les prohíbe que estos daños tengan consecuencias mortales. Distraigan a sus rivales, desármenlos, luchen entre sí, desafíense. Utilicen su magia como una herramienta para alcanzar su objetivo, pero no olviden en ningún momento la responsabilidad que conlleva su don. Al final no vencerán quienes actúen con mayor brutalidad, sino aquellos que empleen su magia con más destreza e inteligencia.

Justo lo que me esperaba. Y ahora también sabía a qué se refería Dylan cuando me había dicho que la gente ya le estaba comprando sustancias para eliminar a sus rivales. Esta presentación de la prueba incitaba a los participantes a arremeter contra los demás. Por mucho que repitiera el sanador que nadie debía perder la vida en ella. Por otro lado, todavía recordaba bien el último torneo, en el que animaba a Beau. En ese torneo hubo una prueba que se celebró en el bosque circundante y en la que los participantes debían enfrentarse a guerreros fantasma de Morrigan. Uno de los alumnos resultó herido de gravedad por culpa de una adversaria. Durante un momento la cosa pintó mal, el alumno se hallaba a las puertas de la muerte, hasta que intervino el sanador Sheehan. Pidieron que

acudieran sanadores incluso de fuera. La alumna fue suspendida temporalmente del colegio. Cuando estaba en juego la seguridad de los alumnos, la directora Baskerville no se andaba con tonterías. Al mismo tiempo, yo no era capaz de imaginar cómo funcionarían esas estrictas normas en una prueba como esta.

Mi mano subió hasta el broche, que me había prendido cerca de la clavícula. Al mirar a mi alrededor, vi que muchos otros reaccionaban igual. Algunos se lo quitaron de la manga y se lo prendieron más cerca del cuello; otros ya exhibían una expresión hostil, como si estuviesen listos para saltar a la yugular de sus rivales de un momento a otro.

La directora volvió a acercarse al micrófono.

—Para garantizar un comienzo civilizado de la prueba, esta tarde se celebrará una pequeña fiesta en honor de todos ustedes. Dicha velada fortalecerá el sentido de comunidad antes de que empiece la competición. Sigan el consejo de los profesores. Que la mano de Lugh los guíe y superen el fin de semana sanos y salvos.

Se retiró del micrófono. Durante un segundo reinó el silencio en el Auditorio. La gente se miraba, algunas manos se levantaban y los primeros alumnos se pusieron de pie para marcharse cuanto antes. De pronto el ambiente estaba como electrizado. Fue como si cada uno de nosotros hubiese entendido de repente de lo que iba esto.

Esta vez no había ningún monstruo, ningún peligro que acechase en la naturaleza para atacarnos. Lucharíamos todos contra todos. Y ello hizo que me preguntase si esta prueba no sería más peligrosa incluso que la primera.

14

Por lo general, maquillarme siempre me tranquilizaba, ya que, a mi juicio, el brillo hacía que todo fuese más bonito. Mi respuesta a un día malo solía ser comprarme un nuevo *gloss* de labios. Pero, aunque mimarme siempre me sentaba bien, me estaba costando mucho concentrarme en nuestro plan. El rímel se me corrió más de una vez.

—Sigo pensando que no es buena idea —opinó Murphy, que se había sentado a la mesa de Kenna y tenía los brazos cruzados.

—Fuiste tú el que dijo que tenía que hablar con Lorcan —aduje mientras me aplicaba la última capa de brillo y a continuación presionaba entre sí los labios.

—Eso sí, pero... ¿no os parece un poco raro lo que ha dicho la directora? —inquirió.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Kenna desde el cuarto de baño. Se estaba cambiando de ropa para ir a la fiesta, pero había dejado la puerta entreabierta para que pudiéramos hablar.

—A lo de que la mano de Lugh nos guíe y tal —precisó Murphy, que se inclinó hacia atrás y miró al techo absorto en sus pensamientos. Causaba muy buena impresión con el traje que llevaba, aunque tenía la pajarita un poco torcida y el cabello rojo igual de rebelde que siempre.

—En la primera prueba dijo algo parecido de Manannán mac Lir. Y guardaba relación con el lago y la criatura sobre la que mandaba

el dios —apuntó Kenna todavía desde el cuarto de baño—. ¿Por casualidad sabéis de alguna criatura mitológica relacionada con Lugh?

Murphy farfulló algo, no estaba seguro; por mi parte, yo me paré a pensar en lo que había aprendido de Lugh en Folclore y en las cosas que me había contado Beau, que era uno de los descendientes más poderosos de Lugh.

—Manannán mac Lir se convirtió en el padre adoptivo de Lugh después de que su abuelo Balor lo arrojara al mar debido a la profecía de que Lugh acabaría matando a Balor. Lugh era uno de los guerreros más formidables, un estratega que anteponía los juramentos y el honor a todo lo demás.

—¡Y no hay que olvidar su Lanza sagrada! —exclamó Kenna desde el baño.

—Intenté sonsacarle al profesor Boyle información sobre la Lanza —conté.

Murphy me miró con expresión expectante.

—¿Y?

Levanté un hombro con aire vacilante.

—No dijo nada nuevo, pero sí una cosa que hizo que fuera toda oídos. —Les referí lo sucedido en la clase de Folclore y mencioné que el profesor Boyle señaló que la Lanza de Lugh podía matar a un dios.

Murphy se frotaba la mandíbula con cara de concentración.

—¿Alguna de vosotras ha averiguado algo más sobre las criaturas mitológicas y la coacción?

—No mucho más. La descripción de los rituales que logré encontrar servía más bien para honrar a los dioses.

—Seguro que cosas como los rituales de sangre se encuentran en los artículos a los que no se puede acceder tan fácilmente —opinó

Kenna desde el servicio.

—¿Tú crees que Park nos ayudaría otra vez? —me preguntó Murphy.

En su día, Dylan nos había echado una mano a Murphy, a Kenna y a mí para conseguir un artículo sobre la Espada de Nuada que estaba bloqueado. Seguro que lo volvería a hacer, pero para ello tendría que contarle lo que nos traíamos entre manos. Y no estaba segura de que, con lo tensas que estaban las cosas entre nosotros después de la comparecencia, fuese lo más adecuado.

—Si se tercia, le preguntaré —respondí al cabo—. Pero primero hemos de concentrarnos en la fiesta.

—Volvamos un momento a Lugh. ¿Qué más sabemos de él, aparte de que era el rey del sol y se cargó a Balor? —inquirió Murphy, que había ido contando con los dedos.

—Puede que la clave sea que es el dios del sol... —farfullé—. ¿Quería decirnos con eso la directora que es mejor que robemos los broches de los rivales de día? —planteé, pensando en voz alta, pero ya al decirlo me di cuenta de que no tenía sentido.

—Tal vez lo importante sea más la estrategia. A fin de cuentas, a Lugh se lo consideraba un gran estratega, ¿no? Quizá con ello la directora solo pretendiera recalcar que debéis abordar la prueba con astucia —apuntó Kenna, que salió del baño.

Me quedé boquiabierta.

Llevaba un vestido de una tela dorada que hacía visos con la luz y se ceñía a su cuerpo en la parte de arriba para dar paso a una falda de vuelo que le llegaba justo por la rodilla y envolvía sus piernas en delicadas ondas. Se dio una vuelta con los brazos extendidos para enseñarnos el modelo. Llevaba gran parte de la espalda al aire, con varios tirantes finos que se entrecruzaban y dejaban ver su piel oscura, y cuando nos miró de nuevo vi que también sus mejillas

tenían un brillo dorado, de manera que casi parecía que irradiaba luz desde dentro.

—Estás preciosa —afirmé, y ella bajó la vista, risueña.

Como Murphy no decía nada, me volví hacia él.

Miraba a Kenna fijamente, con la boca entreabierta, y al parecer no era capaz de pronunciar palabra.

—Murphy —lo regañé.

Cerró la boca y se frotó la nuca.

—Yo sigo votando por que nos quedemos aquí. A mí esa fiesta no me parece que vaya a ser una reunión agradable. Pasará algo, estoy segura de que habrá quien no quiera esperar a que acabe la fiesta para empezar a robar broches, y no quiero que nos los birlen y nos quedemos fuera del torneo.

Durante un instante, el hecho de que Murphy no reaccionara abatió a Kenna, que miró al suelo y se pasó las manos por la falda. El instante fue breve, se recompuso deprisa y levantó el mentón.

—No lo permitiremos. No nos perderemos de vista en ningún momento. Y lo bueno es que os acompañaré y, como yo no llevo broche, no tendré que preocuparme por él. En cuanto algo me llame la atención o vea que alguien se os acerca de un modo raro, haré esto. —Se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido agudo que resonó en mis oídos.

—No es mala idea —convine.

—Entonces, resumiendo: tú te pegarás a Lorcan y lo engatusarás como sea y nosotros aguzaremos el oído con la esperanza de que quizá averigüemos algo a través de Amara y Georgina.

Asentí.

—Sigo dudando de que Georgina vaya a decir algo. No olvidéis que piensa que yo solo quería vengarme de ella.

—No te comas tanto la cabeza —aconsejó Kenna, y me sonrió para animarme—. Ya verás como lo conseguimos.

—Y en cuanto Kenna haga la señal, nos reunimos y nos largamos. ¿De acuerdo? —propuso Murphy.

Nos miramos y asentimos con la cabeza. Después me metí yo en el cuarto de baño para cambiarme.

Mi vestido era de una tela vaporosa que oscilaba entre un azul hielo con visos y un delicado lila. El escote en pico me bajaba casi hasta la mitad del estómago y estaba rematado en encaje. El broche del torneo me lo prendí arriba, en el lado izquierdo. Tal vez no pegara mucho con lo que llevaba, pero, después de haber estado a punto de que me descalificaran, lo lucía con orgullo. Además, hacía siglos que quería ponerme este vestido. Tenía una raja que me dejaba al descubierto la pierna, y cuando me miré en el espejo me gustó mucho lo que vi, algo que no me ocurría desde tiempo atrás. La sensación atravesó el embotamiento y el dolor de los meses pasados y casi fue un bálsamo para mi alma.

Cuando abrí la puerta del cuarto de baño, me llegó la voz de Kenna.

—Estate quieto de una vez, Murphy.

—Si lo estoy intentando. Pero me haces cosquillas.

—Nunca he oído decir a nadie que tiene cosquillas en el cuero cabelludo.

—Porque yo soy muy especial.

Kenna se rio con suavidad. Miré por la rendija. Vi que estaba entre las piernas de Murphy y le daba forma a su pelo con gomina.

—Ya me di cuenta cuando te conocí —aseguró mi amiga con aire distraído mientras seguía domando los rizos pelirrojos. Continuó haciéndolo un poco más en silencio, y justo cuando me disponía a anunciar mi presencia, ella habló de nuevo—. Murphy...

—¿Mmm?

—¿Alguna vez me contarás qué pasa con tu nombre y tu familia? —inquirió con suavidad.

Durante unos instantes se hizo el silencio. No quería arruinar el momento, de manera que cerré la puerta sin hacer ruido hasta dejar solo una pequeña rendija. Aun así, pude oír lo que decía Murphy.

—Me llamo igual que mi padre, y como mi padre es un capullo del que no me gusta acordarme, sencillamente hago como si ese nombre no existiera. No lo quiero.

—Vale —musitó Kenna.

Pasaron unos segundos durante los que al parecer Murphy se serenó.

—Cada vez que me dan las notas y veo en ellas el nombre que tuvo la amabilidad de legarme, es como si me volvieran a recordar lo mal que se ha portado con mi madre y conmigo. Y lo que les ha hecho a otras personas. Es un delincuente y un cerdo y se pudrirá, con razón, en la cárcel. Ha cubierto de fango a nuestra familia, nuestra herencia, todo. Y ahora mi cometido es enmendar eso. Para que pueda dar un nuevo significado a este nombre. Solo entonces lo volveré a utilizar.

Una vez más se hizo el silencio.

—¿Por eso quieres ser Explorador a toda costa? —inquirió en voz queda Kenna.

—Sí —repuso en el acto—. Quiero reparar lo que ha hecho él.

—Ay, Murphy.

—¿Qué?

—Para mí tu nombre solo significa que es tuyo. Para eso no tienes que hacer nada especial. Nos demuestras todos los días la clase de persona que eres. Y a mí me gusta esta persona tal y como es —contestó Kenna.

Él rio, parecía sin aliento.

—Gracias, Sully. Tú también me gustas como eres.

—Lo digo en serio.

—¿Quién dice que yo no?

—Te estás riendo.

—Es lo que hago casi siempre.

Como ninguno de los dos decía nada más, abrí la puerta sin hacer ruido. Me quedé quieta. Murphy tenía las manos en las caderas de Kenna y la miraba con una expresión que no le había visto nunca. Aunque en ella seguía estando la guasa tan propia de él, había algo más. Calidez, respeto y muchísimo cariño. La miraba como si estuviese hechizado, y al parecer Kenna también se dio cuenta, porque dejó de hacer lo que estaba haciendo. Murphy musitó su nombre, en su tono se percibía el mismo respeto que en su mirada, y entonces fui consciente de que no debería ser testigo de ese momento. Sin embargo, Kenna me vio en el umbral y se separó a toda prisa. Me habría gustado darme de tortas. Murphy se levantó con las mejillas rojas y a punto estuvo de tropezar; por su parte, Kenna cogió su bolso y se puso a buscar algo en él con frenesí. Ninguno de nosotros dijo nada mientras nos poníamos el abrigo para irnos, pero no pude evitar mirarlos una y otra vez.

Cruzamos el campus en dirección al salón de baile, donde se celebraría la fiesta. Estaba cerca, y se me erizó el vello cuando entramos en él por la puerta de doble hoja. Kenna se cogió de mi brazo y, sin querer, me asaltaron los recuerdos.

Violet y yo mirando el salón de baile.

La luz de las arañas de cristal, que iluminaba el rostro de Finn Thompson mientras la vida se le escapaba lenta y dolorosamente.

Reparé en las altas ventanas, cuyos cristales, entonces, cuando despertó mi magia y por primera vez se oyó mi lamento, se hicieron

añicos. Kenna y yo nos agarramos con fuerza, como si se nos estuviese pasando lo mismo por la cabeza.

—Todo irá bien, chicas —comentó Murphy cuando, al parecer, también percibió nuestra repentina tensión.

Asentí e intenté adueñarme de mis emociones. La oscuridad no tenía cabida en mí. Tenía que concentrarme en lo que debía hacer. Recabar información. Averiguar qué había sucedido en el lago. Recuperar la reputación que tenía.

Con este propósito en mente, decidí disfrutar de la velada con mi amiga. Para esa fiesta habían dividido el gran salón de baile en dos mediante una enorme pared falsa, con el objeto de que no pareciese tan desangelado con tan poca gente. Había una barra de bar, la misma en la que había hablado con Dylan por primera vez, poco antes de que despertara mi magia. Lo cierto es que todo resultaba familiar. Las numerosas personas con bonitas ropas en el reluciente suelo de madera. El aire decadente. Pero cuando bajamos por la escalera y nos mezclamos con la gente, noté alguna que otra mirada. No de admiración, como en su día, sino más bien hostil. Directamente acechante. Como si los allí presentes solo estuvieran esperando a saltarse al cuello entre sí para arrancarse los broches del cuerpo.

—Todos nos miran —susurró Kenna, casi atemorizada.

—Me miran a mí porque tengo a la acompañante más guapa —respondí también en voz baja.

—Sugiero que nos mezclemos con el personal. —Murphy ya tenía la barra en el punto de mira, y se inclinó hacia Kenna—: No pierdas de vista a Zoey.

—¿Qué me dices de ti? —replicó mi amiga.

—Tras esa comparecencia, deberíamos preocuparnos más por ella que por mí. Además, sé cuidar de mí mismo. Pero gracias por el

interés. —Nos guiñó un ojo y desapareció entre la multitud.

Kenna y yo nos quedamos donde estábamos, pero no se me escapó que mi amiga lo seguía con la mirada y apretaba con fuerza los labios. Eché un vistazo al salón y descubrí a Ronan, Beau y Orla a unos metros, todos ellos vestidos para la ocasión junto a una mesa alta, con sendas bebidas en las manos. Poco después Kenna me dio con el codo en el costado y pegué un respingo. Señaló en dirección opuesta a la pista de baile y vi a Lorcan. También llevaba un traje, pero tenía la camisa arrugada y la corbata floja y torcida, como si esa noche ya se la hubiera quitado una vez. Estaba hablando con alguien y se movía al mismo tiempo al compás de la música. Fui a la barra y cogí dos copas de espumoso llenas de zumo de naranja. Kenna me tocó una vez más el brazo antes de que me alejara.

—Andando —musité, y fui hacia Lorcan y su acompañante mientras Kenna se quedaba junto a la barra para no perderme de vista. Puse la mejor de mis sonrisas y se la regalé a Lorcan, recordando lo que había dicho Kenna sobre la fragilidad del ego masculino—. Hola —saludé mirándolo, y le ofrecí una de las dos copas.

Él me miró de arriba abajo y entornó los ojos, pero aceptó la copa. Sin embargo, la olió.

—No está envenenada, por si es lo que piensas —afirmé.

No parecía convencido.

—Entonces, seguro que no te importará cambiármela por la tuya.

Hizo que me enervara, pero resistí el impulso de poner los ojos en blanco y le di mi copa sin rechistar. Solo entonces pareció satisfecho.

—¿A qué debo el honor, King?

—Solo quería saber qué tal estás después de la prueba.

Entre las oscuras cejas de Lorcan se formó una pequeña arruga mientras me escudriñaba detenidamente, como si de ese modo

pudiese averiguar cuáles eran mis verdaderos motivos. Al final negó con la cabeza.

—No me interesa. Te propuse que te aliaras conmigo y me rechazaste.

Hizo ademán de alejarse de mí, pero le corté el paso, cuidándome mucho de no perder mi sonrisa.

—Vamos, Lorcan. No pretendía ofenderte. Lo... lo siento.

Enarcó una ceja.

—Vaya, parece de lo más convincente, con esa expresión tan natural.

Renuncié al intento de engañarlo, era demasiado listo y yo mentía fatal. Lancé un suspiro suave.

—Está bien, puede que tengas razón y yo quiera hablar contigo por algo en concreto.

Sus labios se curvaron hacia arriba en la sonrisa pícara que era tan propia de él.

—No me digas.

Me incliné hacia delante para que nadie más me oyera.

—Lo que dije en la comparecencia era verdad. No tenía la intención de eliminaros. En todo aquello había algo raro, y me gustaría averiguar qué exactamente.

Volvió a clavar la mirada en mí unos segundos.

—¿Qué sacas tú de esto?

—Por ahora quiero saber qué motivó mi visión. Porque la tuve y en ella vi que morías.

Durante unos instantes no dijo nada. Después cruzó los brazos.

—Conque pretendes que me crea que solo estás aquí porque te preocupas por mí, ¿no?

Le sostuve la mirada.

—Si de paso puedo limpiar mi nombre, pues mejor que mejor, no lo voy a negar.

De pronto Lorcan dio un paso hacia mí y bajó la cabeza.

—¿Qué te parece si hacemos un trato?

Agucé los oídos.

—Tú dirás.

Los ojos le brillaron.

—Te contaré lo que pasó en el lago si me haces un favorcito sin importancia.

No me olí nada bueno.

—A ver si lo adivino: quieres que te dé mi broche.

A sus carnosos labios asomó una sonrisa torcida.

—Chica lista.

Aunque quería información, no estaba tan desesperada.

—Que te vaya bien, Lorcan. —Hice ademán de marcharme cuando habló de nuevo.

—Al menos debía intentarlo. Vale, ¿y si me traes el broche de otra persona?

Lo miré arqueando las cejas.

—Sabes que puedes hechizar a la gente con tu magia, ¿no? Unas palabras amables y te darán de buena gana lo que les pidas.

Se dio unos toquecitos con un dedo en la boca con aire pensativo.

—Eso también es verdad. Muy bien, entonces digamos que me debes un favor. Que me podré cobrar cuando quiera.

Negué con la cabeza en el acto.

—Demasiado impreciso.

—¿Y si ponemos límites? Lo restringimos a la duración del torneo.

El torneo finalizaría al cabo de poco más de una semana. Una semana durante la cual cada participante se enfrentaría a los demás.

Ese límite me parecía bien, aunque seguro que Lorcan me exigiría algo que no me haría gracia.

—No permitiré que me metas en un lío —puntualicé.

Arqueó una ceja.

—Yo diría que no estás en posición de seguir negociando, King.

Todo en mí se resistía a aceptar, pero sabía que esta era una de las únicas oportunidades que tenía. Si quería obtener información sobre la serpiente marina, debía resignarme. De manera que asentí despacio y le tendí la mano.

—Trato hecho.

Lorcan volvió a esbozar su típica sonrisilla. Una sonrisa que no auguraba nada bueno. Sus dedos rodearon lentamente los míos y me los apretaron. Después me quitó la copa, la dejó en la bandeja de un camarero que pasaba por delante y acto seguido me estrechó contra él. Empezó a moverse con parsimonia al ritmo de la música.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunté con voz ronca, de lo descolocada que estaba.

—Bailar. Deberías saber lo que es, al fin y al cabo has recibido clases de baile durante años y estas últimas semanas has asistido a casi todas las fiestas que se han dado en Everfall —contestó, y en su tono se percibía la guasa.

Me giró y acto seguido me extendió el brazo y tiró de él para hacerme volver. Tuve que apoyar las dos manos en sus hombros para no perder el equilibrio. Sentía como si mi cuerpo estuviese oxidado. Sí, a lo largo de esas últimas semanas había bailado mucho, pero la mayoría de las veces iba achispada y solo lo hacía para no pensar. No... de este modo.

—¿Es este el favor que quieres que te haga? —inquirí con mordacidad.

Lorcan acercó su boca a mi oreja y se me puso la piel de gallina en los brazos.

—Ya te gustaría. —Se mecía despacio al compás de la música, y poco a poco mi cuerpo se fue adaptando a sus rítmicos movimientos —. La gente nos mira, y temo por nuestros broches.

Eché un vistazo al salón lo más discretamente posible. Al fondo distinguí a Murphy junto a la barra, y Kenna se hallaba unos metros más allá mientras él hablaba con alguien.

—Al otro lado, King.

Giré la cabeza y vi a Dylan junto a una de las mesas altas. Ello casi hizo que me tambaleara, pero Lorcan me sostenía con fuerza entre sus brazos. Dylan llevaba una camisa negra y un pantalón de traje negro holgado. Se había soltado el pelo y se había levantado las mangas de la camisa hasta el codo. El broche plateado destacaba en su pecho. El corazón me dio un vuelco, sobre todo cuando vi con quién estaba.

Amara Chandran, enfundada en un vestido de color lila oscuro que se ceñía a su cuerpo, el brillante cabello negro echado por un hombro. Dijo algo y a los labios de Dylan afloró una de sus poco habituales sonrisas. Aunque miró al suelo, yo la vi.

Dylan me había dicho que en la comparecencia se había sentado con ellos para guardar las apariencias y demostrar que no estaba de parte de nadie. Pero verlo tan a menudo con Amara de repente me hizo dudar de sus palabras. Sobre todo teniendo en cuenta la familiaridad que al parecer había entre ambos. Sentí una opresión en el pecho.

—El año pasado se enrollaron —dijo Lorcan, y lo miré. Los ojos le brillaban como si supiera cuáles eran mis emociones en ese preciso instante—. Dylan no tardó en ponerle fin, y Amara no lo encajó bien. Pero por lo visto vuelve a gozar de sus simpatías. Sabe utilizar sus

encantos y su magia es superpoderosa. Casi me recuerda un poco a mí.

Me hizo dar otra vuelta y de pronto me vi con la espalda pegada a su pecho. Mis caderas se movían contra las suyas, estábamos muy juntos, y continuamos siguiendo el ritmo de la música. Bailar cuando tenía la sensación de que me habían clavado un cuchillo en el estómago era un desafío mayor de lo que había creído en un primer momento.

Dylan me había contado que no tenía ganas de jueguecitos, pese a que cada vez que intentaba acercarme a él seguía retrocediendo emocionalmente. En una ocasión me había dicho que no le interesaban las amistades o el amor. Al mismo tiempo siempre estaba a mi lado cuando no me sentía bien, tanto si yo lo quería como si no. Era una constante en mi vida, que yo odiaba y a la vez anhelaba. No entendía por qué estaba actuando de ese modo. ¿Acaso no se daba cuenta de los sentimientos que despertaba en mí?

Lo sabía, claro que lo sabía. Incluso había admitido que no le había hecho gracia verme hablar con Beau en la fiesta. Entonces, ¿cómo demonios debía interpretar ese comportamiento? ¿La disculpa que me susurró con voz ronca, su rechazo y ahora el hecho de que pasara tanto tiempo con Amara, con la que por lo visto había tenido algo? No quería que esa estampa me abrasara como lo hacía, no quería sentir celos. Sin embargo, me costaba lo mío.

Dejé de mirar a Dylan y a Amara, y seguí bailando con Lorcan. Intenté aplacar el dolor paralizante que sentía concentrándome en él y en el trato que habíamos hecho.

—Y ahora, ¿vas a contarme qué pasó en el lago? —pregunté, y yo misma me di cuenta de lo rasposa que me sonaba la voz de pronto.

—Una manera tosca de cambiar de tema, pero te la compro, porque presiento que no te gusta lo que acabas de averiguar —me susurró casi al oído, y me dio la vuelta con brío para que pudiera mirarlo a la cara.

—Muy comprensivo por tu parte —rezongué al ver su descarada sonrisa—. Y ahora, habla.

Lorcan se recreó unos segundos más en mi sufrimiento antes de inclinar la cabeza hacia mí.

—Normalmente, cuando utilizo mi magia todo es fácil. Es como si volara, me inunda una ligereza absoluta cuando me cuelo en la cabeza de otro y le musito palabras bonitas hasta que consigo que haga lo que yo quiero.

Reprimí un escalofrío. Aunque esa magia me resultaba familiar, era extraño oír lo manipuladora que podía ser.

—Y también me suele funcionar con animales. Por eso pensé que seguro que también me valdría para la serpiente. Pero... —Hizo una breve pausa y sus movimientos, siempre tan ágiles, se volvieron rígidos un segundo y perdió el ritmo. Sin embargo, Lorcan se recuperó enseguida—. Cuando probé suerte con la serpiente, fue como si me estrellara contra una pared.

Me separé un poco de él para poder escudriñarle el rostro.

—¿Crees que podría deberse a que es una criatura mitológica primitiva?

Sus ojos azul oscuro parecían ausentes, como si se hubiese sumido completamente en el recuerdo.

—Mi magia es fuerte, muy fuerte incluso. Todos los seres tienen un espíritu, algo que yo soy capaz de sentir con ayuda de mi magia, por pequeña que sea la chispa. Pero cuando lo intenté con la serpiente, fue muy muy difícil. Por eso me agoté tanto. Tenía la

sensación de que el espíritu de la criatura estaba constreñido. Y noté algo diferente.

Lo miré ceñuda.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su mirada se volvió clara y se clavó en mis ojos.

—Me refiero a que no logré atravesar esa pared porque en la cabeza de la serpiente ya había otra presencia.

15

Cuando terminó la canción —y con ella nuestro baile—, fui a la barra para contarles a Murphy y a Kenna la conversación que acababa de mantener con Lorcan y el trato que había hecho con él, pero cuando llegué, ellos no estaban. Giré sobre mi propio eje y me puse de puntillas aunque llevaba tacones, pero no los vi por ninguna parte. Lo que sí vi de nuevo fue a Amara y Dylan, que seguían junto a una de las mesas, charlando. Me quedé mirando más de lo que era necesario y respiré hondo para aliviar el dolor.

Me habría gustado que fuésemos Dylan y yo los que estaban en la pista de baile, cogidos de la mano. Que fuera él quien me susurraba al oído, él quien me estrechaba entre sus brazos. Como si notase que yo lo estaba observando, Dylan me miró. Contuve la respiración cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo, muy despacio. Pero el momento duró poco, ya que volvió la cabeza hacia Amara, que le estaba diciendo algo.

Ni siquiera me saludó. No pude evitar que me causara dolor, y me volví a preguntar si las semanas anteriores habrían sido demasiado para él. Si yo habría tensado en exceso la cuerda de sus cuidados o si no me equivocaba al suponer que para él yo no era más que un trabajo.

Dejé de mirarlos y cogí una copa de zumo de naranja de la bandeja que descansaba en el borde de la barra y que poco después se llevó un camarero. Habría deseado que fuese espumoso, pero el

zumo de naranja también me ayudaría a tragar el nudo que se me había formado en la garganta.

—Me cuesta creer que sigas en el torneo —espetó una voz a mi lado mientras yo bebía un poco.

Me volví... y torcí el gesto sin querer al ver que era Georgina.

—Parece que te fastidia mucho que lo de la comparecencia no haya salido como pensabas —repliqué con frialdad.

Georgina apoyó la espalda en la barra y se enderezó el cuello de la camisa. Llevaba un traje negro y una camisa blanca con el botón de arriba desabrochado, y se había peinado el corto cabello hacia atrás con desenfado. Estaba guapa, pero su sonrisa burlona no me gustó nada.

—No pienso enfadarme. No eres lo bastante buena para esto; yo, en cambio, sí. El torneo se encargará de poner las cosas en su sitio.

Mi mano fue sin querer al broche. Seguía donde lo había prendido, y exhalé un suspiro de alivio. Georgina, que me observaba, resopló.

—Créeme, no lo necesito. Soy una chica prevenida.

Sostuvo en alto un broche dorado que hizo girar entre sus dedos. De modo que ya había robado uno en esas pocas horas. En la primera prueba, cuando se puso a cuchichear con Amara y apareció perfectamente equipada, ya tuve la sensación de que a lo mejor supiese de antemano lo que nos esperaba. En ese instante la sensación se vio reforzada.

—¿Cómo es que sabías cuál sería la primera prueba? —le pregunté sin rodeos, y observé su reacción. La sonrisa se esfumó tan deprisa como había asomado. De pronto me miró con una cara de lo más inexpresiva.

—¿Quién dice que lo sabía de antemano? —espetó.

Encogí un hombro.

—Solo era una conjetura. Pero tu reacción me la acaba de confirmar. Me pregunto si también sabías ya en qué consistiría la segunda prueba y por eso te has hecho tan deprisa con ese broche.

Georgina levantó un hombro con naturalidad.

—También es posible que tenga mucho talento y gane el torneo.

—Desde luego, si hay alguien capaz de vencer valiéndose del engaño y las artes para la lucha, probablemente seas tú —farfullé, y bebí un poco más de zumo.

Georgina levantó la vista, tenía el ceño fruncido.

—¿Se supone que es un insulto o un cumplido?

Esbocé una sonrisilla.

—Decídelo tú misma.

Me miró con los ojos entornados. Antes de que aquello volviera a ir a más, debía dejar clara una cosa.

—De verdad que lo que hice no fue intencionado, Georgina. Cuando os tiré al lago, me refiero.

—Claro, alteza.

Era evidente que no me creía. Sin embargo, me veía obligada a intentarlo de nuevo. El deseo de averiguar la verdad era demasiado grande, sencillamente tenía que aprovechar la oportunidad. Sobre todo cuando las palabras de Lorcan aún resonaban dentro de mí.

«Con eso quiero decir que no logré atravesar esa pared porque en la cabeza de la serpiente ya había otra presencia».

—Georgina, ¿te llamó la atención alguna otra cosa cuando estábamos en el lago? —quise saber—. Quizá relacionada con la serpiente.

Me dirigió una mirada tan rebosante de escepticismo que me quedó claro sin necesidad de utilizar palabras que no me creería le dijera lo que le dijese.

—Sé que pretendes que todo el mundo piense que eres un corderito, pero, por desgracia, conmigo no cuela —afirmó con frialdad.

Si no me quería creer, yo no podía hacer nada. Me bebí lo que me quedaba de zumo, dejé la copa vacía en la barra y me di la vuelta para ir en busca de Kenna y Murphy.

—Y creo que otros piensan lo mismo que yo —añadió inesperadamente Georgina. La miré de nuevo, arqueando una ceja —. Me da que has hecho más enemigos aún de los que ya tenías, alteza. Creo que no deberías haber bebido eso.

Miré con la frente fruncida la copa que acababa de dejar y después otra vez a Georgina. Su sonrisa me hizo suponer que me estaba gastando una broma, igual que yo se la había gastado a ella en el comedor, así que no le hice caso y eché a andar en dirección contraria para seguir buscando a mis amigos. Oí un pitido estridente y me puse en estado de alerta en el acto. Era el silbido de Kenna, sin duda. Me llegaba desde cierta distancia.

Crucé el salón con rapidez, me abrí paso entre el gentío y dejé atrás a los que bailaban para continuar hacia la derecha, por donde se iba a los aseos. Sentí una bofetada de calor y me sobresalté al ver lo que tenía delante.

Un chico que me resultaba vagamente conocido había agarrado a Murphy y tenía levantado el otro brazo. En su mano bailoteaba una llama que era cada vez más alta cuanto más seguía mirando a Murphy. Kenna estaba al lado de ambos, con los ojos muy abiertos del miedo.

—Dámelo por las buenas, Cambiaformas —gruñó el chico.

—Ni de coña.

Murphy le cogió el brazo, se volvió a la velocidad del rayo y realizó una llave en la que lanzó al chico hacia delante por encima de su

hombro, haciendo que se estrellara contra el suelo. Sin embargo, no contó con la llama. El chico musitó un conjuro y arrojó el fuego a Murphy, que soltó un taco cuando la camisa se le prendió. Kenna y yo corrimos con él, que ya se había tirado al suelo y rodaba para apagar las llamas.

Mientras tanto, el chico se puso de pie con un trozo de la camisa de Murphy en la mano, y se disponía a desaparecer cuando Kenna le cortó el paso. Le enseñó los dientes, y cuando él vio sus afilados colmillos se puso lívido.

—Zoey, ¿cuándo fue la última vez que bebí sangre? —me preguntó.

Me di unos toquecitos con el dedo en la barbilla mientras pensaba.

—Creo que fue hace una semana.

—En ese caso necesito más, y la necesito ahora mismo —aseguró.

El chico dio un paso atrás.

—Si sigues así, dentro de poco seguro que tendré una visión de tu dolorosa muerte —añadí yo, y extendí la mano—. Devuélveselo.

Él apretó más la tela, los dientes le rechinaban.

—Será mejor que le hagas caso —sugirió Kenna. Su voz era poco más que un susurro áspero, y sin embargo el chico se puso rígido.

Murphy se levantó con trabajo, la camisa le colgaba carbonizada del cuerpo, en el pecho tenía un roto que le bajaba hasta el vientre.

—Devuélveme ahora mismo mi broche —pidió con una voz peligrosamente baja y carente de humor. Los tres nos plantamos juntos delante del chico, que al parecer comprendió que lo habíamos derrotado. Le lanzó a Murphy a los pies el jirón de tela en el que estaba prendido su broche, que tintineó al chocar contra el suelo de piedra—. Muchas gracias —añadió al tiempo que cogía el broche y se lo metía en el bolsillo del pantalón.

El chico echó a correr por el pasillo y desapareció en el salón. Yo me volví hacia mis amigos.

—¿Dónde os habéis metido?

—Alguien hizo venir aquí a Murphy —repuso Kenna, y puso los ojos en blanco.

—Me pareció muy convincente —refunfuñó Murphy.

Los miré a los dos con cara de interrogación.

—¿Se puede saber qué le dijo?

Kenna lo instó a hablar con un gesto.

—Anda, cuéntaselo.

Murphy exhaló un suspiro de resignación.

—Dijo que Kenna estaba aquí, enrollándose con un tío.

—Y tú te lo tragaste. Normal, porque soy tan sociable que en todas las fiestas me largo nada más llegar para divertirme con el primero con el que me cruzo. Porque, claro, no es que el campus entero me tenga miedo —dijo entre dientes Kenna, y con cada una de sus palabras Murphy parecía acobardarse cada vez más.

—Sinceramente, ni lo pensé. Solo... reaccioné —fue su pobre respuesta.

Ay, Murphy. Los celos hacían que uno tomara decisiones no muy inteligentes, razón por la cual lo entendía un poco. Al mismo tiempo, lo último que me esperaba era verlo caer, a él de entre todos los demás, en una trampa tan barata.

—¿Sabes qué? Que eres tonto de remate. Ni siquiera sé por qué he venido, la verdad. Para mí la fiesta ha terminado. —Dicho eso, Kenna se dio la vuelta y se fue.

Murphy y yo la seguimos con la mirada, sin saber quién de los dos era mejor que fuese tras ella. Lo miré con cara de interrogación y se frotó el cogote. Aún le salía humo de la camisa en algunas partes.

—Creo que debería aclarar esto con ella —farfulló.

—Yo también lo creo. Ve y dile por qué te has comportado así.

A sus ojos asomó la duda.

—Creo que todavía no está lista para oír lo que tengo que decirle.

—Pues al menos discúlpate.

Asintió con la cabeza.

—¿Estarás bien sola?

Le di a entender con un gesto que no se preocupara.

—Os doy un poco de ventaja y me vuelvo a la residencia.

Murphy me apretó el brazo al pasar y se alejó deprisa. Estaba sola. Fui a los aseos a refrescarme. Tenía mucho calor, a pesar del fino vestido que llevaba, y me eché agua fría en las muñecas. Las piernas me empezaron a temblar. Me miré en el espejo frunciendo la frente. Tenía el pelo algo despeinado, las mejillas, rojas, y el fondo del servicio parecía desdibujado en el espejo. Unas sombras comenzaron a danzar por las paredes y se transformaron en zarcillos. Me volví con el corazón acelerado, pero allí no había nada. Ni sombras ni zarcillos.

Me sequé las manos y volví al salón. La música me zumbaba en los oídos y mi pulso era acelerado. Me abaniqué con la mano, ya que seguía sintiendo calor en las mejillas. Tenía que salir de allí. Corrí para alcanzar a Murphy y a Kenna, pero me sacaban tanta ventaja que ni siquiera los vi cuando abandoné el salón de baile. Me dio la impresión de que el suelo se volvía blando bajo mis pies y me apoyé un instante en la pared. Algo iba mal.

Cuando levanté la vista, vi a otros participantes del torneo, pero no fui capaz de distinguir su rostro. Entre ellos se extendían sombras, de nuevo zarcillos espinosos y puntos de luz que se negaron a desaparecer incluso después de que parpadease unas cuantas veces. ¡Los zarcillos incluso se abalanzaron hacia mí! Apreté el paso y estuve a punto de tropezar con mis propios pies. Sentía las

piernas tan flojas que me quité los zapatos de tacón para llevarlos en la mano y así ir más deprisa.

Oí voces justo detrás de mí y aumenté la velocidad. Un viento gélido me azotó la cara mientras bajaba la escalera del edificio principal y mis pies golpeaban los húmedos peldaños de piedra. Me arriesgué a volver la cabeza para echar un vistazo. Lo vi todo doble, la silueta de las personas, los árboles y también el edificio principal. Un pensamiento atravesó la niebla que me ofuscaba la cabeza: «El broche». No lo podía perder.

Me desvié hacia la derecha, aunque mi residencia estaba en la dirección contraria, y desaparecí en el pasadizo que llevaba hasta el lago por debajo del edificio principal. Seguí corriendo sin volverme hasta que llegué casi al final del túnel... y de pronto un bulto se separó de las sombras y choqué contra alguien.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo una voz que me sonaba.

Cuando levanté la mirada, me empujaron y me di con la espalda contra la pared. Me golpeé la cabeza con tal fuerza que me mareé más todavía y caí al suelo. No entendía muy bien lo que estaba pasando. Parpadeé varias veces, pero los contornos del mundo seguían desdibujados, no lograba distinguir lo que tenía delante.

Entonces recordé las palabras de Georgina.

«Creo que no deberías haber bebido eso».

Comprendí que no era una broma. Georgina sabía que alguien había echado algo en las copas. Probablemente para hacerse con el broche de otros participantes. Quizá incluso hubiese sido ella misma.

Fui a sacar el teléfono, pero una patada en la mano hizo que el bolso saliera disparado describiendo un alto arco, y yo lancé un gemido de dolor.

—Si fuese tú, no haría eso.

El rostro que tenía delante era irreconocible, aunque estaba a escasos centímetros de mí. Aparte de que el mundo giraba de tal forma que de todos modos no distinguía nada, la persona llevaba una capucha calada en el rostro. Alargó una mano, me arrancó el tirante del vestido y dejé de sentir el peso de mi broche en la clavícula. Traté de agarrar a la persona, pero solo conseguí coger una manga. Aun así, di un tirón y me empujaron hacia un lado. Me caí de bruces contra la tierra. Proferí un gemido y acto seguido oí pasos pesados de botas en el empapado suelo. Después estaba sola.

La cabeza me dolía, las extremidades se negaban a obedecerme. Velos de niebla me impedían ver y parpadeaba una y otra vez, pero daba la impresión de que solo se volvían más densos. De repente se oyó un arañar en el túnel. Retrocedí, busqué mi bolso a tientas en los charcos que había a mi lado, pero solo encontré barro. Miré a mi alrededor presa del pánico, pero no podía fiarme de mis ojos. La tosca piedra de las paredes del túnel parecía moverse directamente hacia mí. Parpadeé inquieta cuando volví a oír el arañar como de garras en la piedra, un sonido que hizo que me recorriera un escalofrío por la espalda. Entre los velos de niebla distinguí una luz roja y retrocedí, me pegué más a la pared.

Oí pasos.

—Ahí delante hay alguien —afirmó una voz—. Anda, pero si es...

—¡Zoey!

Habría reconocido esa voz en cualquier parte. Ya estuviera aturdida, medio desmayada o quizá incluso muerta.

—Maldita sea, Zoey —dijo, y de pronto tenía a Dylan delante.

Levantó la mano y me acarició la mejilla, que me ardía de mala manera. Su semblante se ensombreció. Le agarré la muñeca, me aferré a esa única cosa que era real. Algo que no era producto de mi imaginación.

—Hay zarcillos por todas partes —jadeé, ya que los seguía viendo. Zarcillos espinosos que venían hacia mí, se me clavaban en la carne, me ataban. Moví las piernas, pero no logré liberarlas.

—¿Quién? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Quién te ha hecho esto?

Contesté algo, pero al parecer no me salieron bien las palabras, porque Dylan se limitó a fruncir el ceño. Noté que me sudaba la nuca.

—Alguien debe de haberle echado algo en la copa —aventuró la segunda voz—. Antes vi a uno vomitando en el servicio. Pensé que había bebido alcohol, pero quizá alguien echara algo en las copas intencionadamente.

—Tengo que llevármela de aquí. —Acto seguido, Dylan metió un brazo por debajo de mis rodillas y me pasó el otro por el torso para levantarme. La cabeza se me cayó hacia atrás, y de repente allí había otras manos que me sujetaron. Unas manos más pequeñas, que me colocaron con suavidad contra el pecho de Dylan, de manera que mi cabeza se apoyó en él y dejó de estar colgando—. Vuelve a tu residencia, Amara. Enciérrate en tu habitación y no salgas hasta mañana por la mañana.

—Pero...

—No me puedo ocupar de las dos.

Después no hubo más protestas. Ya solo fui consciente de que Dylan me llevaba por el campus desde el túnel, dejando atrás todos los demás edificios, pendiente arriba. Aunque no paró de farfullar palabras airadas, me sentí segura y protegida como hacía mucho tiempo que no me sentía.

16

Dylan consiguió llevarme de vuelta a la residencia. No sé cómo lo hizo, puesto que yo casi no podía mantenerme en pie. El mundo giraba por lo menos tan veloz como mis pensamientos. Una ligereza se había apoderado de mi cuerpo, era como si caminase sobre nubes, y de mis labios salió una risita tonta. Dylan soltó un taco y yo me enfurruñé. Me estaba divirtiendo y, una vez más, por lo visto a él no le hacía gracia.

El tiempo se desdibujó, no sabía cuántos minutos u horas habían pasado cuando Dylan me sentó en algún sitio. Me agarré a él, con fuerza.

—Estás tan calentito... —farfullé cuando se acercó más a mí. Tenía las mangas de la camisa remangadas y clavé la vista en las venas de su trabajado brazo. Tan sexy... Sus brazos eran mi perdición.

Profirió otra imprecación, y no entendí cuál era el problema. Lo miré con cara de interrogación. Tenía las mejillas rojas, y carraspeó.

—¿Puedes sostenerte un instante? Tengo que ir a por vendas.

Hice lo que me pedía y me agarré al frío borde de la bañera. Dylan y sus bonitos brazos desaparecieron de mi campo visual. Durante un instante me quedé sola. Y de repente ahí estaban de nuevo, las sombras que se arrastraban, que bailoteaban por las paredes, los zarcillos espinosos que serpenteaban por el suelo hacia mí. Me eché hacia atrás, perdí el equilibrio un momento, y entonces volvió Dylan, que me cogió por un brazo y me sujetó antes de que cayera de espaldas en la bañera.

—Aquí están otra vez —susurré, y clavé la vista en el suelo, donde todavía se encontraban los zarcillos de Violet. Las espinas eran largas y puntiagudas, y al recordar cómo se me clavaron en los brazos, un escalofrío me bajó por la espalda.

—¿Quiénes? —inquirió en voz baja Dylan, y abrió el botiquín. Oí el grifo un instante mientras se ponía otra vez delante de mí y se acuclillaba.

—Los zarcillos de Violet. Están aquí. Quieren volver a atarme hasta que me doble sobre mí misma de dolor y sangre.

—No dejaré que eso pase —aseguró Dylan, y llevó una mano a mi mejilla. Algo caliente rozó mi piel. Un paño. Me di cuenta de que me estaba quitando la tierra. Lo pasaba despacio por mi dolorida mejilla, y cuando sus largos dedos me cogieron el mentón para volverme el rostro hacia un lado, el calor salió despedido del centro de mi cuerpo hacia todas partes. La lámpara del techo titiló, y la mirada de Dylan se tornó sombría—. El que te ha hecho esto pagará por ello.

Me toqué la mejilla y me estremecí cuando el dolor me atravesó. Al mirarme los dedos y ver la sangre, musité:

—Ni siquiera sé lo que ha pasado.

Dylan continuó limpiándome la cara y desinfectando las heridas.

—Alguien te echó algo en la bebida. Concéntrate en otra cosa, a ser posible que sepas que es real.

Seguía mareada, y a través de la niebla que me envolvía la cabeza se formó un pensamiento. Las sombras en realidad no estaban ahí. Y los zarcillos tampoco. Dylan, en cambio, sí. Y podía estar bastante segura de que era real. Sobre todo si me centraba en su rostro. Su coraza había vuelto a caer, y en sus ojos había un torbellino de sentimientos.

—Justo aquí nos besamos —comenté.

Dylan se detuvo solo un instante antes de continuar.

Ahora que había encontrado algo en lo que mi ofuscado cerebro podía apoyarse, más y más palabras me salían en tropel.

—Aquella vez los papeles estaban invertidos. Yo me encontraba entre tus piernas y me dijiste que era valiente y después te...

—Lo recuerdo —me interrumpió con suavidad mientras me seguía curando la mejilla.

—Esa noche tenías más o menos la misma cara. Como si te costara conservar el control.

No dijo nada, pero yo no paré. Todo lo que solía contenerme había desaparecido.

—Fue un buen beso —continué—. Puede que incluso el mejor que me han dado nunca. O, para ser más exactos, que he dado, porque al fin y al cabo fui yo la que tomó la iniciativa. A veces todavía le doy vueltas, ¿sabes? Sobre todo a lo que me provocaron tus dedos. Por cierto, ¿alguna vez te he dicho lo bonitas que tienes las manos? Tan grandes y...

—Está muy bien oírte describir de un modo tan gráfico qué es lo que más te gusta de mi cuerpo, pero ¿podrías dejar de hablar un momento? Tienes sangre pegada en la comisura de la boca, y me gustaría quitártela —me cortó, y me callé.

Me retiró la sangre de los labios con sumo cuidado. Solo entonces noté el sabor metálico en la lengua.

—A veces me pregunto si no estarás un poco reprimido —seguí parloteando.

Él continuó concentrado en mi mejilla. El dolor había disminuido, y era como si no sintiese del todo el sordo palpitar.

—¿Por qué dices eso? —repuso.

—A veces te pones rojo conmigo. Y siempre que quiero hablar de estas cosas, cambias de tema —aduje.

Me miró un momento y contuve la respiración. Después lo señalé con un dedo.

—¡Ves! Te has puesto rojo. No mucho, pero si se mide en la escala de Dylan es una barbaridad.

Se rio suavemente y el sonido hizo que el pulso se me acelerara.

—¿Te he dicho alguna vez que siempre he querido verte con un traje? —proseguí—. A ver, aunque esto no es un traje, una camisa tampoco está mal. —Cada vez me notaba la lengua más pesada.

La sonrisilla no había desaparecido.

—Tienes un gusto raro.

—Tengo un gusto excelente —afirmé, atropellándome con las palabras—. También me gustaría saber cuáles son los tuyos.

—Zoey.

—¿Qué? Solo es una pregunta.

—Si quieres, podemos hablar de ellos. Cuando te hayas recuperado y estés en poder de tus facultades mentales. —Se apartó de mí y cerró el botiquín. Después se volvió hacia mí con un vasito —. Bébete esto. Con algo de suerte te encontrarás mejor dentro de poco.

Miré con escepticismo el líquido marrón. Lo olí... y deseé en el acto no haberlo hecho. Los ojos empezaron a llorarme.

—Huele fatal.

—Lo sé, pero te ayudará a expulsar del cuerpo lo que sea que te han dado. Así que tómatelo.

Era probable que tuviese razón, debía beberme ese brebaje. Una vocecita en mi cabeza me decía que no era yo misma. Y que estaba mal y era irresponsable comportarme así. Además, me fiaba de Dylan. Así que me llevé el vaso a la boca y me lo bebí de un trago. Tosí al terminar e hice una mueca de asco, ya que sabía muy amargo y me abrasó el cuerpo al bajar.

Cuando me hube recuperado, Dylan estaba de nuevo en cuclillas y me miraba detenidamente.

La cabeza todavía me daba vueltas, y sin ser muy consciente de mis actos, levanté la mano y le aparté el pelo de la frente. Ya lo había hecho una vez. Seguía siendo tan suave como lo recordaba. La mirada de Dylan se ensombreció más aún. Y bajó a mi boca, solo durante una décima de segundo.

—¿Te acuerdas de quién te dio la bebida? —me preguntó, y adiós al ambiente distendido. Nos llevó a un terreno menos peligroso, la voz de la razón. Me atravesó el dolor sordo que ello me produjo.

—No... no lo sé.

La vista se me volvió borrosa otra vez, las sombras ya bailaban de nuevo delante de mí, ya titilaban. Me restregué los ojos.

—Ven. No quiero que te vuelvas a desmayar y tenga que curar más heridas.

De pronto Dylan me cogió de la mano y me obligó a levantarme. Me pasó un brazo por la cintura y atravesamos el cuarto de baño para ir a su habitación. Nos acercamos a la cama. Me sentó con delicadeza en su cobertor de color antracita. Me tendí y me agarré con una mano al borde de la cama, porque al tumbarme las paredes comenzaron a girar más todavía.

—No soy capaz de pensar con claridad —mascullé.

Percibí como de pasada que el colchón se hundía cuando Dylan se acomodó en el borde.

—A saber qué leches te darían.

Volví la cabeza hacia él, todavía con el regusto del asqueroso brebaje en la boca.

—Y el mágico Dylan ha vuelto a utilizar sus mágicas manos para neutralizar pócimas mágicas.

Levantó las manos y movió los dedos, lo que me arrancó una sonrisa cansada.

—Sabes que tengo mis métodos.

—Más bien creo que el sanador Sheehan tiene sus métodos. Que ahora, por desgracia, han disminuido.

—Podemos darnos con un canto en los dientes por haber conseguido este brebaje neutralizador. De lo contrario, te habrías pasado el resto de la noche con la cabeza en la taza del retrete.

Imaginarme vomitando delante de Dylan hizo que, irónicamente, me encontrara muy mal.

—Seguro que me habrías sujetado el pelo.

A su boca asomó una tímida sonrisa.

—Claro.

Me puse de lado con la esperanza de que mi estómago se rebelara menos en esa postura, y al hacerlo se me bajó un poco el vestido. Solo entonces me di cuenta de que me habían arrancado el tirante... y de que me faltaba el broche.

—¡Mierda! —exclamé—. El broche.

—Ahora mismo eso es secundario. Primero tenemos que averiguar quién te drogó.

Me paré a pensar y empecé a sentir un palpitar tras los ojos.

—Bebí zumo. La copa la cogí de la barra, de una bandeja en la que había más. —Cerré los párpados y me concentré. Mis pensamientos eran un revoltijo, cuando lograba asir algo, lo volvía a perder en el acto, solo para cogerlo de nuevo y tirar de él con más fuerza—. Estaba Georgina, ella me lo advirtió.

—¿Qué quieres decir con eso? —La voz de Dylan me llegó como desde lejos.

—Me dijo que habría sido mejor que no bebiera el zumo. Creo que sabía que en las copas había algo.

—¿Y te acuerdas de quién te atacó? —siguió preguntando.

Rebusqué otra vez en mi enajenado cerebro. Aunque las paredes poco a poco giraban más despacio, me costaba recordar los detalles. Era como si se ocultaran tras un velo.

—Es imposible que fuera Georgina. Fue alguien alto, un hombre. Creo.

—No vi a nadie cuando te descubrimos en el pasadizo.

Abrí los ojos, aunque los párpados me pesaban mucho. Dylan parecía pensativo, como si estuviera repasando todos los detalles, mientras mis pensamientos iban por otros derroteros. Y es que me estaba acordando de otra cosa. De que era Dylan quien me había encontrado. Y que no estaba solo.

—¿Y qué estabais haciendo vosotros en el pasadizo? —inquirí. Me notaba la lengua torpe, alargaba los sonidos.

Dylan enderezó los hombros cuando mis palabras lo arrancaron de sus reflexiones.

—Quería respirar un poco de aire fresco.

Mentía. No solo lo noté: también lo vi. Por cómo se tensó de pronto y rehuyó mi mirada. Sentí una opresión en el pecho.

—¿Seguro que solo era eso? —insistí.

Él miró al suelo. Cuando pasaron unos segundos más, el dolor volvió a atravesarme.

Dylan estaba en la fiesta con Amara, después del torneo no se separaba de ella. A través de las nubes que se iban disipando poco a poco en mi cerebro recordé lo que me había dicho Lorcan: que Dylan se había enrollado con ella. Y estaba bastante segura de que no se habían metido en el oscuro túnel para respirar aire fresco ahí.

Me incorporé y saqué las piernas de la cama mientras el corazón me latía desbocado en el pecho.

—Me tengo que ir.

Dylan me agarró por la muñeca.

—Zoey...

Le dirigí una mirada cortante.

—No soporto que la gente me mienta y me tome por tonta, Dylan. Así que dime la verdad, por favor. Aunque sea dolorosa.

Su mirada se ensombreció. Abrió la boca, luchando consigo mismo. Al cabo, sin embargo, lo único que obtuve por respuesta fue un cabeceo.

—No puedo.

Las palabras me hirieron, y durante un instante me costó respirar. ¿Por qué me mentía con algo así? Para mí solo había una explicación, y me dolió más de lo que habría creído posible. Y es que lo que había entre Dylan y Amara por lo visto no había terminado aún.

—Y que precisamente tú me eches en cara que me ando con jueguecitos... —musité con voz ahogada.

Los ojos me escocían, y me zafé de su mano. Después me levanté y él hizo otro tanto. Lo fulminé con la mirada.

—El brebaje ha cumplido con su cometido. Vuelvo a ser yo misma. Y sé ir sola a mi habitación.

No conseguí decir más antes de salir volando y cerrar de un portazo. Me alegré de que las lágrimas no se me saltaran hasta que llegué a la escalera. Me agarré con fuerza a la barandilla para poder subir.

17

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me dolían a lo bestia las mejillas y la parte posterior de la cabeza, y también tenía la muñeca hinchada de la patada que me había dado el agresor. Kenna me había obligado a que le contara a grandes rasgos lo sucedido esa misma noche, antes de que el cansancio y la tristeza me vencieran. Habíamos ido al comedor a por algo de desayunar y estábamos sentadas en mi cama tomándolo mientras nos íbamos despertando del todo. Lo que le había dicho a Dylan era verdad: el brebaje había surtido efecto. Aún tenía ligeramente resentidas las extremidades debido al ataque, pero por lo demás no me notaba nada raro, volvía a pensar con claridad. Quizá debiera enviar al sanador Sheehan una tarjeta para darle las gracias; de forma anónima, claro estaba.

Mientras me comía el sándwich le conté a Kenna lo que había averiguado a través de Lorcan. Fue abriendo los ojos cada vez más cuando le referí la conversación que había mantenido acto seguido con Georgina y terminé con su advertencia de que no tendría que haber bebido el zumo.

—Así que crees que lo sabía.

Asentí.

—Estoy segura.

—¿Y luego?

—Luego fui en vuestra busca. Solo quería refrescarme un poco y entonces fue cuando me di cuenta de que algo iba mal. En realidad pensé que la advertencia de Georgina había sido una broma, pero...

—Me estremecí al recordar que las paredes giraban, que veía cosas que no estaban ahí y que tenía la sensación de que me seguían.

—Tendría que haberme quedado contigo. Lo siento —se disculpó, compungida, Kenna.

Le resté importancia con un gesto.

—Eso es una chorrada. Tenías otras cosas en la cabeza.

Kenna dejó el sándwich que se estaba comiendo y reparé en que bebía de su taza negra opaca, probablemente sangre. Parecía tan agitada como yo, imaginé que también debido a la noche anterior.

—¿Me quieres contar qué pasó con Murphy? —pregunté con tino.

Kenna parpadeó, sintió que la había pillado. Después bebió un gran sorbo de su taza y en el labio inferior se le quedó una gota rojo oscuro por la que pasó la lengua.

—Me besó.

Me enderecé tan de repente que se me cayó el sándwich, que tenía en el regazo.

—¿Qué? —Mi voz resonó en nuestra pequeña habitación, y Kenna dio un respingo y enterró el rostro en las manos—. ¿Y cómo fue?

Ella miró entre los dedos.

—Pues no lo sé. Fue... —Cuando hizo una pausa más larga, seguí mirándola pacientemente—. La verdad es que no sé cómo expresarlo.

—Vamos, suéltalo.

Negó con la cabeza con tanta vehemencia que temí que la taza, que tenía al lado, se cayera de un momento a otro y le pusiera la cama perdida de rojo.

—No puedes empezar así una frase y después callarte. Me parece muy injusto —apunté con mordacidad.

—¿Y por qué? Si me permites la pregunta...

—Porque ahora me tienes en vilo y muerta de la curiosidad. O sea, ¿hola? ¡Te enrollaste con Murphy!

Miró su almohada como si sopesara lanzármela y yo levanté un dedo a modo de advertencia.

—Ni se te ocurra.

Mi amiga suspiró con suavidad. Se volvió de nuevo hacia mí y vi en sus ojos una tristeza indescriptible.

—Fue genial. ¿Satisfecha?

Asentí.

—Bueno, algo es algo. Pero ¿dónde está el problema? Pareces triste.

Kenna me miró con escepticismo mientras toqueteaba el bajo de su jersey de punto.

—No sé por dónde empezar, son tantas cosas... En primer lugar, flirtea con cualquier chica que se acerca a él dos segundos.

No eran muchas las personas en Everfall que hablaban con Murphy, ya que era un bicho raro que parloteaba demasiado. Y cuando alguien lo hacía, Murphy solía mostrarse tan entusiasmado con su interlocutor que yo entendía perfectamente por qué Kenna se sentía así. A mí también me había dirigido apodos cariñosos que podrían haberse malinterpretado.

—Contigo es distinto. Creo que le gustas de verdad. Y, si no me equivoco, a ti también te gusta él. —A mis labios asomó una sonrisilla—. Sobre todo cuando los celos lo hacen caer en una trampa porque cree que te estás morreando con otro.

Me dirigió una mirada tan asesina que tuve que dejar de sonreír.

—Con lo astuto que es siempre... ¿Cómo pudo caer así, me lo quieres decir?

Encogí un hombro.

—El amor mueve a uno a hacer cosas extrañas.

Kenna suspiró.

—El amor, ¿mmm?

—Ya sabes lo que quiero decir. Podríais probar a salir. A salir de verdad, me refiero. No solo a comer snacks en la sala común y tal. Haced algo chulo juntos, así sabrás si la cosa funciona... o no.

Esta vez Kenna no rehuyó mi mirada. En su semblante estaba escrita la duda.

—No sé.

—Solo si quieres, está claro. Si no es lo que deseas, como si no hubiera dicho nada —añadí. No estaba segura de si sencillamente quería que Kenna tuviera suerte en el amor a causa de lo mal que me iban las cosas a mí.

—No es eso —musitó—. Claro que quiero, Murphy es estupendo. Hay mucho más tras esa fachada. Hemos hablado un montón, ¿sabes? Y he conocido una faceta de él que... —Negó con la cabeza con desvalimiento—. La verdad es que me gusta todo de él.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunté con todo el tacto del que fui capaz, ya que intuía que detrás de lo que había dicho había algo más. Un «pero» mudo.

Kenna tragó saliva con dificultad.

—Creo que tengo miedo.

—¿De qué?

Me miró a los ojos. Los suyos tenían un brillo sospechoso.

—De hacerle daño.

—Kenna... —empecé, pero ella levantó las manos.

—Sé lo que vas a decir, pero no sabes lo que ocurrió en mi pasado. Hice cosas malas, Zoey. Y volvería a hacerlas si tú o alguien a quien quiero corrieseis peligro. Lo que pasa es que, a veces..., cuando los sentimientos son especialmente abrumadores, cuesta

controlar la sed de sangre. —Negó con la cabeza—. No quiero acabar en una situación en la que pueda ponerlo en peligro.

Empezaba a entender por dónde iba. Kenna odiaba que tantas personas en Everfall le tuviesen miedo y temieran su poder. Por eso la clase de Defensa era la peor asignatura para ella, porque no quería hacer daño a los demás. Por eso tampoco se había apuntado al torneo. Apenas se atrevía a enfrentarse a otros alumnos, ya que era mucho más fuerte que todos ellos. A lo largo de los últimos meses había luchado a menudo con Murphy y se había mostrado tan vacilante que al final él se había buscado a otro rival.

Me levanté en el acto, me senté a su lado y le cogí la mano.

—Sé la carga que te supone ser una Dearg Due, y también sé que es algo que te atemoriza. Pero confío en ti, Kenna. No le harás daño a Murphy. Igual que no me lo harías a mí ni a cualquier otra persona que sea importante para ti.

Se le saltó una lágrima que le corrió por la mejilla.

—Pero ¿y si no es así?

—¿Le hiciste daño ayer por la noche?

Negó con vehemencia.

—No. Simplemente lo aparté de mí y salí corriendo. Y eso que fue el mejor beso que me han dado nunca. Pero oí unas voces en la cabeza que me dijeron que no funcionará. ¿Y si acabamos en una situación en la que no me pueda controlar? ¿Y si lo muerdo sin querer?

Sabía que en unos pocos minutos no sería capaz de quitarle a Kenna unos miedos que tenía arraigados tan hondo, así que lo que debía hacer era conseguir que pensara en otra cosa, en algo más trivial.

—Sigo creyendo que no le harás daño. Y si quieres saber lo que opino de verdad del tema Murphy, allá va: me parece que le

gustaría.

—¡Zoey! —exclamó indignada, pero las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba cuando se enjugó los ojos.

Le apreté la mano.

—Si de verdad Murphy corriera un peligro grave, yo lo sabría. Créeme. Y, si te sientes mejor, también me puedo quedar cerca de vosotros, de dama de compañía.

Ella apretó los labios.

—Lo tengo que pensar.

—Piénsalo. Y si necesitas hablar, aquí me tienes. Siempre.

Kenna se inclinó hacia delante y me abrazó. La abracé con la misma fuerza.

—Gracias —musitó. Permanecimos así unos instantes. Después nos separamos y Kenna me puso las manos en los hombros—. No me puedo creer que estemos hablando de esto, y no de que ayer te drogaron y después te atacaron.

—Eso es porque prefiero sin lugar a dudas este tema de conversación a la noche de ayer. —Y es que la agresión y lo que había sucedido después era algo en lo que prefería no seguir pensando. Si lo hacía, si recordaba las cosas absurdas que le había dicho a Dylan y cómo había reaccionado él y la mentira que me había contado luego..., la siguiente que lloraría sería yo. Y eso era algo que no quería que ocurriese de ninguna manera.

—¿Recuerdas cómo era el agresor? —me preguntó Kenna, y negué con la cabeza.

—Es como si un velo cubriese lo que pasó.

Kenna se paró a pensar.

—Seguro que es por la droga. Pero me pregunto... —Dejó la frase en puntos suspensivos. Le dirigí una mirada inquisitiva y, como no dijo más, acto seguido la insté con un gesto a que continuara. Ella

se aclaró la garganta—. Me pregunto si habrá algo que pueda ayudarte a recordar.

Arrugué la frente.

—¿A qué te refieres?

—En la Casa de los Lobos de Bronce hay una descendiente de Brigid que tiene el don de la creatividad y la inspiración, como la directora Baskerville, y con ayuda de su magia puede liberar bloqueos internos.

—Suena bien. Iré a verla y le preguntaré si me puede echar una mano. A no ser que participe en el torneo, porque entonces seguro que pondrá un precio, como hizo Lorcan. ¿Cómo se llama?

De pronto Kenna pareció turbada. Tardó un momento en responderme.

—Es Amara Chandran.

Me sobresalté.

No pude evitar acordarme de que el día anterior habían sido Dylan y ella quienes me habían encontrado. De que Amara lo tocaba y hablaba con familiaridad con él. También me acordé de lo que me había contado Lorcan de ellos dos.

Mierda.

Apreté los ojos y me controlé. No podía olvidar qué era lo que estaba en juego ahí. No solo tenía que recuperar mi broche, sino que también debíamos seguirle la pista a lo que me había dicho Lorcan: que a la serpiente marina le pasaba algo raro. Y que alguien se había encargado de que el monstruo atacara a Georgina, Amara y Lorcan.

Esto último era más importante que mi complicada situación con Dylan o el hecho de que la noche anterior me hubiera mentido con respecto a Amara. Por eso debía poner en segundo plano mis sentimientos, por mucho que me costara. Había demasiadas piezas

del puzle que todavía no encajaban, demasiadas incongruencias como para que todo fuese una casualidad. Y debía averiguar a toda costa lo que había detrás del ataque de la serpiente. ¿Y si alguien volvía a manipular las pruebas y ponía en peligro la vida de un alumno? Eso era más importante que mis celos, más importante que cualquier otra cosa.

Tomé una firme decisión.

—Propongo que terminemos de desayunar y hagamos una visita a los Lobos de Bronce —dije.

Kenna asintió, aunque tenía la duda reflejada en sus ojos castaños.

La residencia de los Lobos de Bronce se hallaba pendiente abajo, a mano derecha en el campus si se iba desde la residencia de los Cuervos de Plata. Kenna y yo no avisamos a Murphy, y yo tampoco mencioné el tema a mi amiga. Probablemente necesitara un poco de tiempo para asimilar lo ocurrido la noche anterior, y confiaba en poder apoyarla de alguna manera. Y si hacerle una visita a Amara contribuía a que ella se distrajese y yo obtuviera respuestas, pues mejor que mejor.

La encargada de la residencia se puso en contacto con Amara a petición nuestra y esperamos hasta que esta apareció en la escalera para recibirnos. Cuando llegó, sin embargo, miró por detrás de Kenna y de mí, y dio la impresión de que buscaba a alguien a quien conociera mejor.

—Esta es su visita, señorita Chandran —informó la encargada a Amara, que se volvió hacia nosotras. Su frente se arrugó un segundo, pero se alisó de nuevo cuando trató de disimular su

desconcierto con un semblante inexpresivo. Casi me resultó familiar, dada la práctica que tenía yo en hacer lo mismo.

—¿En qué os puedo ayudar? —inquirió Amara, y se llevó la mano como de pasada al broche con el lobo que llevaba prendido en el jersey. Después me repasó de arriba abajo antes de mirarme a la cara; a todas luces le sorprendió que yo no llevase mi broche.

—Hola —saludé, balbuceando un poco—. Ayer Dylan y tú me encontrasteis, ¿no?

Asintió despacio.

—Siento lo que te pasó.

—Muchas gracias.

Me costó pronunciar las palabras, ya que en ese momento me asaltó la imagen de Dylan y ella. Él sonriendo por algo que Amara le decía. Ella poniéndole la mano en la pierna. A esa imagen se sumaron otras: Dylan pegándola a la pared para besarla. Apreté con fuerza los dientes y me conminé a controlarme y centrarme en lo que había venido a hacer. Este asunto era más importante que mis celos. Y resultaba primordial que mantuviese la cabeza fría.

—He oído que puedes liberar bloqueos mentales con ayuda de tu don —terció Kenna—. Zoey tiene los recuerdos borrosos, y nos preguntábamos si podrías hacer algo para que logremos averiguar quién la atacó.

Amara me miró y observó los arañazos que tenía en las mejillas. Dio la impresión de que por sus ojos castaños oscuros desfilaban a toda velocidad los pensamientos. Volvió la cabeza un instante antes de mirarnos de nuevo.

—Nada de jueguecitos. Si os llevo conmigo y me hacéis alguna jugarreta, os arrepentiréis.

—Quiero recuperar mi broche de la persona que me lo quitó, nada más —aseguré.

Amara nos miró a ambas de nuevo e hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo. En ese caso, venid conmigo.

Fuimos hacia la escalera de caracol que conducía a las plantas superiores, pero Amara la dejó atrás y enfiló un pasillo que estaba iluminado por candeleros eléctricos afianzados a las paredes. Cuando llegamos al final del pasillo, vimos una puerta ancha de madera oscura. Supuse que era la biblioteca de los Lobos de Bronce, pero cuando Amara la abrió, me quedé sorprendida.

Era una especie de estudio. Ante nosotras se extendía una habitación amplia, y mirara adonde mirase, era evidente que me encontraba en la Casa de las Artes y los Oficios. Los candeleros eléctricos alumbraban lo suficiente, y en la gran vidriera distinguí a Credne, uno de los dioses más importantes de los oficios. Golpeaba una espada apoyada en un yunque y lo envolvían rayos mágicos. Aunque el día estaba nublado, era como si la ventana directamente irradiase luz, y ello reforzaba que en esa sala hubiese un ambiente especial.

El estudio estaba dividido en distintos espacios. A mi izquierda colgaban de una cinta flores y hierbas secas. Justo debajo, en unos lienzos apoyados en caballetes, se veían esas mismas plantas en bocetos o pintadas. En el rincón de enfrente, en una suerte de banco de trabajo, descansaban algunas pellas de barro. Esculturas terminadas se alineaban en una estantería de madera ancha que llegaba hasta el techo. En el lado opuesto se encontraban unos asientos con numerosos cojines bordados de colores, cristales en una mesa en el centro y distintas velas de gran tamaño cuya cera había ido escurriendo y había dejado su marca en la madera. Amara echó a andar hacia los asientos y nos invitó con un gesto a acomodarnos en ellos. Kenna y yo nos miramos y nos sentamos con aire vacilante.

—Mi magia no es la panacea. Puede que no funcione como te imaginas —contó Amara, y se echó por un hombro el pelo negro. Me llamó la atención lo elegantes que eran sus movimientos. A mi madre le habría gustado.

Dejé de pensar en eso y la miré a los ojos.

—Creo que en ese sentido mi magia es muy parecida a la tuya. A veces también es difícil interpretar mis visiones.

Se inclinó sobre la mesa y empezó a encender las velas.

—¿Como la visión que tuviste en el lago?

Percibí curiosidad en su tono, y mis hombros se tensaron. No estaba segura de si, como los demás, no me creía, o de si me hacía esa pregunta por algún otro motivo.

Aunque para entonces yo ya me había acostumbrado a mi magia, seguía costándome hablar de las cosas que veía con los implicados. A pesar de que en clase me preparaba precisamente para eso. Sin embargo, familiares o afectados solían mostrarse enfadados en lugar de agradecidos con las visiones de las Banshees. Pero me centré en el tema que nos ocupaba.

—Vi que mirabas al cielo con ojos sin vida. Lo que no te puedo decir es quién fue el responsable.

Amara cogió aire con fuerza.

—Resulta extraño oírlo, pero a fin de cuentas sigo aquí. Y fue gracias a ti.

La miré con cara de sorpresa. Creía que, al igual que Georgina, dudaba de lo que yo había hecho en el lago. No obstante, lo que acababa de decir daba justo la impresión contraria.

Cuando todas las velas estuvieron encendidas, Amara se arrodilló en uno de los cojines y miró a Kenna.

—Si no te importa, siéntate ahí un momento para que Zoey se pueda concentrar mejor —dijo, y señaló hacia las esculturas. Kenna

asintió y atravesó la habitación para sentarse en el banco de trabajo. Después Amara volvió a dirigirse a mí. Tenía una suave sonrisa en los labios—. Ponte cómoda y después cierra los ojos y respira.

Parecía fácil. Hice lo que me pedía, me senté de piernas cruzadas y comencé a respirar hondo, despacio. Mi pulso se calmó, mi corazón latía con calma y regularidad.

—Ahora quiero que dejes la cabeza en blanco —añadió la aterciopelada voz de Amara—. Imagina que eres como un lienzo que solo espera a ser pintado. Lo que sucedió ya no está ahí. En tu cabeza solo hay paz.

Visualicé el lienzo en blanco. A la superficie afloraban imágenes una y otra vez, pero yo las apartaba como podía. Me concentré en el ligero crepitar de las velas. En mi respiración. En la tarea que tenía por delante.

—Ves el lienzo —continuó Amara, y su tono había cambiado sutilmente. Aunque hablaba bajo, su voz llenaba la habitación. Se me puso la piel de gallina en los brazos. Así era su magia. Suave pero penetrante. Inaprensible pero así y todo fuerte. Aunque tenía los ojos cerrados, era como si el espíritu de Amara arrojase luz—. Ahora en ese lienzo ves la fiesta de ayer. Imagínalo todo con detalle. El ambiente. Tu entorno. Los olores, la música, la gente.

Con cada palabra que pronunciaba Amara, el lienzo se iba llenando. Era como si un artista pintase en él con un pincel. Cada pincelada se convertía en un nuevo detalle. Poco a poco fue surgiendo una imagen. Kenna, Murphy y yo yendo juntos a la fiesta. Los coloridos vestidos, las miradas cortantes de los demás. La suave música que sonaba en el salón de baile.

—¿Ves la imagen? —me preguntó Amara.

Asentí despacio.

—Bien. Ahora quiero que alargues la mano hacia ese lienzo imaginario y la atravieses.

Lo hice: extendí el brazo, toqué el lienzo... y me vi en la fiesta. Parpadeé con desconcierto. De pronto era como si me encontrase de nuevo en el salón. Estaba rodeada de distintos grupitos, los detalles del recuerdo eran tan vívidos que parecía que habíamos viajado atrás en el tiempo. Solo que ninguna de las personas que me rodeaban se percataba de nuestra presencia.

De repente Amara apareció a mi lado. Observó el salón y se fijó en cada uno de los detalles. Se vio a sí misma con Dylan junto a una mesa y miró la imagen con la cabeza ladeada.

—¿Así es como me ves? Interesante —musitó.

—¿Cómo funciona esto? —pregunté, perpleja.

Amara me miró risueña.

—Es un ejercicio de visualización reforzado por mi magia.

—¿Significa eso que ahora tú ves lo que yo veo?

Hizo un gesto afirmativo.

—Y como yo también estuve allí, quizá incluso me llamen la atención detalles que a ti se te escapan.

Tenía que admitir que era algo muy guay.

—Ahora llévame por tu noche —me instó Amara.

Repasé mentalmente la velada. De pronto ante nosotras apareció una parejita que bailaba, al fijarme bien vi que era yo misma con Lorcan. Él inclinaba la cabeza hacia mí como si compartiésemos un momento íntimo, y eso que lo único que le importaba era hacer un trato conmigo y demostrar su poder. Después me separé de él y fui a la barra, donde ya se encontraba Georgina. Cogí una copa y bebí. Georgina y yo intercambiamos golpes verbales hasta que me lanzó la advertencia acerca de lo que yo había bebido. A mi lado, Amara se puso rígida.

—No puede ser.

—Esto es lo que pasó —afirmé.

Amara frunció el ceño.

—¿Georgie sabía que habían echado algo en las bebidas?

Cuando apodó así a Georgina, me pregunté por un instante hasta qué punto eran amigas. Sobre todo teniendo en cuenta que antes de que empezara la primera prueba Georgina le había dicho cosas al oído a Amara, como si le contase algún secreto. Sin embargo, esta parecía conmocionada de verdad con lo que acababa de averiguar.

A continuación, el recuerdo pasó al enfrentamiento entre Murphy y el chico de la llama. Kenna y Murphy discutieron y se marcharon, tras lo cual yo fui a los aseos.

—Ahí fue cuando me percaté de que algo iba mal —dije a Amara mientras el yo de mi recuerdo, con la cara muy roja, se echaba agua en las muñecas.

Amara me rodeó, asimiló cada detalle y vio que los zarcillos se deslizaban por el suelo. Me puse rígida y retrocedí, y Amara me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No tengas miedo —dijo con su melódica voz—. Es un recuerdo. No podemos cambiar lo que sucedió, pero eso también significa que no te puede pasar nada más.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y asentí. Juntas continuamos siguiendo a mi yo del recuerdo, que atravesó el salón de baile tambaleándose y salió fuera. El recuerdo cada vez era más borroso, como si estuviese envuelto en niebla.

—Ahora tienes que concentrarte, ¿de acuerdo? —pidió la voz de Amara como si estuviese lejos. Fuimos juntas detrás de mi yo—. No te descentres, no tengas miedo. Agárrate a las cosas que recuerdas. Sonidos, por ejemplo. ¿Qué oíste?

Resultaba sumamente difícil no perder la concentración, porque casi era como si fuese a vivir el momento de nuevo. Sin embargo, hice lo que me aconsejó Amara. Agucé el oído.

—Oigo pasos. Son varias personas.

En ese momento se oyeron pasos pesados detrás de nosotras, y Amara y yo nos apresuramos a ir detrás del yo de mi recuerdo.

—Por eso eché a andar hacia el otro lado. Quería esconderme para que no me quitaran el broche.

—Concéntrate en los colores que hay a tu alrededor. Contén las sombras —instó Amara cuando los contornos del recuerdo se volvieron más negros. Luché contra ello.

El sudor me perló la frente. Me concentré con todas mis fuerzas, pero parecía imposible. Era como si un puño me estuviese estrujando el cerebro. Sobre todo cuando vi que mi yo del recuerdo iba directo hacia su agresor. Me puse rígida, quise mirar hacia otro lado, pero Amara me cogió la mano y me la apretó.

—Sé lo difícil que es, Zoey. Pero estoy contigo. No te pasará nada.

Me aferré a su mano cuando el atacante me empujó contra la pared. Intenté centrarme en que todo aquello ya había sucedido y en ese momento el atacante ya no me podía hacer nada, pero me costó. Principalmente porque la cabeza me dolía por detrás, al igual que las mejillas y la muñeca. Apreté los ojos y observé el bulto desdibujado.

—Aunque tenías tus facultades algo mermadas, viviste ese momento. Con todos tus sentidos. Tocaste a tu agresor, tuviste la tela en tus manos. Estaba justo delante de ti, quizá oliera de alguna manera especial. Quizá la capucha se le bajara un poco y pudieras captar alguna característica de su rostro.

Con Amara a mi lado me atreví a acercarme más al atacante. En ese instante me dio la patada en la mano y el bolso salió volando

hacia el barro, describiendo un amplio arco. Me concentré con todas mis fuerzas. Sentí el tejido del plumífero en mis dedos cuando tiré de él. Vi que no era negro, como pensaba, sino azul oscuro. Algo dorado brillaba cerca de la cremallera: un broche. El broche de los Hojas de Oro. Después percibí un olor. Madera de cedro con una agradable nota floral.

Jadeé y retrocedí tambaleándome. Lo que averigüé me sacudió de tal modo que me sacó de la visualización y me catapultó al estudio de los Lobos de Bronce. Jadeaba tanto que Kenna se levantó de un salto y vino corriendo a mi lado.

—¿Qué pasa? —preguntó, y casi soltó un gallo—. ¿Qué ha ocurrido?

Saqué fuerzas de flaqueza para no perder la calma por completo. Me costó pronunciar las siguientes palabras, porque ni yo misma me lo podía creer. Pero poco a poco la conmoción iba dando paso a otra cosa. Una ira ciega, candente, que me recorrió el cuerpo e hizo que el dolor fuera pasto de las llamas.

—Lo he reconocido por el olor —afirmé con voz ronca—. Ya sé quién me atacó.

18

—Está muy bien —aseguró Kenna, y señaló el broche que tenía en mi mesa.

Le estaba aplicando varias capas de pintura plateada con un pincel. Desde lejos, se parecía asombrosamente al broche de los Cuervos de Plata; solo si se miraba de cerca se veía que era una falsificación.

—Todavía se tiene que secar.

Soplé el metal, aunque dudaba que fuera a servir de mucho. La ira que sentía se había convertido en una bestia que bufaba y daba zarpazos a diestro y siniestro. Sin embargo, unas horas más tarde, ya se había calmado y permanecía al acecho, deseosa de desquitarse. Ese iba a saber lo que era bueno. Para ello, Kenna y yo habíamos desarrollado un plan en el que Murphy entraba más tarde.

Kenna había puesto en segundo plano sus sentimientos y me había insistido en que no me preocupara por eso. Y es que para llevar a cabo nuestro plan necesitábamos a toda costa a Murphy. Cuando aporrearon la puerta de nuestra habitación, me levanté de un salto y fui a abrir, contando con que sería él..., pero me quedé helada.

Dylan estaba apoyado en el marco de la puerta. Iba vestido todo de negro, el broche plateado le brillaba en el cuello, y me miraba con sus ojos oscuros.

—Hola —saludó en voz queda—. Quería saber cómo te encontrabas.

El corazón se me encogió al verlo. No lo quería ver. No cuando me resultaba tan doloroso. Necesitaba tiempo para digerir el hecho de que me había engañado y a todas luces estaba con Amara. Pensar en ello me hacía daño, como también me hacía daño la vergüenza que sentía por haberme echado en sus brazos, una y otra vez, y que me hubiese rechazado.

—Estoy de maravilla —dije como un autómata. Después me reconvine y esbocé una sonrisa falsa.

Entre nosotros se hizo el silencio.

—He oído que has descubierto quién te atacó ayer —soltó Dylan sin más preámbulos.

Me sobresalté. Yo había ido a ver a Amara escasas horas antes... y Dylan ya lo sabía. Aunque después de la visualización mágica salí de allí deprisa y corriendo, Amara se percató de que yo había reconocido a mi agresor. Y debía de habérselo contado en el acto a Dylan. La ira volvió y se unió al dolor que sentía por dentro. Estaba fuera de mí, y casi eché de menos el entumecimiento de los últimos meses, ya que tenía la sensación de que algo en mí se rompería si no lograba reprimir de alguna manera el dolor. Me habría gustado darle con la puerta en las narices a Dylan, pero él pareció intuir lo que pensaba, porque cruzó el umbral con un pie.

—Dime quién fue —exigió.

Lo fulminé con la mirada.

—No.

Él puso cara de sorpresa y acto seguido sus ojos se ensombrecieron.

—Miss Everfall.

—No —repetí, esta vez con más firmeza.

—Esto... Voy a salir un momento. A buscar unos snacks y tal —terció Kenna, y se levantó.

—Kenna —dije entre dientes.

Me miró, y la sonrisilla que tenía en los labios casi era diabólica.

—Puedes con esto.

Dicho eso, desapareció de nuestra habitación tan deprisa que no la pude retener. Dylan la dejó pasar y se plantó en el pasillo. Solté un taco para mis adentros cuando la puerta se cerró y me quedé a solas con él.

—No necesito tu ayuda —aseguré al cabo, haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—¿Por qué no dejas a un lado tu orgullo un momento? —repuso.

Lo miré atónita. La ira aumentó, se impuso al dolor y comenzó a dar zarpazos dentro de mí. También quería darlos a otras cosas. Principalmente, a Dylan. Sin que me diera cuenta del todo, di un paso hacia él.

—Por si todavía no lo sabes, a lo largo de las últimas semanas me he tragado el orgullo una y otra vez —silbé—. Sobre todo ayer por la noche.

Él parpadeó y acto seguido al parecer comprendió a qué me refería.

—Zoey... —dijo en voz baja.

—Basta —lo interrumpí—. Basta ya de excusas o lo que sea que vayas a decir. Me acuerdo de todo. En especial de que, por lo visto, estabas a punto de liarte con Amara en el túnel, pero, por desgracia, te tropezaste conmigo. Siento haberos fastidiado la cita.

Él apretó los dientes. A sus ojos asomó algo, pero antes de que yo pudiera identificar de qué emoción se trataba, se apartó de mí y dio unos pasos por la habitación. Se detuvo delante del corcho, en el que se veían fotografías de Murphy, Kenna y también de él. Una de ellas la había sacado durante las clases particulares. Dylan estaba con cara de pocos amigos, inclinado sobre unos libros y frente a mí

mientras yo sonreía a la cámara y sacaba la instantánea de los dos. Cuando se volvió, vi su mirada furibunda.

—No sabes de lo que hablas.

No me podía creer que siguiera pensando que era tan tonta.

—Tengo ojos en la cara, Dylan. Desde que empezó el torneo Amara y tú sois inseparables —espeté, y odié que mi voz tuviese la desfachatez de ponerse a temblar precisamente en aquel momento.

Él apretó los dientes con tal fuerza que los músculos de la mandíbula se le marcaron con claridad. Como si se resistiese a confirmarme lo que yo tanto me temía.

—Lorcan me lo contó. Lo tuyo con Amara. —Una pequeña parte de mí por lo visto seguía confiando en que Lorcan hubiese mentido, pero cuando Dylan se pasó las manos por el cabello y fijó la vista en el suelo, en realidad yo ya tenía la respuesta.

—Eso terminó hace tiempo —contestó al cabo en voz baja, y oír esas palabras de su boca me hizo más daño aún. En el estómago se me formó un gran nudo—. Y lo que hubo no es nada que tú desearías, créeme.

Guardé silencio, porque no sabía qué responder a eso.

Los ojos se le iluminaron.

—¿O es que he entendido algo mal? ¿Quieres que pase una noche contigo y que por la mañana me escabulla de tu habitación y no vuelva a dirigirte la palabra? Porque eso es lo único que puedo darte.

El corazón me sonaba a hueco en el pecho. Un sabor amargo se extendió en mi boca.

—Llevas semanas diciéndome una y otra vez que me enfrente a mis sentimientos. Me dices que estás harto de jueguecitos y que quieres que tu chica valiente vuelva... y, ahora, ¿me sueltas esto?

Él me sostuvo la mirada y creí ver dolor en la suya.

—No quiero hacerte daño.

—Pues es justo lo que estás consiguiendo.

Se sobresaltó. Dio un paso hacia mí con una mano levantada, pero después se detuvo y la cerró en un puño. Como si necesitara hacer un esfuerzo supremo para no tocarme.

—Se supone que esto no es solo porque tienes que encargarte de mí, pero ¿qué quieres que piense si te comportas así? —inquirí con voz rasposa.

Dylan guardó silencio. Daba la impresión de que se debatía consigo mismo; abrió la boca, pero no dijo nada.

—Hay cosas de las que no puedo hablar contigo. Sé que es duro, pero te pido por favor que confíes en mí.

—No.

Puso cara de sorpresa.

—¿No... confías en mí?

Me desgarró por dentro hacer un gesto negativo.

—No si son así las cosas. Dijiste que me esperarías. Todavía no he llegado, pero estoy en camino. Me esfuerzo. Y me merezco que se me reconozca ese esfuerzo y no que se me mienta, que se me oculten cosas y se me trate como si fuera el segundo plato.

En el entrecejo se le marcó una arruga.

—¿Conque eso piensas? ¿Que eres mi segundo plato?

Cuando asentí, Dylan soltó una ristra de tacos con los que a mi madre probablemente le hubiese dado un vahído. Volvió a deambular por mi habitación. Cuando me miró, vi que el cuello se le había puesto rojo. Su respiración era entrecortada. Daba la impresión de que su control pendía de un hilo.

—Tengo que irme —dijo.

Resoplé con desdén. Claro.

—Haz lo que mejor sabes hacer.

Dylan ya había llegado a la puerta, pero al oír mis palabras se detuvo. Se volvió como a cámara lenta y me miró durante unos segundos que se me hicieron eternos.

—Es mejor así, créeme.

Los ojos me escocían, y mis manos se cerraron en puños.

—No finjas que me haces un favor causándome daño. Eso ya me pasó con Beau y fue una mierda.

Su pecho subía y bajaba más deprisa todavía. Al oírme, su mirada se volvió más sombría aún, y durante un momento fue como si no supiera si regresar a mi lado o salir por la puerta.

—No me compares con él.

—¿Por qué no? Estás haciendo lo mismo. Dices que no te comportas como si me protegieras solo porque entra dentro del castigo que te impusieron, pero todo lo que va más allá lo bloqueas. Me apartas de ti para volver más tarde y confundirme. No creo que tengas derecho a hacer como si fueses mejor que todos los demás tíos de este puñetero colegio.

Dos pasos.

Dos pasos y se plantó junto a mí.

De improviso, Dylan me rodeó las mejillas con sus grandes manos. Sus ojos se habían oscurecido de tal modo que parecían negros.

—No me creo mejor. Ese es justo el problema.

Se inclinó hacia delante y se me acercó tanto que sus labios casi rozaron los míos. Me quedé sin aliento. Un revoltijo de sentimientos me recorrió el pecho, que tocó el suyo cuando cogí aire, temblando. Su mirada bajó hasta mi boca y el calor que arrolló mi cuerpo, junto con la ira, me mareó.

—Solo para que te quede claro: cuido de ti porque no quiero que nadie te haga daño. Ni tú misma ni nadie en este campus. Y si

alguien se atreve, haré que pague por ello. Me lo juré cuando te encontré en la herrería, atada y a punto de resignarte a morir.

Sentía el corazón en el cuello, cada una de sus palabras me llegaba hasta lo más hondo.

—No deseo apartarte de mí, eso es lo último que quiero. Pero empieza a costarme no hacerlo. Y es preciso que uno de nosotros dos conserve la sensatez. Así que... —musitó, y se me acercó tanto que sentí sus palabras en mis labios—. Dime que me vaya —pidió con voz ronca—. Mándame a la mierda, Zoey.

Mi cuerpo ardía por dentro. Estaba enfadada con él, pero era incapaz de moverme. No quería que parara. En realidad, quería justo lo contrario, aunque sabía que después de la conversación que acabábamos de mantener era un gran error. Pero que estuviese tan cerca hacía que todas las ideas sensatas se fueran a la porra.

Deseaba a Dylan. Lo deseaba desde hacía meses, desde que había conseguido atravesar mi coraza. Y eso era algo que no podía negar, con independencia de lo que pasara entre nosotros.

—Si te vas ahora, te haré daño. —Mi voz era poco más que un susurro áspero, pero él me entendió.

Acto seguido salvó la escasa distancia que nos separaba y me besó.

Durante un instante me quedé inmóvil, incapaz de creer que de verdad eso estuviese pasando. Pero después mi cuerpo reaccionó. De pronto sentí la cabeza como en blanco, Dylan era lo único que existía. Dylan, cuyas manos tras todas esas semanas por fin volvían a tocar mi cuerpo. Dylan, cuya boca caliente y voraz se movía sobre la mía y me besaba con una pasión que solo podía nacer de la desesperación. Su puñetero control se había esfumado. Clavé las manos en su camisa, me aferré a ella y lo besé con la misma desesperación.

Cuando su lengua se abrió paso entre mis labios, lancé un gemido y me pegué a él. Se tambaleó hacia atrás y se dio contra la pared, sus dedos se enredaron en mi pelo y me estrechó con fuerza. El calor de sus manos me atravesó el jersey, me costaba respirar. Solo existía él, su olor, el calor que me transmitía, y el rugido que brotó de lo más hondo de su pecho cuando la punta de mi lengua se deslizó sobre la suya y mis manos subieron por su torso, pasaron a su nuca y me fundí con él, ávida de la embriaguez que me provocaba.

De repente me agarró por debajo de los muslos y me levantó, me abrazó con fuerza y sus dedos se hundieron en mi trasero. Su lengua siguió recorriendo la mía y una descarga eléctrica me sacudió el cuerpo y el bajo vientre. Arqueé la espalda para estar todavía más cerca de él e intercepté su gemido.

Eso era lo que deseaba de él. Que el insoportable abismo que nos separaba desapareciese. Que tomara lo que quería. Que por fin nos abandonásemos a la atracción mutua que sentíamos e hiciésemos de ella un infierno.

Dylan se volvió y me estampó de espaldas contra la pared. Durante un instante se me cortó la respiración, pero me dio lo mismo. Nada me contenía ya, igual que a él. Subió una mano por mi cuerpo hasta rodear con delicadeza mi mejilla e inclinarme la cabeza para poder acceder mejor a mi boca y besarme con más intensidad. Le pasé los dientes por el labio superior y se lo mordí, provocando que sus caderas se mecieran hacia mí. Sentí con claridad lo que le provocaba esa cercanía y gemí cuando empezó a dejarme una estela de besos en la mandíbula que continuó por el cuello. Tenía la piel en llamas. Todo mi cuerpo estaba en llamas. Me abrasaba, pero al mismo tiempo quería más. Sus caricias me producían adicción.

Dylan dejó mi cuello y me miró a los ojos con deseo. Durante un instante dio la impresión de que quería decir algo, pero lo único que salió de su boca fue mi nombre, que susurró con voz rasposa. Acto seguido sus labios estaban de nuevo en los míos. Me derretí en sus brazos. Cuando nuestras lenguas volvieron a explorarse, mis manos se deslizaron bajo su camisa de manga larga. Lo toqué por todas partes, acaricié los músculos de su espalda, su pelo, y apreté con más fuerza las piernas en torno a él. Ya no existía nada salvo él. Y cuando sus manos recorrieron de nuevo mi cuerpo, no pude creer que para él hubiera otra persona. No cuando me hacía sentir tan bien.

Alguien llamó a la puerta y los dos nos quedamos helados. Nos miramos, arrancados de cuajo del momento. Su pecho golpeaba el mío con cada respiración entrecortada.

—Chicos, ¿seguís vivos? Me estoy empezando a preocupar —dijo Kenna.

Fue como si Dylan saliera del trance. Parpadeó unas cuantas veces antes de bajarme al suelo, despacio. Después soltó otro taco, se separó un poco de mí y se tocó la boca con los dedos. Cuando su mirada se ensombreció, sentí frío.

—No tendría que haber hecho esto —afirmó.

Fue como si me precipitara al vacío desde muchos metros de altura y me diera un doloroso golpe.

—¿Qué?

—Es el momento menos indicado para esto —continuó—. Ahora debo irme, de verdad.

Unos segundos antes, Dylan me besaba casi hasta la inconsciencia y, en menos de un abrir y cerrar de ojos, tenía el arrepentimiento escrito en la cara. Si es que tal cosa era posible, la situación entre

nosotros acababa de empeorar más todavía. Me negaba a dejarle ver mi dolor, así que lo miré con la barbilla levantada.

—No deberías haberte molestado en venir. Ha sido una auténtica pérdida de tiempo.

La frialdad gélida de mi tono lo hizo estremecer. Confié en que mis palabras le causaran el mismo daño que él me había infligido a mí. A continuación, se alisó la camisa, se pasó las manos por el pelo, que yo le había alborotado, y se marchó. Sentí un pinchazo en el corazón cuando abrió la puerta y desapareció más deprisa de lo que yo habría creído posible.

Kenna, que estaba al otro lado, siguió con la mirada a Dylan y después me miró a mí. A su rostro asomó una expresión compasiva. Los ojos empezaron a escocerme. Lo cierto es que no quería que mi amiga me viera así, pero no dejó que me diera la vuelta. Vino hacia mí y me abrazó como si quisiera mantener unido con todas sus fuerzas algo que podía desmoronarse.

Por desgracia, no sirvió de nada.

19

Me fue bien concentrarme en otra cosa que no fuera mi corazón roto. Poco después llegó la hora de que Kenna y yo fuésemos a reunirnos con Murphy. Hablamos con él de los detalles del plan, aunque durante todo el tiempo me estuvieron asaltando imágenes de Dylan. De todos los límites que habíamos traspasado, con cada caricia de sus labios en los míos, con sus manos en mi pelo, con su forma de susurrar desesperadamente mi nombre.

No, no podía permitirme pensar en lo sucedido; podía pensar en cualquier otra cosa salvo en eso. Necesitaba concentrarme. Era imprescindible que no perdiese la concentración, ya que era mucho lo que dependía de las horas siguientes. Así que reprimí el dolor, me saqué a Dylan de la cabeza y me fui con Kenna y Murphy para llevar a cabo nuestro plan. Me centré en eso y no me permití pensar en nada que no fuese desquitarme.

Lo importante era recuperar mi broche.

Murphy, Kenna y yo bordeamos el bosque que rodeaba el campus. Tardamos un poco en llegar a la residencia de los Hojas de Oro. La casa que en su día fuera mi hogar. El lugar que para mí iba unido a un sinfín de recuerdos tanto bonitos como siniestros. Miramos bien a nuestro alrededor, pero por la parte de atrás no se veía a nadie, así que nos acercamos a la pared del edificio y continuamos avanzando hasta situarnos debajo de la ventana a la que queríamos llegar.

Murphy hizo un gesto afirmativo, se agachó un poco y entrelazó las manos. Yo apoyé el pie con el mayor cuidado posible y él me

aupó hasta que logré agarrarme al alféizar de piedra. Apreté los dientes y me impulsé, agradeciendo la musculatura que había ganado a lo largo de las semanas pasadas, ya que de lo contrario seguro que no habría podido hacerlo. El alféizar era estrecho, y yo tenía el corazón en la garganta cuando introduje los dedos bajo la descascarillada pintura blanca del marco de la ventana y al mismo tiempo intenté no perder el equilibrio. Con un tirón logré levantar la ventana un poco. Di un resbalón y oí que Kenna profería un grito ahogado y Murphy soltaba un taco, pero no perdí el agarre. Cuando volví a sentirme segura, hice toda la fuerza posible con el brazo y levanté la ventana del todo. Acto seguido me colé dentro.

En la habitación no había nadie. Era grande, más que la que compartíamos Kenna y yo en la Casa de los Cuervos de Plata, y aunque había sido mi hogar durante dos años, se me hacía extraño volver a pisarlo. Casi como si yo fuese otra persona y la vida que había vivido ahí ya no encajara conmigo. La garganta se me secó al pensar en los recuerdos que conservaba de este sitio. Las fiestas, los besos a escondidas y las conversaciones que había mantenido hasta bien entrada la noche. Pero, una vez más, el rostro de Violet apareció en mi cabeza. Su sonrisa, sus palabras, su amistad, que poco a poco se iban convirtiendo en otra cosa. De pronto la vi sonriendo burlona y unos zarcillos se enroscaron en mi recuerdo de tal modo que me estremecí.

Los jadeos de Kenna ahuyentaron los oscuros pensamientos, y me volví en redondo extendiendo los brazos para ayudarla. Le agarré las manos y tiré de ella hasta que estuvo en mi antigua habitación. Asomamos la cabeza por la ventana y vimos que un cuervo en ese momento alzaba el vuelo. Empezaba la siguiente fase del plan. Necesitábamos movernos por el edificio sin que nadie nos molestara, y para ello era imprescindible que todos los alumnos lo

abandonaran. Para eso dejaríamos en todas las plantas una sorpresita que con suerte sembraría un poco de caos.

—¿Tienes las cerillas? —susurré, y Kenna me enseñó varias cajas que había birlado de nuestra sala común. Mientras tanto, me saqué del bolsillo interior del abrigo los paquetitos atados que me había llevado del invernadero. Eran seis en total y le di la mitad a Kenna—. ¿Estás segura de que sigues queriendo hacerlo? —le pregunté a mi amiga—. Tú con esto no ganas nada, y si nos pillan probablemente se arme una buena.

Hizo un gesto negativo con la mano.

—De todas formas, ya se ha armado.

Era verdad. Pese a ello, no quería que le cayera un castigo por mi culpa. Sin embargo, si hubiese sido al revés, yo habría hecho lo mismo, así que lo dejé estar y asentí de nuevo mirando a Kenna. A continuación, nos volcamos en la siguiente parte del plan.

Nos acercamos juntas a la puerta y la abrí un tanto para ver el pasillo. Aunque faltaba poco para el cierre de puertas, en esa planta reinaba la calma, no se veía a nadie.

—No hay moros en la costa —musité.

Kenna y yo nos miramos otra vez y asentimos con la cabeza antes de salir. Mientras ella se quedaba en este pasillo y prendía su primer paquetito, yo me atreví a ir sin hacer ruido hasta la escalera. Murphy se ocuparía de la planta de arriba, Kenna de esa... y mi cometido consistía en lograr que abajo se complicaran las cosas. Cogí la caja y encendí una cerilla. Me quedé mirando un momento cómo titilaba la llama. Si mi antiguo yo me viera haciendo eso, si mi madre me viera haciendo eso... Decir que les daría un ataque sería quedarse corto. Pero, por alguna razón, la idea me hizo sonreír.

Sin vacilar más, prendí la mecha del paquetito. Cuando empezó a salir humo, contuve la respiración, cogí impulso y lo tiré abajo

describiendo un amplio arco. Antes de que viese cómo ardía, encendí el segundo y lo lancé más lejos aún, a varios metros del primero. Miré abajo por la balaustrada. Un humo oscuro y acre se extendió por la escalera.

Se oyeron los primeros gritos. Di la vuelta a la escalera, me pegué de lado a una de las columnas de piedra, y me cubrí la boca y la nariz con el cuello del jersey mientras el humo era cada vez más denso. Conté los segundos hasta que...

—A todos los alumnos de la Casa de los Hojas de Oro: evacuad el edificio y acudid al punto de encuentro —anunció una voz metálica por los altavoces de la residencia.

La advertencia se repetía cada pocos segundos, y los primeros alumnos se reunieron en los pasillos y bajaron a toda prisa. Se tapaban la boca y la nariz con los brazos o con bufandas para no inhalar el humo, a algunos les corrían lágrimas por las mejillas. Esa era mi oportunidad.

Me mezclé con el gentío de la forma más discreta posible. Aproveché la aglomeración para bajar igual de atropelladamente y después, en lugar de ir hacia la salida, giré a la izquierda. El humo había llegado hasta ahí, y me arrimé de lado a la pared contigua. Vi cómo salían más alumnos, y escuché sus pasos hasta que dejaron de oírse. Por los altavoces se seguía repitiendo la orden de evacuar. Asomé la cabeza con cuidado: no se veía a nadie. Así que continué hasta llegar a la sala común de los Hojas de Oro.

La estancia era grande, tenía óleos en la pared, tonos crema y detalles dorados, y más asientos que la de los Cuervos de Plata. Había un gran mirador y unas cuantas vitrinas con copas y fotografías de torneos pasados y de certámenes de Miss Everfall. Fui directa hacia ahí, ya que ese tenía que ser por fuerza el sitio. El

escondite de la persona a la que tan a menudo había visto ocultar allí cosas.

Abrí la puerta de cristal de la vitrina que contenía el sinfín de copas y distinciones. Me puse de puntillas y metí la mano para coger la copa del año anterior, una monstruosidad dorada que pesaba más aún de lo que parecía. La incliné en la mano, rocé la parte posterior y le di con las uñas en la base. Necesité varios intentos, pero por fin conseguí moverla. Cuando lo logré, tiré de ella. Contuve la respiración. Después volqué la copa y la sacudí.

De ella salieron unos cuantos broches, que tintinearon. Sentía el pulso en los oídos.

Los separé tan deprisa como pude y les di la vuelta a todos para poder ver las iniciales que tenían grabadas en el dorso. Me quedé de piedra al distinguir «Z. K.». en uno de ellos.

Ahí estaba. La confirmación de que mis sospechas no eran erróneas.

Cogí el broche con dedos temblorosos y necesité varios intentos para prendérmelo en el jersey. Después examiné los demás. Había todo un puñado, y durante un instante me planteé cogerlos también. Pero entonces recordé cómo se había hecho con ellos y los deshonestos métodos que había empleado. El estómago se me revolvió. No, no me los llevaría. La sola idea ya era espantosa.

En la residencia todavía resonaba el aviso metálico, y también se oían los gritos ahogados de algunos alumnos, motivos por los cuales no oí los pasos que se acercaban por detrás hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —inquirió una voz familiar.

Me volví en redondo.

Ahí estaba, la persona que me había drogado y después me había atacado. La persona que en su día conocía mejor que a mí misma.

Beau me miró con sus ojos azules mientras una arruga profunda se le dibujaba en el entrecejo.

La ira me arrolló. ¿Cómo podía estar ahí plantado, fulminándome con la mirada, después de lo que me había hecho? Me entraron ganas de agarrar la copa y arrojársela. Pero no podía perder la cabeza, tenía que salir de este sitio con mi broche y dar con Kenna y Murphy. Sin embargo, en ese momento no estaba para tomar decisiones inteligentes o meditadas. La ira que sentía contra Beau no me permitió marcharme sin más.

—Sabes perfectamente lo que estoy haciendo aquí —repuse con frialdad.

La arruga se volvió más profunda, Beau tosió. Aunque la artemisa y la menta poleo en realidad no eran peligrosas, podían causar desagradables reacciones. Sobre todo si se mezclaban con otras hierbas reforzadas con magia y después se les prendía fuego.

Dio un paso hacia delante despacio... y yo retrocedí en el acto. Me arriesgué a volver la cabeza hacia el mirador y después lo observé de nuevo a él.

—¿Quieres atacarme otra vez? ¿O ahora que no estoy drogada no te atreves?

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? —me preguntó.

—Sabes de sobra de qué estoy hablando. —Señalé con un gesto la vitrina y el escondite secreto que lo había visto utilizar infinidad de veces—. Lo que no entiendo es lo que significa. Creía que habíamos hecho las paces.

—Y así es. No tengo ni la menor idea de lo que estás haciendo aquí. Zoey, ¿qué...? —Reparó en la vitrina abierta y después en la copa. Entonces cayó—: ¿Has sido tú la que ha lanzado las bombas de humo?

Recordé cómo me había sentido la noche anterior. Lo aturdida que estaba, y también empapada debido a la lluvia. Que Beau me dio una patada, me tiró al suelo, solo para robarme el broche.

Recordé su sonrisa de triunfador cuando se inscribió en el torneo. Que se sentó conmigo junto al fuego y se disculpó.

Y yo había sido tonta de remate y me lo había tragado. Y eso que en su día me había dejado ver cómo era en realidad, ya se viese reforzado su comportamiento por la magia de la espada o no.

—Me drogaste y después me agrediste. Y todo ello por la mierda del torneo —bufé.

Me miró como si no me conociera.

—¿Es que te has vuelto completamente loca?

Me fijé en el broche dorado que lucía en su sudadera.

—Puede —contesté.

Acto seguido di un salto hacia delante y me abalancé sobre él.

Beau no me vio venir. Titubeó y no pudo evitar que cayéramos juntos hacia atrás. Profirió un grito de dolor y de sorpresa, pero yo agarré el broche y pegué un tirón. La tela se desgarró, pero él reaccionó deprisa..., demasiado deprisa. Me cogió por la muñeca, tiró de ella hacia arriba y rodamos por el suelo de forma que todo su peso se desplomó sobre mí; no me dejaba respirar, me hacía jadear.

—No sé qué mosca te ha picado, pero se te ha ido la olla si crees que voy a dejar que te lleves mi broche sin más —gruñó—. Aunque admiro tu valor, es increíble que hayas llegado tan lejos. De verdad.

Lo dijo con tal tono de superioridad que volvió a arrollarme la ira.

—Vaya, es muy generoso por tu parte.

Intenté empujarlo para quitármelo de encima, pero era demasiado fuerte. Durante un momento forcejeamos, levanté la rodilla y se la clavé en el estómago. Él lanzó un «ay» y aproveché para zafarme de él y rodar hacia un lado. Gracias a lo que había entrenado con Dylan

ya no me sentía tan indefensa como unos meses atrás. Mis golpes eran precisos; mis reacciones, rápidas. Respondía a cada uno de sus movimientos con las llaves que había interiorizado durante las últimas semanas, cada golpe tenía una respuesta, podía anticipar algunos de sus ataques. Pero el siguiente... por desgracia no lo vi venir. De repente tiró de mí hacia atrás, sus dedos se hundieron en mi brazo y me inmovilizó. Intenté soltarme, no dejé de resistirme, pero fue en vano. Su brazo me rodeaba con fuerza el torso, mi respiración era jadeante. Entonces empecé a sentir el zumbido en mi sangre.

Lo vi al acecho en el túnel. Me había hecho daño. Quizá le hiciera daño a otra persona. Y eso no lo podía permitir.

Mi magia despertó. De repente y con fuerza. La cabeza me daba vueltas, las manos me temblaban. En realidad el principal don de mi magia residía en prever la muerte, pero también cuando amenazaba un gran peligro el poder se manifestaba y me corría por las venas. Como cuando apresaron a Kenna y tuve que salvarnos a ella y a mí del enfrentamiento a muerte contra Cree y Violet. Por aquel entonces yo aún tenía miedo de esa magia. De la magia de la muerte, de sufrir espantosas visiones en las que veía morir a personas que me importaban. Pero ¿ahora? Ahora hacía tiempo que ya no era así. Mi magia no era peligrosa, sino que protegía de peligros. Cerré los ojos y respiré hondo. El poder me recorría con su calor. No permitiría que Beau volviera a hacer daño a alguien. Ni a mí ni a ninguna otra persona.

Abrí los ojos. Lo que fuera que Beau vio en ellos lo hizo estremecer. Aproveché el momento para coger impulso y darle un golpe violento. Beau salió despedido hacia atrás, a más de dos metros, y se dio contra uno de los sofás. El golpe fue tal que resbaló

por el suelo y se estrelló contra la mesa de madera que ocupaba el centro de la sala. Se quedó allí inmóvil.

Me levanté despacio. La energía aún me inundaba de la cabeza a los pies con su zumbido. Mis manos se volvieron dos puños cuando eché a andar hacia él. Me arrodillé y empecé a desprenderle el broche dorado. Los párpados de Beau titilaron, y abrió los ojos. Puso cara de susto al verme agachada delante de él.

—Olvidaste una cosa, Beau. —Le di la vuelta a su broche en la mano y pasé un dedo por las iniciales del dorso. Una sonrisa se extendió en mi rostro cuando lo miré a los ojos—. Es mejor no amenazar a una Banshee.

Me metí su broche en el bolsillo. Después di media vuelta y salí de la Casa de los Hojas de Oro lo más deprisa que pude.

20

El aire en el Auditorio rebosaba tensión. Un ruido de voces llenaba la sala, y nadie sabía quién había superado la prueba. Solo se podía intuir, ya que algunos de los presentes exhibían una sonrisa de triunfo, mientras que otros miraban a las musarañas con semblante inexpresivo. Algunos estaban heridos, tenían moratones en la cara o vendas en distintas partes del cuerpo. Al mirar a la multitud, reparé en Amara. Estiré el cuello y vi que cojeaba e iba cogida del brazo de Georgina, que la ayudaba a sentarse. Amara le dedicó una sonrisa de agradecimiento y Georgina inclinó la cabeza y le susurró algo. Amara asintió y la sonrisa se desvaneció poco a poco.

La directora Baskerville no tardó mucho en acercarse al micrófono. Su voz me arrancó de mis observaciones.

—Me figuro que habrá sido un fin de semana emocionante para ustedes.

Una risa suave se oyó en el Auditorio, y Murphy y yo nos miramos. La palabra «emocionante» distaba mucho de ser la adecuada para describir el hecho de que habíamos encendido bombas de humo en la Casa de los Hojas de Oro para poder colarnos en la sala común. Al ver la sonrisa de Murphy, no pude evitar sonreír a mi vez, y miré al suelo deprisa. Estaba tan cerca de mí que notaba cómo se reía, el brazo le temblaba junto al mío. Le di con el codo en el costado y me mordí el labio inferior.

—Aquellos de ustedes que hayan superado la prueba, por favor, adelántense —pidió la directora.

De los presentes se levantaron unas quince personas. Abrí mucho los ojos: no pensaba que fuese a quedar eliminada tanta gente. Fui hacia delante, dejando atrás las primeras filas, donde también se encontraba Beau. Tenía los brazos cruzados. Cuando me miró, mi primer impulso fue rehuir sus ojos, pero lo resistí y lo miré con expresión desafiante, hasta que fue él quien volvió la cara.

—Ahora me gustaría pedirles que entreguen sus broches a los profesores —continuó la directora Baskerville.

Ante las profesoras Mulligan y Chen y ante el sanador Sheehan se formaron tres colas más o menos igual de largas. Murphy y yo nos pusimos en la del sanador, y pronto nos llegó nuestro turno. El sanador Sheehan me saludó con la cabeza y me tendió la mano, en la que acto seguido dejé mis broches. Comprobó las iniciales de la parte posterior.

—Zoey King, en posesión de su broche y de uno robado —dijo, dirigiéndose a la directora. Después se volvió de nuevo hacia mí... y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa que, sin embargo, desapareció tan deprisa que me pregunté si no habría sido producto de mi imaginación.

Tras esto tuvimos que subir al escenario. Cuando todos hubieron entregado sus broches, la directora Baskerville nos habló.

—Les doy la enhorabuena por su capacidad de resistencia y sus habilidades mágicas. Todos ustedes han superado con éxito la segunda prueba.

El Auditorio prorrumpió en un aplauso y, al mirar hacia el fondo, descubrí a Kenna en una de las últimas filas; nos miraba risueña a Murphy y a mí. Sonreí a mi vez, y en esa sonrisa le envié mis mejores pensamientos, con la esperanza de que supiese lo mucho que le agradecía su ayuda.

—Cojan fuerzas esta semana —continuó la directora Baskerville—. La última prueba será la más difícil. Lo mejor que pueden hacer para prepararse es ahorrar toda la energía de la que sean capaces. El viernes se les darán más detalles. Hasta entonces, les deseo lo mejor. Que Danu los guíe en su camino, pues solo así conseguirán superar esta prueba.

Se volvió a oír otro aplauso, esta vez bastante más contenido que el anterior, lo cual sin duda guardaba relación con las últimas palabras que había pronunciado la directora, que casi parecían una advertencia. Me invadió la preocupación cuando comprendí que en la siguiente prueba probablemente me vería obligada a luchar, y me pregunté si tendría que enfrentarme a otra criatura mitológica o a mis adversarios. Miré a mi alrededor para ver quiénes quedaban. A algunos los conocía, entre ellos Amara, Georgina, Lorcan, Ronan, Orla, Darragh y Dylan. Mi atención se detuvo un instante más de lo conveniente en este último, que pareció darse cuenta y me miró. La boca se me secó al recordar el beso. Me estaba preguntando si a él le pasaría lo mismo, y de pronto sus ojos se oscurecieron. Desvié la mirada deprisa. Después de cómo me había dejado plantada, no era capaz de enfrentarme a él.

Poco a poco la gente se fue marchando. Una riada de alumnos recorrió las filas de bancos de madera y se dirigió hacia la salida. Delante de mí, Murphy iba hacia las filas de atrás, donde nos estaba esperando Kenna, cuando, de repente, alguien me agarró del brazo. Me volví y vi a Beau, que me miraba con el semblante tenso.

—¿Se supone que era una especie de venganza? —preguntó en voz baja pero insistente.

—¿De qué estás hablando? —espeté, e intenté soltarme el brazo.

Él se inclinó hacia delante, los ojos azules sombríos y furiosos.

—Sé que en su día la cagué, ¿vale? Tengo claro que me comporté como un capullo. Pero iba en serio cuando te pedí perdón. Y creí que habíamos pasado página.

—Yo también lo creí —le contesté—. Hasta que me atacaste.

—¡Yo no fui! —exclamó furibundo.

Me limité a arquear una ceja.

—Olvidas que conozco tu olor, Beau. Habría distinguido ese perfume en cualquier parte.

—Mi... —No terminó la frase, sus ojos se abrieron como platos—. Zoey, tienes que creerme, yo...

—No tengo que hacer nada —lo corté con voz firme—. Aunque quisiera creerte, tu comportamiento dice mucho de ti. Cuando evacuaron el edificio, primero fuiste a la sala común. Y mi broche estaba en el sitio que sé que utilizas de escondite secreto.

—Escúchame, yo tampoco sé quién lo metió allí.

—Esta conversación ha terminado. Suéltame.

En lugar de hacerlo, me apretó con más fuerza.

—Esto no me parece bien. Ni siquiera me escuchas, y por tu culpa me han eliminado del torneo.

—Y con razón, ahora que lo pienso —repuse entre dientes.

Me miró negando con la cabeza.

—Pedazo de...

—Si le tienes aprecio a tu lengua, será mejor que no termines esa frase —le advirtió una voz conocida justo detrás de mí. Poco después, Dylan apareció a mi lado—. Y ahora quítale las manos de encima.

—Estaba claro que te pondrías de su parte, tanto si tiene razón como si no. —Beau profirió una risotada inexpresiva—. No sé si ya lo has olvidado, pero te vencí una vez, Park. Podría volver a hacerlo en cualquier momento.

—Eso no se repetirá.

La voz de Dylan era grave y ronca, y un escalofrío me recorrió la espalda. Cuando lo miré, vi en sus ojos una oscuridad que también envolvía su cuerpo. A Beau, sin embargo, al parecer no le importó lo más mínimo, porque dejó la mano donde la tenía. Intenté liberarme, pero me apretaba con fuerza.

—No utilizarías tu magia. No aquí. Y menos delante de los profesores —gruñó Beau.

Dylan dio un paso al frente y le asestó a Beau un golpe en el pecho a tal velocidad que yo solo percibí el movimiento desdibujado. Beau se tambaleó hacia atrás y palideció por completo. De las manos de Dylan emanaban corrientes oscuras, toda su aura parecía bañada de negro, y a nuestro alrededor se extendió un frío gélido. La oscuridad buscó a Beau, se le enroscó en el cuello, y él abrió mucho los ojos. Dylan dio otro paso hacia delante. El borroso lazo apretó más el cuello de Beau, que emitió un estertor seco. Dylan se inclinó hacia él.

—Tú no sabes de lo que soy capaz, Maguire. Pero te lo enseñaré encantado si la vuelves a tocar.

De pronto Ronan se acercó a ambos.

—Ya basta.

—Pedazo de capullo —refunfuñó Beau, y avanzó hacia Dylan. Aunque estaba completamente blanco, en sus ojos ardía una ira ciega.

Ronan tiró de Beau.

—Déjalo, tío. No vale la pena. —Me dirigió una mirada glacial—. Ninguno de los dos vale la pena.

Dicho lo cual, le pasó un brazo por los hombros a Beau y lo apartó de Dylan. Beau se zafó de su amigo y volvió la cabeza para lanzar una mirada asesina, que no supe si iba dirigida a Dylan o a mí.

Cuando los dejamos de ver, Dylan se giró hacia mí. Su magia iba perdiendo cada vez más fuerza, la oscuridad desapareció de sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —inquirió en voz queda.

No supe qué contestar. Se me ocurrían muchas cosas.

«Sí. No. No lo sé».

—No era necesario que hicieras eso —logré decir al cabo.

—Claro que era necesario, y mucho —aseguró, y miró hacia donde Ronan había desaparecido con Beau. Tenía los hombros tensos, y daba la impresión de que nada le gustaría más que abalanzarse otra vez sobre mi ex.

El corazón me latía más deprisa, pero intenté pasar por alto este hecho. Dylan podía besarme apasionadamente, arrepentirse a todas luces un instante después y luego interceder así por mí. No tenía sentido. Y no me sentía preparada para otra conversación en la que acabase llorando. Así que enderecé la espalda.

—Me tengo que ir —afirmé con voz inexpresiva.

—Espera. Me... —No terminó la frase y volvió la cabeza. Seguí la trayectoria de su mirada y vi a Amara y Georgina, que continuaban sentadas en uno de los bancos y nos observaban—. Tenemos que hablar, Zoey —dijo Dylan en voz baja pero enérgica.

Lo miré.

—¿De qué?

Abrió la boca para responder, pero entonces lo llamó alguien y Dylan se puso rígido. Era Amara. Cuando me arriesgué a mirarlas a Georgina y a ella, vi que hacían señas a Dylan para que se acercase.

—Sabes de qué —contestó sin más.

Lo llamaron de nuevo, esta vez Georgina. Me limité a negar con la cabeza.

—Tú tienes tus obligaciones, yo tengo las mías. Nos... nos vemos en las clases particulares, ¿de acuerdo?

Dicho eso, me di la vuelta. Detrás de mí, Dylan resopló con fuerza, pero no me detuve y me apresuré a salir del Auditorio. Exhalé un suspiro de alivio cuando por fin me vi fuera. Entonces alguien me llamó. Me volví y descubrí a Lorcan Haren. Tenía una pierna doblada y el pie apoyado en la pared y estaba con los brazos cruzados. Solo con ver su sonrisilla intuí que no me llamaba para nada bueno. Y tras el encontronazo con Beau y Dylan no tenía ningunas ganas de oír más mierdas.

Lorcan se despegó de la pared y vino hacia mí con parsimonia, rebosante de seguridad.

—Vaya, vaya, eres una chica muy lista, King. Ya me olía que era mejor no subestimarte.

Me recompuse y lo miré con expresión expectante. Y entonces me acordé de algo.

—A ver si lo adivino: quieres cobrarte el favor que te debo.

—Aunque ya lo he dicho, no me cansaré de repetirlo: eres una chica lista. —Se sacudió el cabello oscuro para apartárselo de la frente y me regaló una sonrisa torcida. Era la clase de sonrisa con la que seguro que muchas chicas habían estado a punto de desmayarse. Lorcan era guapo, y era más que consciente de ello. Sabía cómo utilizar su encanto, y estaba segura de que precisamente por este motivo había entregado tantos broches antes. Era el que había dominado la prueba con diferencia, sin duda cautivando a otros participantes con ayuda de su hechizo hasta que ya ni sabían lo que en realidad estaban haciendo.

—Ven —me pidió, y señaló con la cabeza el pasillo. Lo seguí con aire vacilante. Enfilamos juntos el corredor hasta detenernos junto a un pequeño recoveco. Lorcan me agarró por el brazo y me metió en

el hueco para que nadie que pasara nos viera. Solo entonces bajó la cabeza. Estábamos tan cerca que la punta de sus zapatos tocaba la de los míos—. La verdad es que aquí se está muy bien —afirmó, todavía con esa peligrosa sonrisa en los labios—. Deberíamos venir más a menudo.

—Entre nosotros nunca habrá nada, Lorcan.

—Qué cruel. —Profirió un suspiro hondo, los oscuros rizos volvieron a caerle por la frente—. Y yo que pensaba que íbamos por el mejor camino posible para intimar.

Reprimí el deseo de poner los ojos en blanco. Lorcan quería sacarme de mi mutismo, y yo me negaba a darle esa satisfacción.

—Y ahora dime qué quieres de mí.

Los jueguecitos habían terminado, lo vi en su sonrisa, que poco a poco se iba borrando. Solo sus ojos seguían iluminados.

—Quiero que averigües cuál será la tercera prueba.

Puse cara de sorpresa y, cuando empecé a ser consciente de lo que me había pedido, solté una risotada, un sonido carente de humor.

—¿Y cómo quieres que haga eso? Sabes que las pruebas se guardan bajo llave.

Lorcan se encogió de hombros.

—Ese no es mi problema.

Fue a dar media vuelta, pero lo cogí por la manga. Me volvió a mirar con las cejas arqueadas.

—Pídeme otra cosa, algo que sea un poco más realista —aduje.

Hizo como si se parara a pensarlo bien y al final se volvió del todo, dio un paso hacia mí y se me acercó tanto que retrocedí. Me di con la espalda contra la pared que había junto a la cortina que ocultaba el hueco.

—¿Y si en su lugar me das un beso?

Lorcan apoyó una mano en la pared al lado de mi cabeza y sus ojos bajaron hasta mi boca. De pronto me costaba respirar, y me dije que después de todo quizá no era inmune a su magia. Pero el momento duró poco. Torcí el gesto con amargura.

—No, gracias —rehusé.

Se separó de nuevo y encogió un hombro con aire lapidario.

—En ese caso tendrás que apañártelas con mi primera propuesta.

Si no fuese ilegal, en ese momento lo habría estrangulado.

—Lorcan, vamos —le dije cuando se iba—. Sabes que eso es imposible.

Volvió la cabeza por última vez, su semblante no podía ser más serio.

—Si Georgina lo ha conseguido, tú también encontrarás la manera. Y ya te puedes dar prisa: lo quiero saber mañana, necesito tener tiempo para prepararme lo mejor posible.

21

Una vez que hubo terminado el espanto de fin de semana de los broches, por fin pudimos atrevernos a salir sin tener que temer que nos atacaran en cualquier momento. Murphy, Kenna y yo nos pusimos cómodos en la biblioteca mientras repasábamos de nuevo todos los datos que habíamos reunido.

—En un primer momento pensé que lo de tu ataque estaría relacionado con lo de la serpiente —afirmó Murphy con aire pensativo—. Pero creo que esa teoría no se sostiene.

—¿Por qué pensaste eso? —le preguntó Kenna.

Se encogió de hombros.

—No sé. Fue un presentimiento.

—Yo tampoco sé por qué hizo Beau eso. Pensaba que volvíamos a llevarnos bien. Pero parecía muy cabreado.

—Ha estado casi todos los años entre los ganadores. Que lo eliminen en la segunda prueba no le habrá hecho ninguna gracia —razonó Murphy, pero yo vi un brillo malicioso en sus ojos.

—Por alegrarte del mal ajeno te acabarán dando una patada en el culo, Murphy. Antes o después. —Aunque sus palabras eran severas, Kenna lo miró con una ternura que me resultó desconocida.

—Que me la den. Que sepas que también entreno los glúteos unas cuantas veces a la semana, y últimamente he visto que he hecho progresos. Mira —le dijo, y fue a levantarse, pero Kenna lo agarró por la manga y lo obligó a sentarse de nuevo.

—Si quieres lo haces luego. Cuando estemos a solas —propuso.

—¿Luego? ¿Cuando estemos... a solas? —repitió.

Ella le siguió dirigiendo esa mirada, afectuosa y risueña al mismo tiempo.

—Sí.

Murphy se volvió más todavía hacia Kenna.

—¿Es una invitación?

Ella se removió en su asiento.

—Lo es, sí. Pero solo si a partir de ahora te concentras en lo que tenemos que hacer y dejas de distraerte con tanta facilidad.

Murphy la miró con la boca abierta y las mejillas cada vez más rojas. Después hizo un saludo militar.

—De acuerdo, Sully. Lo que tú quieras. Tus deseos son órdenes para mí. —Echó mano del libro sobre rituales sagrados y lo estaba hojeando cuando por lo visto se le ocurrió otra cosa. Se inclinó un momento hacia Kenna—. Por cierto, esto también cuenta para luego. Si tienes algún deseo, por depravado que sea, lo...

—¿Murphy? —lo interrumpió Kenna sin levantar la vista del libro que tenía delante.

—¿Mmm?

—Cierra el pico y lee.

Él la miró embelesado unos segundos más antes de hacer lo que le había pedido. Aunque yo sentía que sobraba, me alegraba de todo corazón de que, al parecer, los dos volvieran a ser ellos mismos y Kenna hubiera tomado una decisión con respecto a lo que sentía por Murphy. Eran una pareja muy mona, y envidiaba su felicidad.

—¿Creéis que es posible que el poder de Amara fuera lo que impidió que Lorcan pudiera acceder a la serpiente marina? —inquirió de repente Kenna.

—Yo no —repuse en el acto, y Kenna me miró con cara de sorpresa—. No me dio la impresión de que Amara estuviese

involucrada. Luchó contra ese monstruo como el resto. Además, en mi visión estaba muerta. Difícilmente pudo ser cosa suya.

—Eso también es verdad.

Nos enfrascamos en las lecturas que teníamos delante. Para entonces habíamos pasado de los artefactos y joyas de Danu a los rituales místicos, con la esperanza de que encontrásemos algo con lo que se pudiese controlar a criaturas mitológicas. Mientras, nos íbamos pasando la bonita caja de *macarons* que mi madre nos había enviado a Kenna y a mí. Había llegado por la mañana, con una tarjeta tan fría como la del último paquete, pero seguro que el amor estaba en los *macarons*. Que, dicho fuera de paso, eran una delicia.

—De todo lo que hemos encontrado, a mí lo que más lógico me parece es el ritual de sangre —afirmé, y cerré el siguiente libro—. Pero me fastidia que no sea más que una suposición y nos sigan faltando pruebas.

Kenna coincidió conmigo.

—Yo tampoco paro de preguntarme cómo podemos seguir. La luz dorada por sí sola podría ser cualquier cosa. Sabemos que algo no iba bien porque Lorcan afirma que de lo contrario habría bloqueado a la serpiente, pero ¿cómo lo demostramos?

Se me ocurrió una cosa.

—Cuando me llamó por teléfono, mi madre dijo algo que me desconcertó. —Los dos me miraron y yo volví la cabeza un instante para asegurarme de que detrás de nosotros, junto a las estanterías, no había nadie, y bajé la voz—. Cuando le hablé de la serpiente, dijo que estaba adiestrada para algo y que por eso era imposible que atacase a alumnos sin orden ni concierto.

—¿La tendrá la directora Baskerville como si fuese una mascota y por la noche se hará arrumacos con ella? —planteó Murphy, y Kenna puso los ojos en blanco.

—Por lo que dices, es como si en el lago hubiese otra cosa. Algo que es preciso proteger. —Kenna dijo lo mismo que estaba pensando yo.

—O como si estuviese adiestrada para luchar contra enemigos, en caso de que el colegio sufriera algún ataque.

Durante un instante todos guardamos silencio.

—¿Crees que tu madre te respondería si le planteases más preguntas a ese respecto? Si las formulamos con astucia, me refiero.

Hice una mueca.

—No estoy segura. Ya sabes cómo es cuando se trata de los secretos del Consejo.

—Pero la serpiente forma parte de Everfall; visto así, no tiene nada que ver con el Consejo.

Agucé los oídos.

—Puede que sea un buen comienzo. Le sacaré el tema. Y si me vuelve a mencionar el juramento y toda la cuestión de la confidencialidad... sabremos que debe de haber algo que va más allá del asunto del torneo.

—Sigue siendo demasiado vago —objetó Murphy.

—Pero así y todo es mejor que nada.

Cogí el móvil y me levanté. Me retiré armada con mi bloc al rincón donde Dylan había aparecido por sorpresa la última vez y marqué el número de mi madre.

Tardó un poco en cogerlo. Me dispuse a apuntar cualquier cosa de lo que dijese que me llamara la atención.

—Calliope King —dijo en el otro extremo.

Me miré las botas y di unos golpecitos a una de las estanterías de madera.

—Hola, mamá. El paquetito que nos enviaste llegó hoy. Gracias por los *macarons*.

—Están buenos, ¿a que sí? Cody y Maeve casi no me dejaron ninguno.

Sonreí.

—La próxima vez tendrás que ser más rápida. Ya sabes lo comilones que son. Sobre todo Cody.

—Pues sí.

Se hizo un silencio breve, pero me aclaré la garganta deprisa.

—Solo quería contarte que he pasado la segunda prueba.

—¿De veras? Vaya, es estupendo. Enhorabuena, tesoro.

Sonreí.

—Eliminé del torneo a Beau. No le hizo mucha gracia. —Obvié los espantosos detalles, no me fuera a amenazar de nuevo con sacarme del colegio si se enteraba de todo lo que había sucedido en realidad.

—Le está bien empleado, en vista de cómo te trató.

Era la primera vez que mi madre decía algo así.

—Gracias por decirlo, mamá. Y tú, ¿qué tal estás?

—Ahora mismo de descanso. Mi siguiente cometido no es hasta finales de la semana, así que estoy en casa haciendo todas las cosas que se quedan por hacer cuando tengo que ausentarme. —Casi parecía aburrida.

—Lo dices como si echaras de menos el trabajo.

Hizo una pequeña pausa.

—Es que ya no estoy acostumbrada a pasar mucho tiempo aquí. Los últimos meses han sido un desafío.

Me paré a pensar cómo podía seguir.

—Me lo creo. A mí me bastó con lo de la serpiente marina y la comparecencia.

—Te dije que saldrías bien parada de la comparecencia.

—Tenías razón, sí. Aunque a toro pasado el comportamiento de la serpiente me sigue pareciendo extraño.

—¿En qué sentido?

Suspiré.

—Parecía que había algo raro en ella. La última vez que hablamos me dijiste que estaba adiestrada, ¿no?

Silencio, y después:

—De eso no puedo hablar contigo, Zoey.

—¿Por qué no? Si solo son cosas del colegio.

—Sabes que solo podré hablar contigo de los secretos del Consejo cuando hayas prestado juramento.

El corazón me dio un vuelco. Conque la serpiente marina de Everfall no estaba en el lago porque sí. Era una poderosa criatura mitológica... que por lo visto guardaba relación con algún asunto del Consejo. Casi se me cae el bloc, lo cogí de milagro. Al hacerlo, un papelito salió de él y cayó planeando hasta el suelo. Mientras pensaba que lo que acababa de decir mi madre confirmaba precisamente lo que estábamos buscando, cogí el papel. Lo desdoblé como pude con una mano mientras ella me soltaba un rollo que parecía no tener fin sobre el juramento que prestaría cuando terminara mis estudios. Me quedé sin aliento.

Como no hablemos pronto, las consecuencias serán terribles. No sabes lo que me están haciendo aquí. Por favor, por favor, escucha lo que tengo que decir.

V.

Leí las palabras. Una y otra vez.

—¿Zoey? ¿Sigues ahí? —La voz de mi madre me sacó de mi estupor, y carraspeé lo más rápido que pude.

—Sigo aquí, sí —repuse con voz tomada. Estaba tan perpleja que me costaría engañarla, motivo por el cual me apresuré a tranquilizarla—. Lo he entendido. Ahora me tengo que ir, mis amigos me están esperando. Pero gracias por dedicarme tu tiempo.

No oí bien lo que me contestó, el cerebro me iba a mil. Pusimos fin a la conversación y durante un instante me quedé mirando la nota. Un escalofrío me bajó por la espalda. ¿Y si no era una broma? ¿Y si de verdad las cartas eran de Violet, porque no sabía de qué otra manera se podía poner en contacto conmigo? Volví la cabeza: no vi a nadie. Me estremecí. No, eso era imposible. Violet estaba encerrada y sometida a la más estricta vigilancia. Alguien me estaba gastando una broma pesada, aunque debía de saber lo mucho que me afectaría recibir un mensaje así.

Hice una bola con el papel sin vacilar. No disponía de tiempo para esos jueguecitos y menos para ponerme a averiguar qué significaba esa nota y quién la había escrito. Debía concentrarme en la labor que teníamos por delante. Aquello de lo que albergábamos claras sospechas y cuya confirmación acabábamos de recibir.

Kenna debía de tener razón. Esa serpiente... custodiaba algo. Algo sumamente importante.

Clavé la vista en la estantería de enfrente, por la que había salido Dylan la última vez.

Una idea se formó en mi cabeza. Una con la que no solo le hacía el favor que le debía a Lorcan, sino que además me permitiría recabar más información. Era tan arriesgada que tendría que ocultársela a Kenna y a Murphy si quería evitarles posibles problemas.

Esto era algo que debía hacer sola.

Me levanté de la cama de madrugada. Por suerte, Kenna dormía como un tronco. No hizo ningún ruido cuando fui hacia la puerta. Y, por si se despertaba, le había dejado una nota en la que ponía que había ido a una fiesta.

De vuelta en la biblioteca, no fue tan fácil dar con la puerta del pasadizo secreto por la que había visto salir a Dylan. Busqué el lugar exacto, desplacé distintos libros sin conseguir nada y estuve un buen rato palpando el borde exterior de la estantería. Fui probando poco a poco los libros del extremo, pasé los dedos por los dos lados. En la parte derecha metí los dedos por el hueco. Al final di con algo y exhalé un suspiro de alivio. Parecía un pequeño botón metálico que noté frío. Lo apreté con fuerza hasta que oí un leve clic. La estantería crujió y se desencajó. Contuve el aliento cuando comenzó a abrirse despacio hacia fuera. Volví la cabeza una última vez: allí no había nadie. Estaba sola. Avancé deprisa y me colé por la abertura. Después me giré y tiré de la estantería hasta que se cerró de nuevo y la puerta volvió a quedar oculta.

Miré el pasadizo secreto. El aire olía a moho, y a cierta distancia oí un goteo. Me giré de nuevo y miré la puerta, que había vuelto a cerrarse. Se insertaba de tal modo en la fría pared de piedra que ya ni se distinguía. Sostuve el móvil en alto y encendí la linterna. A medio metro de la entrada había un tedero en el muro, en el que, sin embargo, no había ninguna tea. Era posible que allí no se colocara una antorcha desde hacía décadas, a fin de cuentas nadie salvo Dylan utilizaba este sistema de túneles. Al mirar hacia delante, distinguí más tederos. Me quité del pelo el coletero con lazo y lo colgué sin vacilar en el tedero más próximo a la puerta de la biblioteca. Contemplé satisfecha mi obra: así la encontraría cuando volviera.

Se me puso la piel de gallina en los brazos cuando, poco después, oí un suave chillido. Aunque no parecía estar especialmente cerca, hice una mueca de asco. No estaba segura de que pudiera guardar silencio si una rata me pasaba por encima de los pies, lo más probable era que despertase a todo el campus con mis gritos. Me

asaltó sin querer la imagen de una rata muerta, abierta en canal... y con cuya sangre habían escrito algo en la pared de mi cama.

Respiré hondo y aparté el pensamiento. Estaba allí porque había hecho un trato con Lorcan y quería obtener más información, no para regodearme en recuerdos sombríos. Abrí en el móvil el plano del edificio principal, donde ya por la tarde había marcado más o menos el camino. Naturalmente, en el plano no figuraban los pasadizos secretos, pero si mis cálculos no eran erróneos, debía ir hacia el sudeste. Tras mirar de nuevo el plano, me puse en marcha. Las oscuras paredes de piedra me devolvían el eco húmedo de mis botas.

Intenté sacudirme la desagradable sensación que me atenazaba y crucé el túnel. La luz de la linterna titilaba y proyectaba sombras en las paredes. En una ocasión me detuve porque me pareció oír un ruido detrás de mí, pero cuando volví la cabeza no vi a nadie. Después apreté el paso con prisa por dar con la bifurcación adecuada. Esperaba poder encontrar la salida. Y es que, fuera por donde fuese, todo parecía igual. Durante un instante esta idea me dio pánico. ¿Y si me perdía? ¿Y si no era capaz de salir y alguien encontraba mis huesos tiempo después?

Apreté los dientes y me conminé a no perder la razón. Eso era ridículo: conseguiría lo que me proponía. Y no permitiría que nadie me detuviera, menos aún mi propia cabeza y sus atemorizados pensamientos.

Seguí deprisa y tomé la última bifurcación. Me encontraba en el túnel en el que suponía que se hallaba mi destino. Avancé despacio por la derecha del pasadizo y observé la pared con atención; me acerqué más y busqué en las juntas de las piedras algo que me indicase que podía haber una puerta similar a la de la biblioteca. Fui pasando los dedos por la pared junto a otro tedero. Apoyé con

cuidado ambas manos en la fría piedra y presioné, en vano: la pared no cedió, no se oyó ningún clic. Miré de nuevo el plano y arrugué el entrecejo. Era probable que hubiese calculado mal.

Comencé a andar de nuevo, despacio. A cada pocos pasos ponía las manos en la pared, tan a menudo que ya tenía los dedos helados y las yemas entumecidas. Llevaba recorrido ya un tramo cuando descubrí algo. Me aproximé con cautela y vi que en cierto punto la piedra era un poco más clara. Pasé un dedo por encima. A diferencia de la superficie áspera que había estado tocando, en ese sitio era toda lisa, como si a lo largo de varios años algo hubiese pasado por encima una y otra vez, de forma que el borde se había pulido. Contuve la respiración. Apoyé de nuevo las manos en la piedra y empujé. Solo era una suposición. Ni siquiera estaba segura de si llegaría a la habitación correcta. Pero cuando oí el suave clic, estuve a punto de gritar de alegría.

Se había abierto la siguiente puerta secreta.

Me incliné hacia delante con cuidado y agucé el oído. Solo percibí silencio. Pese a ello, permanecí alerta y desplacé la puerta secreta centímetro a centímetro, con gran precaución. La franqueé con la misma cautela que en la biblioteca. Y al ver lo que tenía delante, no pude evitar sonreír.

Había dado con la puerta correcta.

Ante mí estaba el despacho de la directora Baskerville.

Presa de un repentino nerviosismo, me limpié las húmedas y frías manos en los pantalones. Si me pillaban allí, seguro que no recibiría una amonestación. Podría darme con un canto en los dientes si me permitían seguir en Everfall. Así que debía impedir a toda costa que me descubrieran.

Me moví por la estancia de puntillas y eché un vistazo a mi alrededor en la penumbra. Las paredes estaban revestidas de

madera oscura y en ellas había algunos óleos, uno por cada Casa y los respectivos dioses. Por los Cuervos de Plata, Morrigan, la diosa de la muerte y de la guerra, con su negra melena leonina. Lugh, el dios de la luz, por los Hojas de Oro, con una corona de rayos de sol alrededor del cabello dorado. Y, por último, Credne, el dios de la forja, por los Lobos de Bronce, con un martillo en la mano del que salían rayos hacia el borde del cuadro.

La directora tenía infinidad de libros que se alineaban en las estanterías, armarios y cómodas, y una mesa maciza. En primer lugar me centré en las estanterías y miré por encima los gruesos volúmenes en busca de títulos que hiciesen referencia a criaturas mitológicas, pero así, deprisa y corriendo, no encontré nada relevante. Después pasé al escritorio.

Iluminé con la linterna del móvil papeles pulcramente apilados en la amplia superficie de madera. Los fui cogiendo poco a poco para echarles una ojeada. Había instancias e informes de profesores, solicitudes de nuevos alumnos y algunas notas sin contexto cuyo sentido no entendí. Cuando lo hube mirado todo, sin encontrar información útil para el torneo, pasé a los cajones de la mesa. En lugar de titubear, revolví todo lo que encontré. En el primer cajón no vi gran cosa. Más instancias, un pisapapeles, un bloc de notas y muchos rotuladores. Lo cerré y abrí el siguiente. Más notas, más instancias. Reprimí un suspiro de frustración. Obedeciendo a un impulso, palpé con cuidado el fondo y di unos golpecitos. Sonaba a hueco, y agucé el oído. Después saqué por completo los documentos y el cajón. Le di la vuelta con cuidado y presioné el borde con los dedos. En la esquina la lámina cedió y a través de un resquicio logré acceder al espacio hueco. Poco después saqué una pequeña carpeta, que abrí con el corazón desbocado.

En un primer momento no supe qué era. Iluminé el papel con la linterna y descubrí el sello del Consejo en la esquina superior. Después lo leí. Y con cada línea el corazón me latía más deprisa.

En mi mano tenía un decreto oficial expedido por el Consejo que declaraba a la directora Baskerville guardiana de uno de los cuatro tesoros de los Tuatha dé Danann. Las piezas del puzle me daban vueltas en la cabeza, giraban y encajaban para volver a desacoplarse. Metí a toda prisa la carpeta en el compartimento secreto cuando oí un ruido detrás de mí. Iba a darme la vuelta, pero era demasiado tarde.

Alguien me cogió por detrás y me tapó la boca con la mano.

22

Reaccioné instintivamente y me eché hacia delante con todo mi peso. La mano del atacante se resbaló de mi boca, pero mi éxito no duró mucho. La mano volvió a su sitio en el acto y me agarró. Yo le cogí el brazo, se lo levanté y realicé medio giro para soltarme, pero en ese mismo instante el agresor me tiró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás. De mi garganta brotó un jadeo, el dolor me atravesó. Me puse a dar patadas a ciegas y oí un gemido sordo. Una mujer. De repente lo supe. Me estaba atacando una mujer.

Cuando volvió a agarrarme del pelo, cogí impulso con los codos y llevé a cabo una llave que me había enseñado Dylan. Sin embargo, de poco servía la técnica de lucha que emplease si mi contrincante jugaba sucio. Y eso era lo que estaba haciendo. Yo seguía aferrada a su brazo, pero como me tenía cogida del pelo no podía zafarme, así que le clavé las uñas en la piel con la esperanza de ver sangre. Jadeó de nuevo, un sonido contenido.

—Estate quieta de una maldita vez —gruñó detrás de mí.

La voz casi me parecía conocida. Tardé un momento en caer en quién era. Proferí un grito ahogado, no daba crédito.

—¿Georgina?

Me soltó el pelo y me volví en redondo.

Delante tenía a Georgina, con una capucha oscura sobre su cabello corto y, al igual que yo, vestida completamente de negro.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí?

A sus labios asomó una sonrisa burlona.

—Qué curioso, eso es justo lo que iba a preguntarte yo.

Me puse rígida, seguía muy agitada debido al ataque y al secreto que acababa de averiguar.

—No es de tu incumbencia.

Georgina miró detrás de mí y vio el cajón abierto de la mesa.

—¿En serio? Primero intentas eliminarme en el torneo y, como no funciona, recurres a otros métodos, ¿no?

Puse cara de sorpresa y entonces caí. Conque así se había hecho con la información. Y yo que pensaba que mi plan era original y tan arriesgado que nadie más se habría atrevido a hacerlo.

—En primer lugar, ya te he dicho varias veces que no te tiré al agua con malas intenciones. Y, en segundo lugar, ¿cómo iba a saber yo que alguien está tan harto de vivir como yo como para colarse en el despacho de la directora?

Georgina resopló. Estaba claro: seguía sin creerme.

—Tú y tus mentiras. Tendrías que haberte quedado en el comité de Miss Everfall, ahí estabas mucho mejor.

La ira se apoderó de mí. Era verdad que no quería hacerle nada malo, pero poco a poco empezaba a cambiar de opinión a este respecto.

—A mi juicio, estoy donde debo estar. Al menos he llegado igual de lejos que tú. Y eso pese a no tener ninguna ventaja y no saber de antemano cuáles serían las pruebas.

Georgina entornó los ojos y dio un paso hacia mí con aire amenazador.

—Si quieres, te puedo demostrar...

Un ruido hizo que Georgina no terminara la frase, y las dos nos quedamos heladas a la vez. Pasos. En el corredor se oían pasos. No en el corredor secreto por el que nos habíamos colado nosotras. Solté un taco entre dientes. Como nos pillaran justo en aquel

momento, estaríamos acabadas las dos. No podíamos permitir que pasara.

Acto seguido me giré en redondo, cerré con manos temblorosas el cajón del escritorio de la directora Baskerville y eché a correr detrás de Georgina, que ya se estaba deslizando por la estrecha abertura entre las estanterías. Volvió la cabeza y durante un segundo temí que me cerrara la estantería en las narices, pero lo que hizo fue agarrarme por la manga y tirar de mí, con tanta fuerza que me choqué con ella.

Más que salir, caímos en el pasadizo secreto y, al mismo tiempo, cerramos la estantería prácticamente del todo. Después levanté una mano e indiqué a Georgina que se detuviera.

La rendija era tan pequeña que casi no se podía ver nada por ella. Tan solo una franja mínima de la pared en la que colgaba uno de los imponentes óleos. Georgina y yo nos inclinamos a ambos lados del resquicio, ella un poco por encima de mí, y nos quedamos mirando. Unos segundos después una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. En el despacho entraron varias personas. Por delante de la rendija pasó primero la directora Baskerville, aunque solo logré vislumbrar su bata de seda. La siguió el sanador Sheehan, cuyos oscuros rizos estaban despeinados; la profesora Chen con ropa de deporte (¿acaso dormía con ella?) y la profesora Mulligan con un pijama de rayas que arrancó una risita a Georgina. Le dirigí una mirada asesina. Nos habíamos librado por los pelos, de modo que si nos descubrían por su culpa, la mataría. Miré hacia delante de nuevo y reparé en el semblante serio de los profesores. Todos mostraban una expresión sombría, en parte alarmada. Dudaba que tuviera algo que ver con que Georgina y yo nos hubiésemos colado en el despacho. Debía de haber ocurrido otra cosa.

—Sentaos —invitó la directora, y los profesores así lo hicieron. Oí pasos, un susurro de ropa, después silencio—. Llamaré a los otros miembros del Consejo. —Se oyó la señal de su teléfono y poco después...

—Espero que tengas un buen motivo para sacarme de la cama a estas horas, Lorna. —Me quedé sin aliento: era mi madre.

—No he sido yo quien ha convocado la reunión del Consejo —apuntó la directora.

—Si las damas me permiten que tome la palabra —dijo una tercera voz, que también me resultaba familiar. Era John Maguire, el padre de Beau—. Nos han atacado.

Abrí los ojos como platos y un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre, la voz contenida en el acto.

—Un pequeño grupo de personas, con poderes mágicos. Creo que querían hacerse con el artefacto.

—¿Cuál es la situación? —quiso saber mi madre.

—El artefacto está a salvo.

Oí el suspiro colectivo que lanzaron los profesores en el despacho.

—¿Sabemos algún detalle de los agresores?

—Fueron Whelan y los suyos. Atacaron con brutalidad y pusieron patas arriba la casa entera con la esperanza de apoderarse del tesoro —respondió el señor Maguire.

—A lo largo de los dos últimos meses Whelan no ha estado mano sobre mano. Al parecer se ha dedicado a recabar información espiando a las familias del Consejo para seguir adelante con su plan.

—Quiere adueñarse de los tesoros. A ser posible, de todos —afirmó mi madre, y me tensé.

—Basta con que se apodere de uno solo para que mueran cientos de personas —dijo la directora Baskerville.

—No es posible. ¿De dónde saca toda la información ese chico? —inquirió el señor Maguire.

—Por el momento no lo hemos podido averiguar. Nosotros somos los únicos que conocemos la ubicación de los artefactos, y a esa información solo puede acceder alguien de dentro.

En el despacho se hizo el silencio, y Georgina y yo nos miramos. Mis ojos reflejaban, sin duda, espanto; en los suyos, por el contrario, vi un sinfín de preguntas.

—Si ha logrado obtener esa información, de la manera que sea, es preciso que rotemos de inmediato. Hemos de impedir que se haga con los tesoros —aseguró, alarmado, el sanador Sheehan.

—Eso fue lo que pensamos nada más perpetrarse el ataque —aseveró el señor Maguire.

—Pero no termino de entenderlo —replicó la profesora Chen—. ¿Cuántas personas están con Whelan?

—Vinieron seis, chicos y chicas jóvenes, poco mayores que los alumnos de último año. Creemos que tiene en reserva a más gente. Debió de reunirlos a lo largo de mucho tiempo, cuando todavía estaba en el colegio —contó el señor Maguire—. Logramos apresar a una Guardiana en ciernes. Aunque no nos ha facilitado demasiada información, sí ha confirmado que al menos hay otros quince miembros. No nos ha revelado aún los nombres, pero estamos en ello.

—Una Guardiana en ciernes —repitió alguien, supuse que la profesora Mulligan.

—Si incluso tiene a gente entre los Guardianes, la cosa se complica más todavía —opinó el sanador Sheehan.

—¿Cómo están las cosas en tu casa, John? —preguntó la directora Baskerville.

—Mi familia está ilesa, pero algunos Caballeros no han tenido la misma suerte. McKinley ha muerto y Chandran está gravemente herida, pero farfulló algunas cosas incoherentes antes de perder el conocimiento. La interrogaremos cuando vuelva en sí.

Georgina prorrumpió un grito ahogado, como si conociese a esas personas. Me pregunté si la Caballera que habían mencionado sería la madre de Amara.

El silencio que se hizo a continuación era tan tenso que incluso yo lo notaba donde estaba. Después el sanador Sheehan soltó una imprecación.

—Hemos subestimado el peligro. Lo que en un primer momento parecía un rebelde ingenuo ha acabado por convertirse en un problema muy serio. No podemos permitir que se salga con la suya —tomó la palabra de nuevo la profesora Mulligan.

—Opino lo mismo. No es posible que un chaval de diecinueve años nos ponga en ridículo de este modo. Debemos conseguir de una vez por todas que coopere —añadió mi madre.

El sanador Sheehan pareció indeciso.

—Si no lo ha hecho durante estos últimos meses, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Porque contamos con un medio para presionarlo. Lo único en todo el mundo que le importa aparte de los tesoros —afirmó el señor Maguire, que hizo una pausa teatral—: su hermana.

Contuve la respiración al oír que mencionaban a Violet.

—¿La chica ha proporcionado alguna información de utilidad? —inquirió la directora Baskerville.

—No, guarda silencio con obstinación. Solo quiere hablar con Zoey King. Y empiezo a preguntarme si no deberíamos reconsiderar este enfoque —respondió el señor Maguire.

El corazón me dio un vuelco. Fue como si un puño helado se introdujese en mi pecho y estrujase algo dentro de él. Entonces caí en la cuenta de una cosa.

Las cartas.

Tenían que ser por fuerza de Violet.

Antes de que pudiera digerir bien la información, mi madre habló con aspereza:

—Me niego en redondo a que utilicéis a mi hija. ¡Todavía es una niña!

John Maguire resopló.

—Tiene dieciocho años y acabará heredando tu puesto en el Consejo. ¿Por qué no allanarle el camino ahora?

—Porque aún le queda tiempo. Y porque no la pondré en peligro otra vez. No después de todo lo que le ha pasado estos últimos meses.

Las cariñosas palabras de mi madre me reconfortaron.

—Pues a mí no me parece mala idea —convino el sanador Sheehan pocos segundos después.

Mi madre contestó a sus palabras con un resoplido.

—Claro que no, Alexander. Todo lo que va en contra del reglamento del Consejo a ti te parece una idea estupenda. Menuda sorpresa.

Vi que el sanador Sheehan caminaba arriba y abajo por delante de la rendija.

—Lo importante no es eso. Lo importante es la seguridad de todos los descendientes, de Everfall y también de los mortales. No quiero ni pensar en el daño que podría causar alguien como Cree Whelan con un artefacto tan poderoso. Solo tienes que ver lo que ya ha hecho con la copia de la espada. Después del ataque que ha sufrido

la familia Maguire, ¿no deberíamos tomar en consideración todas las opciones?

—Estoy de acuerdo —coincidió John Maguire.

—Sobre todo después de que Zoey tuviese una visión en la primera prueba. ¿Y si hemos pasado por alto algún nexo? —planteó la profesora Chen.

—No necesariamente. La magia de Zoey despertó hace escasos meses. De hecho, al principio la magia puede manifestarse de un modo errático. A quienes poseen poderes a menudo les cuesta manejarlos como es debido —objetó la directora Baskerville.

—Si hay algo que he aprendido es que no hay que subestimar a las King —apuntó en voz baja el sanador Sheehan.

—Y no las subestimo, pero hemos investigado a fondo, tú mismo has visto los resultados. Todos los hechizos estaban activos, los Caballeros peinaron el campus de arriba abajo. No descubrieron ni a Whelan ni a sus adeptos. Además, la otra Banshee que se hallaba presente en el torneo no tuvo ninguna visión. Debemos suponer que la interpretación que hizo Zoey de la situación fue errónea. —La directora Baskerville pronunció las palabras casi con desesperación. Sin embargo, ello no impidió que me asaltara de nuevo la ira. No me creía, a pesar de que tenía la respuesta delante de sus mismísimas narices. Yo sabía lo que había visto, y de pronto en mi cabeza encajaron más piezas del puzle.

Hasta el momento había dado por sentado que los miembros del Consejo guardaban los tesoros en algún lugar secreto, pero la directora Baskerville se hallaba en posesión de uno de esos tesoros. ¿Y si uno de ellos se encontraba en Everfall? ¿Y si estaba oculto a la vista de todos?

En medio del lago, protegido por la serpiente.

Las ideas se me agolpaban. Tenía que ser eso por fuerza. Yo había visto el decreto con mis propios ojos. Seguro que esa serpiente vigilaba uno de los cuatro tesoros.

Cree no había tenido escrúpulos en intentar apoderarse del tesoro que protegían los Maguire.

Tampoco retrocedería ante el colegio. Lo que a su vez significaba que todos los que se encontraban ahí corrían un gran peligro.

—Tanto si la visión de Zoey fue acertada como si no, nos exponemos a un riesgo demasiado elevado de que Whelan pruebe suerte aquí la próxima vez. Si posee información privilegiada, es muy posible que también haya averiguado que uno de los tesoros está en Everfall. Debemos poner a salvo a los alumnos —afirmó la directora Baskerville, confirmando así mis sospechas.

—Os enviaremos más unidades de Caballeros. Encargaos de que nadie salga de las residencias —dijo mi madre.

—Pero suponemos que Whelan necesitará tiempo para reorganizarse. Nuestra defensa le ha perjudicado seriamente —repuso John Maguire.

—Debemos dar con Whelan antes de que haga tal cosa. Y con su base de operaciones —opinó mi madre.

De nuevo se hizo el silencio un instante, hasta que el señor Maguire carraspeó.

—En este momento están trasladando a Violet Whelan a la casona para que comparezca en una reunión extraordinaria del Consejo. Ha insistido en que quiere que la lleven a otro lugar, lo cual nos beneficiará. Allí la someteremos a otro interrogatorio. Confiemos en que nos revele el paradero de su hermano.

—Pondremos vigilancia en las residencias y te informaremos de cada movimiento, Lorna.

Se oyó un suspiro hondo.

—De acuerdo.

El cerebro me iba a mil por hora, y justo cuando me iba a acercar más a la rendija... oí algo de repente. Un suave arañar.

Georgina y yo nos volvimos a la vez. A escasos metros se distinguía una luz roja. Se oyó un gruñido y me puse rígida. La luz se acercaba. Algo se movía en las sombras.

—Pero ¿qué demonios...? —farfulló Georgina.

—Tú también la ves, ¿no? —musité.

Ya me había topado dos veces con esa luz roja. Al comienzo de la primera prueba y poco después de que Beau me atacara. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero luego di por sentado que tendría relación con el torneo.

—Aunque está oscuro, veo perfectamente.

Estaba demasiado desorientada con el gruñido para pensar en la respuesta que se merecía. Y es que el ruido iba cobrando intensidad. Georgina y yo dimos un paso atrás al mismo tiempo, y luego unos cuantos más. Me notaba la garganta seca y el pulso me martilleaba en los oídos. De las sombras salió un bulto. Era enorme, mucho más grande de lo que intuía en un principio. Cuanto más se aproximaba, con tanta mayor claridad distinguí la silueta. Primero pensé que era un perro, pero no tardé en darme cuenta de que me equivocaba. La criatura parecía un lobo. A la vista quedaron un pelaje denso, oscuro, unos ojos rojos y unos colmillos que brillaban en la oscuridad. Se aproximaba agazapado, como si estuviese a punto de abalanzarse sobre nosotras.

—No te muevas —musitó Georgina a mi lado.

Por desgracia mi instinto se impuso antes de que pudiera entender bien sus palabras. Seguí retrocediendo, no tropecé por poco. El monstruo se disponía a saltar. Y Georgina tampoco fue capaz de permanecer inmóvil más tiempo. Me cogió por el brazo y salimos

corriendo juntas por el túnel en dirección contraria al camino por el que aquella criatura había venido. El gruñido resonaba en las paredes, y aumentamos la velocidad cuando el monstruo empezó a perseguirnos. Un sudor frío se me formó en la nuca, tenía la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho. De pronto Georgina torció bruscamente a la derecha y se metió en un túnel en el que yo todavía no había estado. Me tiraba del brazo con tanta fuerza que me dolía, pero por lo visto sabía por dónde iba.

El arañar se acercaba, cobraba intensidad. Ya solo el ruido hizo que sintiera un escalofrío en la espalda. Georgina aceleró más aún, tiraba de mí por el túnel; unas veces ella era más rápida y otras yo me ponía en cabeza y era la que tiraba de ella. En vano, no obstante. El monstruo se aproximaba cada vez más, imparable y más veloz que nosotras. No saldríamos sanas y salvas de esta. No las dos.

Ese fue el momento en el que mi magia se dejó sentir. Lo noté porque era como si la sangre me bullese, como si de repente todo a mi alrededor hubiese perdido el color y todo mi ser se centrase exclusivamente en Georgina. Tenía que salvarla. Como no lo hiciese, sabía que la criatura la despedazaría, lo sentía con cada fibra de mi ser. Estaba hecha para esto, esta era la bendición que había recibido de los dioses.

Si se encontraba dentro de mis posibilidades, protegería de la muerte a quienes me rodeaban. Y eso era lo que haría. El poder de mis antepasados fluía por mi cuerpo. Las manos me hormigueaban, las entrañas me ardían.

—Ve a buscar ayuda —pedí jadeando al tiempo que giraba la mano y agarraba por la muñeca a Georgina. Más adelante vimos otra bifurcación. A la izquierda había más claridad en el túnel, confiaba en que llevase al exterior.

—¿Qué piens...? —empezó Georgina, pero no la dejé seguir hablando.

Fortalecida por mi magia, le di la vuelta, le propiné un fuerte empujón y yo me quedé atrás. Georgina se volvió en redondo. Le hice un gesto grosero con la mano.

—¡Largo de aquí! —le grité. No disponía de más tiempo para hablar.

Me di la vuelta. El lobo —la criatura— se había detenido detrás de mí, gruñía. Era enorme, casi tan alto como yo, pero en mí ya no tenía cabida el miedo. Solo existía el impulso de proteger. No permitiría que esa criatura cogiera a Georgina.

El monstruo pegó un salto. El ímpetu de sus patas hizo que me tambaleara hacia atrás, pero aguanté. Hundí los dedos en su negrísimo pelaje, mi fuerza incrementada por la magia, y golpeé al lobo. La criatura empezó a dar vueltas a mi alrededor y yo recordé todo lo que había aprendido durante los entrenamientos en esos últimos meses. Sin embargo, nada habría podido prepararme para esto.

El lobo intentó atacarme, y como yo no tenía ningún arma, no me quedó más remedio que esquivarlo mientras retrocedía por donde habíamos venido Georgina y yo. Lo último que quería era que la criatura la siguiese a ella. Mi único objetivo era protegerla. Y con un poco de suerte no morir en el intento.

No sé muy bien lo que pasó a continuación. Esta vez, cuando el monstruo saltó, el impacto fue tal que me caí al suelo. Mi cabeza chocó contra la piedra y durante un momento los ojos me hicieron chiribitas. Levanté las piernas y le di con ellas. Aulló de dolor. Me puse de pie justo a tiempo de rechazar el siguiente ataque. Le asesté un golpe con el puño izquierdo mientras levantaba el brazo

derecho para fintar..., pero la bestia fue rápida. Abrió las fauces... y me mordió el brazo con fuerza.

Cuando los afilados dientes de la criatura me atravesaron el plumífero y después la carne, lancé un grito. La caliente sangre empapó la tela y me corrió por el brazo. El monstruo retrocedió, quería tirar de mí, arrastrarme, pero yo aguanté, aunque el dolor hizo que se me saltaran las lágrimas. Le di con la otra mano, pero él no aflojó.

Alguien se arrojó sobre la bestia gritando. Abrí los ojos como platos y vi que era Georgina. En las manos llevaba dos puñales, que le clavó al lobo. Este aulló cuando Georgina le hizo un corte y por fin me soltó el brazo. Ella cogió impulso de nuevo con uno de los puñales en un movimiento diestro y esta vez le acertó en un flanco. Yo retrocedí a gatas, apoyé las manos en el suelo y me levanté de nuevo. El dolor era terrible, pero la adrenalina hizo que se fuera calmando poco a poco.

El monstruo volvió a gruñir, pero esta vez yo ya estaba lista, dejé que el poder me corriese por las venas e inicié otro ataque. El lobo enseñó los dientes, se abalanzó sobre mí, pero lo esquivé y lo agarré. Se zafó, pero ahí estaba de nuevo Georgina. Le clavó otra vez el puñal, el monstruo intentó morderla, pero ella se agachó y rodó por el suelo hasta quedar a un lado de él. El lobo dirigió su mirada rojo candente hacia mí y yo intenté adoptar una vez más la posición de lucha, pero mis movimientos eran lentos. No sabía si sobreviviría a otro ataque.

Cuando la criatura se agazapó de nuevo, Georgina lanzó un grito de guerra y arremetió una vez más contra ella. Le clavó uno de los puñales en el lomo con toda su furia. El lobo aulló, se encabritó y se quitó de encima a Georgina. La empuñadura azul brillante del arma asomaba del lomo del monstruo, que retrocedió gañendo más y más

hasta que el negrísimo pelaje se fundió nuevamente con las sombras. Emprendía la retirada. Georgina fue tras él, todavía en posición de lucha, mientras a mí los ojos empezaban a hacerme chiribitas. Me tambaleé contra la pared. Estaba a punto de desmayarme.

—Georgina —farfullé.

Ella volvió la cabeza justo a tiempo de ver que las rodillas me cedían.

23

Si alguien me hubiera dicho dos meses antes que Georgina Donovan atravesaría el campus conmigo a cuestas, habría pensado que estaba loco. Y es que la idea era sencillamente demasiado extraña. Sin embargo, Georgina hizo justo eso: me arrastró por el túnel, cuya salida nos escupió junto al lago y, de ahí, me llevó a la residencia de los Cuervos de Plata. No paraba de insistir en que debíamos ir a la enfermería, pero como cada vez que lo decía yo intentaba que me soltase, al final lo dejó estar y me condujo adonde le pareció más sensato, de manera que, poco después, me vi de nuevo en aquel lugar al que habría preferido no volver nunca, pero que al mismo tiempo hacía que el corazón me palpitara más que en cualquier otra parte.

Georgina aporreó la puerta, implacable y de forma tan escandalosa que empecé a temer, pese al cansancio que sentía, que de un momento a otro nos pillara la encargada de la residencia. Al cabo, la puerta se abrió acompañada de un sonoro taco. Cuando apareció en el umbral, Dylan estaba tan desgreñado que almacené la imagen en un fichero mental, pero acto seguido palideció de tal modo que me pregunté si también él estaría perdiendo sangre.

—¿Se puede saber qué demonios ha ocurrido? —rezongó. Dio un paso hacia Georgina, su cuerpo irradiaba una oscuridad que provocó que la temperatura bajara unos cuantos grados—. ¿Qué le has hecho?

—Tranquilito, Reaper. He salvado a tu amiga de un monstruo que se la quería llevar. ¿No es verdad, alteza?

—Primero te salvé yo a ti —mascullé—. Se suponía que ibas a ir a por ayuda, pero volviste.

—Porque sé lo mal que luchas.

—¡Oye, que he mejorado mucho!

Me sentí débil. Acto seguido Dylan estaba conmigo, sujetándome. Me esforcé por poner una pierna delante de la otra, pero los ojos seguían haciéndome chiribitas. Dylan me metió en su habitación y... frené en seco en el centro.

No estaba solo.

Había alguien sentado en su cama.

Si hacía escasos segundos la cabeza aún me daba vueltas con lo que había oído en la reunión del Consejo y con el ataque del monstruo, en ese momento fue como si mi corazón siguiese ensanchándose... para finalmente romperse.

Amara estaba sentada en la cama de Dylan. Tenía el largo pelo alborotado, como si acabara de despertarse. Los miré a ambos mientras mi orgullo, mis fuerzas y todo lo racional que había en mí se iban a la porra a la vez.

—No puedo. —Mi voz parecía tan hueca como de pronto lo estaba mi pecho. Di media vuelta, pero él me cogió la mano.

—Espera —me pidió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La fría voz de Georgina cortó la habitación.

—Georgie —musitó Amara, cuyas mejillas se tiñeron de rojo.

Las miré a una y a otra, vi los celos y el dolor que asomaron a los ojos de Georgina, aunque escondió deprisa sus sentimientos tras un semblante sombrío. Miré de nuevo a Amara, que abrió la boca y

volvió a cerrarla. La desesperación le oscureció el semblante, que reflejó el mismo dolor que el de Georgina.

—¿En serio? —inquirió Georgina con aspereza, y carraspeó—. Dijiste que había terminado. Me mentiste.

Amara negó con la cabeza con vehemencia.

—¡No te mentí! Es solo que no quería... —Dejó la frase a medias. Apretó los labios como si tratara de impedir revelar algo. Yo no entendía lo que estaba pasando.

—Vosotras dos vais a hablar ahora mismo —dijo Dylan en voz baja, pero con determinación—. Y yo voy a hablar con Zoey. Pero primero debo ocuparme de esta herida.

Dicho eso, me llevó al cuarto de baño. Miré una vez más a Georgina, que seguía en el umbral y daba la impresión de querer estar en cualquier otra parte menos allí. Dylan cerró la puerta y me quedé a solas con él. El cerebro me iba a toda velocidad. Era evidente que estaba pasando algo que no entendía porque me faltaban datos clave, pero, al parecer, a mi cuerpo le daban lo mismo todos los argumentos lógicos. No quería estar con él en un espacio tan reducido cuando, al otro lado de la puerta, había una chica en su cama.

—No puedo —repetí—. No puedo...

—Dame cinco minutos, ¿de acuerdo? Por favor.

Al oír su tono suplicante, lo miré. Una vez más, me llamó la atención lo despeinado que estaba. Se había acostado con Amara. Ellos dos. En su habitación. Tenía ganas de cargarme algo.

—Te doy dos —repuse.

Dylan asintió y me acercó al borde de la bañera, que por lo visto se había convertido en nuestra nueva enfermería. Después me bajó la cremallera del plumífero y me lo quitó. Fue despacio con el jersey y, donde se veía el mordisco de la criatura, lo rasgó de un tirón

hasta separar una parte de la manga. Cogí aire entre dientes al ver la magnitud de la herida. El monstruo me había hundido los colmillos en la piel, pero por lo menos ya no sangraba tanto, lo cual me pareció una buena señal.

Dylan cogió el botiquín, me desinfectó la herida y le aplicó una pomada mientras yo permanecía sentada con el pulso acelerado, esperando.

—No haces preguntas —observé.

Él comenzó a vendarme el brazo.

—Porque ya he visto una herida como esta. En Amara.

Lo miré ceñuda.

—¿Qué?

Afianzó la venda y se quedó en cuclillas delante de mí; me miró.

—Amara recibe amenazas desde hace unas semanas. Primero fueron solo cartas, parecidas a las que te llegaron a ti, pero después... —Hizo una pequeña pausa y se pasó una mano por la cara. Solo entonces me percaté de lo oscuras que eran sus ojeras y de lo pálido que estaba—. Después algo empezó a perseguirla por el campus. Al principio, solo distinguió una luz roja en la oscuridad, pero luego, el fin de semana, sufrió un ataque. Por parte de un sabueso, una criatura mitológica primitiva similar a un lobo. La mordedura que le hizo en la pierna era idéntica a la tuya.

Lo escuchaba con atención. Aunque entendía las palabras, había muchas otras cosas que se me escapaban.

—¿Qué ponía en las cartas? —quise saber.

—Exigían información. Sobre su madre.

Me paré a pensar en lo que acababa de oír en la reunión del Consejo: que habían herido de gravedad a la Caballera Chandran. Y recordé que habían preguntado cómo había obtenido Cree

información acerca de los artefactos. Mi cabeza era un revoltijo de pensamientos.

—La Caballera Chandran trabaja para los Maguire, ¿no?

Dylan asintió despacio.

Solté un taco contenido.

—La han herido. Cree atacó a los Maguire para apoderarse del tesoro que protegen.

Dylan apretó los dientes.

—Amara se resistió, de ahí que el sabueso la atacara. El que la estaba intimidando cumplió sus amenazas.

Conque era eso. Cree tenía a Amara en el punto de mira y la amenazaba para que le facilitase información sobre los Maguire y sus Caballeros.

—Y al final cedió.

—Amara le dio un calendario de turnos falso de su madre y de la unidad de esta, porque no sabía qué otra cosa podía hacer para ayudar.

Sentí una oleada de compasión. Yo solo me había tropezado una vez con ese monstruo, y la herida me dolía una barbaridad. ¿Cómo lo estaría pasando ella?

—Por eso Cree no ha logrado hacerse con el artefacto, porque la información que dio Amara era falsa —pensé en voz alta.

—¿Tú cómo sabes eso? —inquirió Dylan.

Le resumí lo que había ocurrido desde que me aventuré en el pasadizo secreto y él se paró a pensar.

—Así que quiere de verdad apropiarse de todos los tesoros.

Hice un gesto afirmativo.

—Y uno de los cuatro tesoros está aquí, en el campus. El Consejo ha mandado vigilar las residencias porque teme que Cree atacará pronto.

Dylan profirió una imprecación en voz baja.

—Hay algo más —añadí, y él me miró con expresión expectante—. Yo también he recibido cartas. Creí que alguien quería gastarme una broma por lo que pasó en la primera prueba, pero... empiezo a pensar que de verdad son de Violet.

El semblante de Dylan se ensombreció cuando le dije lo que ponía en las cartas.

—¿Por qué no me lo contaste?

Me paré a pensar, titubeé, pero al final me decidí por la verdad.

—Creí... que algo se interponía entre nosotros. Luego empezaste a pasar mucho tiempo con Amara, Lorcan me contó que entre vosotros había habido algo y, como guardabas tanto las distancias conmigo..., creo que no me atreví. Pero, aparte de eso, no me tomé en serio las cartas.

Dylan soltó otro taco y después se inclinó hacia delante hasta apoyar ambos brazos en el borde de la bañera.

—Amara acudió a mí cuando recibió las primeras cartas. Me pidió ayuda, así que empezamos a pasar más tiempo juntos. Queríamos dar a entender que nuestra relación era muy estrecha para que a nadie se le ocurriera cumplir las amenazas, sabes que todo el mundo me tiene miedo. Pero el sabueso volvió y la atacó. Intentamos que le perdiera el rastro y le dimos una pista falsa para que desistiese de seguirla, por eso Amara se quedó a dormir aquí.

Tardé unos segundos en comprender sus palabras.

—Bailaste con ella, la tocaste. Después de la comparecencia fuiste a sentarte a su lado. Me... me cuesta creer que hicieses todas esas cosas solo porque tus intenciones eran nobles, y más teniendo en cuenta que en su día estuvisteis juntos.

Dylan me miró fijamente a los ojos.

—Entre Amara y yo no hay nada. Nada en absoluto. Además, su corazón pertenece a otra persona desde hace tiempo.

Miré hacia la puerta del cuarto de baño. Oía la voz de Georgina, amortiguada. Recordé que en la primera prueba se puso delante de Amara. El apodo con que esta la llamaba. La conmoción que reflejó el rostro de Georgina al verla allí, el dolor que intentó ocultarnos. Al parecer, Dylan leyó mis numerosos pensamientos.

—Pregúntame. Pregúntame lo que quieras y te lo explicaré.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué quieres hacer esto ahora?

—Le prometí a Amara que no le contaría nada a nadie, pero, después de la última conversación que mantuve contigo, fui a verla y le dije que no podía seguir así.

Me paré a pensar en todo lo que había sucedido a lo largo de los últimos días, y me acordé de algo que me dijo Dylan la primera vez que nos besamos. Era una mierda pensar en eso precisamente entonces, pero no pude evitarlo. Llevábamos mucho tiempo sin hablar con sinceridad y necesitaba soltarlo todo. Tenía que hacerlo.

—Aquella vez, la noche que estuvimos en este mismo sitio, me dijiste que no tenías amigos ni nada por el estilo. Y que una vez habías estado enamorado, pero no permitiste que la cosa fuera a más. ¿Te... te referías a ella? —No sabía por qué necesitaba saber eso; quizá, lo que pretendía venderme como un deber caballeroso era algo mucho más importante.

—Zoey —dijo él con suavidad, y logró que lo mirase a la cara de nuevo. Levantó una mano despacio, me apartó de la frente un mechón de pelo y me lo puso detrás de la oreja. Su mano permaneció en mi rostro durante un segundo, y después la bajó—. Ya hablaremos con más calma.

Sus palabras me recordaron que justo al lado había dos personas esperando, y me levanté. Mi corazón poco a poco volvió a su ritmo normal y las piernas me sostuvieron con más firmeza. Salí del cuarto de baño detrás de Dylan. Amara y Georgina estaban en la habitación, esta última con los brazos cruzados y un brillo furibundo en los ojos.

—No me puedo creer que me ocultarais algo así. Dijiste que solo te habían amenazado una vez y que no había vuelto a pasar —se dirigió a Amara.

—No quería que te preocuparas e hicieras otra tontería, como por ejemplo plantarte delante de un monstruo solo para protegerme.

Georgina resopló.

—Vaya, pues ha salido genial, porque eso es justo lo que he tenido que hacer, pese a que no se te ocurrió contarme lo que estaba pasando.

—Por una vez quería ser yo la que te protegiese a ti. —La voz de Amara, por lo general tan melódica, soltó un gallo—. Podemos darnos con un canto en los dientes por que Dylan nos ayudara. Sin él quizá estuviese muerta.

—Y se lo agradezco, pero yo también habría podido ayudar. Y no soporto que me guardes secretos. —Georgina dijo exactamente lo que se me estaba pasando a mí por la cabeza.

—¿Podríamos hablar de esto en otra parte? —inquirió Amara, bajando la voz.

Georgina nos miró a Dylan y a mí y abrió la boca, pero la volvió a cerrar e hizo un gesto de asentimiento. Después le tendió la mano a Amara, que la cogió en el acto. Sus ojos tenían un brillo sospechoso cuando sus dedos se entrelazaron con los de Georgina.

—Mañana hablaremos de lo que hemos oído —añadió Georgina al pasar por delante, mirándome a mí.

—Espera. —Fue como si la palabra me saliera sola. Georgina se detuvo. Yo no sabía por qué se me ocurría eso de repente, pero tenía que averiguarlo—. ¿Quién me echó la droga en la bebida durante la fiesta? Insinuaste que en las copas había algo.

Georgina torció el gesto con amargura.

—Solo vi pasar a alguien por delante encapuchado. Me pareció que según pasaba sostenía la mano un instante sobre las copas. —Se calló y Amara le dijo algo en voz queda—. Lo siento —se disculpó, apretando los dientes—. Tendría que haber dicho algo antes de que bebieras, pero estaba cabreada contigo. Y pensé que quien fuese solo quería birlarle los broches a la gente.

Que Georgina no hubiese dicho nada en el momento no estaba bien, pero... esta noche me había salvado y me había llevado con Dylan. Literalmente había cargado conmigo por todo el campus. Antes a Georgina lo único que le importaba era el torneo, pero eso había cambiado.

—Tienes razón —admití, y le dediqué una sonrisa cansada—. Ya hablaremos mañana.

Georgina puso cara de sorpresa y acto seguido sonrió también. Y fue la primera vez que no me pareció una sonrisa maliciosa, sino genuina.

Ambas se despidieron con pocas palabras. Cuando Amara ya estaba en la puerta, se volvió hacia Dylan y le dirigió una sonrisa trémula.

—Gracias por ayudarme.

Dylan hizo un escueto gesto afirmativo. Después las dos se fueron y Dylan cerró.

Me quedé parada en medio de la habitación, sin saber qué hacer. Entre ambos se extendió un silencio durante el cual traté de procesar todo lo que había ocurrido a lo largo de las últimas horas.

La reunión del Consejo; el ataque a los Maguire; el sabueso; el hecho de que Cree siguiera tratando de apoderarse de los tesoros y uno de ellos estuviese escondido en Everfall; Violet, que insistía en hablar conmigo; y en esos momentos, además, lo de Dylan y Amara, que por lo visto no tenía nada que ver con lo que yo había supuesto. Era demasiado. Al mismo tiempo me sentía exhausta y me habría gustado desplomarme en los brazos de Dylan. Pero no podía ser. No cuando eran tantas las cosas que se interponían entre nosotros. Palabras no pronunciadas que amenazaban con subir a la superficie. Era preciso que se liberasen, por lo visto ambos lo presentíamos.

—¿Te quieres sentar? —preguntó al tiempo que señalaba la cama.

Puesto que poco antes Amara había estado acostada en ella, se me hizo un tanto extraño. Me acomodé sin vacilar en la silla de la mesa. Solo entonces vi la ropa de cama en el suelo, donde al parecer había estado durmiendo Dylan. Se sentó frente a mí, en el borde de la cama. Nos miramos. Yo fui la primera en hablar.

—Pese a todo, hay algunas cosas que siguen sin tener sentido para mí. —Me puse a toquetear un hilo suelto de la venda, pero paré antes de seguir tirando de él—. Durante estas últimas semanas has estado guardando las distancias conmigo.

Dylan respiró hondo.

—He intentado hacer lo correcto. Sobre todo cuando me di cuenta de que te estaba costando superar lo de Violet y Cree, y también lo de Maguire. Te han pasado muchas cosas, y tenía claro que primero debías digerirlas.

—Antes ¿de qué? ¿De que te puedas abrir a mí? ¿Solo seré lo bastante buena cuando haya solucionado todos mis problemas? —No lo pude evitar, fue como si mis peores temores se hiciesen realidad. Tenía tantas cosas en la cabeza que no me pude contener.

—Has acudido a mí siempre que querías distraerte —repuso Dylan con serenidad—. Sé que todo esto era demasiado para ti, igual que para mí. Pero también ha hecho que tenga clara una cosa: no quiero ser solo una distracción para ti. No quiero servir para que olvides a tu exnovio y tampoco quiero que lo reprimas todo y por eso acabes viniendo a mí.

Contuve la respiración. Tardé un instante en entender sus palabras y lo que significaban.

—Pero, entonces, ¿qué quieres? Porque cada vez que creo intuir lo que podría haber entre nosotros, tú reculas.

Dylan tragó saliva con dificultad y se pasó una mano por el mentón. Tardó un instante en ordenar sus ideas.

—Cometí un error. Porque estoy firmemente convencido de que no me puedo permitir sentir nada por nadie. Si lo hago, si arriesgo mi corazón así, sé que la cosa acabará en dolor. Y no quería hacerte eso ni hacérmelo a mí.

Lo miré frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué dices eso?

Se limitó a negar con la cabeza.

—Porque he tenido la experiencia. Una y otra vez.

Lo miré expectante. Tenía la sensación de que estaba a punto de abrirse a mí.

—Cuéntamelo, por favor. Cuéntame por qué no dejas que nadie se acerque a ti, por favor. Me gustaría entenderte mejor —musité.

Cogió aire con fuerza una vez. Dos. Sonrió.

—Mierda, no es tan fácil.

—Ahora sabes cómo me siento yo siempre que me pides que lo haga.

Rio, sin aliento.

—Te pido disculpas oficialmente por ello.

Se debatía de tal modo consigo mismo que no fui capaz de seguir sentada en la silla. Me levanté sin vacilar y me acomodé a su lado, en el borde de la cama. Y noté lo tenso que se ponía de pronto.

—No... no tienes que contarme nada si no te apetece —afirmé.

—Confío en ti. Más que en ninguna otra persona —contestó—. Y ya va siendo hora de que te lo demuestre.

Estábamos tan juntos que nuestras piernas se rozaban. Al parecer, Dylan necesitaba ordenar sus ideas, y le di tiempo.

—Todas las personas que han sido importantes para mí han muerto. —Las palabras hendieron el silencio, y contuve la respiración. Pero antes de que pudiera asimilar de verdad lo que acababa de decir, él continuó—. Mis padres... eran Guardianes. Mi madre era descendiente de Morrigan y tenía un don para la lucha; mi padre, la magia de la muerte de Dagda.

Aguanté la respiración, cada dato era tan valioso para mí que temía que el menor movimiento por mi parte bastara para hacerlo callar.

—Llevaron a cabo muchas misiones juntos. Todavía me acuerdo de que sus compañeros siempre se estaban riendo de ellos. Mi madre solía decir que envidiaban la buena relación que tenían. No todas las parejas pueden trabajar bien juntas. —Se detuvo, su respiración era trémula. Le cogí la mano, entrelazó sus dedos con los míos de inmediato y me los apretó—. Durante una misión arrestaron a un traficante. Era el líder de una red especializada en la venta de objetos mágicos prohibidos. Había infringido prácticamente todas las leyes y llevaba siglos en la lista del Consejo. Mis padres formaban parte de los Guardianes que por fin lograron apresarlo en el curso de una larga misión. Fue necesario luchar con dureza para desarticular la red, pero lo consiguieron.

Le acaricié el dorso de la mano con el pulgar para animarlo a continuar, aunque intuía que la historia daría un terrible giro.

—Aún recuerdo la noche que finalizaron, con éxito, la misión. Por aquel entonces yo había cumplido once años, y mi hermano Ewan, nueve.

Dylan tenía un hermano. Eso también era nuevo.

—Mi madre preparó *doenjang jjigae*. Todavía me acuerdo de cómo humeaba la cazuela, de lo rico que estaba el estofado. De pronto se rompieron los cristales de las ventanas y a mi padre lo arrolló una potente onda de energía. Murió en el acto. Su alma... —Dylan hizo una pausa, se aclaró la garganta—. Su alma fue la primera a la que tuve que acompañar al más allá. De no haberlo hecho, se habría quedado allí. Para siempre.

Le apreté la mano de tal modo que casi temí hacerle daño, pero él me la estrujó con la misma fuerza.

—Lloré. Le dije que no quería hacerlo, que no podía hacerlo, pero repuso que tenía que ser valiente. Un roce y se fue. Me dolió. Como si la herida que se había abierto en su pecho también desgarrase el mío ahora. Y antes de que volviera a ser mínimamente consciente de lo que estaba pasando, mi madre tiró de mí. Me gritó que cuidara de Ewan, que nos quería y que teníamos que ponernos a salvo. Fue Ewan quien me cogió la mano e hizo que me moviese. Volví la cabeza y solo pude ver cómo mi madre caía al suelo. Y allí estaba también su alma. Permaneció con nosotros cuando los tipos nos siguieron. Ella también me dijo que tenía que ser valiente antes de que mi magia la llevara al otro lado. Ni siquiera lo hice a propósito. —El pecho de Dylan subía y bajaba con agitación—. Ewan y yo logramos salir de casa y avanzar unos cientos de metros antes de que nos rodearan. Yo sabía que no teníamos escapatoria. Lo único que contaba era sobrevivir como fuera. Entonces nos atacaron. En

ese momento sucedió algo en mí. Sabía qué clase de poder dormitaba en mi interior. Sabía muy bien lo que yo era. Y que con ayuda de la magia de un Reaper no solo es posible mantener el equilibrio. También podía hacer que la balanza se inclinase hacia el otro lado. Así que dejé que ese bullir poderoso saliera de mí. Cogí en brazos a Ewan mientras les arrancaba violentamente el alma a todos los que querían acabar con nosotros.

En la garganta se me formó un nudo. Me horrorizó imaginar a Dylan, desvalido y al mismo tiempo tan poderoso.

—No me di cuenta hasta después de que había reaccionado demasiado tarde —contó con voz ronca. Cuando levantó la cara, vi que había lágrimas en sus oscuros ojos—. También hirieron a Ewan. Estaba... estaba en mis brazos cuando murió.

—No —dije a duras penas.

—El dolor que sentí en esos segundos... no se puede comparar con nada que haya sentido nunca. Fue como si me hubieran hecho pedazos el alma. Yo también morí. O quería estar muerto. Y entonces supe que no lo podía permitir. No podía perder también a Ewan. Así que hice algo innombrable.

Seguía agarrándole la mano.

—No hacía mucho que se había ido, así que lo traje de vuelta —susurró Dylan.

Durante un momento solo oí cómo se me agolpaba la sangre en los oídos.

—¿Qué?

—Cogí de la mano su alma y la traje de vuelta. —Los músculos de la mandíbula se le tensaron—. Sé que está prohibido. También sé que por eso y por lo que les hice a esos tipos me podrían desterrar y meter en la cárcel de los Guardianes, ¿de acuerdo? Pero no lo pude evitar. No podía perder también a Ewan. No después de...

Lo abracé. Temblaba, y lo estreché más fuerte aún. En ese momento era lo único que podía hacer. Dylan tardó un instante en abrazarme a su vez, con tal vehemencia que yo casi no podía respirar.

—Cuánto lo siento, Dylan —musité, asfixiada.

Él enterró el rostro en mi cuello. Permanecimos así un rato, hasta que su respiración se fue calmando poco a poco.

—¿Qué fue de Ewan? —quise saber, y le acaricié la espalda con suaves movimientos circulares.

—Sigue vivo. Pero... ya no es el que era.

—¿Qué quieres decir con eso?

Hizo de tripas corazón.

—Hay momentos en los que parece lúcido y hay momentos en los que se le nubla la mente. En los que tiene visiones de muerte y oscuridad, y no sabe distinguir qué es verdad y qué no. Su vida no es fácil. Sufre a menudo. Y todo eso es culpa mía, mía y de nadie más.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—En una institución privada, donde lo atienden día y noche. Convive con otras personas que son como él. Que resultaron heridas con magia y necesitan ayuda en su vida cotidiana. Por eso necesito dinero. Yo corro con los gastos.

Arrugué la frente.

—Pero ¿y tu tía? ¿Por qué...?

—No sabe nada de esto —me interrumpió Dylan. Se separó de mí, tenía el pánico reflejado en los ojos—. Y es preciso que siga siendo así.

Elegí lo siguiente que dije con cuidado.

—¿Cómo es posible que no lo sepa?

Tragó saliva con dificultad.

—No fui capaz de contarle a nadie lo que pasó entonces.

Tardé un momento en entender.

—¿Quieres decir con eso que tu tía cree que Ewan murió?

Dylan hizo un gesto afirmativo.

—No fui capaz. Tenía miedo de que me encerraran y no me dejaran volver a verlo. Así que me lo llevé y lo escondí unas semanas, hasta que encontré la manera de que ingresara en ese sitio. A mi tía Grace le concedieron mi tutela. Es la mujer de mi tío, que había muerto unos años antes. Pero siempre ha sido mi familia. Y me ha educado lo mejor que ha podido.

Seguía sin entender cómo Dylan podía haberle ocultado algo así, pero aún no había terminado.

—En su día los Guardianes iniciaron un proceso. Investigaron el caso y averiguaron lo que les hice a esos tipos. Como mi magia despertó esa noche y las circunstancias eran tan espantosas, al cabo de pocos meses la causa quedó sobreseída. Sin embargo, me gané un expediente bastante gordo que acabó en el Consejo.

Seguí acariciándolo mientras pensaba en todo lo que me había contado.

—Cuando sales del campus, ¿vas a ver a Ewan?

Él asintió. Nos envolvió el silencio.

Llevaba mucho tiempo intentando entender qué había tras la fachada de Dylan. Por qué necesitaba dinero con tanto apremio, por qué me había jurado en su día que valía la pena morir si con ello ganaba dinero. Por qué le había visto tantas cicatrices en el cuerpo, por qué siempre levantaba un muro, pero al mismo tiempo siempre me advertía que no dejara que se me acumulase la magia para que no se descontrolase y pusiera en peligro a otros.

Llevaba años cargando con ese secreto. Debía de ser un peso enorme. Qué duro, ni siquiera me lo podía imaginar. Era un niño y

había asumido esa responsabilidad..., y ahora su mirada rebosaba inseguridad y miedo. Temía cuál sería mi reacción. Pero no tenía por qué, y era importante que se lo dejara claro.

—Me alegro mucho de que me hayas contado esto, y te lo agradezco —musité mientras lo miraba a los ojos. Después volví a abrazarlo. Durante un momento, lo noté como petrificado, pero luego me estrechó y me sentó en su regazo. Era como si quisiésemos fundirnos. Tardé un rato en separarme de él, pero solo para rodearle las mejillas con las manos y volver a mirarlo a los ojos —. Yo habría hecho lo mismo que tú —aseguré, convencida—. De haber estado en peligro mi hermano o mi hermana, habría actuado igual. Habría hecho lo que fuese para protegerlos. Incluso cosas prohibidas.

Cerró los ojos, atormentado. Daba la impresión de que no me creía.

—Hiciste lo que debías.

—El Consejo no opina lo mismo —aseveró con aspereza.

—Que le den al Consejo.

Se rio, estaba sin aliento.

—Lo digo en serio. No hiciste nada reprobable, digan lo que digan las leyes. Lo que hizo esa gente es lo reprobable y lo vil, no lo que hiciste tú. Eso no. —Le acaricié con ternura las mejillas—. Creo que es espantoso lo que os pasó a Ewan y a ti. Odio que tu familia tuviera que sufrir algo así. Ojalá no hubiera sucedido. Y te admiro por tu valor y tu espíritu de sacrificio.

Conseguí que me mirase. En sus ojos estaba escrita la duda.

—Tu secreto está a salvo conmigo —musité.

Se me quedó mirando.

—Todas las personas a las que he querido han muerto o se ven condenadas a vivir una vida desgraciada. Desde entonces me juré

que no volvería a verme en una situación así. No quería sentir nada. No quería amigos ni amor. Ni comer con gente, ni mantener conversaciones largas, ni pasar tiempo con nadie. Solo quería... sobrevivir.

Se me encogió el corazón al oírle decir eso. Acto seguido me agarró la muñeca y se recreó en el roce.

—Pero entonces la tía Grace me obligó a pasar tiempo a diario contigo. No sabes cómo la odié por ello. Porque me hacías ver cómo soy. Hasta qué punto escondo y contengo todo lo que me ocurre. Y cuanto más te abrías a mí, tanto más deseaba yo poder hacer lo mismo. Despertaste en mí deseos. De una vida que ya no creía que fuese posible.

Los ojos empezaron a escocerme. Me costó reprimir el nudo que tenía en la garganta.

—Hace un rato me preguntaste a quién me refería cuando te conté que una vez había estado enamorado. No me refería a Amara. Me refería a ti —susurró.

—Dylan... —La voz se me quebró, y ya no sabía quién estaba sosteniendo a quién.

—No creo que pudiera. Si te pasara algo... No podría dejarte marchar —continuó.

Por eso había mantenido las distancias. Por el miedo que sentía. Porque había vivido algo tan espantoso que no quería que volviera a sucederle nada parecido.

—A mí me pasa lo mismo contigo. —Conseguí pronunciar esas palabras casi de milagro. Dylan seguía con su rostro entre mis manos, y entonces sentí que también tenía su corazón en ellas. Era el regalo más valioso que me habían hecho nunca.

—Siento haber guardado las distancias contigo. Pensé que sería mejor así. Para los dos.

—A mí no me parecía que fuese mejor —aseguré.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba.

—Ya me daba cuenta. —Hubo una pequeña pausa—. Antes no quería a nadie en mi vida. La tía Grace e Ewan casi me parecían demasiado. No quería correr más riesgos. Así que acepté la soledad. Me refugié en ella.

—Lo dices como si eso hubiera terminado.

—Tú sabes que ha terminado. —Me acarició con dulzura la muñeca, su mirada se ensombreció—. Desde que te conocí, todo ha cambiado. Te has colado en mi vida de manera inesperada, sin que me diera cuenta, y ahora no me la imagino sin ti.

—¿Que me he colado de manera inesperada? Menuda cara tienes. No fui yo la que nos encerró en una habitación —aduje medio en broma para destensar el ambiente.

De nuevo esbozó una sonrisilla.

—La inimitable Miss Everfall. Intentando decirme cómo debo confesarle mis sentimientos —repuso, y se inclinó hacia delante. Sus labios se posaron en los míos y la piel se me incendió. Solo fue un roce, pero hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Las bromas se habían terminado cuando se separó de mí y apoyó su frente en la mía—. Mi alma necesita a la tuya. No creo que pueda pasar un día más sin ti. Estoy locamente enamorado, Zoey King. Y no hay nada que no estuviese dispuesto a hacer por ti. Por ti iría hasta el fin del mundo. Hasta el Otro Mundo y más allá.

Las lágrimas se me saltaron. Nadie me había dicho nunca algo tan bonito. Casi no podía respirar, era como si mi corazón se fuera a desbordar de amor.

—Has hecho que vuelva a creer en mí. Has hecho que me acepte y me supere. Y siempre estás ahí. Yo también me he enamorado de ti, Dylan. Perdidamente —musité contra sus labios.

—Con estas palabras me haces muy feliz. Pero... también tengo miedo —admitió.

—Yo también lo tengo. —Las lágrimas me corrían por el rostro mientras pensaba en todas las dudas que me habían asaltado—. Creí que era una carga para ti. Que te sacaba demasiado de quicio y que por eso siempre te apartabas de mí.

—Hubo momentos en los que el miedo me superaba y no podía evitar salir corriendo. Sabía que, si me dejaba caer una vez, ya no habría vuelta atrás. Casi no soportaba estar contigo en la misma habitación sin hacer esto —repuso, y me puso una mano en la nuca y me acercó a él.

Me besó de nuevo y sentí que flotaba. Movía su boca sobre la mía, con suavidad al principio, un rozar delicado de sus labios en los míos. Le eché los brazos al cuello, le pasé las manos por el suave pelo y me abandoné por completo al momento. Dejamos atrás los recuerdos dolorosos, y también las muchas cosas que se habían interpuesto entre nosotros.

Al cabo de un rato me separé de él, sin aliento.

—Por favor, la próxima vez que sientas miedo, dímelo. No creo que pueda soportar que vuelvas a apartarme de ti.

Clavó en mí su mirada.

—Para mí ya no hay vuelta atrás. Me he dejado caer demasiado. Y no hay nada que desee más.

Vi la verdad en cada una de sus palabras y busqué sus labios con los míos de nuevo. El siguiente beso pareció cobrar más importancia aún después de todo lo que nos habíamos confesado. Todas mis sensaciones se vieron reforzadas, me recorrió un calor cada vez más abrasador cuando me presionó la nuca y me pegó más a él. Lo que empezó con delicadeza se volvió más firme, más apasionado, y el ardor me atravesaba con tanta vehemencia que sin duda habría

hecho que cayera de rodillas de no estar sentada en su regazo. Dylan me sostenía en sus brazos como si yo fuese algo sumamente valioso para él, y yo lo acariciaba con la misma entrega. Cuando su lengua irrumpió en mi boca, di la bienvenida a la intimidad del beso y me abandoné por completo a él. Nuestras lenguas bailaban y la cabeza me daba vueltas. Era maravilloso. Era más que eso. Éramos más que eso y, con cada segundo que pasaba, ansiaba estar más unida aún a él.

Me mecí contra su cuerpo, sucedió con naturalidad, y Dylan soltó un gemido que me sacudió entera. Después metió las manos por debajo de mi jersey y del top que llevaba puestos y me quitó las dos prendas con un movimiento fluido. Contuve la respiración un instante, porque el brazo me dolió, y él se detuvo en el acto.

—Estoy bien —susurré, y lo besé de nuevo—. Estoy más que bien.

Le quité la sudadera. Era la primera vez que podía mirarlo cuanto quisiera. Tranquilamente y sin que alguien me interrumpiese o sin que me diese la impresión de que hacía algo prohibido. Lo recorrí con los ojos y mis manos siguieron su estela. Dylan se echó hacia atrás, se apoyó en los codos y me dejó hacer, pero no aguantó mucho. Me tocó de nuevo. Sus manos subieron por mis muslos hasta mi culo, me estrechó con fuerza y, cuando me apoyé en él, lo sentí debajo de mí. Quería más de ese calor embriagador y fui en su busca. Dylan no me iba a la zaga, sus caricias se tornaron más febriles, como nuestro beso, y su pecho subía y bajaba deprisa.

Nos precipitamos al abismo juntos y al mismo tiempo subimos hasta el cielo cuando nos quitamos el uno al otro la ropa que aún teníamos puesta. Acabé tendida bocarriba y con él encima. Me contemplaba con un respeto reverencial.

—Eres preciosa —musitó—. Más que la mismísima Clíodhna.

La sangre se agolpó en mis oídos cuando tiré de él hacia mí. La sensación de su cuerpo caliente bajo mis manos era mejor de lo que había soñado. Su boca rindió homenaje a mi cuerpo, lo exploró con parsimonia hasta que me aferré a la sábana y musité su nombre desesperadamente. Volvió a colocarse encima de mí y me apaciguó. Besos delicados, dedos inquisidores y la creciente necesidad de estar todavía más unidos, tanto que ya no sabíamos decir dónde empezaba yo y terminaba él.

Entonces lo sentí. El momento que tanto había deseado y al mismo tiempo temido, aunque pronto me di cuenta de que no había ningún motivo. Dylan me abrazó cuando nos fundimos, y sus diestras manos y sus palabras roncas hicieron que mi cuerpo se distendiese y lo buscara. Arqueé la espalda.

—Dylan —jadeé.

—Lo sé. —Me besó y hundí los dedos en sus hombros, aunque los aflojé por miedo a hacerle daño. Sin embargo, dijo—: No te contengas. No te contengas nunca cuando estemos juntos.

Le rodeé la cintura con las piernas, me aferré a su espalda y dejé que rompiera las últimas cadenas que me ataban. Nuestro corazón palpitó al unísono hasta que casi no pude respirar y la tensión aumentó hasta límites insospechados.

Y nos perdimos el uno en el otro, en un lugar del que no quería volver a salir.

24

El corazón de Dylan latía rítmico y con fuerza. Pegué el oído a su pecho.

—Como sigas así, te me vas a meter dentro —observó.

Levanté la cara y lo miré. Su sonrisa era cálida e hizo que me recorriese un agradable escalofrío.

—Puede que ese sea mi plan —contesté. Su sonrisa se ensanchó. Le pasé la yema de los dedos por la comisura de los labios con veneración—. Tienes la sonrisa más bonita del mundo.

Me cogió la mano y me besó los nudillos.

—Ya me tienes, no hace falta que te esfuerces más para ligar conmigo.

—Conque eso es lo que piensas, ¿eh? Que te hago cumplidos para ablandarte.

—Yo no me ablando.

—Sí que te ablandas. Y de qué manera —objeté.

—En cuanto te confieso lo que siento por ti te pones chulita. Increíble.

Le pasé una pierna por encima y me senté a horcajadas sobre él. Dylan tragó saliva con dificultad al mirarme. Le coloqué un dedo debajo del mentón para que volviese a clavar sus ojos en los míos y me incliné; mi pelo lo envolvió como si fuese una cortina.

—Y yo que creía que te gustaba cuando soy chulita —susurré.

Por toda respuesta volvió a darme otro beso que, pocos segundos después, se desbordó.

Más avanzada la noche, tenía la cabeza apoyada de nuevo en el pecho de Dylan y escuchaba el palpitar de su corazón. Dormía, su respiración era regular y su semblante parecía más relajado que nunca. Le aparté los alborotados mechones negros de la frente.

Debía de llevar una hora despierta, mirándolo mientras dormía. Cuando la noche me cubrió con su pesado manto y me fui calmando poco a poco por dentro, a la superficie afloraron otros pensamientos. Pensé en las cosas que todavía no le había contado a Dylan porque aún no era el momento. En las últimas horas lo importante había sido él, sus secretos y el increíblemente valioso hecho de que se hubiese confiado a mí. Nada más. Sin embargo, había otras cosas relevantes que me reconcomían. No el pasado de Dylan, sino el mío. Violet y lo que había hecho, lo que me había escrito. Cree, que todavía no se había dado por vencido. Y el Consejo, que quería utilizar a Violet para sonsacarle información sobre su hermano. Pensé en lo que habían hablado los profesores y mi madre sobre el ataque a los Maguire y en que iban a llevar a Violet a la casona. En que Violet guardaba silencio con obstinación, pero quería verme, como ponía en las cartas que me había hecho llegar de la manera que fuese. Me pregunté sin querer quiénes estarían de su parte en el campus y quién me habría dejado esas cartas. Pero más importante aún era su contenido.

Quería verme. Hablar conmigo. Tal vez porque seguía existiendo una chispa de lo que había hecho que fuésemos amigas. Y mientras la noche transcurría apacible y silenciosamente y lo único que oía era el palpitar del corazón de Dylan, sentí lo egoísta que era por mi parte abandonarme de este modo a lo que había entre nosotros. Por maravillosa que fuera la sensación.

En cuanto se celebrase la reunión extraordinaria del Consejo, perdería la ocasión de acercarme a Violet. Nadie podría entrar en la mansión rural de los Maguire cuando patrullasen infinidad de Caballeros. Pero ahora... ahora existía una posibilidad. De aprovechar que mi madre no estaba allí y acercarme a Violet. Mi madre quería protegerme, pero si existía una posibilidad, por pequeña que fuese, de que yo pudiera hacer algo para frustrar el siguiente ataque de Cree, debía intentarlo.

Contemplé a Dylan: una de sus manos descansaba en el pecho, que subía y bajaba con placidez. Repasé todo lo que me había contado. Las cosas que le habían ocurrido habían sido terribles y lo habían marcado de tal forma que no había querido volver a sentir nada. Por nadie.

Si hubiese estado despierto, seguro que mi rostro le habría revelado lo que me proponía. Y supe otra cosa: Dylan no permitiría de ninguna manera que hiciera esto sin él.

«No creo que pudiera. Si te pasara algo... No podría dejarte marchar».

Lo que pensaba hacer no estaba exento de peligro. Cabía la posibilidad de que me atacaran o me pillaran. No podía hacerle eso a Dylan. Lo amaba. Más de lo que habría creído posible. Y no me arriesgaría a ponerlo en una situación en la que se viera obligado a hacer otra vez lo que había tenido que hacer en su día por su familia. Necesitaba saber que estaba a salvo.

Aunque el corazón se me encogió, hice un esfuerzo y me levanté de la cama procurando hacer el menor ruido posible. Cogí mis cosas, pero en lugar de mi jersey roto me puse una sudadera negra de Dylan. Olía a él e hizo que me sintiera bien y mal al mismo tiempo. Fui sin vacilar hasta su mesa, donde había algunos papeles sueltos. Cogí un rotulador y me incliné sobre uno de ellos.

Confía en mí, sé lo que hago.
Te quiero,

Zoey

A continuación me recogí el pelo en una trenza y arranqué a andar hacia la puerta. Lo miré una última vez y grabé en mi memoria la imagen. Después salí y cerré sin hacer ruido.

Tenía claro que no podría encargarme de esto yo sola, así que fui a buscar a Kenna. Cuando subí a la última planta, enfilé el pasillo, llegué a nuestra habitación y abrí la puerta lo más silenciosamente posible. Pero oí voces amortiguadas. Miré por la rendija y contuve la respiración.

Murphy tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el regazo de Kenna, que le acariciaba el cabello. La única luz era la de una vela, que proyectaba sombras titilantes en las paredes.

—Darius —musitó Kenna, y abrí los ojos como platos. ¿Así se llamaba Murphy? ¿El nombre de su padre, que nunca había querido utilizar?

Él hizo una mueca de dolor, pero después pidió:

—Dilo otra vez.

—Para no querer utilizarlo, bien que me pides ahora que lo diga.

—Porque cuando lo dices tú me gusta, incluso mucho.

—¿Sí?

—Sí. De hecho, podrías pronunciarlo mientras gimes cuando te...

—¡Darius! —silbó Kenna, indignada, y Murphy se rio con suavidad. Después se levantó y rodeó el rostro de Kenna con las manos.

—Gracias —musitó.

Ella se abandonó a la caricia.

—¿Por qué?

—Por devolverme algo que no sabía que necesitaba con tanta urgencia. Y por confiar en mí. Sé lo difícil que tiene que haber sido para ti. Sabré honrar tu confianza, lo juro.

—Ahora hablas como un Caballero —susurró Kenna.

Y se echó hacia delante y lo besó. Y... yo cerré la puerta con gran sigilo.

Después apoyé la espalda en ella y apreté los ojos mientras sentía el corazón en la garganta.

Por fin se habían encontrado. Kenna había abierto su corazón, al igual que Murphy, aunque para ambos había supuesto un gran desafío. Y yo había estado a punto de ponerlo todo en peligro. No podía hacer tal cosa. No quería arruinarles el momento. Tenían más que merecida esa dicha.

Respiré hondo unas cuantas veces para tranquilizarme, procurando hacer a un lado mis emociones y abordar la cuestión de manera lógica. Necesitaba a alguien que me facilitase el acceso a la propiedad de los Maguire. Y necesitaba a alguien que tuviese coche. Me puse a pensar febrilmente, y poco a poco tomaron forma dos rostros. Dos personas que podían ayudarme en esta situación.

Me separé de la puerta sin vacilar y fui a los aseos, por cuya ventana ya me había escabullido muchas veces. Cruzar el campus esa noche sin que nadie me viese no fue fácil. Descubrí que las patrullas adicionales que habían solicitado ya estaban recorriendo el recinto. Lo bordeé por donde habíamos ido hasta la Casa de los Hojas de Oro la última vez. Dos Caballeros pasaron muy cerca de mí. Hablaban en voz baja y contuve la respiración, por miedo a que el más mínimo sonido pudiera delatarme. Solo cuando siguieron de largo y entre nosotros había cierta distancia continué avanzando hasta llegar a la trasera de la residencia de los Hojas de Oro.

Unos meses antes no me habría atrevido a hacer esto. Cumplía las normas, era una alumna modelo y había crecido creyendo que mi magia sería sanadora. Si la Zoey de antes me hubiera visto colándome en edificios de noche, luchando contra monstruos y dejando que un Reaper me robara el corazón, probablemente se hubiese quedado muerta. Sin embargo, no podía negar que mi instinto me decía que mi destino siempre había sido este.

No fue nada fácil llegar a la ventana de mi antigua habitación, ya que esta vez iba sola. Me encaramé a ella a duras penas, solo que sin que nadie me aupara, algo complicó un tanto la empresa, pero al final lo conseguí.

Me sequé el sudor de las manos en los pantalones y me moví por el pasillo con el mayor sigilo posible. Cuando llegué a la habitación deseada, bajé el picaporte y exhalé un suspiro de alivio al ver que la puerta no estaba cerrada con llave. El único sonido que percibí fue una respiración fuerte, tanto que casi parecía un ronquido. Cuando lo vi en la cama, con un brazo extendido por encima de la cabeza y el otro apoyado en el vientre, me alegré de que estuviera solo y de no haber interrumpido nada. Me acerqué a la cama y durante un instante me pregunté cuál era la mejor forma de despertarlo sin darle un susto de muerte. Sin embargo, caí en la cuenta de que probablemente era imposible: al fin y al cabo, me había colado en su habitación en plena noche.

—Beau. —En un primer momento no reaccionó, así que me incliné hacia delante con cautela y le puse una mano en el hombro—. Beau.

Se incorporó tan rápido que estuvo a punto de darme un coscorrón. Acto seguido levantó los brazos en posición de lucha y parpadeó varias veces, cegado por la luz.

—Soy yo, Zoey.

Se restregó los ojos y se me quedó mirando.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Me paré a pensar en si había una forma buena de decírselo. Por desgracia, no se me ocurrió ninguna.

—Tienes que venir conmigo. Han atacado a tu familia.

Sacó las piernas de la cama de inmediato y se pasó las dos manos por la cara.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

Carraspeé.

—Tu padre está bien, y tu madre y tu hermana también. Pero durante el ataque mataron a un Caballero e hirieron gravemente a una Caballera.

—¿Cómo sabes tú eso?

Le conté sin extenderme que lo había oído en la reunión del Consejo y también que había sido Cree y que estaban trasladando a Violet a la casona de sus padres.

—Tengo que ir allí.

Beau me miró ceñudo, parecía cada vez más despierto.

—¿Por qué?

Ordené mis ideas.

—Violet ha dicho que solo quiere hablar conmigo. Mi madre intenta protegerme, pero creo que todavía hay una parte de Violet que es buena. Si pudiera hablar con ella, tal vez logre averiguar lo que se propone Cree... y qué es lo siguiente que pretende hacer.

Beau se paró a pensar en lo que le había dicho.

Me dio la sensación de que iba a tener que ser más persuasiva para que me acompañara, así que estructuré mis pensamientos y lo miré muy seria.

—Sé que no estamos pasando por nuestro mejor momento. Dejemos a un lado el torneo, están sucediendo cosas más

importantes, y si es cierto que están trasladando a Violet a vuestra casona, te necesito. Sin ti seguro que no podré entrar así como así.

De nuevo pasaron unos segundos durante los cuales Beau pareció absorto en sus pensamientos. Al final, se pasó las manos por el pantalón del pijama e hizo un escueto gesto de asentimiento.

—Iré contigo. De todas formas, tengo que ir a casa. Quiero asegurarme de que mis padres y mi hermana están bien.

Experimenté una sensación de alivio.

—Gracias.

—Pero volviendo a lo del torneo: yo no fui. Tienes que creerme.

Fruncí el ceño, ya que recordaba lo que había sentido cuando Amara me había ayudado a recordar, pero también sabía que no había tiempo para más discusiones, de modo que asentí despacio. Él pareció aliviado y se frotó la nuca.

—¿Cuál es el plan?

Le resumí lo que se me había ocurrido mientras su mirada se oscurecía cada vez más.

—¿Y cómo pretendes burlar a los Caballeros de mi familia? Si han sufrido un ataque, seguro que están sometidos a mucha más presión aún. Y el Consejo enviará a más patrullas.

En eso también había pensado, pero no estaba segura de si la idea que se me había ocurrido era buena o pésima. Me aclaré la garganta.

—Nos acompañará otra persona.

25

La mansión rural de los Maguire se hallaba a apenas dos horas del campus. Durante esas dos horas tuve que oír tantas quejas de mi segundo acompañante que me sentí tentada de echarlo del coche... aunque era él quien conducía.

—Y yo que pensaba que cuando uno está en deuda con alguien lo suyo es saldar esa deuda en lugar de contraer otra —comentó Lorcan más o menos por centésima vez.

Alcé la vista al cielo, pero nadie iba a bajar de ahí para ayudarme.

—Ya lo pillo, Lorcan.

—Estaba yo durmiendo como un niño, tan ricamente, en mi cama, y me sacas a estas horas intempestivas —continuó—. Porque necesitas mi coche.

—Y tu magia —añadió Beau, lo cual no fue de ayuda, que digamos.

—Siento que me estás utilizando —afirmó, enfurruñado, Lorcan.

—Al menos he dejado que te arregles el pelo —aduje con enfado.

—¿Acaso crees que estos rizos se mantienen así solos? Pues no. —Se señaló la cabeza mientras yo me preguntaba si no sería preferible que me atraparan los Caballeros a seguir aguantando su verborrea.

La mansión rural de los Maguire estaba rodeada de algunas colinas y un extenso terreno. Aunque reinaba la oscuridad, el telón de fondo con la fachada de arenisca, los numerosos miradores y las altas ventanas con forma de arco de la construcción parecía

soberbio. En el jardín delantero se distinguían algunos árboles espigados y arriates cubiertos de brillante escarcha que, como bien sabía yo, en primavera volverían a lucir toda clase de colores. Hicimos el último tramo del camino a pie porque Beau nos exhortó a ello. Nos indicó que era mejor que no entrásemos por la puerta principal, no fuera a ser que nos negaran el paso a Lorcan y a mí y, debido a las circunstancias especiales, solo le permitieran el acceso a él. En esos momentos nos encontrábamos en una entrada de la trasera de la casa señorial, la que utilizaba el personal y de la que, por suerte, Beau tenía una llave.

Franqueamos la puerta haciendo el menor ruido posible. Percibí en el acto un aroma que me resultaba familiar, amaderado y al mismo tiempo floral, una nota cálida que siempre había estado presente en la casa de los Maguire. Atravesamos en fila india, de puntillas, los pasillos, con sus muebles de madera oscura, sus paredes revestidas también de madera y los cuadros en los que se veía a Beau y su hermana con sus padres. Hacía siglos que no entraba en esta casa, pero la conocía bien, ya que había pasado en ella mucho tiempo cuando era pequeña. Solo que entonces jamás habría contado con que algún día tendría que interrogar a la que había sido mi mejor amiga, que ahora estaba prisionera en este lugar.

En el coche Beau y yo habíamos estado considerando qué habitaciones serían las más indicadas para retener a alguien. Nos pareció que lo más lógico era el sótano, así que seguimos avanzando en silencio por la casa, que apenas reconocía ya. Cree y sus secuaces no se habían andado con contemplaciones. Por todas partes había cristales y muebles destrozados, y algunos cuadros colgaban torcidos y medio rajados en los marcos. De pronto oímos pasos a cierta distancia. Beau dio la vuelta a la esquina mientras Lorcan y yo nos pegábamos a la pared para que no nos viera nadie.

—¿Qué está haciendo aquí, señor Maguire? —inquirió una voz cortante.

—He oído que han atacado a mi familia. Tenía que venir. —Lo dijo de un modo tan desesperado que sentí una opresión en el pecho.

—¿Lo sabe su padre?

—No. Tenía miedo de que quisiera impedir que viniese.

Tras un breve silencio, se oyeron pesados pasos de botas.

—Síganos.

Poco después los pasos se fueron perdiendo en el corredor, su sonido se fue desvaneciendo, y en alguna parte de la casa una puerta se cerró.

Exhalé un sonoro suspiro de alivio.

—Por los pelos —susurró Lorcan.

Necesité un momento para recomponerme.

—Vamos, tenemos que continuar.

Seguimos por la amplia planta baja, dejamos atrás las numerosas macetas, pasamos por debajo de una araña de luz, continuamos hacia la puerta por la que se bajaba al sótano. Solo unos metros nos separaban de nuestro objetivo, y mi pulso se aceleró.

—No me puedo creer que precisamente Violet sea capaz de cometer esas atrocidades —dijo Lorcan.

Estuve a punto de dar un traspié, pero logré tranquilizarme. Tragué saliva con dificultad.

—Eso mismo pensaba yo hasta hace unos meses, pero... —Volví a sentir que me envolvía la acechante oscuridad, pero la contuve con todas mis fuerzas. A fin de cuentas, era importante que no perdiera la cabeza—. Pero créeme, lo es. —No dije más, y por lo visto Lorcan intuyó que con sus palabras había puesto el dedo en la llaga. El resto del camino hasta el sótano lo hicimos en silencio. Abrí la

puerta con la mayor suavidad posible y, acto seguido, indiqué con la cabeza a Lorcan que bajara primero por la estrecha escalera.

—¿Quién anda ahí? —inquirió alguien a voz en grito.

Cuando se adelantaron los dos Caballeros armados que flanqueaban la puerta que se abría más atrás, el instinto me dijo que este era el lugar adecuado. Lorcan levantó las manos, esbozó la más radiante de sus sonrisas y susurró:

—Ustedes dos ya llevan aquí un buen rato, ¿no?

Su voz era grave, melódica, sus ojos parecían irradiar una luz interior, indicio este de su magia, con la que era capaz de conseguir que la gente hiciera lo que él quería. Cuando los dos Caballeros asintieron, pero no bajaron las armas, Lorcan musitó un conjuro cuyos armoniosos sonidos incluso hicieron que la cabeza me diera vueltas a mí. Me tapé los oídos, tal y como habíamos acordado.

—Me envía el señor Maguire. Alguien ha visto un movimiento fuera, junto a los viejos robles. Quiere que lo comprueben. Lo más a fondo posible, según órdenes del señor de la casa. —La voz de Lorcan me llegaba amortiguada y, sin embargo, estuve a punto de dar media vuelta yo también y hacer lo que indicaba.

Los Caballeros bajaron las armas.

—Pero, entonces, ¿quién vigila a la prisionera?

—Para eso nos han mandado bajar —afirmó Lorcan—. Mi compañera y yo lo haremos. Confíen en nosotros. Dennos las llaves.

Durante un momento ambos parpadearon, como si quisieran liberarse de un sueño que, con todo, los reclamó de nuevo y no los soltó. Aturdido, el de la izquierda se llevó la mano al cinto, del que colgaba el llavero. Acto seguido se lo entregó a Lorcan, que esbozó su sonrisa más desvergonzada.

—Muchas gracias. Y ahora, váyanse. Y examinen con calma el recinto. El señor Maguire confía en ustedes.

Los Caballeros enderezaron la espalda y echaron a andar con las armas en ristre. Su trote se fue apagando poco después, y yo me quité las manos de los oídos.

—Ha sido impresionante, pero en cierto modo también terrorífico —admití.

Cuando lo miré, a Lorcan le sudaba la frente.

—Los Caballeros tienen una voluntad fuerte. No ha sido fácil convencerlos. Como Violet no hable... —Me miró y me fijé en que tenía las mejillas rojas—. No sé si seré capaz de inducirla a que revele algo si se opone a ello. Esto me ha robado mucha energía.

Reprimí un taco.

—Llegaré hasta ella como sea —aseguré, y le dediqué una sonrisa para animarlo, aunque hasta yo misma me di cuenta de lo nerviosa que me sentía—. Gracias por acompañarnos, Lorcan. No creas que no lo sé valorar.

—Y tú no creas que te vas a librar de mí tan fácilmente, King —respondió—. Antes o después me cobraré los favores que me debes. Y es posible que no te hagan gracia.

Me limité a encogerme de hombros y cogí el llavero que me ofreció. Después me volví hacia la puerta.

Ahí estaba el momento que tanto había estado temiendo. El momento del que dependían no solo el bienestar del Consejo, sino también el destino de las personas a las que quería.

Me daba mucho miedo enfrentarme a Violet. Durante semanas me había sentido culpable y había reprimido ese sentimiento con todas mis fuerzas. Pero eso había terminado. Estaba harta. Si quería pasar página, debía enfrentarme a lo que tanto me había marcado. Si existía alguna posibilidad, por mínima que fuese, de que sirviera de algo que hablase con Violet, debía hacerlo. Punto. Así que eché atrás los hombros, adelanté el mentón e hice girar la correspondiente llave

en la maciza puerta. Después cogí el llavero. Lorcan me lanzó una última mirada antes de que yo empujara la puerta y entrase.

Había humedad y el olor era parecido al del viejo sistema de túneles en el que nos habían atacado a Georgina y a mí. Las paredes, de un gris oscuro, estaban desnudas y por un ventanuco se veían algunos arriates. El único mueble era una mesa atornillada al suelo. Y aunque había creído que sí, no estaba preparada mentalmente para lo que me encontré. Por mucho que me esforzara en mantener la compostura, nada habría podido prepararme para ver a Violet encadenada a una mesa.

Su tez era cenicienta, el cabello negro le caía lacio por la cara. Estaba inclinada hacia delante, y cuando bajé la vista, reparé en que las esposas de hierro le habían despellejado las muñecas. Se me formó un nudo en la garganta al mirarla a los ojos.

—¿Zoey? —Su voz sonó como si hubiera tragado cristal. Como si cada palabra, cada letra que pronunciaba, le causara dolor. Se me puso la piel de gallina en los brazos.

—Hola, Violet. He oído que quieres hablar conmigo —dije, y me acerqué un poco más, despacio—. Aquí estoy.

Parpadeó varias veces, casi como si no se pudiera creer que de verdad estaba delante de ella.

—¿Zoey? —repitió. Tenía las pupilas enormes. Me pregunté si le habrían administrado algo.

—Estoy aquí —contesté yo.

Su mirada, vidriosa, me recorrió de arriba abajo con nerviosismo.

—Te has tomado tu tiempo.

—Hasta hace nada no sabía que querías hablar conmigo —aduje.

—Te he escrito —afirmó.

—Creí que alguien quería gastarme una broma cuando encontré las cartas. Lo siento. —Me obligué a pronunciar las dos últimas

palabras, aunque me costó. A fin de cuentas, había venido hasta este sitio por un motivo, para sonsacarle información, y estaba segura de que no lo conseguiría si me guardaba rencor.

Violet cogió aire con dificultad, su respiración era trémula.

—¿Tienes idea de todo lo que me han hecho?

Apreté los dientes.

—No. Solo sé lo que tú me hiciste a mí aquella noche. Lo que querías hacerle a Kenna. Y cómo manipulaste a Finn en su día, que Cree y tú lo matasteis.

Las palabras me salieron sin más. No pude evitarlo; era algo que no había dicho y que se me había quedado estancado durante meses.

Quería transparencia, sí, y también necesitaba información, pero tampoco debía abordar el asunto mostrándome demasiado crédula. Violet me conocía. Aunque nos habíamos perdido mutuamente a lo largo de los meses anteriores, sabía cómo pensaba y actuaba yo. Si no le hubiese dicho esas cosas, se habría mostrado escéptica, y eso tampoco me habría ido bien.

Las manos de Violet se volvieron dos puños, pero cuando las esposas le rozaron las muñecas, se estremeció y relajó los dedos.

—Sé que lo que hice estuvo mal. Créeme, si los Guardianes me han metido algo en la cabeza ha sido eso.

Me pregunté cómo habrían intentado los Guardianes sacarle información sobre Cree. Si le habrían infligido más heridas. Tenía un aspecto terrible, eso no podía negarlo. Las ojeras oscuras, las mejillas hundidas, el pelo ralo. El pecho se me encogió. Una parte de mí no soportaba verla así; era una parte de mi corazón que seguía añorando a mi amiga, la parte que había pasado con ella tanto tiempo durante la infancia, la parte que le había confiado cada secreto y cada pensamiento. Verla así me afectó.

—Supongo que te imaginarás por qué he venido, ¿no? —Mi voz llenó de nuevo la habitación; reprimí el torbellino de sentimientos que me había asaltado y me concentré en lo que tenía que hacer.

Violet ladeó la cabeza.

—No estoy muy segura.

—Pues yo estoy bastante segura de que sí lo sabes. —Me acerqué despacio a la mesa y me senté frente a ella donde probablemente antes se hubiera sentado un Guardián o un Caballero... o quizá el mismísimo señor Maguire—. Necesito respuestas, Violet —añadí.

—Respuestas ¿a qué?

Apoyé los brazos en la mesa y la miré a los ojos.

—Necesito saber qué es lo siguiente que pretende hacer tu hermano. Y estoy casi segura de que te ha puesto al corriente de todos sus planes.

Negó con la cabeza.

—Yo no quería verme enredada en todo este asunto. Tienes que creerme.

De las profundidades de mi memoria surgieron recuerdos. Las imágenes que me perseguían desde hacía meses: Violet atándome, riéndose de mí, lo ingenua que me sentí al ser consciente de su traición. Recordé las cicatrices que seguía teniendo en los brazos, allí donde los zarcillos espinosos se me habían clavado en la carne.

No dejé que me tomara por tonta.

—No creo una sola palabra de lo que dices.

Violet se retrepó hasta donde le permitieron las esposas.

—Algo ha cambiado. Pareces... distinta.

—Es lo que pasa cuando a una la engaña su mejor amiga, su novio la deja y gracias a su propia magia desarrolla una intuición especial.

—Lo dices como si hubieras acabado de una vez por todas con tu antigua vida —opinó, y sus palabras dejaban traslucir un reproche.

—¿Qué te creías? ¿Que después de lo que me hiciste, de lo que les hiciste a Finn y a Kenna, iba a ir a visitarte alegremente a la prisión de los Guardianes? —espeté, y me enfadé conmigo misma en el acto por la brusquedad de mi tono. Estaba allí porque quería sonsacarle información, no para provocarla hasta tal punto que no me facilitase ninguna.

—Creí que lo que nos unía era más fuerte que esto. Creí que me querías tanto como yo a ti. —Tragó saliva con dificultad y levantó el mentón como si quisiera ocultar el dolor que le producían esas palabras. En cierto modo éramos iguales, aunque la comparación no me hiciese mucha gracia.

—Claro que te quería —aseguré—. Tanto que estos últimos meses no he parado de pensar en qué hice mal. Si quizá no confiabas en mí lo suficiente para contarme lo que estaba pasando con tu hermano. Si alguna vez te engañé o te enfadé de algún modo. Porque, si no fue por una cosa así, ¿cómo habrías podido hacerme lo que me hiciste? —A mi voz también afloró todo el dolor que había sentido esos últimos meses.

—No fue por eso —susurró Violet. Parpadeó varias veces y su vidriosa mirada se fue aclarando poco a poco—. Cree... es mi hermano. Lo quiero más que a mi vida. Habría hecho cualquier cosa por él. Y si algo me ha enseñado este encarcelamiento es que cometí el mayor error de mi vida al ayudarlo.

Vi su mirada rebosante de dolor y sentí en el corazón un pequeño pellizco. Esa pequeña parte de mí que aún se compadecía de Violet también sufría con ella.

—Creí que podría ayudarlo a salir del lío en el que se había metido, ¿sabes? Si lo apoyaba lo suficiente. Si me esforzaba lo

bastante.

—El amor nunca debería estar condicionado por lo que uno está dispuesto a dar —objeté—. Si alguien te quiere, no espera nada a cambio. Y menos algo así.

—Verlo de aquel modo me destrozaba. Tan obsesionado con algo, y eso que yo ni siquiera sabía para qué lo hacía. Pero eso aquí nadie lo entiende. —La voz se le quebró, las lágrimas le corrieron por las mejillas—. Nadie me entiende.

No pude seguir sentada más tiempo. Me levanté como un autómata y di la vuelta a la mesa. Me acuclillé y le puse una mano en la espalda, que no dejaba de temblarle.

—Yo te entiendo, Vi —musité—. Aunque me parezca espantoso lo que has hecho. Antes te entendía. Y estoy segura de que también puedo entenderte ahora, si eres franca y sincera conmigo. Pero para eso tengo que saber qué se propone Cree.

Violet sollozó. Enterró el rostro en la mesa, entre las manos. Intuí que estaba pensando en algo, que estaba a punto de decirme algo. Yo solo tenía que dar el último paso.

—Puedes confiar en mí. Intercederé por ti ante el Consejo si cooperas. Todavía tienes una oportunidad.

Otra oleada de sollozos le sacudió el cuerpo.

—No puedo.

—Claro que puedes. Y yo sé que en tu interior sigue habiendo una parte que habla por ti, no por lo que hizo tu hermano.

Le acaricié nuevamente la espalda con suavidad, y de repente la puerta se abrió con un crujido. En el umbral apareció Beau, con el semblante pálido y Lorcan a su lado.

—Apártate ahora mismo de ella, Zoey. Cree va camino de Everfall, tenemos...

A continuación todo sucedió muy deprisa. Violet levantó la cabeza de golpe y me dio un cabezazo con todas sus fuerzas, antes incluso de que Beau terminara de hablar. El impacto me lanzó hacia atrás, hizo que la sangre me corriera por el rostro. Durante un instante solo vi estrellas.

De pronto percibí el tintineo de una llave..., la que hacía nada aún se hallaba en mi mano. Parpadeé varias veces hasta que pude ver de nuevo con normalidad. Violet se estaba quitando las esposas cuando Beau se abalanzó hacia ella. Pero era demasiado tarde. Las esposas golpearon la mesa con un sonido metálico y a Beau no le quedó más remedio que lanzarse en plancha y tirar de mí hacia atrás mientras levantaba un brazo para protegerme.

Violet se hallaba frente a nosotros, frotándose las muñecas. Aún tenía lágrimas en las mejillas, pero una sonrisa se extendió en su cara, y la tristeza desapareció tan deprisa como había llegado.

—No te acerques mucho a ella, Zoey —me advirtió Beau—. Les ha dado muchos problemas a los Guardianes y ha herido a algunos. Estarán aquí de un momento a otro, acaban de llegar varios miembros del Consejo.

El corazón se me encogió al oír sus palabras y al ver la sonrisa de Violet.

—Vamos, Beau. —Chascó la lengua—. Así no se saluda a una vieja amiga.

—Tú y tu puñetero hermano habéis atacado a mi familia. Ya no somos amigos.

Me acerqué y me limpié la sangre de la cara con el dorso de la mano. La nariz me dolía, un sabor metálico me llenó la boca. No me podía creer que de verdad hubiera sido tan tonta como para tragarme sus lágrimas. Qué convincente había sido. Como la otra vez.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, sin dar crédito—. ¿Qué sacáis vosotros?

Violet se limitó a negar con la cabeza con gesto desdeñoso.

—Tú no lo entiendes. Nunca lo has entendido.

—¿Qué es lo que no entiendo? Porque te aseguro que lo intento. En su día intenté entender a tu hermano. Pero hablabais de manera enigmática y nada de lo que decíais tenía sentido. ¿Qué queréis hacer con los tesoros?

—Ya va siendo hora de que nos liberemos de las ataduras que nos ha impuesto el Consejo. Mi hermano sabe muy bien lo que hace.

—No te lo tomes a mal, pero hablas como si estuvieras drogada. O loca de atar. O las dos cosas —opinó Lorcan desde la puerta.

—Ten cuidado con lo que dices, Haren. A estas alturas no hay muchas cosas que no esté dispuesta a hacer.

Su mirada se fijó en algo que había detrás de mí. Acto seguido la ventana reventó, y conseguí levantar los brazos justo a tiempo para protegerme mínimamente de la lluvia de cristales.

—¡Cuidado, Zoey! —exclamó Lorcan.

Me volví en redondo y vi que los zarcillos entraban en el sótano por el ventanuco, como aquella noche en la herrería. Venían directos hacia mí. Al parecer, Beau reaccionó antes que yo y me quitó de en medio de un empujón tan violento que me golpeé el hombro contra la pared de piedra. Me di la vuelta, dispuesta a enfrentarme a Violet, cuando de repente la habitación perdió sus colores.

Me asaltó una visión, un presagio tan abrumador que durante un instante casi no pude respirar. Mi magia había despertado. La muerte acechaba en aquella habitación. Y no tardaría mucho en cobrarse a su siguiente víctima. Todo se me representaba ante los ojos en blanco y negro, el mundo era gris, y miré frenéticamente a mi

alrededor en busca de una fuente, de algo sobre lo que pudieran precipitarse mis sentidos. Hasta que vi a Beau.

Beau, de cuyo pecho asomaba un zarcillo.

Beau, cuyo jersey se estaba tiñendo de algo oscuro demasiado deprisa.

—¡No! —exclamé con voz ronca, y me arrodillé a su lado y presioné la herida con mis manos—. No, no, no.

Él me miró, jadeante.

—Zoey...

—No hables. —Volví la cabeza—. ¡Lorcan, ve a buscar ayuda!

Lorcan salió corriendo. Oí pasos que se aproximaban y vi las piernas de Violet con el rabillo del ojo. Le dirigí una mirada rebosante de odio. En ese segundo me habría gustado hacerla pedazos.

—No deberíais haber venido —aseveró, y miró con cara casi de pena a Beau. Movió la muñeca y los zarcillos se retiraron. Beau lanzó un grito de dolor. La miré con todo el odio que anidaba en mí.

—Pensaba que, a pesar de lo mucho que Cree ha influido en ti, tú todavía tenías una oportunidad. Pero me equivocaba. Contigo ya no hay nada que hacer, Violet. Y ya no hay nada que te pueda salvar —escupí.

Ella se paró a pensar un momento en lo que le había dicho y después se encogió de hombros.

—Sinceramente, me da lo mismo. —Se inclinó sobre Beau y yo me atravesé sobre su pecho para protegerlo, pero Violet tan solo musitó —: Hasta nunca, Beau. —Acto seguido se volvió risueña hacia mí—: Saludaré a tu Reaper.

Con esas palabras, se dio media vuelta, pegó un salto y salió por la ventana. Pero yo solo tenía ojos para Beau.

—¡Ayuda! —grité, por si Lorcan no había encontrado a nadie—. ¡Ayuda!

—Zoey —dijo Beau con un hilo de voz. Estaba pálido, y por la comisura de la boca le salía sangre.

Negué con la cabeza.

—Tengo que ir a buscar ayuda —grazné, pero antes de que pudiera moverme, él me cogió la mano. Me la apretó con fuerza.

—No te vayas.

Lo miré sin saber qué hacer.

—Por favor, dile a Orla... —Tosió y unas finas gotas de sangre nos salpicaron los entrelazados dedos. Su presión aflojó, y yo lo sostuve con más firmeza—. Dile que lo siento.

—No empieces a hacer eso, anda —contesté con aspereza, pese a que Beau seguía siendo lo único en la habitación que era claro y nítido. Pese a que mi magia me gritaba lo que estaba pasando. Beau iba a morir. Yo debería haber sido capaz de salvarlo, pero mi magia no era sanadora. Lo único que tenía era esa amarga certeza, y no había absolutamente nada que pudiese hacer al respecto. Tendría que haberme colocado delante de él, debería haber utilizado mis numerosas horas de entrenamiento para reaccionar más deprisa, en lugar de permitir que fuese él quien me salvara a mí. Al fin y al cabo, se suponía que con mi don podía proteger a los demás.

Las lágrimas que tanto intentaba reprimir se me acumularon en las comisuras de los ojos.

—Con un poco de suerte mi madre ya estará aquí. Ella podrá ayudarte.

—Detén a Violet. —Beau tosió otra vez—. Prométeme que...

No terminó la frase. Su mano se volvió laxa en la mía. Se la apreté con tanta fuerza que tuve que hacerle daño. Sin embargo, de su boca no salió ningún sonido.

—Beau —musité.

Sus ojos me miraron sin verme. La sangre se me agolpó en los oídos. Pronuncié su nombre otra vez. Y otra. Pero él ya no me oía.

Temblando y pugnando por respirar, miré nuestros dedos, que seguían entrelazados. Un sollozo mudo sacudió mi cuerpo. A mis pulmones no llegaba aire. Tampoco lo merecía.

El mundo a mi alrededor comenzó a recuperar sus colores y pude ver con claridad los contornos. Mi magia me había avisado, pero la advertencia había llegado demasiado tarde, tanto que no había sido capaz de captarla a tiempo. En cuestión de segundos, Beau había tomado la decisión de ponerse delante de mí, y ninguna magia del mundo habría podido cambiar eso. Tampoco la mía, cuya fuerza palpitante me iba abandonando despacio. Me dejó a solas con Beau, cuya alma se hallaba ya en otro lugar.

26

El camino de vuelta al campus tendría que habérseme hecho largo. Tendría que haber sentido algo: tristeza, rabia, decepción. Sin embargo, era como si me cubriese una pesada manta. Y debajo de ella solo existía el entumecimiento. Era lo único que me mantenía de pie. Lo único que me ayudaba a no desmoronarme del todo. Cuando Lorcan me cogió y me llevó con él, en un primer momento me resistí, pero entonces resonaron en mi cabeza las últimas palabras de Beau.

«Detén a Violet. Prométeme que...».

—Te lo prometo —musité en el silencio que reinaba.

—¿Qué? —Al volante, Lorcan me miró de reojo un momento.

Me limité a negar con la cabeza. Algo vibró. Paró. Empezó de nuevo.

—Zoey, es tu móvil. —La voz de Lorcan me llegó como a través de un velo.

Con dedos temblorosos me saqué el móvil del bolso. Necesité varios intentos para coger la llamada. Seguía teniendo sangre pegada en las manos. Sangre de Beau. El temblor se intensificó de tal modo que quien llamaba volvió a colgar sin que yo pudiese responder. Segundos después sonó de nuevo. Por fin conseguí cogerlo.

—¿Sí? —Tenía la voz ronca. Rota. Igual que me sentía por dentro. Como si una criatura monstruosa me hubiese clavado sus garras y hubiese desgarrado algo que ya no se podía reparar.

—Maldita sea, Zoey, llevo horas intentando localizarte. —Dylan. Era la voz de Dylan la que me hablaba—. Estaba muy preocupado. ¿Dónde estás? Por favor, no me digas que...

—Violet y Cree van camino del campus —conseguí decir.

Se hizo una breve pausa.

—¿Qué?

—Quieren hacerse con el tesoro que está escondido en Everfall —proseguí, y la voz me temblaba menos con cada palabra que pronunciaba—. Son peligrosos. No creo que vayan solos. Y... Violet ha... —Tuve que coger aire un segundo para que me salieran las palabras—. Violet ha matado a Beau. Beau ha... muerto.

De fondo se oyeron voces ahogadas. Creí distinguir la de Kenna y también las de Murphy y Georgina.

—Lo siento mucho, Zoey —susurró Dylan en el otro extremo de la línea.

Quise decir más cosas.

«Ha sido culpa mía».

«Fracasé».

Pero al parecer Dylan sabía lo que se me estaba pasando por la cabeza de todas formas.

—Violet es mala, Zoey. No es culpa tuya.

Me limité a resoplar.

—Tú no estabas allí.

—No, pero te conozco. Y sé que te gusta cargar con el peso del mundo.

No dije nada.

—¿Estáis volviendo al campus? —preguntó poco después.

—Sí. También van para allá algunos miembros del Consejo y varias unidades de Caballeros. Pero tenéis... tenéis que quedaros en las residencias. Por favor. Que ninguno de vosotros se ponga en peligro.

Dylan vaciló un instante.

—No podemos permitir que se hagan con el tesoro.

Apreté los dientes con fuerza. Tenía razón. Yo sabía que tenía razón; sin embargo, la idea de que luchara contra Violet y Cree y saliera malparado me hizo sentir algo muy distinto. Al mismo tiempo, me daba cuenta de lo egoísta que era que prefiriese que en lugar de las personas que eran más importantes para mí lucharan otras.

—Si te pasa algo, no lo superaré —musité con voz quebrada.

—Tendré cuidado, ¿de acuerdo? Vuelve conmigo sana y salva y yo haré lo mismo.

Hice un gesto afirmativo, aunque no lo pudo ver.

—Diles a Kenna y a Murphy que los quiero.

—Vale.

Pusimos fin a la conversación.

—¿Ya están en el campus? —preguntó Lorcan en voz baja.

Negué con la cabeza.

—Todavía no.

Nos miramos y al parecer pensamos los dos lo mismo.

Solo era cuestión de tiempo.

Lorcan llevó el coche al aparcamiento y, al bajarnos, nos dimos cuenta de que ya estaban ahí. El portón principal, de hierro forjado, estaba deformado, habían arrancado de cuajo algunas barras. Me recorrió un escalofrío. Y después mi magia despertó, con una violencia que casi me obligó a arrodillarme. Barruntaba la muerte, acechaba al otro lado, en Everfall. Sentí el frío definitivo, igual que tantas veces antes, solo que esta vez era más fuerte que nunca. Un sinfín de imágenes titiló en mi cabeza.

Sangre que corría por los vetustos muros.

El jardín victoriano, del que no quedaba más que una mancha de tierra negra y en el que se apilaban montones de cuerpos sin vida de alumnos.

Los ojos de Dylan, que miraban sin ver al cielo, un cielo tan tenebroso que se podía pensar que los dioses derramarían lágrimas por nosotros.

Ante mis ojos bailaron otros rostros, cada uno de ellos céreo y exangüe.

Lo que estaba viendo se convertiría en realidad si no actuaba y detenía a Cree y Violet. Mi magia me impelía a hacer algo. No podía permitir que esa espantosa visión se convirtiera en realidad. Esta vez sería más rápida, me juré. No permitiría que se repitiera lo que le había sucedido a Beau.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, a mi lado, Lorcan.

Me mantenía de pie a duras penas y tuve que respirar hondo unas cuantas veces para poder asentir. Me abrí paso entre las imágenes de la visión y me concentré en lo que pensábamos hacer. A medida que nos acercamos, oí los primeros gritos. Me pregunté si los miembros del Consejo ya habrían llegado o si los profesores estarían solos con las unidades de Caballeros adicionales, y empuñé la espada corta que le había cogido a Beau. Pesaba más que las armas con las que solía entrenar, pero me pareció que sería una estupidez volver desprotegida al campus. A mis oídos llegó otro grito, y Lorcan y yo nos miramos. Apretamos el paso y poco después distinguimos a alguien inmóvil con uniforme de Caballero apostado junto al camino. Quizá fuese uno de los centinelas que patrullaban el campus.

Lorcan y yo seguimos adelante y, de repente, una figura oscura salió de entre los árboles.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —inquirió el joven, al que yo no había visto nunca.

De su tono amenazador y la sangre que tenía en las mejillas inferí que debía de ser uno de los secuaces de Cree. Agarré con más fuerza la espada.

No tuvimos tiempo para pensar más: acto seguido, nos atacó. Durante las últimas horas había aprendido que uno no se podía permitir titubear, así que hice aquello para lo que estaba preparada: luché.

Ciega de ira, impulsada por la promesa que había hecho a Beau, me abalancé sobre aquel hombre. Debía de tener el don para la lucha, porque cada uno de sus movimientos era grácil y diestro. Sin embargo, los míos se veían reforzados por el renovado despertar de mi magia. Cada uno de mis golpes lo hacía retroceder y, al cabo, Lorcan se situó a mi lado, musitó un hechizo y ordenó al hombre que se quedase quieto. Con el rostro demudado, se detuvo justo donde estaba. Acto seguido, cogí impulso y lo golpeé en la sien con la empuñadura de mi espada. Cayó al suelo.

Lorcan y yo continuamos avanzando, y cuanto más nos acercábamos al edificio principal, tanto más estridentes eran los ruidos que indicaban que se estaba librando una batalla. Metal contra metal, una llamarada que se alzaba en el aire a cierta distancia. Una treintena de personas se enfrentaba entre sí delante de los edificios del colegio. Armas contra armas, magia contra magia. Distinguí a algunos profesores, entre otros a la profesora Mulligan, que empuñaba una espada y enviaba al suelo a dos adversarios a la vez en un torbellino de golpes perfectamente ejecutados. Cuando se levantaron y arremetieron en el acto contra la profesora, los reconocí: eran compañeros de Cree de quinto año, a los que debía de haber convencido para que se pusieran de su parte.

—No veo a la directora Baskerville por ningún lado —observé, y me volví hacia Lorcan—. Búscala y cuéntale lo que ha pasado. Yo

voy al lago.

Durante un instante no pareció muy convencido con lo que le proponía, pero acabó asintiendo de mala gana.

—De acuerdo.

Le cogí el brazo y se lo apreté un segundo; después eché a andar cuando oí de nuevo su voz detrás de mí.

—¿Zoey?

Volví la cabeza. Lorcan tenía en los labios la sonrisilla que le caracterizaba.

—Quiero cobrarme ahora uno de los favores que me debes —dijo —: no mueras, ¿vale?

Sonreí a mi vez y asentí. Después me puse en marcha de nuevo y aparté de mi cabeza a Lorcan y la muda promesa que le había hecho. Solo pensaba en encontrar a Cree.

Ante mí apareció la orilla del lago. El lugar en el que había asistido a tantas fiestas. El lugar en el que hacía escasas semanas se había celebrado la primera prueba. Junto al agua había dos personas, y ya desde donde estaba logré distinguir que una de ellas era Violet. El cabello oscuro le azotaba la cara. Pero antes de que pudiera ir hacia allá, alguien me cortó el paso. Cabello oscuro, espalda ancha, ropa de combate. Estaba vivo. Mi visión todavía no se había hecho realidad, pero me había mostrado infinidad de muertes, y yo tenía que salvar a todo el que pudiera.

—Ronan, ten cuidado —le advertí deprisa—. Estar aquí fuera no es seguro, y he tenido una visión en la que corrías un peligro mortal.

Él parpadeó.

—¿Qué?

—Escucha, Cree está aquí, en el campus. Violet se ha escapado. Ha... —No conseguí terminar la frase.

Ronan era el mejor amigo de Beau. No fui capaz de decirle lo que había pasado. Mi cuerpo parecía resistirse a pronunciar en voz alta las palabras, así que me quedé allí plantada, muda. Hasta que de pronto alguien gritó mi nombre. Me volví en redondo... y vi a Kenna, que venía corriendo hacia mí con dos puñales en la mano. Murphy le pisaba los talones, y después vi también a Georgina y a Amara, todos ellos armados hasta los dientes y con ropa de deporte.

—¡Cuidado, Zoey! —exclamó Kenna, y hendió el aire con un puñal.

Me volví hacia Ronan justo a tiempo de ver que musitaba algo. A nuestro lado, entre los árboles, se oyó un gruñido, después un crujir de ramas y por último... apareció el monstruo semejante a un lobo que nos había atacado a Georgina y a mí en los túneles. Avanzó agazapado hacia Ronan y se detuvo a su lado, enseñando los dientes.

—Sabueso bueno —dijo, benévolo, Ronan.

Pasados unos segundos caí. Fue un jarro de agua helada.

—¿Eras tú quien dabas órdenes a este monstruo?

Ronan ladeó la cabeza.

—Supuse que acabarías sospechando antes de mí, pero parece que borré bien mis huellas.

Recordé la luz que había visto en la prueba y después de que me atacaran.

—¿Tú qué sacas de esto? ¿Qué...?

No llegué a terminar la frase. A la memoria me vino la visualización que hice con Amara, en la que reconocí el olor de Beau. El escondite secreto, que creía que solo Beau conocía.

Pero Ronan era su mejor amigo, así que también debía de estar al tanto. Y también tenía al alcance de la mano el perfume que utilizaba Beau. El estómago se me revolvió al ser consciente de hasta qué punto me había equivocado.

—No lo entiendo —susurré—. ¿Tú estás detrás de esto? ¿Querías que acusara a Beau? —Mi voz no parecía la mía. Era como oír hablar a una desconocida.

—Solo era algo pasajero. No pensé que te fueras a dejar engañar tanto tiempo. Pero al fin y al cabo era mejor que si hubieses llegado hasta la verdad.

—¿Por qué demonios lo hiciste?

Ronan levantó un hombro.

—Apoyo la causa de Cree. Queríamos hacerte saber que Cree te seguía observando, aunque no estuviese en el campus. Y Violet sabía que tú eras la clave para liberarla. Gracias por ocuparte, porque ella es imprescindible para lo siguiente que pretende hacer Cree.

No me lo podía creer. Que Ronan estuviese implicado en esto, que hubiese incriminado a Beau deliberadamente.

—Pero ¿por qué? —inquirí, todavía sin dar crédito—. ¿Por qué has hecho esto?

—Cree necesitaba ayuda. Y sabíamos que tú eres la única persona lo bastante ingenua para creer en la bondad de la gente, y sobre todo en la bondad de su mejor amiga. En realidad, queríamos llevarte hasta Violet con ayuda del sabueso, pero, por desgracia, no salió bien. Sin embargo, al final accediste a lo que ella te pedía en las cartas. Fue incluso mejor y más rápido de lo que teníamos previsto en un principio. Es evidente que los dioses están de nuestra parte.

Sentí una punzada de dolor. Todo esto había sido cosa de ellos. A pesar de los fallos que tenía su plan, yo había sucumbido a sus intentos de manipulación. Había caído en su trampa y no me había dado cuenta hasta que había sido demasiado tarde.

—No debiste enredarte en esto, Ronan —afirmé con voz ronca. Conocía a Ronan, igual que a Violet y a Beau, casi de toda la vida. Me parecía inconcebible que fuese tan tonto como para creer en las demenciales ideas de Cree.

—El Consejo nos limita. Es posible que antes todas esas normas contribuyeran a garantizar nuestra seguridad, pero hoy en día la vida ha cambiado. Y Cree es quien ha sabido ver estos puntos débiles y quiere aprovechar todo nuestro potencial. ¿Sabes lo poderosos que podríamos ser si dejáramos de estar encorsetados por estas normas?

—Pero ¿tú te estás oyendo? Es como si alguien te hubiese lavado el cerebro —espeté con aspereza.

Ronan se limitó a negar con la cabeza y a sus labios asomó una pequeña sonrisa.

—Es a ti a quien no le riega bien el cerebro si crees que la vida que llevamos aún está acorde con los tiempos que corren.

—¿Por eso has traicionado a tu mejor amigo? ¿Por esa fe demencial en un nuevo mundo? —pregunté enfurecida.

Ronan me miró con los ojos entornados.

—Mira quién habla. Por tu culpa, Violet acabó encarcelada y sufrió torturas. Y por tu culpa me la arrebataron justo cuando nos habíamos encontrado.

Me quedé mirándolo fijamente; durante unos instantes fui incapaz de decir nada. Poco a poco iban encajando las piezas del puzle, y solo entonces creí entender bien cuál era la verdad.

Beau no era malo, nunca lo había sido. Y ahora había muerto. Había muerto pensando que yo lo creía capaz de atacarme de noche en un túnel, de hacerme daño, de darme una patada pese a que ya estaba en el suelo..., cuando había sido Ronan.

Sentí que algo me abrasaba el estómago y le di la bienvenida, dejé que me devorase. Que me devorase la sed de venganza, el profundo deseo de hacérselo pagar a Ronan. A él y a Violet y Cree y a todas las puñeteras personas que se habían unido a ellos.

Pegué un grito y me abalancé hacia Ronan. Este ataque no tenía nada que ver con lo que Dylan me había inculcado durante las numerosas horas de entrenamiento que habíamos pasado juntos. A un golpe agresivo siguió otro, y daba la impresión de que Ronan los paraba todos sin esfuerzo alguno. Veía constantemente a Beau, la sangre manando de su pecho, y aunque Ronan no lo había matado con sus propias manos, formaba parte de esta conspiración, parte del plan que habían desarrollado Violet y Cree. Y debía sufrir por ello.

Aunque carentes de elegancia, mis movimientos tenían una velocidad que Ronan empezó a no poder seguir. Le asesté un espadazo y otro y otro más con la espada de Beau. Una y otra vez, hasta que resbaló hacia atrás en la tierra, dio un silbido estridente y el sabueso se interpuso entre nosotros de un salto, agazapado, enseñando los dientes. Antes de que pudiera atacarme, se oyó un graznido y un cuervo se lanzó en picado sobre el sabueso. Todo sucedió tan deprisa que solo distinguí un movimiento negro desdibujado y un destello de un rojo encendido.

Murphy.

Picoteó al sabueso en la cara, en un ojo, y el monstruo profirió un alarido ensordecedor.

—Zoey —dijo alguien detrás de mí. Yo no apartaba la vista de Ronan, mantenía la espada en alto. Seguía teniendo mi campo visual como bañado en sangre—. Zoey, de esto nos encargamos nosotros. Detén a Cree —pidió la voz.

Volví la cabeza y vi a Kenna. Tragué saliva a duras penas.

—Beau ha muerto —le dije.

—Lo sé. Nos lo dijo Dylan.

El labio inferior me temblaba, y apreté los dientes. Después conseguí hablar.

—No fue él quien me atacó —conté—. Fue Ronan.

Kenna me apretó el hombro y vi en sus ojos compasión y miedo.

—Lo siento mucho, de verdad.

Me seguía costando dejar de mirar a Ronan. Quería hacerle daño. Quería demostrarle de lo que era capaz. Pero Kenna tenía razón. Debía dar con Cree e impedir que Violet y él se apoderasen del tesoro.

—¿Dónde está Dylan? —grazné.

—Estaba con la profesora Chen la última vez que lo vi, pero se defendía bien, no te preocupes.

Iba a decir algo cuando oí que Kenna pegaba un grito ahogado. Seguí su mirada y vi que Murphy, todavía convertido en cuervo, estaba esquivando a Ronan, que lo atacaba con la espada. El sabueso gruñó de nuevo e intentó morderle. Murphy se zafó una vez más y arremetió contra Ronan, le dio picotazos en la cara hasta que le hizo aullar de dolor. Pero esta vez, cuando echó la espada atrás, acertó a Murphy.

—¡Darius! —exclamó Kenna, y corrió hacia Murphy, que volvió a recuperar su forma en el suelo. Había perdido el conocimiento. Kenna levantó la cabeza y clavó la vista en Ronan—. No deberías haber hecho eso.

Acto seguido dio un salto, profirió un gruñido y le clavó los dientes en el cuello a Ronan. Este dejó caer la espada y agarró por los brazos a Kenna para quitársela de encima, pero ella era más fuerte. Ronan palideció. Cada vez más.

—Tenemos esto bajo control —afirmó alguien a mi lado. Georgina. Me dio un apretón en el brazo.

—Vete —añadió Amara.

Miré de nuevo a Murphy, que seguía en el suelo. No estaba muerto. El único que iba a morir era Ronan. Aún no, pero se apagaría de un momento a otro. Lo vi antes de que sucediera. Y esta vez no hice nada para impedir que la visión se convirtiese en realidad.

Me costó mucho separarme de mis amigos, pero lo conseguí; lo importante era poner fin a este asunto. Y eso solo sería posible si frustraba el plan de Cree.

Los vi a Violet y a él a cierta distancia junto al lago. Cree se inclinaba hacia ella, que le decía algo. También vi, horrorizada, a algunos Caballeros que estaban envueltos en zarcillos o yacían sin vida en el suelo, sangrando a causa de diversas heridas que tenían en el pecho. La estampa era aterradora, y me conmocionó. Pero salí de mi estupor y corrí hacia ellos, cegada por la ira. Desde lejos vi que Cree se inclinaba y apoyaba una mano en el hielo. De repente otro Caballero arremetió contra él con la espada en ristre. Parecía haber salido de la nada. Miré a mi alrededor en busca de otros, pero al parecer cada cual estaba centrado en su propio combate y los demás yacían muertos junto al lago. Bien: era yo quien debía impedir que se produjesen más daños. Corrí hacia los tres, pero el Caballero debió de verme con el rabillo del ojo. Me miró un segundo, y en ese momento el instinto me dijo que era demasiado tarde. Mi magia despertó de nuevo con un rugido.

—¡Vete de aquí! ¡Vuelve a las residencias! —me advirtió. Pero yo no tenía ninguna intención de hacerle caso; seguí adelante, levanté la mano que empuñaba la espada... y Cree dio una estocada. Grité

cuando le atravesó el pecho al Caballero, que se desplomó. Otra muerte. Otra persona a la que no había podido salvar.

Me quedé sin aliento. En realidad no deberían haberme sorprendido la frialdad y la precisión con las que actuaban Cree y Violet. No después de lo que ella le había hecho a Beau.

Beau.

Algo en mi pecho se contrajo al recordar lo mucho que me había insistido en que él no había tenido nada que ver con mi ataque. Lo mal que se había sentido por cómo me había tratado. Las últimas palabras que me había dicho. Sentí un profundo dolor. Y en ese momento Violet se volvió hacia mí. Con su andrajosa ropa de presidiaria y el pelo alborotado, casi parecía un fantasma. Levantó las manos y la tierra bajo mis pies comenzó a temblar cuando ella volvió a conjurar a las plantas. Salté para esquivar la raíz de un árbol que se deslizaba hacia mí, pero otra me impidió el paso. Una planta trató de atacarme y yo blandí la espada y la corté. El zarcillo cayó inmóvil y el camino quedó despejado. Embestí a Violet con una furia que hizo que acabáramos las dos en el suelo. Violet me agarró un brazo, tiró de él y, con la otra mano, me dio un puñetazo en la muñeca para que soltara la espada. Eché atrás la mano que tenía libre y le pegué un bofetón con el dorso. Tan fuerte que a decir verdad tendría que haberme dolido, pero estaba como embotada, cegada por completo por la ira.

—¡¿Por qué has hecho esto?! —le chillé. Quería sacudirla. Quería viajar al pasado y deshacer todo lo que había sucedido, empezando por el momento en que Violet se desvió del buen camino.

—A veces hay que hacer sacrificios por un futuro mejor —repuso mientras apretaba los dientes.

—Lo tenías todo, y a pesar de ello no era suficiente para ti. Has engañado a tus amigos. Lo has perdido todo salvo a tu hermano.

Has matado por puro interés. ¿Qué hay de mejor en eso?

Ella sonrió.

—Pronto lo verás.

Alguien me golpeó por detrás, y Violet me empujó y me di de bruces contra la dura tierra, pero volví a asir con firmeza la espada de Beau. El brazo me dolía una barbaridad, la cara me ardía, al igual que los pulmones, a los que al parecer no llegaba suficiente aire. Pero la sangre me corría vigorosamente por las venas. Me obligué a no perder el control. Me agarré a la ira ciega, ya que me servía de ayuda, al igual que la magia de Clíodhna, que me recorría.

Me levanté y miré a los hermanos Whelan. Cree empuñaba la espada que había encargado forjar a Finn Thompson, una copia de la sagrada Espada de Nuada. Beau me había contado que de ella emanaba un poder oscuro que en su día había influido en sus actos.

La noche de la herrería había dejado su huella en Cree. Aún tenía en un lado de la cara la quemadura que le había hecho yo cuando lo empujé contra el fuego de la fragua. Una parte del pelo se le había quemado y no le había crecido, de manera que los dos lados de su rostro marcaban un fuerte contraste. Al ver a Violet y Cree, una punzada de dolor atravesó el embotamiento que me había embargado desde que había visto el cuerpo sin vida de Beau en el sótano. Entonces sentí detrás de mí otra presencia. Una que pareció aplacar el dolor en su origen e hizo que un zumbido nervioso me corriera por el cuerpo.

—No la toques. Como la toques, te destrozo —dijo una voz oscura detrás de mí.

Dylan se situó a mi lado. No lo podía mirar. Me sentía demasiado avergonzada por haberme ido... y por lo que había resultado de ello.

—Ten cuidado con las amenazas que lanzas, Reaper. Mi alma no te gustará, créeme —contestó Cree con frialdad.

Reparé en la espada. La hoja con las exquisitas líneas onduladas y la empuñadura con el cristal incrustado. El cristal despedía una luz roja, en él bailaban remolinos negros. Recordé lo que había dicho Beau.

«Fue como si en mi cabeza solo hubiese oscuridad. Todos los sentimientos negativos que había en mí se descontrolaron. Hasta tal punto que casi mato a Park».

La magia oscura que emanaba de la espada era inmensa, y parecía envolver casi por completo a Cree. Me pregunté si cuando Finn forjó el arma no habría cometido un grave error. Si ese sería el motivo por el que sencillamente no estaba permitido copiar un arma sagrada como la Espada de Nuada, porque si se hacía podía suceder algo como lo que estaba sucediendo en aquel momento. O si la razón de que la espada irradiase esa fuerza era el alma corrupta de Cree.

Un temblor estremeció la tierra y me tambaleé un instante, al igual que Dylan, a mi lado. Aunque estaba oscuro, vi que bajo la superficie del lago se movía una sombra: la serpiente marina.

—¿Por qué no viniste antes a adueñarte del tesoro? —quise saber.

Cree torció el gesto con amargura.

—No fue porque no lo intentáramos. Por desgracia, está protegido por distintos hechizos, por plantas mágicas, entre otros.

Por eso quería liberar a Violet a toda costa. Porque era una parte imprescindible de su plan, y no solo porque se preocupase fraternalmente por ella. Necesitaba la magia de su hermana para contrarrestar la de las plantas. Los pensamientos se me agolpaban.

—¿Por qué lo quieres a toda costa? ¿Qué ganas con esto?

—Te haré el favor de satisfacer tu curiosidad. Quizá entonces te plantees si prefieres estar en el lado adecuado. —Trazó una línea serpenteante con la espada en el aire—. Hay una leyenda, ¿sabes?

Una que los profesores han decidido ocultarnos. Los cuatro tesoros de Danu son tan poderosos por un motivo muy concreto. El que posea uno de ellos podrá abrir la puerta que conduce a Tír na nÓg.

Pensé un momento en lo que había dicho.

—¿Y qué rayos pretendes conseguir con eso?

Cree miró a Violet y negó con la cabeza, como si mi pregunta le confirmase que yo no podía ser más tonta.

—Estoy harto de sentirme encerrado. Lo que los Sídhe nos han legado es una gota del poder que reside en ellos. No es suficiente. Según la leyenda, la persona que posea los cuatro tesoros podrá adquirir el poder de un dios en cuanto logre acceder a Tír na nÓg.

—Pero tú no tienes los cuatro tesoros —aduje despacio.

Él sonrió.

—No, pero con uno de ellos basta para abrir la puerta. Y cuando me apodere de la lanza que descansa aquí y entre allí, tomaré lo que me corresponde.

Negué con la cabeza. Hasta aquel momento, Cree y Violet no se habían arredrado ante nada para poner en práctica su demencial plan. No quería ni pensar en lo que harían si llegaban a conseguir más poder aún; nadie debía tener tanto poder. Yo debía impedir a cualquier precio que Cree se adueñase de la lanza que la serpiente protegía.

—No puedo permitir que hagas tal cosa, Cree —afirmé.

—Sinceramente, tu opinión me da lo mismo, Zoey. Cogeré lo que me dé la gana. A estas alturas deberías saber que me importan una mierda las consecuencias. Además, hace tiempo tomé precauciones para salirme con la mía.

Cree levantó una mano y, antes de que Dylan o yo pudiéramos hacer algo, el hielo se abrió con un ruido ensordecedor a unos metros de nosotros. Crujió y acto seguido vi la serpiente marina, que

asomó por la abertura, tan peligrosa y letal como en la primera prueba del torneo. Su cuerpo brillaba bajo la luz de la luna, era como si ella misma fuese de hielo.

Cree volvió a levantar la mano y musitó algo. La cabeza de la serpiente se movió. Y entonces lo entendí.

Era Cree quien controlaba a la serpiente.

—Violet. No me hará caso mucho tiempo. Ocúpate tú de las plantas —ordenó Cree, y su hermana asintió.

Tenía que detenerlos. Iba a abalanzarme sobre él cuando Violet me cortó el paso y comenzó de nuevo a conjurar plantas. De varias direcciones salieron disparados numerosos zarcillos hacia mí, pero esta vez no estaba a merced de ellos yo sola: Dylan me acompañaba, y nunca lo había visto moverse a esa velocidad. Con el *athame* en la mano, cortaba los zarcillos antes de que lograran alcanzarme. Mientras tanto, Cree seguía adentrándose en el lago al tiempo que la serpiente acataba sus mudas órdenes. Los movimientos de la criatura eran bruscos, no tan fluidos como durante la prueba, como si se debatiera consigo misma. Tal vez Cree pudiera darle órdenes, pero no le funcionaría eternamente. De ahí lo que le había dicho a Violet. En ese momento otro de sus zarcillos vino directo hacia mí y Dylan se puso en medio, con la daga en alto para luchar.

«No».

«No, otra vez no».

De pronto el corazón se me subió a la garganta. Me asaltó un miedo tan repentino que me olvidé por unos instantes de la ira que sentía. Me planté delante de él y blandí la espada sin cesar, aunque mi brazo protestaba. Me arriesgué a mirar y me cercioré de que Dylan no había sufrido ninguna herida en el pecho. El zarcillo le

había acertado en la cara, sangraba de un corte que tenía en la mejilla y le llegaba hasta el borde del ojo.

—Ve a detenerlo. —La voz de Dylan me llegó como desde lejos, pero no tenía ninguna intención de escucharlo cuando raíces de árboles y plantas de todo tipo nos atacaban incesantemente.

—No dejaré que te enfrentes tú solo a ella —aseguré apretando los dientes.

—Tienes que hacerlo. Confía en mí. —Lo escudriñé con escepticismo. No lo podía perder. Y sabía de lo que era capaz Violet.

Negué con la cabeza, desesperada.

—No puedo.

Dylan levantó una mano y me acarició la mejilla. Tenía la mano fría y, sin embargo, me abandoné un instante al contacto.

—Sí que puedes. Como Cree se apodere de la lanza, todos moriremos. Así que vete.

—Qué conmovedor —dijo Violet con frialdad—. Casi tanto como Beau, que quería protegerte a toda costa.

Yo sabía que buscaba provocarme, y me negué a darle esa satisfacción. Logré separarme de Dylan haciendo un gran esfuerzo. Violet quiso impedirlo de inmediato: más zarcillos se abalanzaron sobre mí, uno de ellos se me enredó en el tobillo y amenazó con tirarme al suelo, pero Dylan lo cercenó. Ya libre, salí corriendo. Resbalé varias veces en el hielo, Cree solo estaba a unos diez metros de mí. Fui hacia él como una exhalación y vi que movía bruscamente el brazo. La serpiente marina desapareció bajo el hielo... solo para asomar de nuevo a mis pies tras unos segundos. Grité y salí despedida hacia atrás. La espada se me cayó al suelo. Retrocedí de rodillas mientras el monstruo se encabritaba ante mí sacudiendo la cabeza.

Entonces lo vi.

El brillo dorado en el cuello de la criatura, en el que había reparado durante la prueba.

Apreté los ojos y lo miré con más detenimiento. Parecía un colgante, una especie de medallón con una piedra engastada. Una piedra que despedía una luz roja. Igual que la de la espada de Cree.

Solté un grito ahogado al recordar lo que había averiguado Murphy cuando investigábamos en la biblioteca: que con ayuda de determinados rituales de sangre podías imponer a otros tu voluntad. En su momento no estuvimos seguros de si eso también funcionaría con criaturas mitológicas..., pero ya teníamos la respuesta. Con ayuda de la magia, Cree había logrado hacerse con el control de la serpiente marina y ahora la manejaba.

Se me ocurrió una idea. Una idea arriesgada, disparatada. Pero la muerte seguía acechando por doquier, tan palpable y tan cercana que, sencillamente, tenía que hacerlo.

Salí corriendo. Al igual que en la primera prueba, esprinté por el hielo, intenté llegar al otro lado del lago.

—No sé lo que te propones, pero no servirá de nada —me advirtió Cree con tono burlón—. Aunque tenga su gracia ver cómo lo intentas.

No le hice caso. Debía ser rápida si quería evitar más desgracias. La serpiente giró el tronco, pero ya no había vuelta atrás. Cogiendo impulso, pegué un salto y me encaramé a ella. Se oyó un bufido ensordecedor y la bestia empezó a retorcerse de mala manera, pero me agarré con tal fuerza a la escamosa piel que solo resbalé un poco y no tardé en afianzarme de nuevo. Apretando los dientes, fui subiendo más y más, hasta llegar al cuello, donde tenía la cadenita. Alargué las manos. En el primer intento no lo conseguí, la serpiente se sacudía con tanta vehemencia que me vi obligada a asirme bien. Mi brazo se quejó, la herida que me había hecho el sabueso se había

abierto otra vez, la helada agua del lago se mezcló con mi sangre. Cree dio una orden a voz en grito y durante un instante la criatura dejó de moverse, como si se viese obligada a escuchar a su amo.

Esa era mi oportunidad. Subí a rastras el último trozo, introduje los dedos en la cadena y tiré. Una vez, dos veces..., a la tercera se rompió. La serpiente se echó hacia atrás y me agarré con fuerza de nuevo. De pronto salió disparada hacia el aire y desapareció bajo el hielo.

Cuando el frío me envolvió, por un instante fui incapaz de moverme. Primero un millar de pequeñas cuchillas me laceró las extremidades, que acto seguido se me quedaron entumecidas. Estaba oscuro. No distinguía nada, pero notaba que la serpiente se movía no muy lejos de mí.

Cuanto más impetuosamente se movía, tanto más fuertes eran las corrientes que me arrastraban hacia las profundidades. Entonces lo vi. Un resplandor dorado en el fondo del lago, rodeado de plantas parecidas a algas que se agitaban con frenesí. Una extraña fuerza se apoderó de mí. La serpiente subió de nuevo como una flecha. Yo no sabía si se había liberado del hechizo al que la había sometido Cree. No podía fiarme de que hubiese funcionado, así que hice lo único que se me ocurrió: nadar hacia abajo. Hacia las profundidades. Algo me rozó la pierna y me lo quité de una patada. Luego algo me tocó el brazo, pero no dejé que me detuviera. Seguí dando brazadas con movimientos enérgicos, directa al brillo dorado. Cuanto más me acercaba, con tanta mayor claridad distinguía lo que era, y eso que las plantas seguían meneándose a un lado y a otro, como si lucharan contra la magia de Violet.

La lanza. Comenzó a iluminarse desde dentro cada vez con más intensidad, y vi exquisitos grabados a lo largo de toda su superficie dorada. Se distinguían algunos símbolos que descendían hasta la

punta. La presión que sentía en los pulmones iba en aumento, pero no pensaba darme por vencida. Un alga se me enroscó en la muñeca y tiró de mi brazo, el dolor se irradió hasta el hombro. Sentía que mis pulmones estaban a punto de estallar, pero agarré el alga y logré arrancármela a duras penas. Cuando miré hacia arriba, vi en el hielo unas siluetas que se movían con frenesí. Las algas se abrieron de nuevo y tuve la seguridad de que ello se debía a la magia de Violet. Aunque los pulmones me ardían, aunque el brazo me dolía una barbaridad y era consciente de que ese momento solo duraría unos segundos, aproveché el hueco que se formó, a sabiendas de que las algas podían tratar de apresarme de nuevo al cabo de un instante.

Cogí la lanza, y cuando lo hice... fue como si el mundo que conocía dejara de existir.

Un poder deslumbrante se apoderó de mí. Una fuerza tal que temí que mi cuerpo se fuese a desmembrar de un momento a otro. La sangre me bullía en las venas, cada átomo de mi cuerpo parecía estar desintegrándose. Proferí un grito sordo y... de pronto lo vi todo con absoluta claridad.

Ese poder era lo que había estado persiguiendo Cree todo el tiempo. Y entendí por qué. Resultaba embriagador. Tenía la sensación de que solo con señalarlos con el dedo podría borrar de la faz de la tierra a Cree, a Violet y a todas y cada una de las personas que habían atacado a la gente en el campus. Me sentía ebria de ese poder, como si pudiera hacer cualquier cosa. Como si pudiera desgoznar el mundo tal y como estaba.

Con unos movimientos vigorosos nadé hacia la superficie. Emergí y, aunque estaba sin aliento, recuperarme me resultó sumamente fácil, sin duda gracias al poder deslumbrante que sentía dentro de

mí. Miré a mi alrededor. Lo que vi tendría que haberme asustado, pero no lo hizo.

La serpiente marina yacía muerta en el hielo. Cree se hallaba justo delante de ella y en ese preciso instante estaba sacando la espada del cuello de la criatura. Me encaré a él con la lanza en la mano.

—Dámela. —La exigencia me dejó helada.

—No te la mereces. —Fue como si lo dijese otra persona, pero las palabras eran mías.

—Perra asquerosa. —No dijo más antes de abalanzarse hacia mí y atacarme de nuevo con la espada.

De repente lo vi todo con una claridad meridiana. La situación se desarrolló ante mis ojos con nitidez absoluta, percibía cada detalle con lucidez. Distinguía patrones en sus acometidas, las esquivaba una y otra vez mientras empuñaba la lanza de modo que no me la pudiera arrebatar. Después pasé a la ofensiva y lo ataqué con la lanza. Lo herí en el brazo, y Cree lanzó un aullido de dolor que, sin embargo, no le impidió continuar dándome espadazos. Y el siguiente me acertó. Bajé la cabeza despacio y vi que manaba sangre de una herida profunda. Tendría que haberme dolido, pero no me dolía.

Cree y yo continuamos persiguiéndonos mutuamente por el hielo. Se precipitó hacia mí, lo esquivé por los pelos y entonces exclamó:

—Nunca serás capaz de hacer lo que es necesario para detenerme.

Trató de clavarme la espada en el pecho, retrocedí, di un paso adelante, me acerqué mucho a él y metí una pierna por detrás de la suya. A continuación, le asesté un golpe que debería haberlo hecho caer, pero Cree era más fuerte, me arrastró con él.

—Te mataré. Y después mataré a tu novio y a todas las personas de este campus que se atrevan a interponerse en mi camino. Así que ve diciendo adiós, Zoey.

Recurrí al poder resplandeciente que tenía dentro, a la fuerza de la lanza. Cuando Cree echó atrás la espada, esquivé el golpe, la hoja me rozó el hombro. Después cogí impulso... y lo ataqué.

La lanza le atravesó el pecho a Cree, que aulló de dolor. El arma resplandecía, cada vez más, y el grito resonó en la noche, la expresión de un tormento inhumano. Con todo, no solté el arma, sino que la retiré. El cuerpo sin vida de Cree se desplomó.

«Más —se me pasó por la cabeza—. Más».

Me volví. Alguien se hallaba a escasos metros. Alguien que había caído de rodillas y cuyo grito hendió la noche.

Violet.

Ella también moriría. Levanté la lanza, fui hacia ella... y alguien me cortó el paso.

—Zoey —oí. La voz me resultaba muy familiar. Más familiar que cualquier otra cosa—. Ya puedes dejar de luchar.

Negué con la cabeza, aturdida. El poder seguía corriéndome por las venas, tenía que encontrar una válvula de escape. Y esa válvula se hallaba a escasos metros de mí. Había matado a Beau. Yo la mataría a ella.

—Sé que le quieres hacer daño, pero hemos ganado esta batalla. Lo hemos conseguido —afirmó Dylan.

Negué con la cabeza de nuevo. Él no tenía derecho a decirme nada. Nadie tenía derecho a decirme nada. Nadie entendía lo que había sufrido, el dolor que había sentido y los sacrificios que había hecho. Entonces Dylan me puso una mano en el hombro. Pegué un respingo. Quizá debiera amenazarlo con la Lanza de Lugh.

«No —pensé—. A él no le haré daño. Nunca».

—Zoey. —Noté una mano en el brazo contrario—. Estoy aquí, contigo.

Quería cerrar los ojos y abandonarme a su cálida voz. Quería volver a estar entre sus brazos. Deseé no haberme levantado nunca de su cama.

Las extremidades me temblaban, mi mano soltó la lanza.

—Ven conmigo, chica valiente —musitó, y me estrechó contra él—. Ven conmigo.

La lanza cayó al suelo con un sonido metálico. Dylan me rodeó con sus brazos mientras el poder de Lugh iba abandonando poco a poco mi ser y dejaba un cuerpo dolorido. Pero Dylan estaba ahí. Y me cogió.

27

El acto conmemorativo en honor a los caídos se celebró pocos días después, en el jardín victoriano de Everfall. Asistieron todas las familias del Consejo, y yo estaba al lado de mi madre cuando la directora Baskerville se adelantó y comenzó a pronunciar su discurso. No me enteré muy bien de lo que dijo. Incluso después de los días que pasé en la enfermería y las numerosas preguntas que me formularon los Guardianes y los miembros del Consejo, seguía sintiéndome confusa. Como si la lanza se hubiese llevado consigo una parte de mi alma.

No sé cuánto duró el discurso. Capté algún que otro retazo. El extraordinario luchador y la persona leal que había sido Beau. Todo lo que había hecho por sus alumnos la profesora Mulligan y cuán inspirador le había parecido su espíritu de sacrificio a la directora Baskerville. También dijo algunas cosas de los demás caídos. Yo estaba allí sin más, como quien oye llover. Miré a los presentes. A Murphy, que todavía llevaba el brazo en cabestrillo. La herida que le había infligido el sabueso quizá le dejase secuelas y no le permitiese volar cuando se transformase; a Kenna, que había apoyado la cabeza en su hombro sano y al mismo tiempo lo sostenía de la cintura con un brazo; a Georgina y Amara, cogidas de la mano, Amara aún necesitada de ayuda debido a la herida en la pierna; a Lorcan, al que jamás había visto tan serio; y a la hermana de Beau, que no paraba de lanzarnos miradas sombrías a ambos.

La ira de la familia de Beau había caído con toda su fuerza sobre Lorcan y sobre mí. Nos culpaban de la muerte de Beau, ya que este se encontraba allí solo por nosotros. Sin embargo, mientras que a Lorcan ese reproche lo había hecho palidecer, yo casi no había reaccionado, porque era consciente desde hacía tiempo de que no les faltaba razón. Tragué saliva a duras penas.

Alguien me rozó un segundo el dorso de la mano y volví la cabeza. Dylan se había colocado a mi lado, tan cerca que nuestros dedos se rozaban. Podía agarrarme a él si lo necesitaba. Estaba allí para apoyarme. Me lo había dejado claro repetidas veces a lo largo de los últimos días. Pero yo seguía vacilando. Había demasiadas cosas que tenía que procesar. Aparte de lo de Beau, también el hecho de haber matado a Cree... y de que después hubiese estado a punto de hacerle daño también a Dylan.

Recordaba perfectamente lo que había sentido cuando el poder de la lanza me recorrió el cuerpo. A veces era como si todavía conservase una pizca del paroxismo al que me había llevado el arma sagrada.

De repente el gentío se puso en movimiento y alcé la vista. Al parecer los discursos habían terminado. Los asistentes comenzaron a avanzar poco a poco hacia delante, hasta el arriate donde habían colocado fotografías de los caídos. Unos se llevaron las manos a los labios y después al pecho, allí donde latía el corazón, en señal de respeto. Otros, por su parte, depositaron flores o velas. Mi respiración era entrecortada. Mi madre me cogió la mano. Me aferré a sus dedos y se los apreté antes de acercarnos.

Yo llevaba una fotografía y una flor. En la instantánea estábamos Beau y yo juntos de pequeños, corriendo por el césped delante de su casa. Cuando llegamos, la acaricié antes de inclinarme y ponerla con las demás. Delante dejé el lirio blanco que había traído. Mi

madre encendió una vela. Vi las fotos, colocadas en fila, y sentí un escozor en los ojos. No me entristeció que tuviésemos que dejar sitio a los que esperaban detrás. Mi madre me pasó un brazo por los hombros y caminamos juntas un rato, hasta distanciarnos un tanto del resto. Vi que mis amigos estaban juntos, pero me alegró no tener que unirme a ellos. No había sido capaz de hablar mucho. Y temía que tuviese que hacerlo pronto.

—Zoey... —Mi madre interrumpió el hilo de mis pensamientos. La miré a los ojos, y ella me puso una mano en la mejilla. Aunque mi madre siempre disimulaba sus sentimientos, vi dolor en su mirada y, al mismo tiempo, un afecto que muy rara vez exteriorizaba—. Sabes lo orgullosa que estoy de ti, ¿no? —me preguntó.

—¿Qué? —inquirí con voz rasposa.

—A lo largo de estos últimos meses ha quedado patente una y otra vez lo fuerte, independiente y valiente que eres. Aunque este curso ha supuesto un tremendo desafío para ti, has demostrado tu valía continuamente. Siento haberte dado la impresión de que dudaba de ti. Estoy segura de que nadie más habría hecho lo que has hecho tú.

Negué con la cabeza.

—Mamá, no. Por mi culpa, Violet se liberó. Por mi culpa, Beau...

—Beau ha muerto porque era un guerrero, porque protegerte era su deber. Y creo que le habría ocurrido lo mismo si hubiese estado aquí la noche en que atacaron Everfall.

De nuevo negué con la cabeza.

—Eso no lo puedes saber.

—Desde luego que sí. Porque he visto luchas así una y otra vez. Y porque sé la clase de hombre que era el hijo al que educaron los Maguire. —Me miró a los ojos—. Tú habrías hecho lo mismo por tus amigos, ¿no es verdad?

Asentí débilmente.

—Sí, pero...

—El sacrificio de Beau habrá sido en vano si tú te sigues sumiendo en la oscuridad. No dejes que ganen, Zoey. Tus amigos y tu familia te quieren y te necesitan.

Me abrazó. Fue un abrazo breve y rígido, pero así y todo hizo que mis diques se rompieran. Un torrente de lágrimas salió de mis ojos, y en cuanto empecé ya no pude parar de llorar.

—Ha sido horrible, mamá —confesé entre sollozos.

Ella me acarició el pelo.

—Lo sé. Pero has salido airosa. Y en el futuro también saldrás airosa. Es una sensación terrible y sombría, pero son muchas las cosas que aún te depara el futuro y que están esperando a que las descubras. Y, pase lo que pase, yo estaré a tu lado. Lo haré mejor que estos últimos meses.

Seguimos abrazadas un poco más y después se separó de mí.

—Gracias —musité.

—Calliope —dijo alguien a cierta distancia. Nos volvimos las dos a la vez y vimos que el sanador Sheehan venía hacia nosotras. Vestía un traje negro y llevaba en la mano un grueso plumífero largo que puso a mi madre por los hombros. Sus manos permanecieron un instante ahí. Se inclinó hacia delante—. No vayas a ponerte mala. El Consejo te necesita sana y activa.

Dicho eso, dio media vuelta mientras yo miraba con perplejidad a mi madre, cuyas mejillas se habían teñido de rojo, aunque seguía al sanador con una mirada sombría.

—No sé si debería estar impresionada o disgustada —observé, y a continuación la mirada de mi madre se volvió más sombría aún.

—Siempre ha tenido mucha cara. Incluso entonces, cuando estudiábamos juntos.

—¿Saliste... con él? —Casi no me atreví a pronunciar las palabras, y me arrepentí en el acto de haberlo hecho cuando vi que mi madre torcía el gesto con amargura.

—No, aunque seguro que le habría gustado. Nunca se dio el momento y, además, él siempre estaba demasiado ocupado criticando al Consejo. Tus abuelos no lo podían ni ver. Y poco después conocí a tu padre.

La miré con cara de interrogación, pero ella levantó la barbilla y fue evidente que había zanjado el tema.

—Quiero que me llames todas las semanas. Y que vengas a casa cuando te apetezca.

Tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Pero ¿no tendrás mucho que hacer?

Mi madre enderezó la espalda.

—La situación sigue siendo tensa. Whelan reunió a un grupo de personas y les contagió sus absurdas ideas, y algunas de esas personas todavía andan sueltas. El Consejo va a estar muy atareado. Pero eso no significa que no pueda sacar tiempo para mi hija.

La abracé de nuevo y percibí el olor a hierbas del sanador Sheehan que desprendía el plumífero. Me aparté con rapidez.

—Si te parece bien, iré a hablar un momento con Lorna —dijo mi madre.

Me apresuré a asentir. Ella se fue y yo me planteé ir con Kenna y el resto, pero no podía. Todavía no.

Me sentí apesadumbrada cuando salí del jardín victoriano y me dirigí al invernadero. Me apoyé en la puerta y aspiré el aroma de las abundantes flores. Eché a andar despacio entre las numerosas hileras de plantas, dejé atrás los arriates. Aparté unos zarcillos de hiedra y entré en el jardín de invierno. Me senté en el borde de la fuente y deslicé una mano por el agua, abandonándome a mis

pensamientos. Al cabo de unos minutos oí pasos y alcé la vista. Dylan hizo a un lado la hiedra y entró en el jardín.

—¿Prefieres estar sola? —me preguntó en voz baja.

Me paré a pensar un momento y negué con la cabeza. Dylan se acercó y se sentó a mi lado. Le cogí la mano, no lo pude evitar. Después hice de tripas corazón y le dije lo que debería haber dicho días antes.

—Lo siento —me disculpé.

Dylan levantó la cabeza.

—¿Cómo?

—Siento haber desaparecido en mitad de la noche. Y siento lo que pasó cuando empuñaba la lanza. No quería meterte miedo.

Dylan me acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Quiero ser sincero. Habría ido contigo al fin del mundo. Y no dejo de preguntarme por qué no me pediste que te acompañara.

Lo miré con cara de sorpresa.

—Esa misma noche me habías contado lo que le sucedió a tu familia. Me habías confiado que, si me pasaba algo, volverías a hacer lo mismo conmigo. Y no lo podía permitir.

Dylan enarcó las cejas, a sus ojos marrones asomó una expresión afectuosa. Después me abrazó y me estrechó con fuerza, con mucha fuerza. Rompí a llorar otra vez, y él me acarició con suavidad la espalda, musitó unas palabras tranquilizadoras y me meció. Hasta que de repente se puso rígido.

—¿Zoey?

—¿Qué ocurre? —inquirí con voz rasposa cuando se separó de mí.

—¿Solías venir aquí... con Beau?

Asentí despacio.

—Sí, ¿por qué?

En lugar de mirarme, Dylan alzó la vista hacia algo que estaba detrás de mí.

—Porque está aquí.

Me volví en redondo, pero allí no había nadie. Durante un instante pensé que Dylan me estaba gastando una broma pesada..., pero entonces fui consciente de algo.

Dylan era un Reaper.

Tenía una conexión especial con el más allá y con las almas que pertenecían a ese lugar.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

Dylan seguía mirando detrás de mí. Acto seguido ladeó la cabeza.

—Es un poco descarado, ¿no te parece? Normalmente, cuando los espíritus me transmiten mensajes, estos suelen ser más bien cordiales. —Se detuvo de nuevo. Luego suspiró y casi pareció resignado—. Está bien. —Se volvió hacia mí—: Dice que no se puede creer que hayas escogido una de las peores fotos suyas para el arriate, que ahí todavía era un crío mofletudo.

Durante un segundo lo único que pude hacer fue mirar a Dylan. Después resoplé y al mismo tiempo se me volvieron a saltar las lágrimas. En efecto, creía a Beau muy capaz de decir algo así.

—¿De verdad está aquí?

Dylan hizo un gesto afirmativo.

—Dile que lo siento. Dile que no era lo que quería. Que debería haberlo creído y que no se imagina...

Dylan me puso una mano en la pierna para calmarme mientras más lágrimas me corrían por las mejillas.

—Lo sabe, Zoey. Sabe lo mucho que te ha afectado. Y no quiere que te eches nada en cara.

Sollocé.

—Pero murió por mi culpa. Yo era el blanco de ese ataque.

—Dice: «Lo volvería a hacer, siempre. Y como no dejes de llorar por eso, te perseguiré durante toda la eternidad. Así que ponte las pilas y sé la luchadora que me demostraste ser esa noche».

Enterré el rostro en las manos mientras temblaba y mis hombros se estremecían. Dylan me abrazó con fuerza. Tardé un rato en serenarme, y cuando lo hice, musitó:

—Está listo para marcharse. Solo hace falta que se lo digas, Zoey.

Percibí un cosquilleo extrañamente cálido en el otro hombro. Cuando volví la cabeza, casi esperaba encontrar allí a Beau, pero no vi nada. Sin embargo, sentí su presencia. Casi era como si una mano invisible estuviese en mi hombro.

—Gracias, Beau —dije en voz queda—. Y perdóname, por favor.

Dylan no habló más, pero cuando percibí el murmullo del viento, creí oír en el susurrar de las hojas de la hiedra un «Te perdonaré cuando tú te perdones».

Epílogo

Unos meses después

Una luz dorada y cálida me iluminaba el rostro, y un aura especial envolvía el salón entero mientras cada vez afluían más invitados. Kenna y yo habíamos llegado pronto, y en realidad era extraño que nuestros amigos se retrasaran más que nosotras.

—Apuesto a que se están escaqueando —opinó mi amiga, pero yo negué con la cabeza.

—Murphy no se perdería este gran momento.

Después de muchos meses llenos de fatigas, en el Colegio Everfall por fin se volvía a celebrar un baile. Y todos nosotros nos habíamos propuesto disfrutarlo. A lo largo de esos últimos meses había habido muchos momentos empañados por la oscuridad, pero esta noche no sería uno de ellos. Era el objetivo que nos habíamos impuesto.

Kenna y yo brindamos con nuestros vasos de zumo cuando alguien se apoyó en la barra a nuestro lado.

—Salud —exclamó, y entrechocó su vaso con el nuestro.

—¿Me vas a volver a hacer una advertencia espantosa? —pregunté a Georgina, que se limitó a negar con la mano.

—Eso es agua pasada, princesita.

Le sonreí. Era así, en efecto. Todo lo que había sucedido en el pasado entre nosotras había quedado olvidado. Georgina, Amara y

Lorcan formaban parte de nuestro círculo de amigos; todos habíamos sufrido mucho juntos, y ello nos había unido inexorablemente. Tanto más cuanto que ahora Georgina también me ayudaba a entrenar en la estera... y a veces incluso la derrotaba, aunque no sucediese muy a menudo.

—¿Dónde has dejado a Amara? —le preguntó Kenna.

—Está bailando. Lorcan me la ha quitado. —Georgina hizo una mueca.

—Por favor —repuse—, Lorcan no es rival para ti.

—Muy cierto —dijo con una sonrisa—. Pero será mejor que él no lo oiga. No vaya a sufrir otro golpe su ego.

Eché una ojeada a la pista y, en efecto, Lorcan se movía con Amara como un torbellino al compás de lo que tocaba la orquesta. Daba la impresión de que Amara estaba mareada; nos miró a Georgina, a Kenna y a mí suplicando ayuda, y nos echamos a reír.

—Voy a rescatarla —decidió Georgina, y me apretó un instante el brazo al pasar.

Después se plantó en la pista en pocos pasos, hizo una pequeña reverencia y le ofreció la mano a Amara, que la cogió en el acto, le echó los brazos al cuello a su novia y la besó. Georgina le rodeó la cintura con las manos y empezó a mecerse con ella al ritmo de la música.

—Vaya, aquí están mis chicas preferidas —afirmó una voz familiar, y poco después Murphy se situó detrás de Kenna y la abrazó. Ella puso las manos en los brazos que le ceñían la cintura y sonrió cuando él enterró el rostro en su cuello.

Me volví y vi a Dylan, que miraba a Murphy y a Kenna con la misma cara que yo. Como si les hubiese cogido cariño, aunque nunca lo habría aceptado. Murphy y Dylan se habían unido mucho a lo largo de los últimos meses. Dylan había estado entrenando con

Murphy después de que este resultara herido para que ejercitase el brazo con el que a partir de entonces blandiría la espada, puesto que con el derecho ya no podía realizar bien los movimientos. Y también había sido él quien había animado a Murphy cuando dudó de que pudiera tener un futuro entre los Exploradores.

Dylan se volvió hacia mí y el corazón me dio un vuelco cuando lo vi en traje. La tela negra se ceñía como un guante a su cuerpo y le sentaba de maravilla. Me tendió la mano.

—Baila conmigo —me pidió.

Enarqué una ceja.

—Conque ahora sí, ¿eh?

Se limitó a poner los ojos en blanco cuando apoyé mi mano en la suya. Después me llevó a la pista de baile con los demás. Colocó una mano en mi espalda con naturalidad mientras con la otra me agarraba la mía y me pegaba a él. Empezamos a seguir la música.

—Nos conocimos en un baile como este —musité.

—Me acuerdo.

—¿Ah, sí?

—Mmm. —Inclinó la cabeza hasta que sus labios me rozaron la oreja—. Eras muy altiva y amenazaste con chivarte de mí.

Sonreí, y al mismo tiempo me arrolló la melancolía, como tantas veces a lo largo de los meses pasados. No habían sido fáciles para mí. En ocasiones aún me sentía muy abatida por las pérdidas que había sufrido. Sin embargo, mi familia y mis amigos me daban un motivo para seguir adelante. Y seguro que Beau también habría deseado que lo hiciese.

—Cuando te vi aquella vez me pareciste tan guapa que me dejaste sin aliento —susurró Dylan.

—Pues a mí más bien me dio la impresión de que querías matarme con la mirada.

—Es la cara que pongo siempre que veo algo bonito.

Me reí con suavidad.

—A estas alturas te conozco muy bien y puedo decir con gran seguridad que eso es una mentira como una casa.

Se separó un poco de mí.

—No miento. No cuando tiene que ver contigo.

Lo dijo con tanta seriedad que lo creí.

—Conque entonces tú ya sabías que... —No sabía cómo terminar la frase.

—¿Que podías llegar a ser peligrosa para mí? —Asintió y continuó llevándome por la pista al compás de la canción lenta que estaba sonando—. Sí.

—Yo tardé más —aseguré.

—Los dos tardamos un poco más de la cuenta, pero no pasa nada.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Porque ahora los dos estamos seguros de lo que hacemos. De lo que compartimos.

Que para entonces era todo. Dylan hablaba conmigo con regularidad de las cosas que lo agobiaban. E incluso había llegado a contarle a su tía la verdad sobre la noche en la que murió su familia. Ya me había llevado una vez a ver a Ewan en una de sus visitas clandestinas para que lo conociera. Esa tarde a su hermano pequeño no lo atormentaba la oscuridad que debido a su corta visita al más allá lo acompañaba muchos días. Me pareció un chico normal de dieciséis años, y me habló de sus libros preferidos. Además, mencionó con una mueca la cantidad de veces que Dylan le había puesto la cabeza como un bombo hablándole de mí. Dylan se desquitó inmovilizando a Ewan hasta que este le suplicó que tuviera piedad de él, tras lo cual yo solté una carcajada.

Pegué la mejilla al pecho de Dylan y me dejé llevar por la música. Habían pasado tantas cosas... Mi vida se había desbaratado por completo, pero de los fragmentos se había formado algo nuevo. Y eso nuevo me gustaba. Pese a lo duro que había sido entretanto y a lo mucho que habíamos tenido que luchar todos.

—Te quiero —me susurró Dylan.

Me despegué de él y miré su bello rostro. Le eché los brazos al cuello y llevé mi boca a la suya para darle un tierno beso. Al chico que había hecho que volviera a creer en mí. Que había conseguido que me viese con sus ojos. Que estaba ahí siempre, día y noche. Que por mí iría al fin del mundo e incluso al más allá. Que me había confiado todos sus secretos y, de este modo, se había superado a sí mismo.

—Y yo a ti. Pase lo que pase. Venga lo que venga —musité contra sus labios, y lo decía desde lo más profundo de mi ser.

El reino maldito (Serie Everfall 2)
Mona Kasten

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Haunted Reign*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Pine Design y Lana Brow / Shutterstock

© 2024 by LYX in Bastei Lübbe AG
Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-08-31425-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta